



Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

Un vistazo a nuestros orígenes

... y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella, (Mateo 16:18).

Walter Cuadra

Mundo Bíblico



Más de 2000 Años de Historia

“Desde sus mismos orígenes, el evangelio se injertó en la historia humana”.
Justo L. González

“... porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; más si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios.”.

Hechos 5:38-39

INTRODUCCIÓN

La figura que aparece arriba es conocida como el Monumento Internacional de la Reforma, generalmente conocido con el nombre de Muro de los Reformadores, que se halla en Ginebra (Suiza). En el centro de la pared, con una altura de 5 metros, se reúnen las estatuas de las cuatro figuras más destacadas del movimiento reformador: Guillaume Farel (1489-1565), uno de los instigadores de la Reforma en Ginebra, Juan Calvino (1509-1564), el personaje central del movimiento, Teodoro de Beza (1513-1605), quien fue rector de la Academia de Ginebra, y John Knox (1513-1572), fundador del presbiterianismo en Escocia. Los cuatro están vestidos con la tradicional robe de Genève (toga de Ginebra) y sostienen la Pequeña Biblia del Pueblo Cristiano en su mano. Con este monumento se conmemora un acontecimiento histórico por el cual ha pasado la iglesia del Señor, la Reforma. Es interesante ver como la iglesia ha sido un movimiento poderoso que pese a las persecuciones y críticas ha sobrevivido a lo largo de la historia. El mismo Gamaliel, un sabio rabino judío lo dijo hace más de 2000 años, cuando los líderes judíos buscaban acallar este movimiento que comenzaba a ganar adeptos: *“Entonces levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, venerado de todo el pueblo, mandó que sacasen fuera por un momento a los apóstoles, y luego dijo: Varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer respecto a estos hombres. Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero él fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada. Después de éste, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados. Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; más si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios”*, (Hechos 5:34-39). Cuánta razón tenía este rabino, ya que el movimiento que estaba surgiendo no era humano, sino del Espíritu Santo, y con el tiempo llegaría a ser conocido como cristianismo, así, hoy en la actualidad tenemos más de 2000 años de historia de la iglesia.

Historia Eclesiástica es el estudio de la historia de la Iglesia Cristiana desde el final del Nuevo Testamento hasta el principio del movimiento evangélico. Se pone énfasis en el sacrificio de los mártires, las controversias doctrinales, el desarrollo del catolicismo, los precursores de la reforma protestante, las misiones alrededor del mundo hasta llegar a la iglesia contemporánea. Su estudio es de gran valor para aquellos que anhelan conocer sus orígenes e inspirarse que aquellos hombres o mujeres que impactaron este mundo a través del mensaje del evangelio.

EL NACIMIENTO DE LA IGLESIA

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”.

Hechos 2:1-4

Cuando hablamos del origen de la iglesia del Señor, la mayoría la ubica en el primer siglo d.C., exactamente en el día de Pentecostés, 50 días después de la resurrección de Cristo, en una de las principales fiestas judías con la que cerraban la celebración de la Pascua y agradecían a Dios por los primeros frutos que la tierra producía. Para esta época los discípulos se encontraban en Jerusalén esperando el poder del Espíritu Santo que su Maestro les había prometido: *“Estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”*, (Hechos 1:4-5, 8). Fue debido a esta orden que los discípulos permanecieron en Jerusalén, donde se menciona por última vez los nombres de los once apóstoles, acompañados por algunas mujeres, María, la madre de Jesús y sus hijos: *“Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos”*, (Hechos 1:13-14). Es increíble ver como desde el origen de la iglesia la oración jugo un papel muy importantísimo para el éxito de la misma, tal y como su Maestro les había enseñado las batallas tendrían que ser ganadas de rodillas. Fue también en este periodo, entre las últimas órdenes de Jesús y el bautismo del Espíritu Santo, que se eligió al sucesor de Judas Iscariote, y se nos dice que fueron alrededor de 120 discípulos que iniciaron esta obra gloriosa que se conocería como cristianismo: *“En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (y los reunidos eran como ciento veinte en número), y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio. Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre. Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella; y: tome otro su oficio. Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección. Y señalaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías. Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar. Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles”*, (Hechos 1:15-26).

Fue 50 días después de su resurrección que Dios cumplió su promesa y vino el poder del Espíritu Santo sobre los discípulos, un poder que se evidencia a través del hablar en nuevas lenguas y que les dio autoridad para predicar su palabra y ser testigos fieles de su gracia (Hechos 2:1-4). Así inicio el primer capítulos de miles de una organización divinamente establecida destinada a influir poderosamente a través del mensaje del evangelio en esta tierra y contra la cual las fuerzas de las tinieblas no iban a prevalecer: *“... y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”*, (Mateo 16:18).

EL ARQUITECTO DIVINO Y EL FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.

Mateo 16:13-18

Alrededor del mundo existen muchas organizaciones algunas muy antiguas de las cuales algunas de ellas suelen resaltar a su fundador colocando una foto de él en alguna parte de sus oficinas centrales y narrando con gran entusiasmo sus obras. Como cristianos nosotros también tenemos un fundador, y este no es un hombre de esta tierra, sino el verdadero y único Dios. La iglesia más que una organización, es un organismo vivo, compuestos por hombre y mujeres de diferentes partes del mundo que se enlazan entre sí por la fe en Jesús. Una increíble profecía fue dada por Jesucristo mucho antes de su muerte donde mencionaba lo impactante que llegaría a ser su iglesia. Para esta época Jesús había ganado popularidad y muchos especulaban acerca de su verdadera identidad por lo cual les pregunto a sus discípulos *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?*, a lo cual ellos respondieron: *Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas*. No obstante, lo que a Jesús le interesaba era lo que ellos pensaban acerca de Él y por eso les realiza la misma pregunta a lo cual Pedro realiza una de las más sublimes declaraciones que jamás se hallan hecho: *Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*. Esta declaración fue inspirada por el Espíritu de Dios sobre la vida de Pedro y es sobre la base de esta que la iglesia está fundamentada.

La respuesta de Cristo a la declaración de Pedro ha causado gran controversia en cuanto al verdadero fundamento de la iglesia: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*. Algunos ven en estos versículos la base para afirmar que el fundamento de toda la iglesia es Pedro, pero realmente esto no es cierto, ya que si un hombre fuera su fundamento, hace tiempo hubiese colapsado. Para comprender mejor esto es importante evaluarlo considerando el original griego en el cual este texto se escribió, especialmente el versículo 18: *Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia*. Algunos creen que la roca sobre la cual edificaría su iglesia sería Pedro; pero el griego lo desmiente. La palabra griega de donde se traduce Pedro es *Pétros (Πέτρος)*; mientras que la palabra roca se traduce de *pétra (πέτρα)*, lo cual hace una clara diferencia entre ambos sujetos. Por un lado, *Pétros* hace referencia a una piedra pequeña; pero por otro, *pétra*, es una roca incommovible sobre la cual está fundamentada la iglesia. De acuerdo a esto, ambos sujetos hablan de diferentes personas, por lo que Pedro no es *pétra*. Entonces, ¿quién es *pétra*? *Pétra* es la afirmación que Pedro declaró, Cristo mismo, y sobre Él la iglesia esta edificada. El mismo apóstol Pedro niega ser el fundamento de la iglesia al afirmar que esta se encuentra edificada en Cristo: *“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados”*, (1 Pedro 2:5-8). Y el apóstol Pablo confirma que el único fundamento es Cristo: *“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”*, (1 Corintios 3:11). Este fundamento es predicado por su iglesia, y nadie puede destruirlo porque es Dios mismo y no un simple hombre: *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”*, (Efesios 2:20).

Por tanto, Jesús es el fundador y al mismo tiempo el fundamento de la iglesia y aunque han tratado de destruirla; ésta sigue existiendo ya que ni siquiera las fuerzas de las tinieblas son capaces de hacerlo: *y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*.



La Iglesia Apostólica

“Los Hechos del Señor Resucitado por el Espíritu Santo en la Iglesia y a través de ella”.

Stanley M. Horton

“Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.

Hechos 2:43-47

INTRODUCCIÓN

Como lo vimos anteriormente, la iglesia nació en el día de Pentecostés, y a partir de allí comienza a influir en el mundo, siendo sus principales líderes los apóstoles y discípulos que conocieron al Señor en vida. Se conoce como *Iglesia Apostólica, aquel periodo que comprende desde los inicios del cristianismo en el año 30 d.C., hasta la muerte del último de los apóstoles, Juan, aproximadamente en el 100 d.C.* Para esta época el mundo antiguo se encontraba conquistado por Roma, los cuales habían establecido a lo largo de todo el mundo un sistema de carreteras que conectaban con diferentes ciudades importantes y la misma Roma, lo cual le ayudaría a los apóstoles, especialmente a Pablo a difundir el mensaje del evangelio. La religión del imperio romano y de todas sus provincias conquistadas era politeísta, es decir, creían en muchos dioses, los cuales eran los mismos dioses de la mitología griega los cuales eran nombrados de manera diferente. En este periodo de la historia existía una influencia cultural que tendía a introducir la cultura griega en todo el mundo, el cual se conoció como helenismo y por tal motivo el griego era el idioma universal de aquel entonces. Durante este periodo existían tres grupos religiosos importantes que participaron en los acontecimientos históricos. El primer grupo religioso es el de los *fariseos*, los cuales se cree que descienden de los *jasideos* (devotos) quienes lucharon al lado de los macabeos por la libertad religiosa (166-42 a.C.). Luego, el nombre fariseo aparece por primera vez en el contexto de los macabeos, nombre que significa “*separados*”, posiblemente porque rechazaban cualquier movimiento que tratara de contaminar las tradiciones judías. Este grupo destacó principalmente durante el reinado de Juan Hircano (135-104 a.C.), al oponerse al deseo de éste de su extensión militar y política, alcanzando su mayor opresión durante el reinado de Alejandro Janneo (103-76 a.C.) que terminó con 800 líderes fariseos crucificados. Este grupo religioso afirmaba vivir de acuerdo a la ley de Moisés, creían en los profetas, la resurrección y los ángeles. El segundo grupo religioso era el de los *saduceos* un partido sacerdotal y aristocrático del judaísmo cuyas doctrinas y prácticas eran opuestas a la de los fariseos. Este grupo aparece por primera vez en el relato de Antigüedades del historiador judío Josefo donde se describe la alianza que hicieron con el rey macabeo judío Hircano I (135-105 d.C.). En cuanto al significado de su nombre, algunos piensan que deriva del sacerdote Sadoc, contemporáneo a David y Salomón (2 Samuel 15:27; 19:11; 1 Reyes 1:8) y de quien descendieron todos los sumos sacerdotes que le precedieron; otros por el contrario opinan que el nombre deriva de la palabra griega *sindikoi*, que se traduce como autoridad fiscal, utilizada por los atenienses en el siglo IV a.C. y fue utilizada por los israelitas para denotar a aquel grupo que controlaba el sanedrín en sus tiempos. Se caracterizó por ser un partido político-religioso que lo único que le interesaba era estar en el poder, fue un grupo minoritario con gran influencia en el sanedrín y compuesto en su mayoría por aristócratas. Contrario a los fariseos, no aceptaban ningún escrito fuera de los cinco libros de Moisés, no creían en la resurrección ya que pensaban que al morir el alma ya no perseveraba consciente. Finalmente, el tercer grupo religioso en Israel era el de los *esenios*, el cual floreció entre el año 150 a.C. y el 70 d.C. y se caracterizaba por ser muy conservadores de las Escrituras, especialmente aquellas que hablaban del Mesías. Se consideraban un grupo escatológico y

anhelaban tanto el establecimiento del reino mesiánico y el nuevo pacto que vivían a parte en comunidades de 200 apartados de la contaminación del mundo. Estos tres grupos religiosos eran los que más influían en el tiempo que la iglesia comenzó a levantarse.

LA IGLESIA EN JERUSALÉN

“Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”.

Hechos 2:41-42

Fue en Jerusalén donde la iglesia inició, aquella pequeña comunidad de apenas 200 discípulos rápidamente creció a 3,000. Fue en la fiesta de Pentecostés que el Espíritu Santo vino sobre los discípulos y como evidencia todos comenzaron a hablar en otras lenguas a tal punto que los que visitaban Jerusalén los escucharon glorificando a Dios en sus idiomas oriundos: *“Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de Africa más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto”*, (Hechos 2:4-13). Fue este acontecimiento sobrenatural que llamó la atención de todos los judíos que visitaban la fiesta y Pedro, tomando ventaja de la situación, anunció por primera vez el mensaje del evangelio. Su homilía estuvo sustentada en dos secciones, la primera, el derramamiento del Espíritu Santo profetizado en el libro de Joel lo cual se estaba cumpliendo en ese momento. Segundo, la muerte y resurrección de Jesucristo el Mesías judío anunciado en las Sagradas Escrituras, y a quien los judíos habían crucificado. Como respuesta al mensaje, muchos creyeron: *“Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”*, (Hechos 2:37-38). Aquel día fue increíble en las páginas de la historia de la iglesia ya que *los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas*.

A partir de aquí los primeros cristianos judíos comienzan a vivir en comunidad y el libro de los hechos nos enseña esto: *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*. Pronto comenzó a propagarse el mensaje del evangelio en Jerusalén respaldado con señales y prodigios lo cual produjo gran temor en las personas. La solidaridad entre los primeros creyentes fue grande a tal punto que no permitían que hubiese alguien con necesidad perseverando unánimes tanto en el Templo judío, como en las casas: *“Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”*, (Hechos 2:43-47).



*La iglesia Apostólica
Inicio su obra evangelizadora
En Jerusalén*

LAS PRIMERAS PERSECUCIONES

“Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”.

Hechos 4:18-20

No paso mucho tiempo sin que Satanás comenzara a oponerse al sorprendente crecimiento de la iglesia cristiana. A través de los líderes judíos, Satanás trato de frenar el crecimiento de la iglesia, comenzando con amenazas y luego con azotes y cárceles, la fe cristiana experimento sus primeras persecuciones; no obstante, esto no la detuvo, sino la predicación y las señales continuaron realizándose ganando gran cantidad de almas: *“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”*, (Hechos 6:7). Pronto el crecimiento extraordinario de la iglesia lo llevo a constituir nuevos ministerios orientados al servicio de la iglesia, como el diaconado (Hechos 6:1-6) de tal manera que en lugar de decrecer, cada día habían más creyentes. Sin embargo, la iglesia experimentaría el martirio a manos de los judíos ortodoxos que veían en el cristianismo una herejía y amenaza a sus creencias y tradiciones. Así muere el primer mártir de la iglesia conocido como Esteban. Aunque breve su historia, el libro de los Hechos lo presenta como un varón lleno del Espíritu Santo, de buen testimonio y de sabiduría, el cual junto a otros seis fue elegido para servir a las viudas de los griegos (Hechos 6:1-6). Su testimonio de Jesucristo era igualmente respaldado con toda clase de señales y prodigios, a tal punto que pronto se ganó la enemista de una secta conocida como los libertos: *“Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. Entonces se levantaron unos de la sinagoga llamada de los libertos, y de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban. Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba. Entonces sobornaron a unos para que dijese que le habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios. Y soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiendo, le arrebataron, y le trajeron al concilio. Y pusieron testigos falsos que decían: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés. Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel”*, (Hechos 6:8-15). Sin embargo, Esteban se defendió con gran convicción y poder (Hechos 7:1-53) a tal punto que sus oponentes no pudieron resistir su sabiduría y terminaron apedreándolo: *“Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió”*, (Hechos 7:54-60).

Este evento trágico de alguna manera fue usado por Dios para impulsar a los cristianos judíos a salir de Jerusalén, e ir a otras partes del mundo a predicar el mensaje del evangelio, comenzando así las primeras misiones: *“Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles... Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio”*, (Hechos 8:1, 4). Así el evangelio llevo a Samaria a través de Felipe el evangelista (Hechos 8:5-25), y no tardarían los gentiles a formar parte de la iglesia del Señor al ser el apóstol Pedro el responsable de presentarle a Cornelio, un noble centurión, el mensaje del evangelio. Al final, tanto él, como su familia y amigos creyeron en Jesús, (Hechos 10). De esta forma, la iglesia comenzaba a multiplicarse alrededor del mundo.

INICIOS DE LA LABOR MISIONERA

“Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio...”

Hechos 8:4

Ya vimos como la persecución que se desato en Jerusalén obligo a los creyentes a huir a otras tierras de Judea y Samaria, comenzando así la evangelización en todo el mundo. Es interesante ver como Jesús se los profetizo cuando dijo: *“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”*, (Hechos 1:8), obviamente el poder había llegado a la vida de la iglesia a través del bautismo del Espíritu Santo, y a partir de allí comenzaron a testificar en Jerusalén pese a las amenazas de los judíos, pero era tiempo para comenzar a propagar el mensaje por Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Como Hechos 8:1 dice, los apóstoles decidieron quedarse en Jerusalén, para cuidar de la obra, de tal manera que sirvió como sede de donde saldrían las primeras misiones alrededor del mundo. Las primeras regiones en visitar fueron Judea y Samaria, y en esta última, se nos narra la increíble labor evangelistas de Felipe realizo.

La iglesia en Samaria.

“Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio. Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad”.

Hechos 8:4-8

Es increíble el movimiento evangelizador que esta persecución despertó. El diablo pensaba que a través de sus amenazas y la muerte de Esteban callaría a los demás discípulos, pero lejos de eso solo provoco que la iglesia se dispersara por todas partes anunciando el evangelio y multiplicándola más de lo que ya estaba. Uno de estos discípulos que huyo de Jerusalén fue Felipe, el cual descendió a la ciudad de Samaria y allí se enfocó a predicar a Cristo. Es interesante el énfasis que Lucas hace al hablar del tipo de mensaje de Felipe: *les predicaba a Cristo*. Su mensaje no era muy profundo, tampoco se preocupaba por cuestiones de teología muy avanzadas, simplemente se dedicó a predicarles el plan de salvación a través de Jesucristo: *Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía*. Es importante también que este mensaje estaba acompañado de señales, o milagros que confirmaban las palabras del evangelista: *Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad*. Así, entre la predicación y las señales, la iglesia comenzó a ganar más almas para Cristo, ahora no solo judíos habían creído, sino también los samaritanos.

La iglesia Gentil.

“Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo”.

Hechos 10:45

Lo inesperado estaba por pasar, los gentiles también alcanzarían el don de la salvación y formarían parte de la iglesia del Señor. Para los creyentes judíos del primer siglo el cristianismo no les parecía algo diferente al judaísmo que por años habían practicado, al contrario, consideraban su nueva fe como la culminación del mismo, a tal punto que siguieron cumpliendo con las tradiciones como la circuncisión, guardar el sábado, no comer animales inmundos, no entrar en la casa de un gentil, etc. Por ello Dios está a punto de tratar con Pedro, el apóstol que ayudaría a iniciar esta iglesia. Se nos dice que en cierta ocasión Pedro se preparaba para orar en un aposento alto cuando tuvo una visión que lo prepararía para lo que venía: *“Al día siguiente, mientras ellos iban por el camino y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta. Y tuvo gran hambre, y quiso comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis; y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo. Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come”*, (Hechos 10:9-13). Prácticamente lo que Dios le mostro a Pedro en su visión fue un número de cuadrúpedos terrestres y reptiles que en el judaísmo eran considerados inmundos, y le pidió que los matara y comiera. Pedro contesto de acuerdo a sus creencias: *“Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás”*, (Hechos 10:14). En sus palabras detectamos su fuerte arraigo a las tradiciones judías, y esto hubiera sido un impedimento para que Pedro entrase a la casa de un gentil a predicarle el evangelio; sin embargo, el Señor estaba a punto de enseñarle que ya estas costumbres no encajaban en la nueva dispensación de la gracia: *“Volvió la voz a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llares tú común... Y mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por Cornelio, los cuales, preguntando por la casa de Simón, llegaron a la puerta”*,

(Hechos 10:15,17). Antes de que todo esto aconteciera, Dios había enviado un ángel a Cornelio, un gentil, para que enviara por Pedro quien le presentaría el mensaje del evangelio: *“Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana, piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre. Este vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, que un ángel de Dios entraba donde él estaba, y le decía: Cornelio. El, mirándole fijamente, y atemorizado, dijo: ¿Qué es, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro. Este posa en casa de cierto Simón curtidor, que tiene su casa junto al mar; él te dirá lo que es necesario que hagas”*, (Hechos 10:1-6). Fue así que Cornelio envió tras hombres a buscar a Pedro, y el Espíritu Santo trabajo en Pedro para prepararlo para que les predicara sin ningún prejuicio a los gentiles: *“Ido el ángel que hablaba con Cornelio, éste llamó a dos de sus criados, y a un devoto soldado de los que le asistían; a los cuales envió a Jope, después de haberles contado todo... Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado”*, (Hechos 10:7-8, 19-20). Así, el apóstol Pedro predico a Cornelio, su familia y amigos, y éstos creyeron al evangelio y se convirtieron (Hechos 10:27-43), y no solo eso, sino fueron bautizados con el Espíritu Santo porque los oyeron hablar en otras lenguas, y esto sorprendió a los judíos porque no se imaginaban que esta promesa también fuera para los gentiles: *“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?”*, (Hechos 10:44-47). Así los primeros creyentes gentiles se agregaban a la iglesia del Señor.

Es interesante pensar en el papel que Pedro jugo en la fundación de la iglesia primitiva. Fue él quien les predico por primera vez a los judíos, de los cuales creyeron como 3,000, iniciando así la iglesia judía (Hechos 2:1-42). Posteriormente, el mismo apóstol Pedro fue a la casa de Cornelio y les predico el mensaje del evangelio, a él, a su familia y amigos, los cuales creyeron y se convirtieron, naciendo así la iglesia gentil. Debido a esto, se cree que es el cumplimiento de aquella profecía que Jesús le dio a Pedro que él tendría las llaves del reino de los cielos: *“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”*, (Mateo 16:18-19). Fue Pedro quien quito la llave a las puertas que separaban a los judíos y gentiles del reino de Dios, y así iniciaron ambas iglesias, sin embargo, con el tiempo habrían otros que comenzarían con su obra, tanto en Jerusalén, como la gentil, estos fueron Santiago, el hermano de Jesús, y Pablo.

La iglesia en Antioquía.

“Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos. Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor”.

Hechos 11:19-21

El libro de los Hechos hace referencia a otro acontecimiento clave en la historia de la iglesia y que marcaría un centro de misiones en el futuro de donde se expandiría la iglesia alrededor del mundo. Debido a que los creyentes judíos fueron esparcidos por todas partes debido a la persecución que en Jerusalén se había desatado y que inicio con la muerte de Esteban, algunos de ellos llegaron a Antioquia donde comenzaron testificándoles a los judíos de allí, pero no tardo mucho tiempos antes que los gentiles oyeran el evangelio y creyeran. Realmente se trataba de Antioquia de Siria, una de 16 Antioquía que Seleuco fundo (como Antioquía de Pisidia, en Galacia). Fue considerada como la tercer capital del Imperio Romano, y allí comenzó a nacer una nueva comunidad que confesaba su fe en Cristo, y tanto fue su influencia que allí fue cuando se les comenzó a llamar por primera vez cristianos: *“Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”*, (Hechos 11:26). Su influencia no solo fue tan grande que determino el nombre con el cual seríamos llamado los creyente durante siglos, sino que su fama llego hasta la misma iglesia de Jerusalén y decidieron enviar a Bernabé para inspeccionar su fe, quien se impresiono tanto que decidió quedarse allí y llevar a un recién convertido llamado Saulo de Tarso, quien se convertiría en el apóstol Pablo: *“Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor. Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor. Después fue*

Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía", (Hechos 11:21-25). Además de esto la actividad del Espíritu Santo en esta región fue tal, y Dios la utilizó para ayudar incluso a los creyentes de Jerusalén: *"En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio. Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo"*, (Hechos 11:27-30). Fue aquí también, donde Pablo y Bernabé recibieron el llamamiento del Espíritu Santo para el ministerio de apóstol, los cuales, teniendo su sede en Antioquia, iniciarían con una serie de viajes misioneros alrededor del mundo antiguo: *"Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron"*, (Hechos 13:1-3).

Los viajes misioneros de Pablo.

"Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre".

Hechos 13:4

Hechos de los apóstoles describen sorprendentemente los viajes misioneros del apóstol Pablo, quien realizó una gran labor evangelista alrededor del mundo antiguo. Jeff Caliguire comenta acerca de este hombre: *"Hace casi dos mil años, este hombre de Tarso, una ciudad costera del Asia Menor, ayudó a lanzar una empresa que cambió la historia del mundo. En un tiempo anterior a los faxes, teléfonos celulares, correos electrónicos, internet y aun de la tecnología masiva, deslumbro a un mercado desinteresado: transformo a muchos fanáticos delirantes"*. El historiador Schaff llegó a decir referente al apóstol Pablo que fue: *"el hombre que ha ejercido mayor influencia sobre la historia del mundo"*, y ciertamente basta leer el libro de Hechos de los apóstoles para darnos cuenta de ello, donde 28 capítulos de del libro, es decir, más de la mitad de dicho libro, se dedica a relatar la vida y obra misionera de Pablo, mostrándonos su gran pasión y entrega por ganar para Cristo a los perdidos: *"Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios"*, (Hechos 20:24). Pablo tiene su primera aparición cuando tan solamente era un joven llamado Saulo que consentía la muerte de Esteban: *"Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo"*, (Hechos 7:58). El apóstol nació en la ciudad de Tarso de Cilicia, sus padres eran judíos y se ignora desde qué época se hallaban habitando en la culta ciudad helénica. Si cuando Saulo se convirtió tenía, como es probable, unos treinta años, y si este hecho ocurrió alrededor de los años 36 ó 37 de la era cristiana, podemos fijar la fecha de su nacimiento, más o menos por el año 7, cuando Jesús contaba unos 10 u 11 años de edad, y vivía en Nazaret con sus padres. Se cree que desde niño fue destinado a seguir la carrera de rabino. Con este fin se confió su preparación intelectual y religiosa al judío más ilustre de su tiempo, el célebre Gamaliel, a quien sus compatriotas llamaban *"el esplendor de la ley"*. Tenía en Jerusalén una escuela que contaba con 1,000 discípulos; 500 que estudiaban la ley del Antiguo Testamento, y 500 literatura y filosofía. El consejo prudente que dio al Sanedrín, cuando comparecieron los apóstoles (Hechos 5:34-40), es un rasgo de la sabiduría que le caracterizaba. Pablo nos da cuenta de su educación a los pies del gran maestro: *"Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros"*, (Hechos 22:3). Además de sus estudios teológicos, Saulo tuvo que aprender un oficio manual. El mismo Gamaliel decía que el estudio de la ley, cuando no iba acompañado del trabajo, conducía al pecado. Un oficio era importante para los rabinos ya que no dependía de nadie y no cobraban por enseñar la ley de Dios, sino, ellos mismo se auto sostenían, y en el caso de Pablo, se dedicaba a hacer tiendas: *"y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos, pues el oficio de ellos era hacer tiendas"*, (Hechos 18:3). Varias expresiones de sus epístolas (por ejemplo, Tito 1:12), y su discurso en el Areópago de Atenas, demuestran que estaba familiarizado con la literatura griega que se leía y comentaba en sus días. Por si fuera poco, poseía la ciudadanía romana: *"Así que, luego se apartaron de él los que le iban a dar tormento; y aun el tribuno, al saber que era ciudadano romano, también tuvo temor por haberle atado"*, (Hechos 22:29), y dominaba perfectamente el idioma griego a parte de su lengua natal que era el hebreo: *"Cuando comenzaron a meter a Pablo en la fortaleza, dijo al tribuno: ¿Se me permite decirte algo? Y él dijo: ¿Sabes griego?"*, (Hechos 21:27). Su prominente carrera como fariseo y sus credenciales hizo que se ganara el favor de los sacerdotes del Sanedrín a tal punto que le dieron cartas de autorización para perseguir a la iglesia del Señor: *"Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén"*, (Hechos 9:1-2). Creyendo que servía a Dios, decidió exterminar a los cristianos, y como F. Godet, lo dijo, *"Saulo persiguió*

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

con maldad, pero no por maldad. Le animaba la mejor intención del mundo, y creía estar sirviendo a Dios cuando defendía la teocracia, la ley y el templo". Sin embargo, Dios tenía en sus planes convertirlo a su gracia para usarlo para llevar el evangelio a los gentiles: *"Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coques contra el aguijón, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer"*, (Hechos 9:3-6).

Estudiar la vida de Pablo nos enseña que el Señor tiene planes para todos sus escogidos y por muy perdidos que estos se encuentren tarde o temprano son derribados para que se cumpla el designio divino. Aquel día Pablo quedo siego y consternado al darse cuenta que todo en lo que él creía era una mentira, que aquellos a quienes él perseguía eran los portadores de la única verdad, y hoy se encontraba entre aquellos que había perseguido. Este día Pablo recibió una misión especial de parte de Jesús: *"Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados"*, (Hechos 26:16-18). Esto mismo le fue confirmado a Ananías cuando fue enviado por el Señor a orar e imponerle las manos a Pablo Para que éste recibiese la vista: *"El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre"*, (Hechos 9:15-16). Al final, como se lo dijo Pablo a Agripa, no fue rebelde a la visión celestial, sino procuro cumplirla: *"Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento"*, (Hechos 26:19-20). Y esto fue así, recién convertido inicio predicando en Damasco lo cual confundió tanto a sus oyentes al ver que aquel que un día persiguió a los cristianos hoy se había convertido en uno de ellos molestando a tal punto a los judíos de Damasco que planearon matarlo y por tal motivo fue ayudado por los discípulos a escapar: *"En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios. Y todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?... Pasados muchos días, los judíos resolvieron en consejo matarle... Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta"*, (Hechos 9:20-21, 23,25). No obstante, sus primeros días en el cristianismo no fue fácil, ya que por su reputación de perseguidor nadie quería juntarse con él, por temor, pero gracias a Bernabé logro la aceptación de todos ellos incluyendo los apóstoles: *"Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo. Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto en el camino al Señor, el cual le había hablado, y cómo en Damasco había hablado valerosamente en el nombre de Jesús. Y estaba con ellos en Jerusalén; y entraba y salía"*, (Hechos 9:26-28). Paradójicamente, en este periodo que inicio con una gran persecución la iglesia logro crecer más, extendiéndose por toda Judea, Jerusalén y Samaria, pero pronto Pablo llevaría las misiones más allá de estas fronteras, a los gentiles de todo el mundo antiguo conocido: *"Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo"*, (Hechos 9:31).

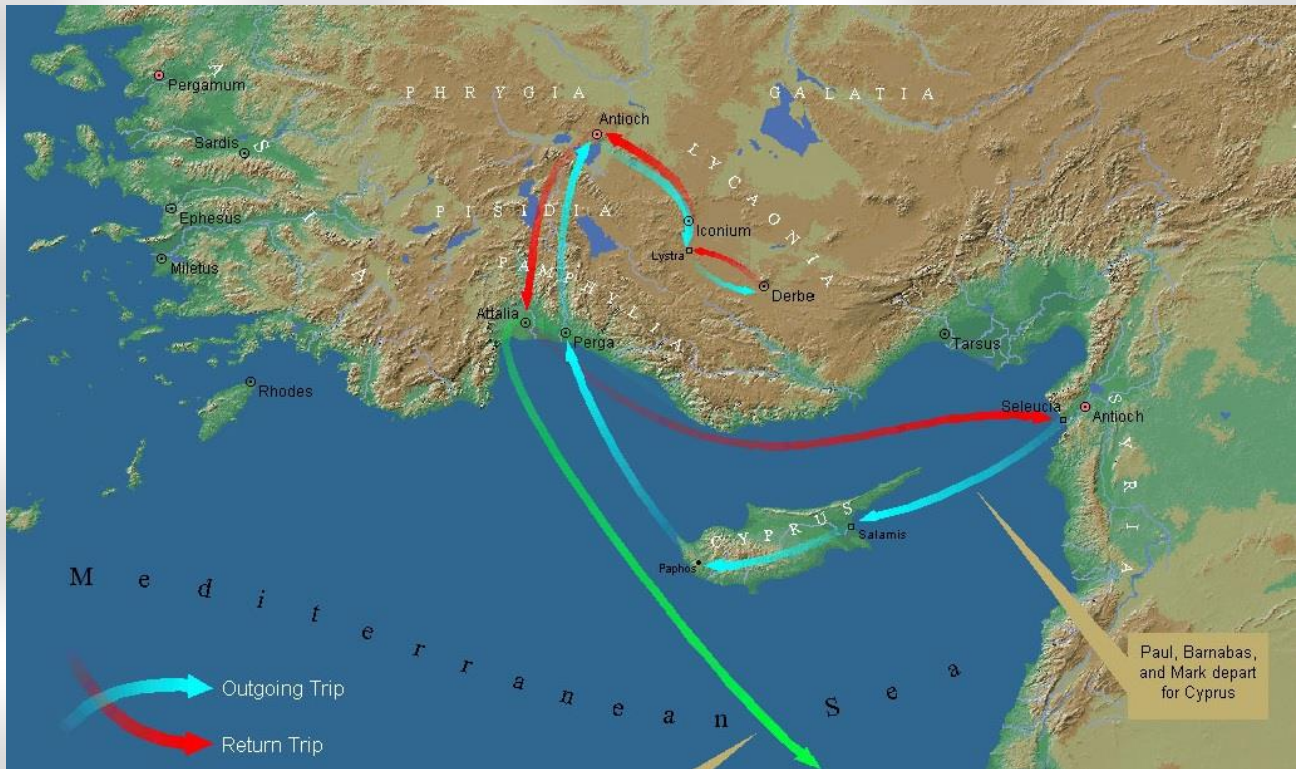
Después de la conversión de Pablo, pasaron al menos tres años aprendiendo y buscando del Señor antes de recibir su llamamiento como apóstol: *"Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco. Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor"*, (Gálatas 1:15-19). Finalmente, Dios decide llamar a Pablo y así junto con Bernabé inicia su labor misionera: *"Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron"*, (Hechos 13:1-3).

A partir del capítulo 13, versículo 4, encontramos el relato de los cuatro viajes misioneros del apóstol Pablo. Prácticamente su estrategia de evangelización consistía en acudir a lugares públicos donde se le permitía compartir su mensaje, estas podían ser sinagogas judías o cualquier casa o lugar donde se realizaban debates públicos. Luego de hacerlo generalmente se ganaba el odio de los líderes judíos u otros paganos, pero ya para ese tiempo había ganado discípulos para

Cristo, y con la ayuda de estos continuaba e ese lugar y fundaba iglesias. Si consideramos el libro de los Hechos de los apóstoles podemos ver los lugares que visito en cada viaje misionero:

Primer Viaje Misionero.

1. Partida de Antioquia de Siria.
2. Chipre.
3. Antioquia de Pisidia.
4. Iconio.
5. Listra.
6. Derbe.
7. Regreso a Antioquia de Siria.



Segundo Viaje Misionero.

1. Partida de Antioquia de Siria.
2. Derbe.
3. Listra.
4. Filipos.
5. Tesalónica.
6. Berea.
7. Atenas.
8. Corinto.
9. Regreso a Antioquia de Siria.



Tercer Viaje Misionero.

1. Éfeso.
2. Macedonia.
3. Troas.
4. Mileto.
5. Tiro.
6. Cesarea (En casa de Felipe el evangelista).
7. Jerusalén (Alboroto y prisiones).
8. Cesarea (Prisiones y defensa de Pablo).



Cuarto Viaje Misionero: a Roma.

1. Cesarea (Pablo embarca a Roma siendo custodiado por los soldados romanos).
2. Malta (Después del naufragio).
3. Roma (Pablo prisionero en Roma y pasa dos años en una casa alquilada testificando de su fe).



Cuando llegamos al último versículo de Hechos de los apóstoles sentimos la sensación que eso no termina allí, y ciertamente así es: *“Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento”*, (Hechos 28:30-31).

Pablo realiza su defensa delante del Cesar en Roma y permanece dos años allí con relativa libertad, pero, ¿qué ocurrió después de esto?

De acuerdo al testimonio de algunos padres de la iglesia primitiva podemos conocer lo que posiblemente sucedió después. El testimonio de más valor que existe es el de Clemente de Roma, que se supone fue discípulo de Pablo y ser el mismo que aparece en Filipenses 4:3. Este, escribiendo desde Roma a Corinto, dice que Pablo, antes de su martirio, predicó el evangelio en Oriente y Occidente instruyendo a todo el mundo conocido en aquel entonces y que se encontraba bajo el dominio del Imperio Romano. Se dice que Pablo llegó hasta la Extremidad de Occidente, lo cual la mayoría aseguran que se refiere a España, lo cual concuerda con su deseo expresado en su carta a los Romanos: *“cuando vaya a España, iré a vosotros; porque espero veros al pasar, y ser encaminado allá por vosotros, una vez que haya gozado con vosotros”*, (Romanos 15:24). Además de esta fuente, existe un documento perteneciente al año 170, habla también del viaje de Pablo a España conocido como el Canon de Muratorí. Por tanto, se cree que después de su primera visita a Roma, Pablo fue liberado y continuo con su actividad evangelizadora, hasta volver a ser capturado cuando la persecución bajo Nerón arrecio contra los cristianos. El escritor del tercer siglo, Eusebio dice acerca de Pablo: *“Después de defenderse con éxito, se admite por todos, que el apóstol fue otra vez a proclamar el evangelio, y después vino a Roma, por segunda vez, y sufrió el martirio bajo Nerón”*. De modo que lo que sigue al relato en los Hechos es la continuación de sus viajes misioneros, incluyendo a España lo cual ocurrió alrededor del año 63 d.C. Al ser puesto en libertad, no fue luego a España, como sería fácil suponer. El cuidado de las iglesias le llamaba al Oriente. Hizo un viaje por el Asia Menor, de acuerdo con los deseos expresados desde su prisión, en la Epístola a Filipenses 2:24 y en Filemón 22, y después de cumplir con esta misión para con las iglesias, pudo pensar en efectuar el tan anhelado viaje a la Península Ibérica. No es probable que haya pasado por Roma, porque en ese tiempo Nerón, como un león rugiente, perseguía a los santos. Es lo más probable que en Oriente se haya embarcado para Massilla (la Marsella moderna), y de Massilla a España, llegando allí en el año 64. Se cree que después de permanecer unos dos años en España, Pablo volvió a Éfeso donde tuvo que ver con dolor que se habían cumplido sus predicciones a los ancianos de aquella iglesia. Los lobos rapaces que no perdonaban el rebaño se habían levantado por todas partes, y la siembra de la cizaña había seguido a la de la buena simiente. Siempre viajaba, a pesar de su edad ya avanzada, y parece que en Nicópolis fue prendido, encarcelado y conducido a Roma.

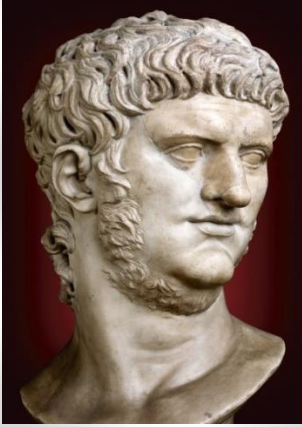
En esta segunda prisión, Pablo se encuentra en condiciones más desfavorables que cuando fue preso a Roma la primera vez. La iglesia en esa ciudad estaba desolada por la persecución. Cualquiera podía impunemente maltratar a un cristiano. Cinco años antes predicaba en su prisión y recibía a los judíos influyentes de Roma, pero ahora se halla en las prisiones a modo de malhechor y no cualquiera en ese entonces se atrevía a confesar su fe y amistad con un cristiano capturado: *“Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas, sino que cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente y me halló”*, (2 Timoteo 1:16-17). Bajo la persecución de Nerón Pablo fue capturado, enjuiciado y condenado a muerte. Sabemos algo del juicio, por lo que Pablo mismo escribió a Timoteo: *“En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león”*, (2 Timoteo 4:16-17). En esa hora de peligro faltó el hermano, faltó el amigo, faltaron todos. Pero el mejor intercesor y abogado estuvo a su lado dándole fuerzas para llevar la cruz hasta el fin de la carrera. Pablo sabía que sus días estaban contados a tal punto que en su segunda carta a Timoteo se despidió de su discípulo: *“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”*, (2 Timoteo 4:6-8). La sentencia de muerte fue pronunciada. La ciudadanía romana le libró de una muerte ignominiosa y de la tortura, tan fácilmente aplicada a los cristianos que morían por su fe. Fue decapitado fuera de las puertas de la ciudad, en la vía de Ostia, donde existe una pirámide de aquella época, único testigo de la muerte de Pablo. Sus hermanos en la fe tomaron el cadáver que se supone fue sepultado en las catacumbas. Así murió Pablo, apóstol no sin dejar un precioso tesoro de miles de almas ganadas alrededor del mundo y sus maravillosos escritos inspirados por el mismo Espíritu Santo que hoy tenemos en nuestra vida.

LA PERSECUCIÓN BAJO NERÓN

“Más ni con los remedios humanos ni con las larguezas del príncipe o con los cultos expiatorios perdía fuerza la creencia infamante de que el incendio había sido ordenado. En consecuencia, para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos”.

Tácito

Nerón llegó al poder en octubre del año 54, gracias a las intrigas de su madre Agripina, quien no vaciló ante el asesinato en sus esfuerzos por asegurar la sucesión del trono en favor de su hijo. Al principio, Nerón no cometió los crímenes por los que después se hizo famoso. Aún más, varias de las leyes de los primeros años de su gobierno fueron de beneficio para los pobres y los desposeídos. Pero poco a poco el joven emperador se dejó llevar por sus propios afanes de grandeza y placer, y por una corte que se desvivía por satisfacer sus más mínimos caprichos. Diez años después de haber llegado al trono ya Nerón era despreciado por buena parte del pueblo, y también por los poetas y literatos, a cuyo número Nerón pretendía pertenecer sin tener los dones necesarios para ello. Era un desgraciado embriagado de su propia vanagloria, consagrado a buscar los aplausos de una multitud de aduladores. Formó la compañía llamada de los "caballeros de Augusto" cuya misión era la de seguir al loco emperador a todos sus actos de exhibición, y aplaudir cualquier travesura que imaginase. Roma vio a su emperador ocupado en la tarea de conducir carros en el circo; cantar y declamar en las tribunas, y disputarse los premios musicales. Cuantos se oponían a su voluntad, o bien morían misteriosamente, o bien recibían órdenes de quitarse la vida. Cuando la esposa de uno de sus amigos le gustó, sencillamente hizo enviar a su amigo a Portugal, y tomó la mujer para sí. Todos estos hechos —y muchos rumores— corrían de boca en boca, y hacían que el pueblo siempre esperara lo peor de su soberano. Pero Nerón tenía también gusto artístico, y aspiraba a transformar la ciudad. Sus planes eran tan vastos que todo lo que había le estorbaba. Quería hacer una ciudad nueva que marcara una nueva época en la historia, y que llevase su nombre: Nerópolis. Para llevar a Roma la idea que ardía en su candente imaginación, tenía que hacer desaparecer templos que eran mirados como sagrados, y palacios históricos que jamás Roma hubiera permitido tocar. ¿Cómo hacer desaparecer esos obstáculos? Nerón concibió la tremenda idea de incendiar la ciudad. Un voraz incendio, que se manifestó simultáneamente en muchas partes de la ciudad, convirtió a Roma en una inmensa hoguera, el 19 de julio del año 64. Las llamas, devorando todo lo que encontraban, subían las colinas y descendían a los valles. El fuego seguía su marcha atravesando la ciudad en todas direcciones, y durante seis días y siete noches caían miles de edificios que quedaban reducidos a escombros. Los montones de ruinas detuvieron el fuego, pero volvió a reanimarse y prosiguió tres días más. Los muertos y contusos eran numerosísimos. Nerón, que se había ausentado para alejar las sospechas que caerían sobre él, regresó a tiempo para ver el incendio. Se dijo que desde las alturas de una torre, y vestido con traje teatral contempló el espectáculo, y cantó con la lira una antigua elegía. Si esto es leyenda, tiene el mérito de pintar el carácter diabólico de este hombre siniestro. Después del incendio los romanos estaban disgustados al ver que todo estaba destruido, todos sabían que Nerón era el culpable de todo, y entonces Nerón pensó entonces en hacer caer sobre otros la culpa. Necesitaba víctimas, y su mente diabólica pensó en los cristianos. El público estaba predispuesto a cualquier acto hostil a la iglesia, de modo que Nerón sólo tuvo que encender la mecha para que estallara la bomba bien repleta de odio a los cristianos. ¿No habían visto a los cristianos mirar con indiferencia los monumentos del paganismo? ¿No decían éstos que todo estaba corrompido y que todo sería destruido por fuego? El pueblo desencadenó su furia contra los mansos y humildes discípulos del Salvador. Nunca se conocerá el número de víctimas que perecieron en esta persecución. Actos de la más brutal crueldad se llevaron a cabo con hombres y mujeres. Tácito, el historiador romano, ha descrito en sus memorias el salvajismo y crueldad que deleitaron a la población. Los cristianos eran envueltos en pieles de animales y arrojados a los perros para ser comidos por éstos; muchos fueron crucificados; otros arrojados a las fieras en el anfiteatro, para apagar la sed de sangre de cincuenta mil espectadores; y para satisfacer las locuras del emperador se alumbraron los jardines de su mansión con los cuerpos de los cristianos que eran atados a los postes revestidos de materiales combustibles, para encenderlos cuando se paseaba Nerón en su carro triunfal entre estas antorchas humanas, y la multitud delirante que presenciaba y aplaudía aquellas atrocidades.



Busto en Mármol del
Emperador Nerón

Aunque al principio se acusó a los cristianos de incendiarios, todo parece indicar que pronto se comenzó a perseguirles por el mismo hecho de ser cristianos, y por todas las supuestas abominaciones que iban unidas a ese nombre. El propio Nerón debe haberse percatado de que el pueblo sabía que se perseguía a los cristianos no por el incendio, sino por otras razones. Tácito también nos dice que en fin de cuentas *“no se les condenó tanto por el incendio como por su odio a la raza humana”*. En vista de todo esto, y a fin de justificar su conducta, Nerón promulgó contra los cristianos un edicto que desafortunadamente no ha llegado a nuestros días. Probablemente los planes de Nerón incluían extender la persecución a las provincias, si no para destruir el cristianismo en ellas, al menos para lograr nuevas fuentes de víctimas para sus espectáculos. Pero en el año 68 buena parte del imperio se rebeló contra el tirano, y el senado romano lo depuso. Prófugo y sin tener a dónde ir, Nerón se suicidó. A su muerte, muchas de sus leyes fueron abolidas. Pero su edicto contra los cristianos siguió en pie. Esto quería decir que, mientras nadie se ocupara de perseguirles, los cristianos podían vivir en paz; pero tan pronto como algún emperador u otro funcionario decidiera desatar la persecución podía siempre apelar a la ley promulgada por Nerón.

LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

“No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada...”

Lucas 21:6

Cuando Félix era gobernador de Judea, hubo una disputa entre judíos y sirios acerca de la ciudad de Cesárea. Ambos partidos pretendían que les pertenecía. De las palabras pasaron a los hechos, tomando las armas unos contra otros. Félix puso fin a la contienda mandando a Roma delegados de ambos partidos para someter el caso al emperador. Este falló en favor de los sirios, y cuando, el año 67, la noticia llegó a Judea, estalló inmediatamente la rebelión. Sirios, judíos y romanos se mezclaron en la sangrienta revuelta, que asumió bien pronto un carácter alarmante. Las aldeas eran teatro de escenas horribles. El mar de Galilea, donde Jesús había predicado sobre el reino de los cielos, estaba teñido de sangre y cubierto de cadáveres flotantes. Una gran victoria de los judíos sobre las tropas romanas, mandadas por Cestio, dio impulsos a la rebelión, que se generalizó en todo el país. Los hombres sensatos veían que todo aquello era un esfuerzo estéril, porque tarde o temprano tenían que sucumbir bajo los dardos de los romanos; pero ya por patriotismo, ya por el impulso de las circunstancias, no pudieron hacer otra cosa sino tomar parte en la guerra. Uno de éstos fue el célebre Josefo, quien tan grandes servicios prestaría a la historia, y a quien le fue confiado el comando de las fuerzas que actuaron en Galilea. La noticia del levantamiento de Judea llegó a Roma cuando el loco emperador Nerón estaba ocupado en los preparativos de un viaje a Grecia donde, seguido de un gran séquito de aduladores, iba a lucir sus dotes de artista, disputándose todos los premios ofrecidos en los concursos. Con gran acierto confió al viejo militar Vespasiano el mando de las legiones que tenían que ir a subyugar a Judea. Vespasiano mandó a su hijo Tito hasta Alejandría para reunir las fuerzas que había en aquella región, y él, cruzando el Helesponto o Dardanelos, siguió por tierra a Siria. Juntando las fuerzas de Tito, de Antonio, de Agripa y de Soheme, y cinco mil hombres más mandados por los árabes, Vespasiano emprendió la reconquista al frente de unos 60, 000 hombres.

Empezó la guerra en Galilea, donde Josefo oponía una heroica y bien estudiada resistencia. La lucha fue ardua pero Josefo tuvo que ceder el terreno a los vencedores, huyendo a una caverna en la que pasó un tiempo escondido con unos cuarenta hombres que le siguieron. Como Vespasiano le ofreciese toda clase de seguridades concluyó por entregarse, y desde entonces aparece siempre al lado de los Flavios Vespasianos, tanto en el sitio de Jerusalén, como después de pacificado el país, en honor de los cuales Josefo añadió a su nombre el de Flavio. Desde el punto de vista patriótico ha sido muy censurada la conducta de Josefo, pero uno no puede menos de ver la mano de Dios obrando para que este ilustrado judío fuese testigo ocular de la guerra que daría un fiel cumplimiento a las palabras proféticas de Jesucristo acerca de Jerusalén y del pueblo elegido. Mientras los ejércitos dominaban el país, la guerra civil se había declarado en Jerusalén. Tres partidos se disputaban el poder. Se vivía bajo el régimen del terror. La aristocracia había sido derrocada, y un populacho salvaje, encabezado por un tal Juan de Giscala, encuartelado en el templo, dominaba la ciudad. En otro distrito de la ciudad mandaba un tal Simón. El sumo sacerdote, los principales escribas y fariseos, y todos los grandes aristócratas de Jerusalén fueron muertos, y sus

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

cadáveres arrastrados por las calles y arrojadas fuera del muro. Grande fue la impresión de la población cuando vio la suerte que tocó a estos orgullosos señores, a quienes habían visto revestidos de espléndidos trajes, y a quienes ahora veían tendidos desnudos por las calles. Muchos de ellos eran los mismos que habían condenado a Cristo, a Esteban y a Jacobo.

Aquello era la abominación predicha por el profeta Daniel. Los cristianos se acordaron de las palabras del Maestro: *“Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes”*, (Mateo 24:16.) los cristianos de Jerusalén lograron huir a Pella, una ciudad de la región montañosa de Perea, donde pudieron permanecer libres de los males que azotaban a Jerusalén. La huida tuvo lugar en el año 68. La iglesia vivió sostenida casi milagrosamente, y continuó su obra en toda la región transjordánica. En este tiempo Vespasiano fue proclamado emperador y, teniendo que volver a Roma, dejó a cargo de su hijo Tito la terminación de la guerra. Los romanos avanzaron y de pronto Jerusalén se vio sitiada por las fuerzas de Tito. Jesús había predicho la ruina de la ciudad cuando lloró sobre ella (Lucas 19:42-44). Josefo nos ha dejado un minucioso relato del sitio y destrucción de Jerusalén, y es admirable la semejanza que existe entre la profecía de Cristo y los hechos narrados por este historiador.

Como el sitio se prolongaba, las provisiones empezaron a escasear. Los soldados rebuscaban todos los rincones de las casas, quitando a las familias los víveres de que disponían *“Les hacían sufrir tormentos inauditos —dice Josefo— para hacerles confesar donde tenían escondido un pan o un puñado de harina. A los pobres les quitaban los tuyos que con peligro de sus vidas juntaban durante la noche, sin escuchar los ruegos que les hacían, en nombre de Dios, para que les dejasen siquiera una pequeña parte, y creían que les hacían una gran merced con no matarlos después de robarles”*. Sobre los sufrimientos dentro de la ciudad, bajo el terror implantado por Juan de Giscala y Simón, dice el citado historiador: *“Sería entrar en una tarea imposible detallar particularmente todas las crueldades de esos impíos. Me contento con decir que no creo que desde el comienzo de la creación del mundo se haya visto a una ciudad sufrir tanto, ni otros hombres en los cuales la malicia fuese tan fecunda en toda clase de maldades”*. Estas palabras de Josefo hacen recordar el anuncio profético de Cristo: *“Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá”*, (Mateo 24:21). Muchos trataban de salir de la ciudad en busca de víveres, y caían en poder de los sitiadores. Como era difícil guardarlos a causa del gran número, los crucificaban frente a los muros de la ciudad, con el fin de atemorizar a los de adentro. No pasaba día sin que tomasen quinientos y aún más de entre estos que procuraban huir. Tito era un hombre tan magnánimo cómo es posible serlo en tales circunstancias, y sufría con los actos de crueldad que tenía que presenciar, y que por la ley implacable de la guerra no le era posible remediar. Los soldados romanos hacían sufrir horriblemente a los pobres que eran crucificados. *“No había bastante madera para hacer cruces —dice Josefo— ni sitio donde colocarlas”*. Oigamos aún a Josefo: *“Los judíos, viéndose encerrados en la ciudad, desesperaron de su suerte. El hambre, cada vez peor, devoraba familias enteras. Las casas estaban llenas de cadáveres de mujeres y de niños, y las calles, de los de los ancianos. Los jóvenes iban cayéndose por las plazas públicas. Se les hubiera creído más bien espectros que personas vivas. No tenían fuerzas para enterrar sus muertos, y aunque la hubieran tenido, no habrían podido hacerlo a causa del gran número, y porque no sabían cuántos días de vida les quedaban a ellos. Otros se arrastraban hasta el lugar de la sepultura para esperar allí la muerte. Al principio se hacía enterrar los muertos por cuenta del tesoro público, para librarse de la hediondez. Pero no siendo posible continuar cumpliendo con esta tarea, los arrojaban por encima del muro a los valles. El horror que tuvo Tito al ver llenos estos valles, cuando rodeaba la plaza, y la putrefacción que salía de tantos cadáveres le hizo lanzar un profundo suspiro: levantó las manos al cielo y llamó a Dios por testigo de que no era él el causante de aquello”*.

Josefo, desde el muro, hablaba a los sitiados para persuadirlos de que era inútil continuar la resistencia, pero era desoído. Tito quería evitar escenas desgarradoras, pero la tenacidad de los sitiados hacía imposible todo arreglo. Los que podían huir de la ciudad tragaban monedas de oro para encontrarse con algún dinero cuando éste fuese de utilidad. Los soldados llegaron a saberlo y entonces comenzaron a abrir el vientre de todos los que caían en su poder para apoderarse de aquel dinero. Los árabes y los sirios fueron los que más se ejercitaron en esta crueldad, fruto de la avaricia. En una sola noche más de dos mil infelices murieron de este modo. Cuando Tito tuvo conocimiento de esto, castigó severamente a los culpables. Las poderosas máquinas guerreras de los romanos lograron abrir una brecha en los muros, y los soldados avanzaron. La resistencia no pudo ser muy heroica debido al estado de debilidad en que se hallaban los combatientes judíos. Fortaleza tras fortaleza fue cediendo al empuje vigoroso de los vencedores.



Jerusalén es destruida en el año 70 d.C.

Los secuaces de Juan de Giscala, atrincherados en el templo, hacían sus últimos esfuerzos. Tito había resuelto salvar el templo. No quería que esa maravilla del mundo fuese destruida. Pero un soldado arrojó una antorcha encendida y el incendio del templo se inició con rapidez. Tito, en este momento, estaba descansando en su tienda. Al saberlo corrió al templo y ordenó que se detuviese el fuego; todo fue inútil. Uno mayor que Tito había dicho: *“No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada”*, (Lucas 21:6). Esto ocurría el año 70 de nuestra era. Las víctimas de esta espantosa catástrofe llegaron a 1, 100, 000, entre hombres, mujeres y niños, y si se agregan los que murieron en los combates precedentes, el número asciende a 1, 357, 000, según los cálculos de Josefo. Otros 90, 000 fueron vendidos como esclavos. Así terminó Jerusalén. Cuarenta años antes, frente al palacio de Pilato, al pedir la muerte de Jesús, sus habitantes habían clamado: *“Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”*, (Mateo 27:25) ¡Jamás juramento alguna tuvo un cumplimiento tan evidente!

LOS MÁRTIRES DE LA IGLESIA APOSTÓLICA

“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; más cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme”.

Juan 21.18-19

La iglesia apostólica llegó a experimentar un rápido crecimiento en Jerusalén, figuras como Pedro, Juan y Santiago el hermano de Jesús figuraron entre sus primeros líderes. La actividad misionera alcanzó miles de almas en Samaria y hasta lo último de mundo. Pablo jugó un papel muy importante en esto, pero al igual que él, hubo otros que fueron a las partes de Egipto, África y la India donde también el mensaje se difundió diseminando el cristianismo en estas regiones. A continuación presentamos una pequeña descripción de la obra y muerte de los héroes de la fe que se destacaron en este importante periodo.

Jacobo el hermano de Juan

“En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan”.

Hechos 12:1-2

Después de Esteban, el siguiente mártir que encontramos en el relato de Hechos de los Apóstoles es Jacobo hijo de Zebedeo, hermano mayor de Juan. No fue hasta diez años después de la muerte de Esteban que tuvo lugar este segundo martirio. Ocurrió que tan pronto como Herodes Agripa I fue designado gobernador de Judea el cual queriendo ganar el favor de los dirigentes judíos desató una persecución terrible contra los líderes de la iglesia que termina con el encarcelamiento de Pedro y la muerte de Jacobo. El escritor antiguo Clemente de Alejandría nos dice que cuando Jacobo estaba siendo conducido al lugar de su martirio, su acusador fue llevado al arrepentimiento, cayendo a sus pies para pedirle perdón, profesándose cristiano, y decidiendo que Jacobo no iba a recibir solo la corona del martirio. Por ello, ambos fueron decapitados juntos. Así recibió resuelto y bien dispuesto el primer mártir apostólico aquella copa, que él le había dicho a nuestro Salvador que estaba dispuesto a beber. Estos acontecimientos tuvieron lugar alrededor del 44 d.C.

Felipe

De acuerdo al relato bíblico fue de los primeros discípulos de Jesús y nació en Betsaida de Galilea: *“El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro”*, (Juan 1:43-44). De acuerdo a la tradición trabajó diligentemente en Asia Superior, y sufrió el martirio en Heliópolis, Frigia. Fue azotado, echado en la cárcel, y después crucificado, en el 54 d.C.

Mateo

Su profesión era recaudador de impuestos, había nacido en Nazaret y se conoció también con el nombre de Leví: *“Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo:*

Sígueme", (Lucas 5:27). Escribió su evangelio en hebreo, que fue después traducido al griego por Jacobo el Menor. Los escenarios de sus labores fueron Partia y Etiopía, país en el que sufrió el martirio, siendo muerto con una alabarda en la ciudad de Nadaba en el año 60 d.C.

Jacobo (Santiago, hermano de Jesús)

No hay que confundirlo con ninguno de los dos apóstoles de este nombre: Jacobo hijo de Zebedeo, ni Jacobo hijo de Alfeo (Mateo 10:2-3). Se trata de Jacobo el hermano del Señor: *"pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor"*, (Gálatas 1:19) autor de la Epístola de Santiago. Santiago es considerado el más prominente de todos los Santiagos (Jacobos) que se mencionan en el Nuevo Testamento, medio hermano de Jesús y líder del Concilio de Jerusalén. En cuanto a su nombre en sí, nuestra forma Santiago es un derivado medieval del latín *Sant Iacobs*, que literalmente significa San Jacobo, lo cual significa que ambos nombres identifican a la misma persona. Jacobo, el hermano del Señor, no figura entre los discípulos sino después de la resurrección de Cristo. Es probable que haya sido uno de los hermanos de Jesús que no querían creer en la misión mesiánica de Jesús (Juan 7:5); pero que vencido por la realidad de la resurrección (13 Corintios 15:7) no pudo menos que convertirse y entrar a actuar con los discípulos. Pronto ocupa un lugar prominente entre los hermanos y los apóstoles. Su nombre es mencionado por Pedro al salir de la cárcel: *"Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos"*, (Hechos 12:17.) Pablo, al hablar de las columnas de la iglesia de Jerusalén, lo nombra antes que a Pedro y Juan (Gálatas 2:9). En el concilio de Jerusalén (Hechos 15) también toma parte activa, y muchos suponen que fue el que presidió la reunión. Cuando Pablo fue a Jerusalén por última vez (Hechos 21:18) fue a visitar a Jacobo, y los ancianos de la iglesia se reunieron en su casa.

Según atestiguan muchos escritores de los primeros siglos, Jacobo (o Santiago) llevaba una vida completamente ascética, lo que le daba acceso a los judíos no convertidos. Se privaba de todo lo que constituye algún placer o comodidad, y su fama de hombre santo era popular en la ciudad donde era conocido bajo el sobrenombre de Justo. Nunca renunció al rigorismo de la ley mosaica de la cual no se consideraba completamente desligado aunque había abrazado la fe cristiana. La epístola por él escrita confirma estos testimonios sobre su carácter austero. Acerca de su muerte, se sabe que sufrió el martirio, siendo lapidado cerca del Templo. Josefo hace sobre su muerte el siguiente relato en su libro Antigüedades: *"Anano (o Hanán), que tomó el cargo de sumo sacerdote, era un hombre audaz, altanero y muy insolente. Era de la secta de los saduceos, quienes sobrepasan a todos los judíos en la manera cruel con que tratan a los culpables. Pensó que era el momento oportuno para ejercer su autoridad. Festo había muerto, y Albino, que había sido enviado a Judea para sucederle, estaba en viaje. Así que él reunió el Sanedrín e hizo comparecer al hermano de Jesús, llamado Cristo, cuyo nombre era Jacobo, y a varios otros de sus compañeros, y habiendo formulado una acusación contra ellos como quebrantadores de la ley, los entregó para ser apedreados".* Se dice que murió a la edad de noventa y seis años. Renán hablando de su muerte dice: *"La muerte de este santo personaje hizo el peor efecto en la ciudad. Los devotos fariseos, los estrictos observadores de la ley, sintiéndose muy descontentos. Jacobo era universalmente estimado; se le tenía por uno de los hombres cuyas plegarias eran de suma eficacia... Casi todo el mundo estuvo de acuerdo en pedir a Herodes Agripa II que pusiera límites a la audacia del sumo sacerdote. Albino tuvo conocimiento del atentado de Anano, cuando ya había salido de Alejandría con dirección a Judea, escribió a Anano una carta amenazadora; después lo destituyó. Por consiguiente Anano fue sumo sacerdote sólo tres meses".*

Matías

De él se sabe menos que de la mayoría de los discípulos; fue escogido para llenar la vacante dejada por Judas Iscariote. Fue apedreado en Jerusalén y luego decapitado.

Andrés

Hermano de Pedro, predicó el evangelio a muchas naciones de Asia; pero al llegar a Edesa fue prendido y crucificado en una cruz cuyos extremos fueron fijados transversalmente en el suelo. De ahí el origen del término de Cruz de San Andrés.

Marcos

Nació de padres judíos de la tribu de Leví. Se supone que fue convertido al cristianismo por Pedro, a quien sirvió como amanuense, y bajo cuyo cuidado escribió su Evangelio en griego. Marcos fue arrastrado y despedazado por el populacho de Alejandría, en la gran solemnidad de su ídolo Serapis, acabando su vida en sus implacables manos.

Pedro

Muy poco se sabe sobre los últimos días de este noble apóstol que desempeñó una parte tan importante entre los doce, y que tan gloriosamente actuó en los primeros días de la iglesia de Jerusalén. Si recordamos que a él le fue encomendada la predicación del evangelio a los judíos, no está fuera de lugar suponer que se dedicó a viajar para llevar el divino mensaje a los israelitas esparcidos por todo el mundo. Descartada como leyenda la infundada tradición de los veinticinco años de residencia en Roma, surge la pregunta: ¿qué hizo Pedro, y dónde estuvo todo el tiempo que transcurre entre los últimos datos que de él tenemos en el libro de los Hechos, y su muerte? La mejor respuesta a esa pregunta la tenemos en su Primera Epístola. En el último capítulo leemos la siguiente salutación: *“La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan”*, (1 Pedro 5:13). De ahí se desprende que Pedro se hallaba en la Mesopotamia, donde residían numerosos israelitas, a los cuales seguramente él estaba evangelizando, sin dejar por eso de hacer la misma cosa entre los gentiles de esa región. Los romanistas, en su desesperación por demostrar que Pedro estaba en Roma, dan al nombre de Babilonia un sentido simbólico, sosteniendo que significa Roma. En el Apocalipsis es evidente que Babilonia es el nombre con que se designa la ciudad de los Césares, pero es del todo contrario a una sana regla de interpretación, querer ver símbolos en unas sencillas palabras de salutación fraternal. En la misma Epístola vemos también que ésta fue dirigida a los expatriados de la dispersión: *“Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”*, (1 Pedro 1:1). Como no es lógico suponer que se dirija una carta de esta índole a personas o agrupaciones desconocidas, es también lógico admitir que Pedro haya trabajado en esas regiones durante el período que nos ocupa.

Tocante a su muerte, todo conduce a suponer que murió crucificado. Una prueba de esto la tenemos en el evangelio según San Juan. Ahí leemos estas palabras que el Señor dirigió a Pedro: *“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme”*, (Juan 21.18-19). El testimonio de varios autores de los tiempos primitivos: Tertuliano, Orígenes, Eusebio, agrega más pruebas a la creencia que prevalecía, en los primeros siglos, de que Pedro murió crucificado, y era también admitido que por pedido suyo pidió ser crucificado cabeza abajo por considerarse indigno de sufrir la misma muerte de su Maestro.

Pablo

También el apóstol Pablo, que antes se llamaba Saulo, tras su enorme trabajo y obra indescriptible para promover el Evangelio de Cristo, sufrió también bajo esta primera persecución bajo Nerón. Dice Abdías que cuando se dispuso su ejecución, que Nerón envió a dos de sus caballeros, Ferega y Partemio, para que le dieran la noticia de que iba a ser muerto. Al llegar a Pablo, que estaba instruyendo al pueblo, le pidieron que orara por ellos, para que ellos creyeran. Él les dijo que poco después ellos creerían y serían bautizados delante de su sepulcro. Hecho esto, los soldados llegaron y lo sacaron de la ciudad al lugar de las ejecuciones, donde, después de haber orado, dio su cuello a la espada.

Judas

Hermano de Jacobo el menor, era comúnmente llamado Tadeo. Fue crucificado en Edesa el 72 d.C.

Bartolomé

Predicó en varios países, y habiendo traducido el Evangelio de Mateo lenguaje de la India, lo propagó en aquel país. Finalmente fue cruelmente azotado y luego crucificado por los agitados idólatras.

Tomás

Llamado Dídimo, predicó el Evangelio en Partia y la India, donde al provocar a los sacerdotes paganos a ira, sufrió el martirio al ser atravesado con una lanza.

Lucas

El evangelista, fue autor del Evangelio que lleva su nombre. Viajó con por varios países, y se supone que fue colgado de un olivo por los idolátricos sacerdotes de Grecia.

Simón de cananista

De sobrenombre Zelote, predicó el Evangelio en Mauritania, África, incluso en Gran Bretaña, país en el que fue crucificado en el 74 d.C.

Juan

El «discípulo amado» era hermano de Jacobo el Mayor. Las iglesias Esmirna, Pérgamo, Sardis, Filadelfia, Laodicea y Tiatira fueron fundadas por él. Fue enviado de Éfeso a Roma, donde se afirma que fue echado en un caldo de aceite hirviendo. Escapó milagrosamente, sin daño alguno. Domiciano desterró posteriormente a la isla de Patmos, donde escribió el Libro de Apocalipsis. Nerva, el sucesor de Domiciano, lo liberó. Fue el único apóstol que escapó del martirio y tuvo una muerte natural alrededor del 100 d.C.

Bernabé

Era de Chipre, pero de ascendencia judía. Se supone que su muerte tu lugar alrededor del 73 d.C.



La Iglesia Primitiva

“Estoy empezando a ser discípulo... El fuego y la cruz, muchedumbres de fieras, huesos quebrados... todo he de aceptarlo, con tal que yo alcance a Jesucristo”.

San Ignacio de Antioquía

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”.

Apocalipsis 2:10

INTRODUCCIÓN

Se conoce como la *Iglesia Primitiva* al *periodo comprendido entre el año 100 d.C. hasta que Constantino le puso fin a las persecuciones con el edicto de Milán en el año 313 d.C.* Este periodo de 200 años le proporciona a los estudiosos bíblicos una clara comprensión de la formación final de la iglesia cristiana la cual marco la pauta para su final formación teológica y eclesiástica, influencia que sobrevive hasta el día de hoy. Después de la muerte de Nerón, Vespasiano ascendió al trono y posteriormente su hijo Tito. Durante su reinado la iglesia gozo de relativa tranquilidad lo cual le permitió su rápido e increíble crecimiento. Tanto en Samaria, las regiones de Mesopotamia, Grecia, Roma, España, Persia, Arabia, Egipto, Media, Francia, Inglaterra, Alemania, África, la India y muchas otras naciones alrededor del mundo contaban ya con comunidades cristianas, su crecimiento era tan increíble que el mundo pagano se asombraba de ello. Justino Mártir comento al respecto de este crecimiento: *“No hay una sola raza de hombres, ya sean bárbaros o griegos, o de cualquier otro nombre, nómades errantes o pastores viviendo en tiendas, entre los cuales no se hagan oraciones y acciones de gracias en el nombre del crucificado Jesús”.* En un pasaje de Ireneo, escrito más o menos en la misma época que el que acabamos de citar, se habla de iglesias en Alemania, Francia, España, Egipto, Libia, y otras regiones; y un comentario de Tertuliano de finales del segundo siglo nos da la idea del tipo de crecimiento que la iglesia había experimentado: *“Somos solamente de ayer, y hemos llenado todo lugar entre vosotros; ciudades, islas, fortalezas, pueblos, mercados, campos, tribus, compañías, senado, foro; no os hemos dejado sino los templos de vuestros dioses. Si los*

cristianos se retirasen de las comunidades paganas vosotros (los paganos) quedaríais horrorizados de la soledad en que os encontraríais, en un silencio y estupor como el de un mundo muerto”.

LAS 10 PERSECUCIONES DEL IMPERIO ROMANO

“La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”.

Tertuliano

Sin embargo, este crecimiento acelerado no fue bien visto por todos los habitantes del mundo antiguo. Debido a su poderosa influencia, el cristianismo hacía que las personas se alejaran de los templos paganos, la idolatría y sus festividades, esto fue visto como una amenaza a sus tradiciones. Con el tiempo los cristianos tendrían serios problemas con el Estado al no reconocer la divinidad del emperador. Todo esto comenzó a preparar el camino para una nueva persecución que tendría como fin erradicar el cristianismo del imperio romano. Fue con la ascensión de Domiciano al trono que las persecuciones en contra de la iglesia comenzaron a arreciar, de hecho, existe una carta escrita por Plinio al emperador Trajano donde le consulta si su actuar es el correcto en cuanto al castigo que le proporcionaba a los cristianos, dicho documento es una preciosa fuente de origen pagano que da testimonio de esto. Veamos el contenido de esta carta:

“Es mi costumbre, señor, someter a vos todo asunto acerca del cual tengo alguna duda. ¿Quién, en verdad, puede dirigir mis escrúpulos o instruir mi ignorancia? Nunca me he hallado presente al juicio de cristianos, y por eso no sé por qué razones, o hasta qué punto se acostumbra comúnmente castigarlos, y hacer indagaciones. Mis dudas no han sido pocas, sobre si se debe hacer distinción de edades, o si se debe proceder igualmente con los jóvenes como con los ancianos, si se debe perdonar a los arrepentidos, o si uno que ha sido cristiano debe obtener alguna ventaja por haber dejado de serlo, si el hombre en sí mismo, sin otro delito, o si los delitos necesarios ligados al nombre deben ser causa de castigo.

Mientras, en los casos de aquellos que han sido traídos ante mí en calidad de cristianos, mi conducta ha sido ésta: Les he preguntado si eran o no cristianos. A los que profesaban serlo, les hice la pregunta dos o tres veces, amenazándoles con la pena suprema. A los que insistieron, ordené que fuesen ejecutados. Porque, en verdad, no pude dudar, cualquiera que fuese la naturaleza de lo que ellos profesan, que su pertinacia a todo trance y obstinación inflexible, debían ser castigadas. Hubo otros que tenían idéntica locura, respecto a quienes, por ser ciudadanos romanos, escribí que tenían que ser enviados a Roma para ser juzgados. Como a menudo sucede, la misma tramitación de este asunto, aumentó pronto el área de las acusaciones, y ocurrieron otros casos más. Recibimos un anónimo conteniendo los nombres de muchas personas. A los que negaron ser o haber sido cristianos, habiendo invocado a los dioses, y habiendo ofrecido vino e incienso ante vuestra estatua, la que para este fin había hecho traer junto con las imágenes de los dioses, además, habiendo ultrajado a Cristo, cosas a ninguna de las cuales se dice, es posible forzar a que hagan los que son real y verdaderamente cristianos, a éstos me pareció propio poner en libertad. Otros de los nombrados por el delator admitieron que eran cristianos, y pronto después lo negaron, añadiendo que habían sido cristianos, pero que habían dejado de serlo, algunos tres años, otros muchos años, algunos de ellos más de veinte años, antes. Todos éstos no sólo adoraron vuestra Imagen y efigies de los dioses, sino que también ultrajaron a Cristo. Afirmaron, sin embargo, que todo su delito o extravío había consistido en esto: habían tenido la costumbre de reunirse en un día determinado, antes de la salida del sol, y dirigir, por turno, una forma de invocación a Cristo, como a un dios; también hacían pacto juramentado, no con propósitos malos, sino con el de no cometer hurtos o robos, ni adulterio, ni mentir, ni negar un depósito que les hubiera sido confiado. Terminadas estas ceremonias se separaban para volver a reunirse con el fin de tomar alimentos —alimentos comunes y de calidad inocente. Sin embargo cesaron de hacer esto después de mi edicto, en el cual, siguiendo vuestras órdenes, he prohibido la existencia de fraternidades. Esto me hizo pensar que era de suma necesidad inquirir, aun por medio de la tortura, de dos jóvenes llamadas diaconisas, lo que había de cierto. No pude descubrir otra cosa sino una mala y extravagante superstición: por consiguiente, habiendo suspendido mis investigaciones, he recurrido a vuestros consejos. En verdad, el asunto me ha parecido digno de consulta, sobre todo a causa del número de personas comprometidas. Porque, muchos de toda edad y de todo rango, y de ambos sexos, se encuentran y se encontrarán en peligro. No sólo las ciudades están contagiadas de esta superstición, sino también las aldeas y el campo; pero parece posible detenerla y curarla. En verdad, es suficiente claro que los templos, que estaban casi enteramente desiertos, han empezado a ser frecuentados, y los ritos religiosos de costumbre, que fueron interrumpidos empiezan a efectuarse de nuevo, y la carne de los animales sacrificados encuentra venta, para la cual hasta ahora se podía hallar muy pocos compradores. De todo esto es fácil formarse una idea sobre el gran número de personas que se pueden reformar, si se les da lugar a arrepentimiento”.

Por tanto, a partir de Domiciano podemos contar al menos diez persecuciones terribles dirigidas por los peores emperadores tiranos que se dedicaron a perseguir a los cristianos, sin embargo, la iglesia, lejos de desaparecer se fortalecía y crecía en medio de la tribulación: *“Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás”*, (Apocalipsis 2:13). Muchos ven en el mensaje de Apocalipsis a la iglesia de Esmirna un paralelo profético en este periodo, ya que aquí veremos una iglesia pobre, fiel aun en medio de las peores torturas, y algunos creen que esos diez días en los cuales tendrían tribulación, se refiere a esas diez persecuciones sangrientas que vivieron en este periodo: *“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendrás tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”*, (Apocalipsis 2:10). Veamos estas diez persecuciones tal y como las describe John Fox en su libro *Los Mártires*.

Primera persecución, bajo Domiciano, el 81 d.C.

El emperador Domiciano, de natural inclinado a la crueldad, dio muerte primero a su hermano, y luego suscitó la segunda persecución contra los cristianos. En su furor dio muerte a algunos senadores romanos, a algunos por malicia, y a otros para confiscar sus fincas. Luego mandó que todos los pertenecientes al linaje de David fueran ejecutados. Entre los numerosos mártires que sufrieron durante esta persecución estaban **Simeón, obispo de Jerusalén**, que fue crucificado, y el **apóstol Juan**, fue desterrado a la isla Patmos. **Flavia**, hija de un senador romano, fue asimismo desterrada al Ponto; y se dictó una ley diciendo: *“Que ningún cristiano, una vez traído ante un tribunal, quede exento de castigo sin que renuncie a su religión”*. Durante este reinado se redactaron varias historias inventadas, con el fin de dañar a los cristianos. Tal era el apasionamiento de los paganos que si cualquier hambre, epidemia o terremotos asolaban cualquiera de las provincias romanas, se achacaba a los cristianos. Estas persecuciones contra los cristianos aumentaron el número de informadores, y muchos, movidos por la codicia, testificaron en falso contra las vidas de los inocentes. Otra dificultad fue que cuando cualquier cristiano era llevado ante los tribunales, se les sometía a un juramento de prueba, y si rehusaban tomarlo, se les sentenciaba a muerte, mientras que si se confesaban cristianos, la sentencia era la misma.

Entre los mártires más destacado de este periodo tenemos: **Dionisio**, el areopaguita, era ateniense de nacimiento, y fue instruido en toda la literatura útil y estética de Grecia. Viajó luego a Egipto para estudiar astronomía, e hizo observaciones muy precisas del gran eclipse sobrenatural que tuvo lugar en el tiempo de la crucifixión de nuestro Salvador. La santidad de su forma de vivir y la pureza de sus maneras le recomendaron de tal manera ante los cristianos en general que fue designado obispo de Atenas. **Nicodemo**, un benevolente cristiano de alguna distinción, sufrió en Roma durante el furor de la persecución de Domiciano. **Protasio y Gervasio** fueron martirizados en Milán. **Timoteo**, el célebre discípulo de San Pablo, fue obispo de Éfeso, donde gobernó celosamente la Iglesia hasta el 97 d.C. En este tiempo, cuando los paganos estaban para celebrar una fiesta llamada Catagogión, Timoteo, enfrentándose a la procesión, los reprendió severamente por su ridícula idolatría, lo que exasperó de tal manera al pueblo que cayeron sobre él con palos, y lo golpearon de manera tan terrible que expiró dos días después por efecto de los golpes.

Segunda persecución, bajo Trajano, 108 d.C.

Entre los mártires de esta persecución se encuentra el ilustre **Ignacio, obispo de Antioquia de Siria**, el cual fue el sucesor del apóstol Pedro. Durante cuarenta años actuó como pastor de la floreciente iglesia de Antioquia, en la cual era estimado por sus virtudes y preciosos dones espirituales. En la tercera persecución general que tuvo lugar bajo Trajano, fue prendido en Antioquia, y el año 110 conducido a Roma para sufrir el martirio en el anfiteatro. En una de sus homilias Crisóstomo comenta acerca de su martirio: *“Una guerra cruel se había encendido contra las iglesias, y como si la tierra estuviese dominada por una atroz tiranía, los fieles eran tomados en las plazas públicas, sin que tuvieran otro crimen que reprocharles que el de haber abandonado el error para entrar en las veredas de la piedad, de haber renunciado a las supersticiones de los demonios, de reconocer al Dios verdadero, y adorar a su Hijo Unigénito, La religión que profesaban esos ardientes partidarios, les hacía merecedores de coronas, aplausos y honores; y sin embargo, era por causa de la religión que los castigaban, que les hacían sufrir mil formas de suplicio a los que habían abrazado la fe, y mayormente a los que dirigían las iglesias; porque el demonio, lleno de astucia y malicia, creía que venciendo a los pastores le sería fácil dominar al rebaño. Pero el que confunde los designios de los malvados, quiso mostrarle que no son los hombres los que gobiernan las iglesias, sino que es él mismo que dirige a los creyentes de todo país, y permitió que los pastores fuesen entregados al suplicio, para que viese que su muerte, lejos de detener los progresos del evangelio, no hacían sino extender su reino, y mostrarle que la doctrina cristiana no procede de los hombres, sino que su fuente está en los cielos; que es Dios quien gobierna todas las iglesias del mundo, y que es imposible triunfar cuando se hace la guerra al Altísimo”*.

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

Al ser condenado Ignacio, se resolvió que fuese llevado a Roma para morir en el circo. Fue conducido por diez soldados, a los que él llamaba diez leopardos, a causa del deleite que tenían en hacerle sufrir toda clase de crueldades. Las iglesias que había entre Antioquia y Roma, salían al encuentro del peregrino mártir, y se agrupaban en torno suyo para verlo, saludarlo y animarle. En Esmirna, tuvo el gozo de encontrarse con Policarpo. Sobre el trayecto de Antioquia a Roma, dice Crisóstomo: *“Otra astucia de Satanás consistía en no hacer morir a los pastores en las iglesias donde actuaban, sino que los transportaba a un país lejano. Creía debilitarlos, privándolos de las cosas necesarias, y cansándolos en la larga ruta. Fue así como hizo con el bienaventurado Ignacio. Lo obligó a pasar de Antioquia a Roma, haciéndole ver una distancia enorme, y esperando abatir su constancia por las dificultades de un viaje largo y penoso. Pero él ignoraba que teniendo a Jesús por compañero de ese viaje, se haría más robusto, daría más pruebas de la fuerza de su alma, y confirmaría las iglesias en la fe. Las ciudades acudían de todas partes, al camino, para animar a este valiente atleta, le traían víveres en abundancia, los sostenían por medio de sus oraciones y enviándole delegados”*.



*Martirio de Ignacio,
Obispo de Antioquía de Siria*

“Y ellas mismas recibían no poca consolación viendo al mártir correr hacia la muerte con el afán de un cristiano llamado al reino de los cielos; su mismo viaje y el ardor y la serenidad de su rostro, hacían ver a todos los fieles de esas ciudades que no era a la muerte que iba sino a una vida nueva, a la posesión del reino celestial. Instruía a las ciudades que había en el camino, tanto por su mismo viaje como por los discursos; y lo que sucedió a los judíos con Pablo cuando lo cargaron de cadenas para enviarlo a Roma, creyendo enviarlo a la muerte, mientras estaban enviando un maestro a los judíos que habitaban en Roma, se cumplió de nuevo con Ignacio, y de un modo aún más notable; porque no solamente para los cristianos que habitaban en Roma, sino para todas las ciudades del trayecto, fue un maestro admirable, un maestro que les enseñaba a no hacer caso de esta vida pasajera, a no tener en cuenta para nada las cosas visibles, a no suspirar sino por los bienes futuros, a mirar los cielos, a no atemorizarse por ningún mal ni por ninguna de las penas de esta vida. Esas eran las enseñanzas que daba, y otras más, a todos los pueblos por los cuales pasaba. Era un sol que se levantaba en el Oriente y corría al Occidente, derramando más luz que el astro que nos alumbraba. Este astro lanza desde arriba rayos sensibles y materias; Ignacio brillaba aquí abajo, instruyendo las almas, alumbrándolas con una luz espiritual. El sol avanza hacia las regiones del poniente, luego se oculta y deja al mundo en las tinieblas; era avanzando hacia las mismas regiones que Ignacio se levantaba, y que derramando mayor claridad, hacía mayor bien a los que estaban en la ruta. Cuando entró en Roma enseñó a esta ciudad idólatra una filosofía cristiana, y Dios quiso que allí terminase sus días, para que su muerte fuese una lección a todos los romanos”. Sobre su muerte en el inmenso Coliseo de la gran capital del Imperio, dice: *“No fue condenado a morir fuera de la ciudad, ni en la prisión, ni en un lugar apartado; pero sufrió el martirio en la solemnidad de los juegos, en presencia de toda la ciudad congregada para ese espectáculo, siendo dado como presa a las bestias feroces que lanzaron contra él. Murió de esta manera, para que levantando un trofeo contra el demonio, en presencia de todos los espectadores, tuviesen envidia de tales combates, y se mostrasen llenos de admiración ante el coraje que le hacía morir sin pena, y hasta con satisfacción. Veía con alegría a las bestias feroces, no como quien tenía que morir, sino como quien estaba llamado a una vida mejor y más espiritual”*. Fue también una obra muy importante la que hizo Ignacio al escribir cartas a las iglesias durante su viaje. Es en éstas que se hallan los datos principales sobre su martirio. Es lamentable que los sostenedores del papado hayan fraguado epístolas que atribuyen a Ignacio, y aun adulterado las auténticas. Uno de los problemas más controvertidos sobre la literatura cristiana del segundo siglo es el relacionado con la autenticidad de las cartas que se atribuyen a Ignacio. La crítica actualmente rechaza como apócrifas cinco de éstas y admite siete como genuinas. Entre las más ilustres palabras que quedaron grabadas en la historia, se encuentran las últimas palabras de este ilustre santo al enfrentar el martirio: *“Ahora comienzo a ser un discípulo. Nada me importa de las cosas visibles o invisibles, para poder sólo ganar a Cristo. ¡Que el fuego y la cruz, que manadas de bestias salvajes, que la rotura de los huesos y el desgarramiento de todo el cuerpo, y que toda la malicia del diablo vengan sobre mí!; ¡sea así, si sólo puedo ganar a Cristo Jesús!”* E incluso cuando fue sentenciado a ser echado a las fieras, tal era el ardiente deseo que tenía de padecer, que decía, cada vez que oía rugir a los leones: *“Soy el trigo de Cristo; voy a ser molido con los dientes de fieras salvajes para que pueda ser hallado pan puro”*.

La tercera persecución bajo Adriano.

Adriano, el sucesor de Trajano, prosiguió esta tercera persecución con tanta severidad como su sucesor. Alrededor de este tiempo fueron martirizados *Alejandro*, obispo de Roma, y sus dos diáconos; también *Quirino* y *Hermes*, con sus

familias; **Zeno**, un noble romano, y alrededor de diez mil otros cristianos. Muchos fueron crucificados en el Monte Ararat, coronados de espinas, siendo traspasados con lanzas, en imitación de la pasión de Cristo. **Eustaquio**, un valiente comandante romano, con muchos éxitos militares, recibió la orden de parte del emperador de unirse a un sacrificio idolátrico para celebrar algunas de sus propias victorias. Pero su fe (pues era cristiano de corazón) era tanto más grande que su vanidad, que rehusó noblemente. Enfurecido por esta negativa, el desagradecido emperador olvidó los servicios de este diestro comandante, y ordenó su martirio y el de toda su familia. En el martirio de **Faustines** y **Jovitas**, que eran hermanos y ciudadanos de Brescia, tantos fueron sus padecimientos y tan grande su paciencia, que el **Calocerio**, un pagano, contemplándolos, quedó absorto de admiración, y exclamó, en un arrebato: “*¡Grande es el Dios de los cristianos!*”, por lo cual fue prendido y se le hizo sufrir pareja suerte. Muchas otras crueldades y rigores tuvieron que sufrir los cristianos, hasta que **Quadratus**, obispo de Atenas, hizo una erudita apología en su favor delante del emperador, que estaba entonces presente, y Arístides, un filósofo de la misma ciudad, escribió una elegante epístola, lo que llevó a Adriano a disminuir su severidad y a ceder en favor de ellos. Adriano, al morir en el 138 d.C., fue sucedido por Antonino Pío, uno de los más gentiles monarcas que detuvo las persecuciones contra los cristianos.

La cuarta persecución bajo Marco Aurelio Antonino, 162 d.C.

Marco Aurelio sucedió en el trono en el año 161 de nuestro Señor, era un hombre de naturaleza más rígida y severa, y aunque elogiado en el estudio de la filosofía y en su actividad de gobierno, fue duro y fiero contra los cristianos, y desencadenó la cuarta persecución. Las crueldades ejecutadas en esta persecución fueron de tal calibre que muchos de los espectadores se estremecían de honor al verlas, y quedaban atónitos ante el valor de los sufrientes. Algunos de los mártires eran obligados a pasar, con sus pies ya heridos, sobre espinas, clavos, aguzadas conchas, etc., puestos de punta; otros eran azotados hasta que quedaban a la vista sus tendones y venas, y, después de haber sufrido los más atroces tormentos que pudieran inventarse, eran destruidos por las muertes más terribles. **Germánico**, un hombre joven, pero verdadero cristiano, siendo entregado a las fieras a causa de su fe, se condujo con un valor tan asombroso que varios paganos se convirtieron a aquella fe que inspiraba tal arrojo.

Entre los mártires de este periodo tenemos al ilustre **Policarpo, obispo de Esmirna**. Policarpo era uno de los discípulos de San Juan. Conoció el evangelio en los años tempranos de su vida, y se consagró de todo corazón a pastorear la iglesia de Esmirna, en la que actuó durante muchos años. Era venerado de todos, no sólo por sus canas, sino también por la piedad manifiesta en su vida, y el espíritu cristiano que animaba todos sus actos. En el año 167 la persecución se levantó violenta contra las iglesias de toda la región que circunda a Esmirna. El procónsul de Asia, hasta entonces no había mostrado hostilidad, pero fue arrastrado en esta mala corriente por los sacerdotes paganos y los judíos intolerantes. Su método consistía en hacer una exhibición de los instrumentos de tortura, y de los animales salvajes a los cuales serían arrojados los que no quisieran abjurar. Si con esto no conseguía atemorizar a los cristianos, los condenaba a muerte. En medio de indescriptibles tormentos, que horrorizaban aun a los mismos espectadores paganos, los cristianos mostraban una tranquilidad y resignación que los verdugos no podían comprender. Existe una carta que la iglesia de Esmirna envió a las iglesias hermanas, en la cual se halla un relato detallado de los sufrimientos a que fueron expuestos, y de la manera como supieron llevarlos con resignación y constancia. “*Nos parecía —dice la iglesia— que en medio de los sufrimientos estaban ausentes del cuerpo, o que el Señor estaba al lado de ellos y caminaba entre ellos, y que reposando en la gracia de Cristo, despreciaban los tormentos de este mundo*”. No es extraño que en estas circunstancias ocurriesen algunos casos de fanatismo. Se dice que un cierto frigio llamado **Quinto**, se presentó ante el tribunal del procónsul declarando que era cristiano y que quería sufrir por su fe, pero cuando le mostraron las bestias salvajes su ánimo falso cedió y ofreció sacrificios a los ídolos jurando por el genio del emperador. La iglesia desaprobó este acto de extravagancia, porque el evangelio no enseña a buscar la muerte voluntariamente. La ciudad quería el martirio del más ilustre y más conocido de los siervos del Señor. La multitud clamaba pidiendo que Policarpo fuese arrojado a las fieras. Cuando el noble anciano lo supo, pensó en quedarse quieto esperando lo que Dios determinase acerca de su persona, pero los hermanos le rogaron que se ocultase en una aldea vecina. No bien hubo llegado Policarpo, aparecieron los soldados buscándole, pues había sido traicionado por uno de los que estaban enterados de su huida. Pudo escaparse aun esta vez, pero las autoridades sometiendo a la tortura a dos esclavos, lograron que uno declarase dónde se hallaba. Cuando Policarpo se vio frente a sus perseguidores, comprendió que su fin estaba cerca, y dijo: “*Hágase la voluntad de Dios*”. Pidió que diesen de comer y beber a los soldados que habían venido a prenderle, pidiendo a ellos solamente que le permitiesen pasar una hora en oración con su Dios, pero su corazón estaba tan lleno que durante dos horas continuas habló con su Padre celestial, pidiendo de él la fuerza que necesitaba para sufrir el martirio. Los paganos estaban conmovidos ante la actitud del noble varón de Dios. Los oficiales llevaron a Policarpo a la ciudad, montado en un asno. Le salió al encuentro el principal magistrado policial, quien le hizo subir en su coche y dirigiéndose a él amablemente le dijo: “*¿Qué mal puede haber en decir, Mi Señor el emperador, y en sacrificar, y así salvar la vida?*” Policarpo no respondía, pero como insistiese le contestó que no estaba dispuesto a seguir sus consejos. Cuando vieron que no podían persuadirle se

enfurecieron contra él, y empezaron a maltratarlo, hasta arrojarlo al suelo desde el carro en que iban, y a consecuencia del golpe sufrió contusiones en una pierna. Al comparecer delante del procónsul, éste le dijo que tuviese compasión de su edad avanzada, que jurase por el nombre del emperador y que diese pruebas de arrepentimiento, uniéndose a los gritos de la multitud que clamaba: *"Afuera con los impíos"*. Policarpo miró serenamente a la multitud, y, señalándola con un ademán resuelto, dijo, *"Afuera con los impíos"*. El procónsul entonces le dice: *"Jura, maldice a Cristo, y te pongo en libertad"*. El anciano le respondió: *"Ochenta y seis años lo he servido y Él no me ha hecho sino bien, ¿cómo puedo maldecirlo, a mi Señor y Salvador?"* El procónsul seguía el interrogatorio y Policarpo le dice entonces: *"Bueno, si deseas saber lo que soy, te digo francamente que soy cristiano. Si quieres saber en qué consiste la doctrina cristiana, señala una hora para oírme"*. El procónsul entonces, demostrando que quería salvar al anciano, y que no compartía las ideas de la multitud le dijo: *"Persuade al pueblo"*. Policarpo respondió: *"Yo me siento ligado a dar cuenta delante de ti, porque nuestra religión nos enseña a honrar a los magistrados establecidos por Dios, en lo que no afecte a nuestra salvación. Pero tocante a éstos, creo que son indignos de que me defiendan delante de ellos"*. Aquí el procónsul le amenazó con las bestias y con la pira, pero como no consiguió mover el ánimo del fiel testigo de Cristo, mandó que los heraldos pregonasen en el circo: *"Policarpo ha confesado ser cristiano"*. Esto equivalía a decir que había sido condenado a muerte. Entonces la multitud empezó a dar gritos de júbilo y a decir: *"Este es el que enseña en contra de los dioses, el padre de los cristianos, el enemigo de las divinidades, el que enseña a abandonar el culto de los dioses, y a no ofrecerles sacrificio"*. El procónsul accedió al pedido de los judíos y paganos de que Policarpo fuese quemado vivo, y ellos mismos se apresuraron a traer la leña para levantar la hoguera. Cuando querían asegurarlo al poste de la pira les dijo: *"Dejadme así, el que me ha dado fuerzas para venir al encuentro de las llamas, también me dará fuerzas para permanecer firme en el poste"*. Antes de que encendiesen el fuego, oró con fervor diciendo: *"¡Oh Señor, Todopoderoso, Dios, Padre de tu amado hijo Jesucristo, de quien hemos recibido tu conocimiento, Dios de los ángeles, y de toda la creación, de la raza humana y de los santos que viven en tu presencia, te alabo de que me hayas tenido por digno, en este día y en esta hora, de tener parte en el número de tus testigos, en la copa de Cristo"*. Al encenderse la hoguera, las llamas rodearon su cuerpo, como un arco, sin tocarlo; entonces dieron orden al verdugo que lo traspasara con una espada, con lo que manó tal cantidad de sangre que apagó el fuego. Sin embargo se dio orden, por instigación de los enemigos del Evangelio, especialmente judíos, de que su cuerpo fuera consumido en la hoguera, y la petición de sus amigos, que querían darle cristiana sepultura, fue rechazada. Sin embargo, recogieron sus huesos y tanto de sus miembros como pudieron, y los hicieron enterrar decentemente. Así partió a estar con el Señor aquel que le amó y sirvió fielmente durante muchos años y en medio de tantas pruebas.

Otros que sufrieron el martirio fueron, **Metrodoro**, un ministro que predicaba denodadamente, y **Pionio**, que hizo varias excelentes apologías de la fe cristiana, fueron también quemados. **Carpo** y **Papilo**, dos dignos cristianos, y **Agatónica**, una piadosa mujer, sufrió el martirio en Pergamópolis, en Asia. **Felicitate**, una ilustre dama romana, de una familia de buena posición, y muy virtuosa, era una devota cristiana, tenía siete hijos, a los que había educado con la más ejemplar piedad. **Enero**, el mayor, fue flagelado y prensado hasta morir con pesos; **Félix** y **Felipe**, que le seguían en edad, fueron descerebrados con garrotes; **Silvano**, el cuarto, fue asesinado siendo echado a un precipicio; y los tres hijos menores, **Alejandro**, **Vital** y **Marcial**, fueron decapitados. La madre fue después decapitada con la misma espada que los otros tres.

Justino Mártir, el célebre filósofo, murió mártir en esta persecución. Nació de padres paganos en la antigua Siquem de Samaria, en los días cuando el último apóstol entraba en el reposo de los santos. Desde muy temprano empezó a mostrar una sed insaciable de verdad, y su afán por hallarla ha hecho que se le compare al mercader de la parábola de la perla de gran precio. Las creencias populares de las religiones dominantes le causaban disgusto, comprendiendo que eran sólo invenciones de hombres supersticiosos o interesados, que sólo podían satisfacer a los espíritus indiferentes. Buscó entonces la verdad en las escuelas de los filósofos, conversando con aquellos que demostraban poseer ideas más sublimes que las que alimentaban a las multitudes extraviadas. Miraba a todos lados buscando el faro que podría guiarle al anhelado puerto de la sabiduría. Golpeaba a las puertas de todas las escuelas filosóficas. Hoy lo hallamos en contacto con un sabio y mañana con otro, pero sólo podían hablarle de un Creador que gobierna y dirige las cosas grandes del Universo, pero según ellos, es indiferente a las necesidades individuales del hombre. De la escuela de los estoicos pasa a la de Pitágoras, pero siempre se halla envuelto en la niebla de vanas especulaciones, sin hallar en la filosofía aquella luz que su alma anhela. Viaja incansablemente de país en país, buscando los mejores frutos del saber humano. Ora en Roma, ora en Atenas, ora en Alejandría, pero en busca de la misma cosa, siempre deseando conocer la verdad y tener luz sobre los insondables problemas que surgen ante el universo, la vida, la muerte y la eternidad. Por fin creyó haber llegado a la meta de sus peregrinaciones abrazando las enseñanzas de Platón, por medio de las cuales llegó a entrever las sublimidades de un Dios personal. Estaba en los umbrales, pero la puerta continuaba cerrada desoyendo sus clamores. El dios de Platón no era tampoco el que podía satisfacer a un hombre que tenía hambre y sed de justicia. Su alma no podía alimentarse con áridos silogismos y vanas disputas de palabras. Tenía, pues, que seguir buscando lo que su alma necesitaba. Era Dios que guiaba a su futuro siervo por la senda de la sabiduría humana para que se diese cuenta de que en ella no reside la suprema bendición de Dios.

El poderoso testimonio que los cristianos daban en sus días le impresionó mucho, y al verles morir tan valientemente por su fe, se puso a pensar si no serían ellos los poseedores de la bendición que él buscaba. No le era posible creer que aquel sublime martirologio, aquellas fervientes plegarias frente a la muerte, aquella activa y desinteresada propaganda de su fe, fuese obra de fanáticos y mucho menos de personas malas, como el vulgo se lo figuraba. Alguna fuerza divina, algún poder para él desconocido, alguna causa por él ignorada, en fin, un algo tenía que haber, que infundiese tan dulces esperanzas, que crease tanto heroísmo, y que diese animación y vida al movimiento que no habían podido detener las espadas inclementes de los césares, ni las fieras salvajes del anfiteatro. Caminando un día, pensativo, por las orillas del mar, vestido con su toga de filósofo, encontró a un anciano venerable, que le impresionó por su imponente aspecto y por la bondad de su carácter. Reconociendo en el manto que Justino era uno de los que buscan la verdad, aquel anciano se le acercó procurando entablar conversación. Era un cristiano que andaba buscando la oportunidad de cumplir con el mandato del Maestro de llevar el evangelio a toda criatura. Ni bien empezó a hablarle logró tocar la cuerda más sensible del corazón de Justino. Le dijo que la filosofía promete lo que no puede dar. Entonces le habló de las Sagradas Escrituras, que encierran todo el consejo de Dios, y le indicó la conveniencia de leerlas atentamente, añadiendo: *“ruega a Dios que abra tu corazón para ver la luz, porque sin la voluntad de Dios y de su hijo Jesucristo, ningún hombre alcanzará la verdad”*. El corazón de Justino ardía dentro de él al oír las palabras de su interlocutor. Fue entonces cuando se decidió a estudiar asiduamente las Escrituras del Antiguo Testamento. Las profecías le llenaron de admiración. La manera como éstas se cumplieron, le convenció de que aquellos hombres que las escribieron habían sido inspirados por Dios. Los Evangelios lo pusieron en contacto con aquel que pudo decir: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”*. Pudo oír las palabras de aquel que habló como ningún otro habló, conocer los hechos de aquel que obró como ningún otro obró, y leer la vida del que vivió como ningún otro vivió. Las Escrituras le guiaron a Cristo, en quien halló la verdadera filosofía, y desde ese momento, Justino aparece militando entre los despreciados discípulos del que murió en una cruz.

En aquellos tiempos no se conocía la distinción moderna de clérigos y legos. No había una clase determinada de cristianos que monopolizase la predicación. Todos los que tenían el don lo hacían indistintamente, ya fuesen o no, obispos de la congregación. Justino, pues, sin abandonar la toga de filósofo que le daba acceso a los paganos, se consagró a predicar la verdad, no ya como uno que la buscaba sino como uno que la poseía. No cesaba de trabajar para que muchos viniesen al conocimiento del evangelio, pues creía que el que conoce la verdad y no hace a otros participantes de ella, será juzgado severamente por Dios. Toda su carrera, desde su conversión a su martirio, estuvo en armonía con esta creencia. Día tras día se le podía ver en las plazas, rodeado de grupos de personas que le escuchaban ansiosos. Los que pasaban se sentían atraídos por su toga, y después de la corriente salutación: *“salve, filósofo”*, se quedaban a escucharle. Cumplía así el dicho de Salomón acerca de la Sabiduría: *“En las alturas junto al camino, a las encrucijadas de las veredas se para; En el lugar de las puertas, a la entrada de la ciudad, a la entrada de las puertas da voces: Oh hombres, a vosotros clamó; dirijo mi voz a los hijos de los hombres. Entended, oh simples, discreción; y vosotros, necios, entrad en cordura. Oíd, porque hablaré cosas excelentes, y abriré mis labios para cosas rectas. Porque mi boca hablará verdad, y la impiedad abominan mis labios”*, (Proverbios 8:2-7). Así era uno de los instrumentos poderosos en las manos del Señor, para hacer llegar a las multitudes el conocimiento del evangelio.

Como escritor, Justino puede ser considerado uno de los más notables de los tiempos primitivos del cristianismo. Algunas de sus obras han llegado hasta nosotros. Refiriéndose a sus escritos, dice el profesor escocés James Orr: *“El mayor de los apologistas de este período, cuyos trabajos aún se conservan, es Justino Mártir. De él poseemos dos Apologías dirigidas a Antonio Pío y al Senado Romano (año 150), y el Diálogo con Trifón, un judío, escrito algo más tarde. La primera Apología de Justino es una pieza argumentativa concebida noblemente, y admirablemente presentada. Consta de tres partes — la primera refuta los cargos hechos contra los cristianos; la segunda prueba la verdad de la religión cristiana, principalmente por medio de las profecías; la tercera explica la naturaleza del culto cristiano. La segunda Apología fue motivada por un vergonzoso caso de persecución bajo Urbico, el prefecto. El diálogo con Trifón es el relato de una larga discusión en Efeso, con un judío liberal, y hace frente a las objeciones que hace al cristianismo”*. Los escritos de Justino tienen el mérito de revelarnos cuáles eran las creencias y costumbres de aquella época.

Refiriéndose al poder regenerador del evangelio, dice: *“Podemos señalar a muchos entre nosotros, que de hombres violentos y tiranos, fueron cambiados por un poder victorioso. Yo hallé en la doctrina de Cristo la única filosofía segura y saludable, porque tiene en sí el poder de encaminar a los que se apartan de la senda recua y es dulce la porción que tienen aquellos que la practican. Que la doctrina es más dulce que la miel, es evidente por el hecho de que los que son formados en ella, no niegan el nombre del Maestro aunque tengan que morir. Nosotros que antes seguíamos artes mágicas, nos dedicamos al bien y al único Dios; que teníamos como la mejor cosa la adquisición de riquezas y posesiones, ahora tenemos todas las cosas en común, y comunicamos mutuamente en las necesidades; que nos odiábamos y destruíamos el uno al otro, y que a causa de las costumbres diferentes, no nos sentábamos junto al mismo fuego con personas de otras tribus, ahora,*

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

desde que vino Cristo, vivimos familiarmente con ellos, y oramos por nuestros enemigos, y procuramos persuadir a los que nos aborrecen injustamente, para que vivan conforme a los buenos preceptos de Cristo, a fin de que juntamente con nosotros, sean hechos participantes de la misma gozosa esperanza del galardón de Dios, ordenador de todo”.

Sobre el culto cristiano en aquella época dice: *“El día llamado del sol, todos los que viven en las ciudades o en el campo, se juntan en un lugar y se leen las Memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, tanto como el tiempo lo permite; entonces el que preside, enseña y exhorta a imitar estas buenas cosas. Luego nos levantamos juntos y oramos (en otro pasaje menciona también el canto); traen pan, vino y agua, y el que preside ofrece oraciones y acciones de gracias según su don, y el pueblo dice amén. Nos reunimos en el día del sol, porque es el día cuando Dios creó el mundo, y Jesucristo resucitó de entre los muertos”.* Vemos que el culto no era ritualista ni ceremonioso, sino que consistía en la lectura de las Escrituras, la explicación de la misma, las oraciones, el canto y la participación de la cena que tenía lugar, principalmente, el primer día de la semana.

Refiriéndose a la beneficencia cristiana, dice: *“Los ricos entre nosotros ayudan a los necesitados; cada uno da lo que cree justo; y lo que se colecta es puesto aparte por el que preside, quien alivia a los huérfanos y a las viudas y a los que están enfermos o necesitados; o a los que están presos o son forasteros entre nosotros; en una palabra, cuida de los necesitados”.*

La actividad de Justino no pudo menos que despertar el odio de los adversarios. Un filósofo contrario a sus ideas deseando deshacerse de él, denunció que era cristiano, y junto con seis hermanos más, tuvo que comparecer ante las autoridades. Allí confesó abiertamente su fe en Cristo, no temiendo la ira de sus adversarios, y fue condenado a muerte. Un estoico, burlándose, le preguntó si suponía que después que le hubiesen cortado la cabeza iría al cielo. Justino le contestó que no lo suponía sino que estaba seguro. La decapitación de Justino y sus compañeros ocurrió probablemente en el año 167, siendo emperador Marco Aurelio.



Catacumbas donde se refugiaron miles de cristianos

Se ha dicho que las vidas de los cristianos primitivos consistían de *“persecución por encima del suelo y oración por debajo del suelo”.* Sus vidas están expresadas por el Coliseo y las catacumbas. Debajo de Roma están los subterráneos que llamamos las catacumbas, que eran a la vez templos y tumbas. La primitiva Iglesia en Roma podría ser llamada con razón la **Iglesia de las Catacumbas**. Hay unas sesenta catacumbas cerca de Roma, en las que se han seguido unas seiscientas millas de galerías, y esto no es la totalidad. Estas galerías tienen una altura de alrededor de ocho pies (2.4 metros) y una anchura de entre tres a cinco pies (de casi 1 metro hasta 1.5), y contienen a cada lado varias hileras de recesos largos, bajos, horizontales, uno encima de otros como a modo de literas en un barco.

En estos nichos eran puestos los cadáveres, y eran cerrados bien con una simple lápida de mármol, o con varias grandes losas de tierra cocida ligadas con mortero. En estas lápidas o losas hay grabados o pintados epitafios y símbolos. Tanto los paganos como los cristianos sepultaban a sus muertos en estas catacumbas. Cuando se abrieron los sepulcros cristianos, los esqueletos contaron su temible historia. Se encuentran cabezas separadas del cuerpo; costillas y clavículas rotas, huesos frecuentemente calcinados por el fuego. Pero a pesar de la terrible historia de persecución que podemos leer ahí, las inscripciones respiran paz, gozo y triunfo. Aquí tenemos unas cuantas: *“Aquí yace Marcia, puesta a reposar en un sueño de paz”.* *“Lorenzo a su más dulce hijo, llevado por los ángeles”.* *“Victorioso en paz y en Cristo”.* *“Al ser llamado, se fue en paz”.* Recordemos, al leer estas inscripciones la historia que los esqueletos cuentan de persecución, tortura y fuego. Pero la plena fuerza de estos epitafios se aprecia cuando los contrastamos con los epitafios paganos, como: *“Vive para esta hora presente, porque de nada más estamos seguros”.* *“Levanto mi mano contra los dioses que me arrebataron a los veinte años, aunque nada malo había hecho”.* *“Una vez no era. Ahora no soy. Nada sé de ello, y no es mi preocupación”.* *“Peregrino, no me maldigas cuando pases por aquí, porque estoy en tinieblas y no puedo responder”.* En la preciosa obra cristiana **“El Mártir de las Catacumbas”**, se describe la forma tétrica de estas catacumbas, así como la esperanza que las tumbas de los cristianos testificaban: *“A lo largo de las murallas habían planchas semejantes a lápidas que parecían cubrir largas y estrechas excavaciones. Estos nichos celulares se alineaban a ambos lados tan estrechamente que apenas quedaba entre uno y otro. Las inscripciones que se veían en planchas evidenciaban que eran tumbas de cristianos. No tuvo*

tiempo de detenerse a leer, pero había una nota la repetición de la misma expresión, tal como: HONORIA - ELLA DUERME EN PAZ, FAUSTA - EN PAZ. En casi todas las planchas Él vio la misma dulce benigna palabra. "PAZ," pensaba Marcelo. "Que gente más maravillosa son estos cristianos, que aun en medio de escenarios como Éste abrigan su sublime desdén a la muerte". Sus ojos se habituaban cada vez mejor a las tinieblas conforme avanzaba. Ahora el pasillo empezaba a estrecharse; el techo se inclinaba y los lados se acercaban; ellos tenían que agacharse y caminar más despacio. Las murallas eran toscas y rudamente cortadas conforme las dejaban los trabajadores cuando extraían de aquí su última carga de arena para los edificios del exterior. La humedad subterránea y las acreencias de honguillos se hallaban regadas por todas partes, agravando todo su color tétrico, saturando el aire de pesada humedad, mientras que el humo de las antorchas hacia la atmosfera tanto más depresiva". Las catacumbas ocuparon un lugar muy importantes para los cristianos de esta época, ya que al ser perseguidos, buscaron no solo refugio, sino un lugar donde hallaban la tan ansiada comunión los unos de con los otros. El autor del Mártir de las Catacumbas lo expresa así: "Continuaron su lenta marcha, hasta que una luz brillo delante de ellos, hiriendo las densas tinieblas con sus rayos. Los sonidos aumentaban, elevándose de pronto en un coro de magnificencia imponderable, para luego disminuir y menguar hasta tornarse en unos lamentos de penitentes súplicas... Estaban en una cámara abovedada como de unos cinco metros de alto y diez en cuadro. Y en tan reducido espacio se albergaban como cien personas, hombres, mujeres y niños. A un lado había una mesa, tras la cual estaba de pie un anciano venerable, el cual parecía ser el dirigente de ellos. El lugar se hallaba iluminado con el reflejo de algunas antorchas que arrojaban su mortecina luz rojiza sobre la asamblea toda. A los presentes se les veía cargados de inquietud y demacrados, observándose en sus rostros la misma característica palidez que habla visto en el cavador. ¡Ah, pero la expresión que ahora se veía en ellos no era en lo absoluto de tristeza, ni de miseria ni de desesperación! ¡Más bien una atractiva esperanza iluminaba sus ojos, y en sus rostros se dibujaba un gozo victorioso y triunfal!... Y mientras permanecía estático y silencioso, escuchó el canto entonado con el alma por esta congregación: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso. Justos y verdaderos son tus caminos, Tú, oh Rey de los santos. ¿Quién no Te teme-, oh Dios, y ha de glorificar Tu sagrado Nombre? Porque Tú solo eres santo. Porque todas las naciones han de venir y adorar delante De Ti, porque tus juicios se han manifestado. A esto siguió una pausa. El dirigente leyó algo en un rollo... Era la aseveración más sublime de la inmortalidad del alma, y de la vida después de la muerte. La congregación toda parecía pendiente del majestuoso poder de estas palabras, que parecían transmitir hálitos de vida. Finalmente el lector llegó a prorrumpir en una exclamación de gozo, que arrancó clamores de gratitud y la más entusiasmada esperanza de parte de toda la congregación. Las palabras penetraron al corazón del observador recién llegado, aunque Él todavía no comprendía la plenitud de su significado: "¿Dónde está-, oh muerte, tu agujijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el agujijón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado, la ley. Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo". De esta manera, los cristianos se congregaban en las catacumbas para adorar libremente al Señor y huir de la cruel persecución. Los más frecuentes símbolos cristianos en las paredes de las catacumbas son el buen Pastor con el cordero en sus hombros, una nave con todo el velamen, arpas, anclas, coronas, vides, y por encima de todo, el pez.

Los mártires de Lyon y Viena figuran también entre las filas de los campeones de la fe de este siglo. La primera vez que Francia aparece en la historia del cristianismo, se presenta acompañada de una legión de mártires; primicias gloriosas de los miles que en siglos posteriores, sellarían con su muerte el testimonio de la fe que habían abrazado. Fue en el año 177, cuando las iglesias de Lyon y Viena (esta última es una ciudad francesa sobre el Ródano, que no hay que confundir con la capital de Austria del mismo nombre) sintieron el azote inclemente del paganismo. Los hechos relacionados con esta persecución fueron fielmente narrados por las iglesias de Lyon y Viena en una carta que enviaron a las iglesias hermanas de otras regiones. Esta carta se atribuye a la magistral pluma de Ireneo, y ha sido conservada, casi íntegramente, por Eusebio. Su autenticidad nunca fue puesta en duda, y ha sido llamada la perla literaria de la literatura cristiana de los primeros siglos. Al presentar a nuestros lectores los hechos de esos mártires, no podemos hacer nada mejor que reproducir los párrafos más notables de esta joya de la literatura y de la historia. He aquí el preámbulo: "Los siervos de Jesucristo que están en Viena y Lyon, en la Galia, a los hermanos de Asia y de Frigia, que tienen la misma esperanza, paz, gracia y gloria de la parte de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor". Empieza la narración de los sufrimientos y dice: "Jamás las palabras podrán expresar, ni la pluma describir, el rigor de la persecución, la furia de los gentiles contra los santos, la crueldad de los suplicios que soportaron con constancia los bienaventurados mártires. El enemigo desplegó contra nosotros todas sus fuerzas, como preludio de lo que hará sufrir a los elegidos en su último advenimiento, cuando haya recibido mayor poder contra ellos. No hay cosa que no haya hecho para adiestrar de antemano a sus ministros en contra de los siervos de Dios. Empezaron por prohibirnos la entrada a los edificios públicos, a los baños, al foro; llegaron a prohibirnos toda aparición. Pero la gracia de Dios combatió por nosotros; libró del combate a los más débiles, y expuso a los que, por su coraje, se asemejan a firmes columnas, capaces de resistir a todos los esfuerzos del enemigo. Estos héroes, pues, habiendo llegado a la hora de la prueba, sufrieron toda clase de oprobios y tormentos; pero miraron todo eso como poca cosa, a causa del anhelo que tenían de reunirse lo más pronto a Jesucristo, enseñándonos, por su ejemplo, que las aflicciones de esta vida no tienen

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

proporción con la gloria futura que sobre nosotros ha de ser manifestada. Empezaron por soportar con la más generosa constancia todo lo que se puede sufrir de parte de un populacho insolente; gritos injuriosos, pillaje de sus bienes, insultos, arrestos y prisiones, pedradas, y todos los excesos que puede hacer un pueblo furioso y bárbaro contra aquellos a quienes cree sus enemigos. Siendo arrastrados al foro, fueron interrogados delante de todo el pueblo, por el tribuno y autoridades de la ciudad; y después de haber confesado noblemente su fe, fueron puestos en la cárcel hasta la venida del presidente”.

También esta carta habla sobre la noble actitud de **Epagato** dice la carta: “Cuando el magistrado llegó, los confesores fueron llevados delante del tribunal; y como él los tratara con toda clase de crueldades, **Vetio Epagato**, uno de nuestros hermanos, dio un bello ejemplo del amor que tenía para con Dios y para con el prójimo. Era un joven tan ordenado, que en su temprana juventud, había merecido el elogio que las Escrituras hacen del anciano Zacarías; como él andaba de modo irreprochable en el camino de todos los mandamientos del Señor, siempre listo para ser servicial al prójimo, lleno de fervor y de celo por la gloria de Dios. No pudo ver sin indignación la iniquidad del juicio que se nos hacía; penetrado de un justo dolor, pidió permiso para defender la causa de sus hermanos y demostrar que en nuestras costumbres no hay ni ateísmo ni impiedad. Al hacer esta proposición, la multitud que rodeaba el tribunal, se puso a lanzar gritos contra él, porque era muy conocido; y el presidente, herido por una demanda tan justa, por toda respuesta le preguntó si era cristiano. Epagato respondió con voz alta y daré que lo era, y en seguida fue colocado junto con los mártires y llamado el abogado de los cristianos; nombre glorioso que merecía, porque tenía, tanto o más que Zacarías, el Espíritu dentro de sí por abogado y consolador; lo que demostró por medio de ese amor ardiente que le hacía dar su sangre y su vida en defensa de sus hermanos. Era un verdadero discípulo, siguiendo en todas partes al Cordero divino”.

También se encuentra entre los mártires de Lyon, una niña esclava llamada **Blandina**, ocupa el lugar prominente. Oigamos lo que sobre ella dice la carta de las iglesias: “Entonces hicieron sufrir a los mártires tormentos tan atroces que no hay palabras para narrarlos; Satán puso todo en juego para hacerles confesar las blasfemias y calumnias de que eran acusados. El furor del pueblo, del gobernador y de los soldados, se manifestó especialmente contra **Santos**, diácono de Viena; contra **Maturo**, neófito pero ya atleta generoso; contra **Átale** natural de Pérgamo, columna y sostén de la iglesia de aquella ciudad, y contra **Blandina**, joven esclava por medio de quien Jesucristo ha dejado ver cómo él sabe glorificar delante de Dios, lo que parece vil y menospreciable a los ojos de los hombres. Todos temíamos por esta joven; y aun su dueña, que figuraba en el número de los mártires, tenía miedo de que no tuviese la fuerza de confesar la fe, a causa de la debilidad de su cuerpo. Sin embargo, mostró tanto coraje, que hizo fatigar a los verdugos que la atormentaron desde la mañana hasta la noche. Después de haberla hecho sufrir todo género de suplicios, no sabiendo más que hacerle, se declararon vencidos; se quedaron muy sorprendidos de que respirase aún dentro de un cuerpo herido, y decían que uno solo de los suplicios bastaba para hacerla expirar, y que no era necesario hacerla sufrir tantos ni tan fuertes. Pero la santa mártir adquiría nuevas fuerzas, como buena atleta, confesando su fe era para ella un refrigerio, un reposo, y cambiar sus tormentos en delicias el poder decir: Yo soy cristiana. Entre nosotros no se comete ningún mal”. Sobre su primera presentación en el circo, dice la carta: “Blandina fue suspendida a un poste, para ser devorada por las bestias. Estando atada en forma de cruz, y orando con mucho fervor, llenaba de coraje a los otros mártires, que creían ver en su hermana, la representación del que fue crucificado por ellos, para enseñarles que cualquiera que sufra aquí por su gloria, gozará en el cielo de la vida eterna con Dios su Padre. Pero como ninguna bestia se atrevió a tocarla, la enviaron de nuevo a la prisión reservándola para otro combate, para que apareciendo victoriosa en muchos encuentros, hiciese caer, por una parte, una condenación mayor sobre la malicia de Satán y levantase por otra, el coraje de sus hermanos, quienes veían en ella una muchacha pobre, débil y despreciable, pero revestida de la fuerza invencible de Jesucristo, triunfar del infierno tantas veces, y ganar por medio de una victoria gloriosa, la corona de la inmortalidad”. En el segundo encuentro Blandina aparece en el circo junto con el joven Póntico, y la carta dice así: “El último día de los espectáculos, hicieron comparecer de nuevo a Blandina y a un joven de unos quince años llamado Póntico. Todos los días lo habían traído al anfiteatro, para intimidarlo por la vista de los suplicios que hacían sufrir a los otros. Los gentiles querían forzarlos a jurar por sus ídolos. Como ellos seguían negando su pretendida divinidad, el pueblo se enfureció contra ellos; y sin ninguna compasión por la juventud del uno ni por el sexo de la otra, los hicieron pasar por todo género de tormentos, instigándoles a que jurasen. Pero su constancia fue invencible; porque Póntico, animado por su hermana, quien lo exhortaba y fortificaba frente a los paganos, sufrió generosamente todos los suplicios y entregó su espíritu. La bienaventurada Blandina quedó, pues, la última, como una madre noble, que después de haber enviado delante de ella sus hijos victoriosos a quienes animó en el combate, se apresura para ir a unirse con ellos. Entró en la misma carrera con tanto gozo como si fuese al festín nupcial y no al matadero, donde serviría de alimento a las fieras. Después de haber sufrido los azotes, de ser expuesta a las bestias, de ser quemada en la silla de hierro candente, la encerraron en una red y la presentaron a un toro, que la arrojó varias veces al aire; pero la santa mártir, ocupada en la esperanza que le daba su fe, hablaba con Jesucristo y no sentía los tormentos. Al fin degollaron esta víctima inocente; y los mismos paganos confesaron que nunca habían visto a una mujer, sufrir tanto ni con tan heroica constancia”.

Refiriéndose al martirio de Santos dice: *“El diácono Santos sufrió, por su parte, con una valentía sobrehumana, todos los suplicios que los verdugos pudieron imaginar, con la esperanza de arrancarle alguna palabra deshonrosa a su fe. Llevó tan lejos su constancia que ni aun quiso decir su nombre, su ciudad, su país, ni si era libre o esclavo. A todas estas preguntas contestaba en lengua romana: “Yo soy cristiano”; confesando que esta profesión era su nombre, su patria, su condición, en una palabra, su todo, sin que los paganos pudiesen arrancarle otra respuesta. Esta firmeza irritó de tal modo al gobernador y a los verdugos, que después de haber empleado todos los demás suplicios, hicieron quemar chapas de cobre hasta quedar rojas y se las aplicaron a las partes más sensibles del cuerpo. Este santo mártir vio asar sus carnes sin cambiar siquiera de postura, y quedó inmovible en la confesión de su fe, porque Jesucristo, fuente de vida, derramaba sobre él un rocío celestial que lo refrescaba y fortalecía. Su cuerpo así quemado y destrozado, era una llaga, y no tenía más la figura humana. Pero Jesucristo que sufría en él y desplegaba su gloria, confundía así al enemigo y animaba a los fieles, haciéndoles ver, por su ejemplo, que a nada se teme cuando uno tiene el amor del Padre, y que uno no sufre nada cuando contempla la gloria del Hijo. En efecto, sus verdugos se apresuraron algunos días después, a aplicarle nuevas torturas, en los momentos cuando la inflamación de las llagas las hacía tan dolorosas, que no podía sufrir que lo tocasen ni aun ligeramente. Se vanagloriaban de que sucumbiría al dolor, o que por lo menos, muriendo en los suplicios, intimidaría a otros. Pero contra las expectativas generales, su cuerpo desfigurado y dislocado, adquirió, en los últimos tormentos, su forma primitiva y el uso de todos sus miembros; de modo que esta segunda tortura, por la gracia de Jesucristo, fue el remedio de la primera”.*

También entre estos mártires encontramos a **Potín**. Era éste un anciano de la iglesia y hombre de edad muy avanzada. Refiriéndose a su martirio dice así el documento que estamos citando: *“Se apoderaron del bienaventurado Potín, que gobernaba la iglesia de Lyon en calidad de obispo. Tenía más de ochenta años, y se encontraba enfermo. Como apenas podía sostenerse y respirar, a causa de sus enfermedades, aunque el deseo del martirio le daba nuevas fuerzas, se vieron obligados a llevarlo al tribunal. La edad y la enfermedad ya habían deshecho su cuerpo; pero su alma quedaba unida para servir al triunfo de Jesucristo. Mientras los soldados lo conducían era seguido por otros soldados de la ciudad y de todo el pueblo que daba voces contra él, como si hubiera sido el mismo Cristo. Pero nada pudo abatir al anciano, ni impedirle confesar altamente su fe. Interrogado por el gobernador acerca de quién era el Dios de los cristianos, le contestó que si fuera digno, lo conocería. En seguida fue bárbaramente golpeado sin que tuviesen ninguna consideración a su avanzada edad. Los que estaban cerca lo herían a puñetazos y a puntapiés; los que estaban lejos le tiraban la primera cosa que hallaban. Todos se hubieran creído culpables de un gran crimen si no lo hubieran insultado, para vengar el honor de los dioses. Apenas respiraba cuando fue llevado a la prisión, donde entregó su alma dos días después”.*

Otros dos mártires notables fueron **Atalio** y **Alejandro**. Veamos lo que dice el precioso documento que traducimos: *“Como Atalio era muy conocido y distinguido a causa de sus buenas cualidades, el pueblo pedía incessantemente que lo trajesen al combate. Entró en la arena con santa seguridad. El testimonio de su conciencia le hacía intrépido, porque estaba aguerrido en todos los ejercicios de la milicia cristiana, y había sido entre nosotros un testigo fiel de la verdad. Primeramente le hicieron dar vueltas en el anfiteatro con un letrado delante de sí en el cual estaba escrito en latín: Este es Atalio el cristiano. El pueblo se estremecía contra él; pero el gobernador, al saber que era ciudadano romano, lo hizo conducir otra vez a la prisión, junto con los otros. Y escribió al emperador tocante a los mártires, y esperaba su decisión. La respuesta, que tenía que venir de Roma tardaba en llegar, y durante este tiempo los mártires pudieron reanimar a los hermanos que por temor habían renegado su fe, y prepararles para dar un valiente testimonio que confundiría a los paganos. Volvamos a Atalio y Alejandro: “Mientras los interrogaban, un cierto Alejandro, frigio de nación y médico de profesión, que desde hacía mucho residía en la Galia (Francia) estaba cerca del tribunal. Era conocido de todos, a causa del amor que tenía a Dios, y de la libertad con que predicaba el evangelio; porque también desempeñaba las funciones de apóstol. Estando cerca del tribunal, exhortaba por medio de señales y gestos a los que eran interrogados, para que confesasen generosamente su fe. El pueblo que se dio cuenta, y que estaba enfurecido al ver a los que antes habían renegado su fe, confesarla con tanta constancia, dio gritos contra Alejandro, a quien atribuían este cambio. Al preguntarle el gobernador quién era, respondió: “Yo soy cristiano”; e inmediatamente fue condenado a ser entregado a las fieras. Al día siguiente entró en el anfiteatro con Atalio, a quien el gobernador, por agrandar al pueblo, entregó a ese suplicio, a pesar de ser ciudadano romano. Ambos, después de sufrir todos los tormentos imaginables, fueron degollados. Alejandro no pronunció ni una sola queja ni palabra, pero hablaba interiormente con Dios. Atalio, mientras lo asaban en la silla de hierro, y que el olor de sus miembros quemados se podía sentir de lejos, dijo al pueblo en latín: “Esto es comer carne humana; lo que vosotros hacéis: pero nosotros no comemos hombres ni cometemos ninguna otra clase de crimen””. Cuando los mártires ya habían sucumbido, se ocuparon de ultrajar sus cadáveres. Así se expresa la carta: “La ira de ellos fue más allá de la muerte. Arrojaron, para que fuesen comidos por los perros, los cadáveres de aquellos que la infección y otras calamidades habían hecho morir, y los hicieron custodiar día y noche, por temor de que alguno de nosotros les diese sepultura. Juntaron también los miembros esparcidos de los que habían luchado en el anfiteatro, restos dejados por las bestias y las llamas, con los*

*cuerpos de aquellos a quienes habían decapitado y los hicieron custodiar varios días por los soldados". Los restos fueron finalmente quemados y arrojados al Ródano. La persecución no se sintió sólo en Lyon y Viena, sino en toda la región circunvecina. Un mártir ilustre que pereció poco tiempo después que los ya mencionados, fue **Sinforiano** de quien dice la carta: "Había en este tiempo en Autum, un joven llamado Sinforiano, de una familia noble y cristiana. Estaba en la flor de su edad y era instruido en las letras y en las buenas costumbres. La ciudad de Autum era una de las más antiguas y más ilustres de la Galia, pero también de las más supersticiosas. Adoraban principalmente a Cibeles, Apolión y Diana. Un día el pueblo estaba reunido para celebrar la solemnidad profana de Cibeles, a la cual llamaban la madre de los dioses. En ese tiempo el cónsul Heraclio estaba en Autum buscando cristianos. Le presentaron a Sinforiano, a quien habían arrestado como sedicioso, porque no había adorado al ídolo de Cibeles, que llevaban en una carroza, seguida de una gran multitud. Heraclio, sentado en el tribunal, le preguntó su nombre. El respondió: "Yo soy cristiano, y me llamo Sinforiano". El juez le dijo: "¿Eres cristiano? Por lo que veo tú te nos has escapado, porque no se profesa mucho, ahora, ese nombre entre nosotros. ¿Por qué rehusas adorar la imagen de la madre de los dioses?" Sinforiano contestó: "Os lo he dicho ya, yo soy cristiano, adoro al verdadero Dios que reina en los cielos; en cuanto al ídolo del demonio, si me lo permitís, lo romperé a martillazos". Él dijo: "Este no es sólo sacrílego, quiere ser rebelde. Que los oficiales digan si es ciudadano de este lugar". "Es de aquí —respondió uno— y hasta de una familia noble". "He aquí, tal vez, dijo el juez, porque tú te haces ilusiones. ¿O ignoras tú los edictos de nuestros emperadores? Que un oficial los lea". Leen el edicto de Marco Aurelio, como lo hemos visto ya. Al terminarse la lectura. "¿Qué te parece, —dijo el juez a Sinforiano—, podemos quebrantar las ordenanzas de los príncipes? Hay dos acusaciones contra ti, de sacrilegio, y de rebelión contra las leyes; si no obedeces, lavarán este crimen en tu sangre". Habiendo declarado Sinforiano, en términos positivos, que permanecía firme en el culto del verdadero Dios, y que detestaba las supersticiones de los idólatras, Heraclio lo hizo castigar y conducir a la prisión. Algunos días después lo hizo comparecer de nuevo, probó de tentarlo con buenos modales, y le prometió una rica gratificación del tesoro público, con los honores de la milicia, si quería servir a los dioses inmortales. Añadió que no podía evitar de condenarlo al último suplicio, si aún rehusaba adorar las estatuas de Cibeles, de Apolión y de Diana". Habiendo rehusado los ofrecimientos que se le hacían, Sinforiano fue condenado a muerte, sobre la valiente y serena actitud de su cristiana madre, dice la carta: "Mientras lo conducían fuera de la ciudad, como una víctima al sacrificio, su madre, venerable tanto por su piedad como por sus años, le gritó desde lo alto de las murallas: "Hijo mío, Sinforiano, mi hijo querido, acuérdate del Dios vivo, y ármate de constancia. No hay que temer a la muerte que conduce a la vida; levanta tu corazón, mira al que reina en los cielos. Hoy no te quitan la vida, te la cambian por una mejor. Hoy en cambio de una vida perecedera tú tendrás una vida perdurable"". Al terminar este admirable relato, preguntemos con James Orr: "Las otras religiones tienen sus mártires; ¿pero tienen mártires como éstos?".*

La quinta persecución bajo Severo, el 192 d.C.

Severo, recuperado de una grave enfermedad por los cuidados de un cristiano, llegó a ser un gran favorecedor de los cristianos en general; pero al prevalecer los prejuicios y la furia de la multitud ignorante, se pusieron en acción unas leyes obsoletas contra los cristianos. El avance del cristianismo alarmaba a los paganos, y reavivaron la enmohecida calumnia de achacar a los cristianos las desgracias accidentales que sobrevenían. Esta persecución se desencadenó en el 192 d.C. Pero aunque rugía la malicia persecutoria, sin embargo el Evangelio resplandecía fulgurosamente; y firme como inexpugnable roca resistía con éxito a los ataques de sus chillones enemigos. Tertuliano, que vivió en esta época, nos informa de que si los cristianos se hubieran ido en masa de los territorios romanos, el imperio habría quedado despoblado en gran manera.

Víctor, obispo de Roma, sufrió el martirio en el primer año del siglo tercero, el 201 d.C. **Leónidas**, padre del célebre Orígenes, fue decapitado por cristiano. Muchos de los oyentes de Orígenes también sufrieron el martirio; en particular dos hermanos, llamados **Plutarco** y **Sereno**; otro **Sereno**, **Herón** y **Heráclides**, fueron decapitados. A **Rhais** le derramaron brea hirviendo sobre la cabeza, y luego lo quemaron, como también su madre **Marcela Potainiena**, hermana de Rhais, fue ejecutada de la misma forma que Rhais; pero **Basflides**, oficial del ejército, a quien se le ordenó que asistiera a la ejecución, se convirtió. Al pedírsele a Basflides, que era oficial, que hiciera un cierto juramento, rehusó, diciendo que no podría jurar por los ídolos romanos, por cuanto era cristiano. Llenos de estupor, los del populacho no podían al principio creer lo que oían; pero tan pronto él confirmó lo que había dicho, fue arrastrado ante el juez, echado en la cárcel, y poco después decapitado.

Entre los mártires de esta persecución también se encuentra el ilustre **Ireneo obispo de Lyon**. El siglo segundo no ha producido un cristiano más eminente que Ireneo. Su actividad misionera, su celo por la causa de la verdad, su talento de escritor, sus admirables dotes pastorales y su martirio, le han hecho pasar a la posteridad rodeado de una aureola luminosa. Nació en Asia Menor en el año 140, y tuvo el privilegio de ser discípulo de Policarpo, de cuyo martirio en Esmirna ya nos

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

hemos ocupado. Toda su vida recordó Ireneo con gran satisfacción que había aprendido la doctrina cristiana de los labios de aquellos que estuvieron en contacto inmediato con los apóstoles. Escribiendo a Florino, quien se había desencaminado de la enseñanza que aprendiera en Esmirna, al mismo tiempo que él, le dice: *“Estas doctrinas (las de Florino) no te las enseñaron los ancianos que nos precedieron, y que estuvieron en trato con los apóstoles; porque siendo aún muchacho yo te vi en compañía de Policarpo, en Asia Menor, porque tengo presente en mi memoria lo que pasaba entonces, mejor que lo que pasa hoy. Lo que hemos oído en la niñez crece juntamente con el alma y se identifica con ella; a tal punto que puedo describir el sitio donde el bienaventurado Policarpo se sentaba y hablaba; sus entradas y sus salidas; sus modales y su fisonomía; sus discursos que dirigía a la congregación; cómo hablaba de sus relaciones con San Juan y con los otros que vieron al Señor, sus milagros y sus enseñanzas. Cómo había recibido todo de los que fueron testigos oculares de su vida, lo narra de acuerdo con la Escritura. Estas cosas, por la virtud de la gracia de Dios, me impartió a mí, y yo las escuchaba con ansiedad, y las escribí, no sobre papel, sino en mi corazón; y por la gracia de Dios, las recuerdo constantemente con memoria fresca y despierta. Y puedo testificar delante de Dios, que si el bienaventurado presbítero apostólico hubiese oído tales cosas, hubiera gritado, se hubiera tapado los oídos, y, conforme a su costumbre, hubiera dicho: « ¡Oh mi Dios! ¡A qué tiempos me has traído, para tener que sufrir esto!», huyendo del lugar, donde sentado o en pie, hubiese oído tales palabras”*.

Policarpo transmitió a Ireneo, su espíritu, su carácter, y sus costumbres. Siendo aún joven se estableció en Lyon, donde pronto aparece actuando en calidad de anciano de la iglesia, la cual mostraba para con él gran aprecio y admiración. Durante la persecución que asoló a las iglesias de Lyon y Viena, parece que se hallaba ausente, pero regresó pronto, y la iglesia le eligió para ocupar el puesto que había dejado Potín, quien como hemos visto sufrió el martirio a edad muy avanzada. Teniendo que pastorear a esa iglesia y a los grupos de cristianos que había cerca de Lyon, pudo revelarse como un hábil y juicioso conductor del rebaño, haciendo frente a la lucha externa de la persecución, que aún continuaba, y a los conflictos internos producidos por las doctrinas extrañas. El Oriente, que había mandado excelentes obreros cristianos a Europa a sembrar la buena simiente del evangelio, también mandó enemigos que sembrasen la peligrosa cizaña. La doctrina seguía sintiendo los duros ataques de la herejía. **El gnosticismo** había ganado mucho terreno. Sus fantásticas especulaciones respondían muy bien al orgullo humano. Ireneo recordaba lo que había oído a Policarpo, y éste a Juan, acerca de estas peligrosas tendencias. Los gnósticos procuraban hacer del cristianismo una cuestión científica más bien que religiosa. Querían que la sabiduría reemplazase a la fe. Todo esto sonaba muy bien en los oídos carnales, pero en realidad el gnosticismo no poseía la verdadera ciencia de la cual hacía tanto alarde. Argumentaban sobre el origen del pecado, mientras los cristianos buscaban verse libres del pecado. Confundían el árbol de la ciencia con el árbol de la vida. Pero los cristianos, digámoslo, no se oponían al estudio de estos problemas, sino a hacer consistir la religión en estas enseñanzas estériles, descuidando la ciencia que nos hace sabios para la salvación. Ocurría entonces lo que ocurre ahora muchas veces con personas mareadas por una ciencia falsa o superficial, que demuestran la más culpable negligencia en lo que afecta a los problemas prácticos de la vida espiritual. Los montañistas también, dentro de lo mucho de bueno que enseñaban, habían caído en errores y excesos un tanto peligrosos, llevando la espiritualidad a un terreno movedizo. Ireneo, a quien Pressensé llama *“un ardiente apóstol de la unidad eclesiástica”*, aspiraba a que todos los que invocaban el nombre de Cristo formasen un solo redil. Hombre esencialmente moderado, procuraba conciliar las tendencias más opuestas. No se puede decir que lo haya logrado, pero no deja de merecer un sincero aplauso por sus buenos deseos a este respecto. Por amor al orden fue demasiado lejos en sus concesiones a la jerarquía, que ya empezaba a quererse implantar en el cristianismo.

En el año 180 escribió su famoso libro titulado **Contra Herejías**. Escribe con la habilidad de un griego y piensa con la profundidad de un romano. Presenta a los propagandistas de ideas erróneas cubiertos con la careta de la ortodoxia, entrando en las casas de los cristianos, usando todos los medios astutos para hacerlos mover de la simplicidad que es en Cristo, apelando al orgullo humano, hablando de ciencia y de grandezas aparentes. Este libro refleja el alma de Ireneo. Fue escrito en un estilo simple, pero varonil, y no con el objeto de alcanzar los aplausos de los labios, sino con el de presentar la verdad cristiana en la forma por él interpretada. Su libro está libre de aquel espíritu de desprecio que suele verse con mucha frecuencia en los libros de controversia. Creía en la sinceridad de sus adversarios, y si inevitablemente dice algo amargo, lo compara a las medicinas de este gusto, que son desagradables al tomarlas, pero buenas para curar las enfermedades. *“Nosotros los amamos —decía— más de lo que ellos se aman a sí mismos. El amor que les tenemos es sincero, y sería un bien para ellos responder a este amor... Por lo tanto, mientras multiplicamos nuestros esfuerzos para lograr que se conviertan, no cesamos de extenderles una mano amigable”*. En esos tiempos los cristianos no temían la discusión, y en lugar de apelar, como más tarde, a la violencia y a las excomuniones, argumentaban bíblicamente y con serenidad para ganar las almas de los que se hallaban extraviados y fuera de la verdadera doctrina. Según algunos historiadores, Ireneo sufrió el martirio en el año 197, pero la antigüedad cristiana no ha dejado ningún detalle sobre las circunstancias y pormenores de su muerte.

Extendiéndose las persecuciones a África, muchos fueron martirizados en aquel lugar del globo; mencionaremos a los más destacados entre ellos. **Perpetua**, de unos veintidós años, casada. Los que sufrieron con ella fueron **Felicitas**, una mujer casada y ya en muy avanzado estado de gestación cuando fue arrestada, y **Revocato**, catecúmeno de Cartago, y un esclavo. Los nombres de los otros presos destinados a sufrir en esta ocasión eran **Saturnino**, **Secundulo** y **Satur**. En el día señalado para su ejecución fueron llevados al anfiteatro. A Satur, Secundulo y Revocato les mandaron que corrieran entre los cuidados de las fieras. Estos, dispuestos en dos hileras, los flagelaron severamente mientras corrían entre ellos. Felicitas y Perpetua fueron desnudadas para echarlas a un toro bravo, que se lanzó primero contra Perpetua, dejándola inconsciente; luego se abalanzó contra Felicitas, y la acornó terriblemente; pero no habían quedado muertas, por lo que el verdugo las despachó con una espada. Revocato y Satur fueron devorados por las fieras; Saturnino fue decapitado, y Secundulo murió en la cárcel. Estas ejecuciones tuvieron lugar en el ocho de marzo del año 205. **Esperato** y otros doce fueron decapitados, lo mismo que **Androcles** en Francia. **Asclepiades**, obispo de Antioquia, sufrió muchas torturas, pero no fue muerto. **Cecilia**, una joven dama de una buena familia en Roma, fue casada con un caballero llamado **Valeriano**, y convirtió a su marido y hermano, que fueron decapitados; el máximo, u oficial, que los llevó a la ejecución, fue convertido por ellos, y sufrió su misma suerte. La dama fue echada desnuda en un baño hirviente, y permaneciendo allí un tiempo considerable, la decapitaron con una espada. Esto sucedió el 222 d.C. **Calixto**, obispo de Roma, sufrió martirio el 224 d.C., pero no se registra la forma de su muerte; Urbano, obispo de Roma, sufrió la misma suerte el 232 d.C.

Además de estos mártires, también tenemos a otro ilustre cristiano que si bien es cierto no sufrió el martirio, se destacó entre todos ellos, su nombre fue **Tertuliano**. Nació en el año 160, siendo su padre un centurión del ejército romano. Pertenece, por lo tanto, a la clase mediana de la sociedad. En vista de sus dotes naturales de orador fogoso, sus padres lo iniciaron en la carrera de las leyes, esperando verlo actuar de manera sobresaliente en las contiendas que se debatían en el Foro. Llegó a ser poderoso en la lengua griega, pero su idioma, el idioma con el que iba a pelear mil batallas y escribir numerosos volúmenes, fue el latín, que dominó y manejó cual ningún otro en su época. La vida pagana le arrastró en todas las corrientes del vicio. El circo, el bajo teatro, y los mil placeres carnales que Cartago ofrecía, tuvieron en el joven pagano un apasionado admirador y partícipe. No sabemos cómo tuvo lugar su conversión, pero parece que ésta fue repentina, y tal vez producida por el espectáculo inspirador que le ofrecían los mártires que iban valiente y gozosamente al encuentro de la muerte. Pero sabemos que se convirtió siendo hombre ya hecho, y cuando había probado la impotencia de los placeres mundanales para satisfacer las necesidades del hombre. La crisis por la cual pasó tuvo necesariamente que ser violenta, para que fuese vencida su impetuosa naturaleza carnal, y pudiese ser formado en él ese hombre nuevo que es creado conforme a Dios en justicia y santidad de verdad. Pressensé al hablar de este cambio y de su carácter, dice: *“Entró en la nueva carrera con toda impetuosidad de su naturaleza, y desde el día que puso la mano al arado, en el campo regado con tanta sangre, nunca lanzó una mirada hacia atrás. De las cosas que quedaron atrás, sólo pensó como de cosas malditas y se esforzó con todo su poder hacia el blanco que estaba delante. Sin pesar ninguno, holló con sus pies toda cosa que se interponía entre él y sus aspiraciones, ya fuese este obstáculo el paganismo con sus pompas y glorias, o ya las formas eclesiásticas de su tiempo, cuando le parecía que dejaban de llenar su verdadero objeto. Siempre estaba listo para declarar que sólo las cosas imposibles eran dignas de nuestros esfuerzos. Tuvo, por lo tanto, la porción que le toca a los espíritus ardientes y anhelosos, nunca supo lo que era reposo; su mano estuvo siempre contra todos. Su vida fue una larga batalla, primeramente consigo mismo, luego con toda influencia opuesta a sus ideas, o que en algo difería. Para él la moderación era imposible; iba a los extremos tanto en el odio como en el amor, en lenguaje como en pensamiento; pero todo acto o palabra de su parte, era el resultado de profundas convicciones, y estaban animados por lo que sólo puede dar vitalidad a los esfuerzos del espíritu humano —un sincero ardor y pasión por la verdad. Aun los excesos de su vehemencia le dieron un elemento de poder, porque empleaba a su servicio una elocuencia fogosa. Todo su carácter se resume en una palabra: pasión”*. El historiador católico Duchesne, al referirse a Tertuliano, dice: *“Desde el año 197 se le halla con la pluma en la mano, exhortando a los mártires, defendiendo la religión ante la opinión pagana y contra los rigores del procónsul. Desde sus primeros escritos se revela esa retórica ardiente, esa verbosidad inagotable, este conocimiento profundo de su tiempo, esa familiaridad con los hechos antiguos y los libros que los relatan, ese espíritu instigador y agresivo, que caracteriza toda su literatura”*.

Se inició como escritor cristiano dirigiendo una carta animadora a los muchos hermanos que estaban presos y esperando la hora del martirio. Parece que envidia la suerte de aquellos que sufrían por la buena causa, y expresa sus profundos anhelos de llegar pronto al fin de su peregrinación terrestre. Este mundo corrompido no tiene para él ningún encanto, a causa del reino tan manifiesto del pecado. Suspira por estar con el Señor, y verse libre de la atmósfera corrupta de esta existencia. La prisión obscura que habitaban todos los mártires no podía ser peor que todo lo que se halla en medio de una sociedad corrompida. El corazón del autor se ve en uno de los párrafos de esta carta, que dice así: *“No tenéis los falsos dioses ante vuestros ojos, no tenéis que pasar delante de sus estatuas; no tenéis que participar con vuestra presencia de las fiestas de los paganos; estáis libres de tener que aspirar el incienso corrompido; vuestros oídos no se ofenden con los*

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

clamores que salen de los teatros, ni vuestras almas son irritadas por la crueldad, la locura y vileza de aquellos que toman parte; vuestros ojos no se profanan por las escenas que se ven en esos refugios del vicio y de la prostitución”.

El lenguaje de Tertuliano demuestra el pesar e indignación que producían en su ánimo las escenas que tenía que contemplar a cada paso en las calles y plazas de la gran ciudad africana. Los mismos o aún más profundos sentimientos expresa cuando escribe su famoso tratado contra los espectáculos. Sus escritos son numerosos, extensos y variados. Escribió con tal vitalidad, que aun cuando han desaparecido las causas que produjeron sus obras, éstas no han perdido del todo su frescura, y diez y siete siglos que median entre nosotros y él, no han podido marchitar las flores de su jardín literario. No hay cuestión teológica, especulativa, doctrinal y moral que él no haya tratado, ni error que no haya sentido la descarga de sus terribles plumazos. Su Apología es más bien un desafío a los paganos. Defiende valientemente a sus hermanos perseguidos, en el gran foro de este mundo, con todo el ardor que tiene el buen abogado cuando sabe que su causa es justa. Como él mismo dice, no teme a ninguna de las dos cartas del dios Jano. *“Crucificadnos, —escribe a los paganos— torturadnos, que cuanto más nos segáis más crecemos. La sangre de cristianos es semilla de cristianos”.* En aquellos días habían crecido mucho las iglesias montañistas. Las ideas que sus adeptos profesaban, cuadraban tan bien con la manera de ser de Tertuliano, que se ha dicho que si el montañismo no hubiera existido, Tertuliano lo habría fundado. No tardó en adherirse a este movimiento, poniendo por completo su persona, sus facultades y su elocuencia al servicio de esta causa. Hay que entender que los montañistas se habían apartado de los otros cristianos en señal de protesta contra el formalismo, clericalismo, y decadencia espiritual que se empezaba a notar en muchas iglesias. Aspiraban a mantener la más completa pureza y fervor. Daban énfasis al sacerdocio universal de los creyentes, y eran democráticos en el gobierno de las iglesias, en oposición a las pretensiones del naciente episcopado. Se acusa a los montañistas de haber llevado a un extremo peligroso lo que ellos creían ser la inspiración profética. Hombres y mujeres se levantaban en las asambleas, no sólo para predicar, sino para profetizar acerca del futuro. El movimiento revestía todos los caracteres de los avivamientos; gran exaltación, mucho rigorismo, terribles amenazas. Creían en la inminencia de la segunda venida del Señor; gloriosa esperanza que los otros cristianos empezaban a perder. Tertuliano decía: *“¡Oh qué espectáculo será la gloriosa y triunfante venida de Cristo, tan seguramente prometida, y tan cercana! ¡Qué gozo el de los ángeles y qué gloria la de los santos resucitados! ¡Empezará su reino y se levantará una nueva Jerusalén! Después vendrá la escena final —el amanecer del gran día del juicio y de la confusión de las naciones que se burlaban y no esperaban aquel día que con llama devoradora destruirá el viejo mundo, con todas sus obras. ¡Oh glorioso espectáculo!”.* Tertuliano fue siempre montañista en su espíritu. Para adherirse a ellos no tuvo que pasar por ninguna crisis ni efectuar ningún cambio de ideas. Lo que le decidió a pronunciarse franca y abiertamente por ellos fue el observar que eran calumniados y combatidos injustamente. Tertuliano murió en el año 220, legando al cristianismo el ejemplo de su incansable actividad, de su fervor y sinceridad nunca desconocidos, de su amor a los perseguidos por causa de la justicia; y sus magníficas obras literarias que perdurarán en el mundo como ricos modelos de la primitiva elocuencia cristiana. El hacha de Juan Bautista nunca se le cayó de la mano, y constantemente la hizo caer firme y pesada sobre la raíz del árbol carcomido de la idolatría.

Finalmente, no podemos dejar de mencionar otro cristiano prominente que impactó el segundo siglo con su teología, su nombre fue **Clemente de Alejandría**. Al parecer, Clemente era natural de Atenas, la ciudad que durante siglos había sido famosa por sus filósofos. Sus padres eran paganos; pero el joven Clemente se convirtió de algún modo que desconocemos, y se lanzó entonces en búsqueda de quien pudiese enseñarle más acerca del cristianismo. Tras viajar por buena parte del Mediterráneo, encontró en Alejandría un maestro que le satisfizo. Este maestro era **Panteno**, de quien es poco lo que sabemos. Pero en todo caso Clemente permaneció en Alejandría, y sucedió a Panteno a la muerte de su maestro. En el año 202, a causa de la persecución de Septimio Severo, Clemente se vio obligado a abandonar Alejandría, y anduvo por varias regiones del Mediterráneo oriental —particularmente Siria y Asia Menor— hasta su muerte, que tuvo lugar alrededor del año 215. Alejandría, donde Clemente recibió su formación teológica y donde primero ejerció su magisterio, era el centro donde se daban cita todas las diversas doctrinas que circulaban en esa época. Clemente no fue pastor como Ireneo, sino maestro, y maestro de intelectuales. Por tanto, lo que él busca no fue tanto exponer la fe tradicional de la iglesia, ni guiar a todo el rebaño de tal modo que evite caer en las redes de las herejías, sino más bien ayudar a quienes buscan las verdades más profundas, y convencer a los intelectuales paganos de que el cristianismo no es después de todo la religión absurda que sus enemigos pretenden. En su Exhortación a los paganos, Clemente da muestras de su método teológico al apelar a Platón y otros filósofos. *“Busco conocer a Dios, y no sólo las obras de Dios. ¿Quién me ayudará en mi búsqueda? ... ¿Cómo entonces, oh Platón, ha de buscarse a Dios?”* El propósito de Clemente en este pasaje es mostrarles a sus lectores paganos que buena parte de las doctrinas cristianas encuentra apoyo en las enseñanzas de Platón. De ese modo los paganos podrán acercarse al cristianismo sin creer que se trata, como decían muchos, de una religión de gentes ignorantes y supersticiosas. Pero la razón por la que Clemente apela a Platón no es sólo la conveniencia del argumento. Clemente está convencido de que la verdad es una sola, y que por tanto cualquier verdad que Platón haya conocido no puede ser distinta de la verdad que se ha

revelado en Jesucristo y en las Escrituras. Según él, la filosofía les ha sido dada a los griegos de igual modo que la ley les ha sido dada a los judíos. Y tanto la filosofía como la Ley tienen el propósito de llevar a la verdad última, que nos ha sido revelada en Jesucristo. Los filósofos son a los griegos lo que los profetas fueron a los judíos. Con los judíos Dios ha establecido el pacto de la ley; y con los griegos, el de la filosofía. ¿Cómo entonces hemos de coordinar lo que nos dicen los filósofos con lo que nos dicen las Escrituras? A simple vista, parece haber una enorme distancia entre ambos. Pero según Clemente un estudio cuidadoso de las Escrituras nos llevará a las mismas verdades que los filósofos enseñaron. Esto se debe a que todas las Escrituras están escritas en alegorías o, como dice Clemente, en parábolas. El texto sagrado tiene siempre más de un sentido. El sentido literal no ha de despreciarse. Pero quien se queda en él es como el niño que se contenta con beber leche, y nunca llega a ser adulto. Más allá del sentido literal se encuentran otros sentidos que el verdadero sabio ha de descubrir. La relación entre la fe y la razón es muy estrecha, pues una no puede funcionar sin la otra. La razón siempre construye sus argumentos sobre la base de ciertos principios que ella misma no puede demostrar, pero que acepta por fe. Para el sabio, la fe ha de ser entonces el primer principio, el punto de partida, sobre el cual la razón ha de construir sus edificios. Pero el cristiano que se queda en la fe, al igual que el que no va más allá del sentido literal de las Escrituras, es como el niño de leche, que no puede crecer por falta de alimento sólido. Frente a tales personas, que se contentan con los rudimentos de la fe, se encuentra el sabio o, como dice Clemente, el “*verdadero gnóstico*”. El sabio va más allá del sentido literal de las Escrituras, y de los rudimentos de la fe. El propio Clemente concibe entonces su propia tarea, no como la del pastor que guía a la grey, sino como la del “*verdadero gnóstico*” que dirige a otros de iguales inclinaciones. Naturalmente, esto tiende a producir una teología de tipo elitista, y Clemente ha sido criticado frecuentemente por esa tendencia en su pensamiento. En cuanto al contenido mismo de la teología de Clemente, hemos de decir poco. Aunque él piensa estar sencillamente interpretando las Escrituras, su exégesis alegórica le hace posible encontrar en ellas ideas y doctrinas que vienen más bien de la tradición platónica. Dios es el Uno Inefable, acerca del cual es imposible decir cosa alguna en sentido recto. Todo lo que podemos decir de Dios consiste en negarle todo límite. Lo demás es lenguaje metafórico, que nos resulta útil porque no tenemos otro, pero que sin embargo no describe a Dios. Este Uno Inefable se nos da a conocer en el Verbo, que les reveló a los filósofos y a los profetas toda la verdad que supieron, y que últimamente se ha encarnado en Jesucristo. En todo esto, Clemente sigue a Justino, y en cierta medida al filósofo judío alejandrino Filón. Por otra parte, la importancia de Clemente no está en lo que haya dicho sobre tal o cual doctrina, sino en el modo en que su pensamiento es característico de todo un ambiente y tradición que se forjaron en la ciudad de Alejandría, y que sería de gran importancia para el curso posterior de la teología.

La sexta persecución bajo Maximino, el 235 d.C.

El 235 d.C. comenzó, bajo Maximino, una nueva persecución. El gobernador de Capadocia, Seremiano, hizo todo lo posible para exterminar a los cristianos de aquella provincia. Las personas principales que murieron bajo este reinado fueron **Pontiano**, obispo de Roma; **Anteros**, un griego, su sucesor, que ofendió al gobierno al recogerlas actas de los mártires. **Pamaquio** y **Quirito**, senadores romanos, junto con sus familias enteras, y muchos otros cristianos; **Simplicio**, también senador, **Calepodio**, un ministro cristiano, que fue echado al Tiber, **Martina**, una noble y hermosa doncella; e **Hipólito**, un prelado cristiano, que fue atado a un caballo indómito, y arrastrado hasta morir. Durante esta persecución, suscitada por Maximino, muchísimos cristianos fueron ejecutados sin juicio, y enterrados indiscriminadamente a montones, a veces cincuenta o sesenta echados juntos en una fosa común, sin la más mínima decencia. Al morir el tirano Maximino en el 238 d.C., le sucedió Gordiano, y durante su reinado, así como el de su sucesor, Felipe, la Iglesia estuvo libre de persecuciones durante más de diez años; pero en el 249 d.C. se desató una violenta persecución en Alejandría, por instigación de un sacerdote pagano, sin conocimiento del emperador.

Séptima persecución bajo Decio, el 249 d.C.

Ésta estuvo ocasionada en parte por el aborrecimiento que tenía contra su predecesor Felipe, que era considerado cristiano, y tuvo lugar en parte por sus celos ante el asombroso avance del cristianismo; porque los templos paganos comenzaban a ser abandonados, y las iglesias cristianas estaban llenas. Estas razones estimularon a Decio a intentar la extirpación del nombre mismo de cristiano; y fue cosa desafortunada para el Evangelio que varios errores se habían deslizado para este tiempo dentro de la Iglesia; los cristianos estaban divididos entre sí; los intereses propios dividían a aquellos a los que el amor social debía haber mantenido unidos; y la ironía del orgullo dio lugar a una variedad de facciones. Los paganos, en general, tenían la ambición de poner en acción los decretos imperiales en esta ocasión, y consideraban el asesinato de los cristianos como un mérito para sí mismos. En esta ocasión los mártires fueron innumerables; pero haremos relación de los principales.

Fabiano, obispo de Roma, fue la primera persona en posición eminente que sintió la severidad de esta persecución. El difunto emperador había puesto su tesoro al cuidado de este buen hombre, debido a su integridad. Pero Decio, al no hallar tanto como su avaricia le había hecho esperar, decidió vengarse del buen prelado. Fue entonces arrestado, y decapitado el 20 de enero del 250 d.C. **Julián**, nativo de Cilicia, como nos informa San Crisóstomo, fue arrestado por ser cristiano. Fue metido en una bolsa de cuero, junto con varias serpientes y escorpiones, y echado así al mar. **Pedro**, un joven muy atractivo tanto de físico como por sus cualidades intelectuales, fue decapitado por rehusar sacrificar a Venus. En el juicio declaró: *“Estoy atónito de que sacrificuéis a una mujer tan infame, cuyas abominaciones son registradas por vuestros mismos historiadores, y cuya vida consistió de unas acciones que vuestras mismas leyes castigarían. No, al verdadero Dios ofreceré yo el sacrificio aceptable de alabanzas y oraciones”*. Al oír esto Optimo, procónsul de Asia, ordenó al preso que fuera estirado en la rueda de tormento, rompiéndole todos los huesos, y luego fue enviado a ser decapitado. A **Nicomaco**, hecho comparecer ante el procónsul como cristiano, le mandaron que sacrificara a los ídolos paganos. Nicomaco replicó: *“No puedo dar a demonios la reverencia debida sólo al Todopoderoso”*. Esta manera de hablar enfureció de tal manera al procónsul que Nicomaco fue puesto en el potro. Después de soportar los tormentos durante un tiempo, se retractó; pero apenas si había dado tal prueba de debilidad que cayó en las mayores agonías, cayó al suelo, y expiró inmediatamente. **Denisa**, una joven de sólo dieciséis años, que contempló este terrible juicio, exclamó de repente: *“Oh infeliz, ¿para qué comprar un momento de alivio a costa de una eternidad de miseria!”*. Optimo, al oír esto, la llamó, y al reconocerse Denisa como cristiana, fue poco después decapitada, por orden suya. **Andrés** y **Pablo**, dos compañeros de Nicomaco el mártir, sufrieron el martirio el 251 d.C. por lapidación, y murieron clamando a su bendito Redentor. **Alejandro** y **Epimaco**, de Alejandría, fueron arrestados por ser cristianos; al confesar que efectivamente lo eran, fueron golpeados con estacas, desgarrados con garfios, y al final quemados con fuego; también se nos informa, en un fragmento preservado por Eusebio, que cuatro mujeres mártires sufrieron aquel mismo día, y en el mismo lugar, pero no de la misma manera, por cuanto fueron decapitadas.

Luciano y **Marciano**, dos malvados paganos, aunque hábiles magos, se convirtieron al cristianismo, y para expiar sus antiguos errores vivieron como ermitaños, sustentándose sólo con pan y agua. Después de un tiempo en esta condición, se volvieron en celosos predicadores, e hicieron muchos convertidos. Sin embargo, rugiendo en este entonces la persecución, fueron arrestados y llevados ante Sabinio, el gobernador de Bitinia. Al preguntárseles en base de qué autoridad se dedicaban a predicar, Luciano contestó: *“Que las leyes de la caridad y de la humanidad obligaban a todo hombre a buscar la conversión de sus semejantes, y a hacer todo lo que estuviera en su poder para liberarlos de las redes del diablo”*. Habiendo respondido Luciano de esta manera, Marciano añadió que la conversión de ellos había tenido lugar por la misma gracia que le había sido dada a San Pablo, que, de celoso perseguidor de la Iglesia, se convirtió en predicador del Evangelio. Viendo el procónsul que no podía prevalecer sobre ellos para que renunciaran a su fe, los condenó a ser quemados vivos, sentencia que fue pronto ejecutada. **Trifón** y **Respicio**, dos hombres eminentes, fueron aprehendidos como cristianos, y encarcelados en Niza. Sus pies fueron traspasados con clavos; fueron arrastrados por las calles, azotados, desgarrados con garfios de hierro, quemados con antorchas, y finalmente decapitados, el 1 de febrero del 251 d.C. **Agata**, una dama siciliana, no era tan notable por sus dotes personales y adquiridas como por su piedad; tal era su hermosura que Quintiano, gobernador de Sicilia, se enamoró de ella, e hizo muchos intentos por vencer su castidad, pero sin éxito. A fin de gratificar sus pasiones con la mayor facilidad, puso a la virtuosa dama en manos de Afrodisia, una mujer infame y licenciosa. Esta miserable trató, con sus artificios, de ganarla a la deseada prostitución, pero vio fallidos todos sus esfuerzos, porque la castidad de Agata era inexpugnable, y ella sabía muy bien que sólo la virtud podría procurar una verdadera dicha. Afrodisia hizo saber a Quintiano la inutilidad de sus esfuerzos, y éste, enfurecido al ver sus designios torcidos, cambió su concupiscencia en resentimiento. Al confesar ella que era cristiana, decidió satisfacerse con la venganza, al no poderlo hacer con su pasión. Siguiendo órdenes suyas, fue flagelada, quemada con hierros candentes, y desgarrada con aguzados garfios. Habiendo soportado estas torturas con una admirable fortaleza, fue luego puesta desnuda sobre ascuas mezcladas con vidrio, y luego devuelta a la cárcel, donde expiró el 5 de febrero del 251. **Cirilo**, obispo de Gortyna, fue arrestado por órdenes de Lucio, gobernador de aquel lugar, que sin embargo le exhortó a obedecer la orden imperial, a hacer los sacrificios, y salvar su venerable persona de la destrucción; porque ahora tenía ochenta y cuatro años. El buen prelado le contestó que como había enseñado a otros durante mucho tiempo que salvaran sus almas, ahora sólo podía pensar en su propia salvación. El digno prelado escuchó su sentencia, dada con furor, sin la menor emoción, anduvo animosamente hasta el lugar de la ejecución, y sufrió su martirio con gran entereza.

En ningún lugar se manifestó esta persecución con tanta saña como en la isla de Creta, porque el gobernador, sumamente activo en la ejecución de los edictos imperiales, hizo correr a ríos la sangre de los piadosos. **Babylas**, un cristiano con educación académica, llegó a ser obispo de Antioquia el 237 d.C., después de Zebino. Actuó con un celo sin paralelo, y gobernó la Iglesia con una prudencia admirable durante los tiempos más tormentosos. La primera desgracia que tuvo lugar en Antioquia durante su misión fue su asedio por Sapor, rey de Persia, que, habiendo invadido toda la Siria, tomó y saqueó esta ciudad entre otras, y trató a los moradores cristianos de la ciudad con mayor dureza que a los otros; pero pronto fue derrotado totalmente por Gordiano. Después de la muerte de Gordiano, en el reinado de Decio, este emperador vino a Antioquia, y allí,

expresando su deseo de visitar una asamblea de cristianos; pero Babylas se le opuso, y se negó absolutamente a que entrara. El emperador disimuló su ira en aquel tiempo, pero pronto envió a buscar al obispo, reprendiéndole duramente por su insolencia, y luego le ordenó que sacrificara a las deidades paganas como expiación por su ofensa. Al rehusar, fue echado en la cárcel, cargado de cadenas, tratado con la mayor severidad, y luego decapitado, junto con tres jóvenes que habían sido sus alumnos. Esto sucedió el 251 d.C. **Alejandro**, obispo de Jerusalén, fue encarcelado por su religión por este mismo tiempo, y allí murió debido a la dureza de su encierro. **Juliano**, un anciano y cojo debido a la gota, y **Cronión**, otro cristiano, fueron atados a las jorobas de unos camellos, flagelados cruelmente, y luego echados a un fuego y consumidos. También cuarenta doncellas fueron quemadas en Antioquia, después de haber sido encarceladas y flageladas. En el año 251 de nuestro Señor, el emperador Decio, después de haber erigido un templo pagano en Éfeso, ordenó que todos los habitantes de la ciudad sacrificaran a los ídolos. Esta orden fue noblemente rechazada por siete de sus propios soldados, esto es, **Maximiano**, **Marciano**, **Joanes**, **Malco**, **Dionisio**, **Seraión** y **Constantino**. El emperador, queriendo ganar a estos soldados a que renunciaran a su fe mediante sus exhortaciones y delicadeza, les dio un tiempo considerable de respiro hasta volver de una expedición. Durante la ausencia del emperador, estos huyeron y se ocultaron en una cueva; al saber esto el emperador a su vuelta, la boca de la cueva fue cegada, y todos murieron de hambre. **Teodora**, una hermosa y joven dama de Antioquia rehusó sacrificar a los ídolos de Roma, y fue condenada al burdel, para que su virtud fuera sacrificada a la brutalidad de la concupiscencia. **Dídimo**, un cristiano, se disfrazó con un uniforme de soldado romano, fue al burdel, informó a Teodora de quién era, y la aconsejó a que huyera disfrazada con sus ropas. Hecho esto, y al encontrarse un hombre en el burdel en lugar de una hermosa dama, Didimo fue llevado ante el gobernador, a quien le confesó la verdad; al reconocerse cristiano, de inmediato fue pronunciada contra él la sentencia de muerte. Teodora, al oír que su liberador iba a sufrir, acudió ante el juez, y rogó que la sentencia recayera sobre ella como la persona culpable; pero sordo a los clamores de los inocentes, e insensible a las demandas de la justicia, el implacable juez condenó a ambos; y fueron ejecutados, primero decapitados, y luego sus cuerpos quemados. **Secundiano**, acusado de ser cristiano, estaba siendo llevado a la cárcel por varios soldados. Por el camino, **Veriano** y **Marcelino** les dijeron: “¿A dónde lleváis a un inocente?”. Esta pregunta llevó al arresto de ellos, y los tres, tras haber sido torturados, fueron colgados y decapitados.

Orígenes, discípulo más destacado de Clemente de Alejandría, el célebre presbítero y catequista de Alejandría. La obra literaria de Orígenes fue inmensa. Puesto que sus conocimientos bíblicos eran enormes y estaba consciente de que el texto de las Escrituras contenía ligeras variantes, compuso la Hexapla. Esta era una colección, en seis columnas, del Antiguo Testamento en diversas formas: el texto hebreo, una transliteración en letras griegas de ese mismo texto —de modo que el lector que desconocía el hebreo pudiera conocer el sonido del hebreo, sobre la base del griego— y cuatro versiones distintas al griego. Además, se dedicó a comparar los diversos textos del Antiguo Testamento, y produjo toda una serie de símbolos para designar variantes, omisiones y añadiduras. Además, Orígenes compuso comentarios y sermones sobre buena parte del texto bíblico. Y a esto han de añadirse su apología *Contra Celso*. La teología de Orígenes sigue un espíritu muy parecido al de su maestro Clemente. Se trata de un intento de relacionar la fe cristiana con la filosofía que estaba en boga en Alejandría en esa época. Esa filosofía era lo que los historiadores llaman “*el neoplatonismo*”. Fue arrestado cuando tenía sesenta y cuatro años, y fue arrojado en una inmundada mazmorra, cargado de cadenas, con los pies en el cepo, y sus piernas extendidas al máximo durante varios días seguidos. Fue amenazado con fuego, y torturado con todos los medios prolijos que pudieran inventar las mentes más infernales. Durante este cruel y prolongado tormento murió el emperador Decio, y Gallo, que le sucedió, se enzarzó en una guerra contra los godos, con lo que los cristianos tuvieron un respiro. Durante este intervalo, Orígenes obtuvo la libertad, y, retirándose a Tiro, se quedó allí hasta su muerte, que le sobrevino a los sesenta y nueve años de edad.

Habiendo Gallo concluido sus guerras, se desató una plaga en el imperio; el emperador ordenó entonces sacrificios a las deidades paganas, y se desencadenaron persecuciones desde el corazón del imperio, extendiéndose hasta las provincias más apartadas, y muchos cayeron mártires de la impetuosidad del populacho, así como del prejuicio de los magistrados. Entre estos mártires estuvieron **Comelio**, obispo cristiano de Roma, y su sucesor Lucio, en el 253. La mayoría de los errores que se introdujeron en la Iglesia en esta época surgieron por poner la razón humana en competición con la revelación; pero al demostrar los teólogos más capaces la falacia de tales argumentos, las opiniones que se habían suscitado se desvanecieron como las estrellas delante del sol.

La octava persecución comenzando con Valeriano, 257 d.C.

Ésta comenzó bajo Valeriano, en el mes de abril del 257 d.C., y continuó durante tres años y seis meses. Los mártires que cayeron en esta persecución fueron innumerables, y sus torturas y muertes igual de variadas y penosas. Los más eminentes entre los mártires fueron los siguientes, aunque no se respetaron ni rango, ni sexo ni edad. **Rufina** y **Secunda** eran dos hermosas y cumplidas damas, hijas de Asterio, un caballero eminente en Roma. Rufina, la mayor, estaba prometida en

matrimonio a Armentario, un joven noble; Secunda, la menor, a Verino, persona de alcurnia y opulencia. Los pretendientes, al comenzar la persecución, eran ambos cristianos; pero cuando surgió el peligro, renunciaron a su fe para salvar sus fortunas. Se esforzaron entonces mucho en persuadir a las damas a que hicieran lo mismo, pero, frustrados en sus propósitos, fueron tan abyectos como para informar en contra de ellas, que, arrestadas como cristianas, fueron hechas comparecer ante Junio Donato, gobernador de Roma, donde, en el 257 d.C., sellaron su martirio con su sangre. **Esteban**, obispo de Roma, fue decapitado aquel mismo año, y por aquel tiempo **Saturnino**, el piadoso obispo ortodoxo de Toulouse, que rehusó sacrificar a los ídolos, fue tratado con todas las más bárbaras indignidades imaginables, y atado por los pies a la cola de un toro. Al darse una señal, el enfurecido animal fue conducido escaleras abajo por las escalinatas del templo, con lo que le fue destrozado el cráneo del digno mártir hasta salirse los sesos. **Sixto** sucedió a Esteban como obispo de Roma. Se supone que era griego de nacimiento u origen, y había servido durante un tiempo como diácono bajo Esteban. Su gran fidelidad, singular sabiduría y valor no común lo distinguieron en muchas ocasiones; y la feliz conclusión de una controversia con algunos herejes es generalmente adscrita a su piedad y prudencia. En el año 258, Marciano, que dirigía los asuntos del gobierno en Roma, consiguió una orden del emperador Valeriano para dar muerte a todo el clero cristiano de Roma, y por ello el obispo, con seis de sus diáconos, sufrió el martirio en el 258.

Acerquémonos al fuego del martirizado **Lorenzo**, para que nuestros fríos corazones sean por él hechos arder. El implacable tirano, sabiendo que no sólo era ministro de los sacramentos, sino también distribuidor de las riquezas de la Iglesia, se prometía una doble presa con el arresto de una sola persona. Primero, con el rastrillo de la avaricia, conseguir para sí mismo el tesoro de cristianos pobres; luego, con el feroz bieldo de la tiranía, para agitarlos y perturbarlos, agotarlos en su profesión. Con un rostro feroz y cruel semblante, el codicioso lobo exigió saber dónde Lorenzo había repartido las riquezas de la Iglesia; éste, pidiendo tres días de tiempo, prometió declarar dónde podría conseguir el tesoro. Mientras tanto, hizo congregar una gran cantidad de cristianos pobres. Así, cuando llegó el día en que debía dar su respuesta, el perseguidor le ordenó que se mantuviera fiel a su promesa. Entonces, el valiente Lorenzo, extendiendo sus brazos hacia los pobres, dijo: *“Estos son el precioso tesoro de la Iglesia; estos son verdaderamente el tesoro, aquellos en los que reina la fe de Cristo, en los que Jesucristo tiene su morada. ¿Qué joyas más preciosas puede tener Cristo, que aquellos en quienes ha prometido morar? Porque así está escrito: Tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber, fui forastero, y me recogisteis. Y también: Por cuanto lo hicisteis a uno de estos más pequeños de mis hermanos, a mí me lo hicisteis ¿Qué mayores riquezas puede poseer Cristo nuestro Maestro que el pueblo pobre en quien quiere ser visto?”*.

La novena persecución comenzando con Aureliano, 274 d.C.

Los principales que padecieron en esta fueron: **Félix**, obispo de Roma. Este prelado accedió a la sede de Roma en el 274. Fue el primer mártir de la petulancia de Aureliano, siendo decapitado en el veintidós de diciembre aquel mismo año. **Agapito**, un joven caballero, que había vendido sus posesiones y dado el dinero a los pobres, fue arrestado como cristiano, torturado, y luego decapitado en Praeneste, una ciudad a un día de viaje de Roma. Estos son los únicos mártires que fueron registrados durante este reinado, que pronto vio su fin, al ser el emperador asesinado en Bizancio por sus propios criados. Aureliano fue sucedido por Tácito, que fue seguido por Probo, y éste por Caro; al ser muerto este emperador por un rayo, sus hijos Camio y Numeriano le sucedieron, y durante todos estos reinados la iglesia tuvo paz.

Diocleciano accedió al trono imperial en el 284 d.C. Al principio mostró gran favor a los cristianos. En el año 286 asoció consigo en el imperio a Maximiano. Algunos cristianos fueron muertos antes que se desatara ninguna persecución general. Entre estos se encontraban **Feliciano** y **Primo**, que eran hermanos. **Marco** y **Marceliano** eran mellizos, naturales de Roma, y de noble linaje. Sus padres eran paganos, pero los tutores, a los que había sido encomendada la educación de los hijos, los criaron como cristianos. Su constancia aplacó finalmente a los que deseaban que se convirtieran en paganos, y sus padres y toda la familia se convirtieron a una fe que antes reprobaban. Fueron martirizados siendo atados a estacas, con los pies traspasados por clavos. Después de permanecer en esta situación un día y una noche, sus sufrimientos fueron terminados con unas lanzas que traspasaron sus cuerpos. **Zoe**, la mujer del carcelero, que había tenido el cuidado de los mártires acabados de mencionar, fue también convertida por ellos, y fue colgada de un árbol, con un fuego de paja encendido debajo de ella. Cuando su cuerpo fue bajado, fue echado a un río, con una gran piedra atada al mismo, a fin de que se hundiera.

En el año 286 tuvo lugar un hecho de lo más notable. Una legión de soldados, que consistía de seis mil seiscientos sesenta y seis hombres, estaba totalmente constituida por cristianos. Esta legión era llamada la **Legión Tebana**, porque los hombres habían sido reclutados en Tebas; estuvieron acuartelados en oriente hasta que el emperador Maximiano ordenó que se dirigieran a las Galias, para que le ayudaran contra los rebeldes de Borgofia. Pasaron los Alpes, entrando en las Galias, a las órdenes de Mauricio, Cándido y Exuperio, sus dignos comandantes, y al final se reunieron con el emperador. Maximiano, para este tiempo, ordenó un sacrificio general, al que debía asistir todo el ejército; también ordenó que se debiera

tomar juramento de lealtad y al mismo tiempo que se debía jurar ayudar a la extirpación del cristianismo en las Galias. Alarmados ante estas órdenes, cada uno de los componentes de la Legión Tebana rehusó de manera absoluta sacrificar o tomar los juramentos prescritos. Esto enfureció de tal manera a Maximiano que ordenó que toda la legión fuera diezmada, esto es, que se seleccionara a uno de cada diez hombres, y matarlo a espada. Habiéndose ejecutado esta sanguinaria orden, el resto permanecieron inflexibles, teniendo lugar una segunda muerte, y uno de cada diez hombres de los que quedaban vivos fue muerto a espada. Este segundo castigo no tuvo más efectos que el primero; los soldados se mantuvieron firmes en su decisión y en sus principios, pero por consejo de sus oficiales hicieron una protesta de fidelidad a su emperador. Se podría pensar que esto iba a ablandar al emperador, pero tuvo el efecto contrario, porque, encolerizado ante la perseverancia y unanimidad que demostraban, ordenó que toda la legión fuera muerta, lo que fue efectivamente ejecutado por las otras tropas, que los despedazaron con sus espadas, el 22 de septiembre del 286.

Alban, de quien recibió su nombre Sant Alban's, en Henfordshire, fue el primer mártir británico. Gran Bretaña había recibido el Evangelio de Cristo mediante **Lucio**, el primer rey cristiano, pero no sufrió de la ira de la persecución hasta muchos años después. Alban era originalmente pagano, pero convertido por un clérigo cristiano, llamado **Anfíbalo**, a quien dio hospitalidad a causa de su religión. Los enemigos de Anfíbalo, enterándose del lugar dónde estaba escondido, llegaron a casa de Alban, a fin de facilitar su huida, se presentó como la persona a la que buscaban. Al descubrirse el engaño, el gobernador ordenó que le azotaran, y luego fue sentenciado a ser decapitado, el 22 de junio del 287 d.C. Nos asegura el venerable Beda que, en esta ocasión, el verdugo se convirtió súbitamente al cristianismo, y pidió permiso para morir por Alban, o con él. Obteniendo su segunda petición, fueron ambos decapitados por un soldado, que asumió voluntariamente el papel de verdugo. Esto sucedió en el veintidós de junio del 287 en Verulam, ahora St Alban's, en Henfordshire, donde se levantó una magnífica iglesia en su memoria para el tiempo de Constantino el Grande. El edificio, destruido en las guerras sajonas, fue reconstruido por Offa, rey de Mercia, y junto a él se levantó un monasterio, siendo aún visibles algunas de sus ruinas; la iglesia es un noble edificio gótico. **Fe**, una mujer cristiana de Aquitania, Francia, fue asada sobre una parrilla, y luego decapitada, en el 287 d.C. **Quintín** era un cristiano natural de Roma, pero decidió emprender la propagación del Evangelio en las Galias, con un tal **Luciano**, y predicaron juntos en Amiens; después de ello Luciano fue a Beaumaris, donde fue martirizado. Quintín permaneció en la Picardía, y mostró gran celo en su ministerio. Arrestado como cristiano, fue estirado con poleas hasta que se dislocaron sus miembros; su cuerpo fue desgarrado con azotes de alambres, y derramaron aceite y brea hirviendo sobre su carne desnuda; se le aplicaron antorchas encendidas a sus lados y sobacos; después de haber sido torturado de esta manera, fue enviado de vuelta a la mazmorra, muriendo allí el 31 de octubre del 287 por las atrocidades que le habían infligido. Su cuerpo fue lanzado al Somme.

La décima persecución bajo Diocleciano, 303 d.C.

Bajo los emperadores romanos, y comúnmente llamada la Era de los Mártires, fue ocasionada en parte por el número en aumento de los cristianos y por sus crecientes riquezas, y por el odio de Galerio, el hijo adoptivo de Diocleciano, que, estimulado por su madre, una fanática pagana, nunca dejó de empujar al emperador para que iniciara esta persecución hasta que logró su propósito. El día fatal fijado para el comienzo de la sangrienta obra era el veintitrés de febrero del 303 d.C., el día en que se celebraba la Terminalia, y en el que, como se jactaban los crueles paganos, esperaban terminar con el cristianismo. En el día señalado comenzó la persecución en Nicomedia, en la mañana del cual el prefecto de la ciudad acudió, con un gran número de oficiales y alguaciles, a la iglesia de los cristianos, donde, forzando las puertas, tomaron todos los libros sagrados y los lanzaron a las llamas. Toda esta acción tuvo lugar en presencia de Diocleciano y Galerio, los cuales, no satisfechos con quemar los libros, hicieron derruir la iglesia sin dejar ni rastro. Esto fue seguido por un severo edicto, ordenando la destrucción de todas las otras iglesias y libros de los cristianos; pronto siguió una orden, para proscribir a los cristianos de todas las denominaciones. La publicación de este edicto ocasionó un martirio inmediato, porque un atrevido cristiano no sólo lo arrancó del lugar en el que estaba puesto, sino que execró el nombre del emperador por esta injusticia. Una provocación así fue suficiente para atraer sobre sí la venganza pagana; fue entonces arrestado, severamente torturado, y finalmente quemado vivo. Todos los cristianos fueron prendidos y encarcelados; Galerio ordenó en privado que el palacio imperial fuera incendiado, para que los cristianos fueran acusados de incendiarios, dándose una plausible razón para llevar a cabo la persecución con la mayor de las severidades. Comenzó un sacrificio general, lo que ocasionó el inicio de los martirios. No se hacía distinción de edad ni de sexo; el nombre de cristiano era tan odioso para los paganos que todos inmediatamente cayeron víctimas de sus opiniones. Muchas casas fueron incendiadas, y familias cristianas enteras perecieron en las llamas; a otros les ataron piedras en el cuello, y atados juntos fueron llevados al mar. La persecución se hizo general en todas las provincias romanas, pero principalmente en el este. Por cuanto duró diez años, es imposible determinar el número de mártires, ni enumerar las varias formas de martirio. Potros, azotes, espadas, dagas, cruces, veneno y hambre se emplearon en los diversos lugares para dar muerte a los cristianos; y se agotó la imaginación en el esfuerzo de inventar torturas contra gentes que no habían cometido crimen alguno, sino que pensaban de manera distinta de los seguidores de la superstición.

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

Una ciudad de Frigia, totalmente poblada por cristianos, fue quemada, y todos los moradores perecieron en las llamas. Cansados de la degollina, finalmente, varios gobernadores de provincias presentaron ante la corte imperial lo inapropiado de tal conducta. Por ello a muchos se les eximió de ser ejecutados, pero, aunque no eran muertos, se hacía todo por hacerles la vida miserable; a muchos se les cortaban las orejas, las narices, se les sacaba el ojo derecho, se inutilizaban sus miembros mediante terribles dislocaciones, y se les quemaba la carne en lugares visibles con hierros candentes. Es necesario ahora señalar de manera particular a las personas más destacadas que dieron su vida en martirio en esta sangrienta persecución. **Sebastián**, un célebre mártir, había nacido en Narbona, en las Galias, y después llegó a ser oficial de la guardia del emperador en Roma. Permaneció un verdadero cristiano en medio de la idolatría. Sin dejarse seducir por los esplendores de la corte, sin mancharse por los malos ejemplos, e incontaminado por esperanzas de ascenso. Rehusando caer en el paganismo, el emperador lo hizo llevar a un campo cercano a la ciudad, llamado Campo de Marte, y que allí le dieran muerte con flechas; ejecutada la sentencia, algunos piadosos cristianos acudieron al lugar de la ejecución, para dar sepultura a su cuerpo, y se dieron entonces cuenta de que había señales de vida en su cuerpo; lo llevaron de inmediato a lugar seguro, y en poco tiempo se recuperó, preparándose para un segundo martirio; porque tan pronto como pudo salir se puso intencionadamente en el camino del emperador cuando éste subía hacia el templo, y lo reprendió por sus muchas crueldades e irrazonables prejuicios contra el cristianismo. Diocleciano, cuando pudo recobrase de su asombro, ordenó que Sebastián fuera arrestado y llevado a un lugar cercano a palacio, y allí golpeado hasta morir; y para que los cristianos no lograran ni recuperar ni sepultar su cuerpo, ordenó que fuera echado a la alcantarilla. Sin embargo, una dama cristiana llamada Lucina encontró la manera de sacarlo de allí, y de sepultarlo en las catacumbas, o nichos de los muertos. **Vito**, siciliano de una familia de alto rango, fue educado como cristiano; al aumentar sus virtudes con el paso de los años, su constancia le apoyó a través de todas las aflicciones, y su fe fue superior a los más grandes peligros. Su padre Hylas, que era pagano, al descubrir que su hijo había sido instruido en los principios del cristianismo por la nodriza que lo había criado, empleó todos sus esfuerzos por volverlo al paganismo, y al final sacrificó su hijo a los ídolos, el 14 de junio del 303 d.C. **Víctor** era un cristiano de buena familia en Marsella, en Francia; pasaba gran parte de la noche visitando a los afligidos y confirmando a los débiles; esta piadosa obra no la podía llevar a cabo durante el día de manera consonante con su propia seguridad; gastó su fortuna en aliviar las angustias de los cristianos pobres. Finalmente, empero, fue arrestado por edicto del emperador Maximiano, que le ordenó ser atado y arrastrado por las calles. Durante el cumplimiento de esta orden fue tratado con todo tipo de crueldades e indignidades por el enfurecido populacho. Siguiendo inflexible, su valor fue considerado como obstinación. Se ordenó que fuera puesto al potro, y él volvió sus ojos al cielo, orando a Dios que le diera paciencia, tras lo cual sufrió las torturas con la más admirable entereza. Cansados los verdugos de atormentarle, fue llevado a una mazmorra. En este encierro convirtió a sus carceleros, llamados Alejandro, Feliciano y Longino. Enterándose el emperador de esto, ordenó que fueran ejecutados de inmediato, y los carceleros fueron por ello decapitados. Víctor fue de nuevo puesto al potro, golpeado con varas sin misericordia, y de nuevo echado en la cárcel. Al ser interrogado por tercera vez acerca de su religión, perseveró en sus principios; trajeron entonces un pequeño altar, y le ordenaron que de inmediato ofreciera incienso sobre él. Enardecido de indignación ante tal petición, se adelantó valientemente, y con una patada derribó el altar y el ídolo. Esto enfureció de tal manera a Maximiano, que estaba presente, que ordenó que el pie que había golpeado el altar fuera de inmediato amputado; luego Víctor fue echado a un molino, y destrozado por las muelas, en el 303 d.C.

Estando en Tarso Máximo, gobernador de Cilicia, hicieron comparecer ante él a tres cristianos; sus nombres eran **Taraco**, un anciano, **Probo** y **Andrónico**. Después de repetidas torturas y exhortaciones para que se retractaran, fueron finalmente llevados a su ejecución. Llevados al anfiteatro, les soltaron varias fieras; pero ninguno de los animales, aunque hambriento, los quería tocar. Entonces el guardador sacó un gran oso, que aquel mismo día había destruido a tres hombres; pero tanto este voraz animal como una feroz leona rehusaron tocar a los presos. Al ver imposible su designio de destruirlos por medio de las fieras, Máximo ordenó su muerte por la espada, el 11 de octubre del 303 d.C. **Romano**, natural de Palestina, era diácono de la iglesia de Cesarea en la época del comienzo de la persecución de Diocleciano. Condenado por su fe en Antioquía, fue flagelado, puesto en el potro, su cuerpo fue desgarrado con garfios, su carne cortada con cuchillos, su rostro marcado, le hicieron saltar los dientes a golpes, y le arrancaron el cabello desde las raíces. Poco después ordenaron que fuera estrangulado. Era el 17 de noviembre del 303 d.C. **Susana**, sobrina de Cayo, obispo de Roma, se le notificó por parte del emperador Diocleciano para que se casara con un noble pagano, que era un pariente próximo del emperador. Rehusando el honor que se le proponía, fue decapitada por orden del emperador. **Doroteo**, el gran chambelán de la casa de Diocleciano, era cristiano, y se esforzó mucho en ganar convertidos. En sus labores religiosas fue ayudado por **Gorgonio**, otro cristiano, que pertenecía al palacio. Fueron primero torturados y luego estrangulados. **Pedro**, un eunuco que pertenecía al emperador, era un cristiano de una singular modestia y humildad. Fue puesto sobre una parrilla y asado a fuego lento hasta que expiró. **Cipriano**, conocido como el mago, para distinguirlo de Cipriano obispo de Cartago, era natural de Antioquia. Recibió una educación académica en su juventud, y se aplicó de manera particular a la astrología; después de ello, viajó para ampliar conocimientos, yendo por Grecia, Egipto, la India, etc. Con el paso del tiempo conoció a **Justina**, una joven dama de Antioquia, cuyo nacimiento, belleza y cualidades suscitaban la admiración de todos los que la conocían. Un caballero pagano

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

pidió a Cipriano que le ayudara a conseguir el amor de la bella Justina; emprendiendo él esta tarea, pronto fue sin embargo convertido, quemó sus libros de astrología y magia, recibió el bautismo, y se sintió animado por el poderoso espíritu de gracia. La conversión de Cipriano ejerció un gran efecto sobre el caballero pagano que le pagaba sus gestiones con Justina, y pronto él mismo abrazó el cristianismo. Durante las persecuciones de Diocleciano, Cipriano y Justina fueron apresados como cristianos; el primero fue desgarrado con tenazas, y la segunda azotada; después de sufrir otros tormentos, fueron ambos decapitados. **Eulalia**, una dama española de familia cristiana, era notable en su juventud por su gentil temperamento, y por su solidez de entendimiento, pocas veces hallado en los caprichos de los años juveniles. Apresada como cristiana, el magistrado intentó de las maneras más suaves ganarla al paganismo, pero ella ridiculizó las deidades paganas con tal aspereza que el juez, enfurecido por su conducta, ordenó que fuera torturada. Así, sus costados fueron desgarrados con garfios, y sus pechos quemados de la manera más espantosa, hasta que expiró debido a la violencia de las llamas; esto ocurrió en diciembre del 303 d.C. En el año 304, cuando la persecución alcanzó a España, Daciano, gobernador de Tarragona, ordenó que **Valerio**, el obispo, y **Vicente**, el diácono, fueran apresados, cargados de cadenas y encarcelados. Al mantenerse firmes los presos en su resolución, Valerio fue desterrado, y Vicente fue puesto al potro, dislocándose sus miembros, desgarrándole la carne con garfios, y siendo puesto sobre la parrilla, no sólo poniendo un fuego debajo de él, sino pinchos encima, que atravesaban su carne. Al no destruirle estos tormentos, ni hacerle cambiar de actitud, fue devuelto a la cárcel, confinado en una pequeña e inmundada mazmorra oscura, sembrada de piedras de sílex aguzadas y de vidrios rotos, donde murió el 22 de enero del 304. Su cuerpo fue echado al río. La persecución de Diocleciano comenzó a endurecerse de manera particular en el 304 d.C., cuando muchos cristianos fueron torturados de manera cruel y muertos con las muertes más penosas e ignominiosas. De ellos enumeraremos a los más eminentes y destacados. **Saturnino**, un sacerdote de Albitina, una ciudad de África, fue, después de su tortura, enviado de nuevo a la cárcel, donde se le dejó morir de hambre. Sus cuatro hijos, tras ser atormentados de varias maneras, compartieron la misma suerte con su padre. **Dativas**, un noble senador romano; **Telico**, un piadoso cristiano; **Victoria**, una joven dama de una familia de alcurnia y fortuna, con algunos otros de clases sociales más humildes, todos ellos discípulos de Saturnino, fueron torturados de manera similar, y perecieron de la misma manera.

Agrape, Quionia e Irene, tres hermanas, fueron encarceladas en Tesalónica, cuando la persecución de Diocleciano llegó a Grecia. Fueron quemadas, y recibieron en las llamas la corona del martirio el 25 de marzo del 304. El gobernador, al ver que no podía causar impresión alguna sobre Irene, ordenó que fuera expuesta desnuda por las calles, y cuando esta vergonzosa orden fue ejecutada, se encendió un fuego cerca de la muralla de la ciudad, entre cuyas llamas subió su espíritu más allá de la crueldad humana. **Agato**, hombre de piadosa mente, y **Cassice, Felipa y Eutiquia**, fueron martirizados por el mismo tiempo; pero los detalles no nos han sido transmitidos. **Marcelino**, obispo de Roma, que sucedió a Cayo en aquella sede, habiéndose opuesto intensamente a que se dieran honras divinas a Diocleciano, sufrió el martirio, mediante una variedad de torturas, en el año 304, consolando su alma, hasta expirar, con la perspectiva de aquellos gloriosos galardones que recibiría por las torturas experimentadas en el cuerpo. **Victorio, Carpofofo, Severo y Sevehano** eran hermanos, y los cuatro estaban empleados en cargos de gran confianza y honor en la ciudad de Roma. Habiéndose manifestado contra el culto a los ídolos, fueron arrestados y azotados con la plumbetx, o azotes que en sus extremos llevaban bolas de plomo. Este castigo fue aplicado con tal exceso de crueldad que los piadosos hermanos cayeron mártires bajo su dureza. **Timoteo**, diácono de Mauritania, y su mujer **Maura**, no habían estado unidos por más de tres semanas por el vínculo del matrimonio cuando se vieron separados uno del otro por la persecución. Timoteo, apresado por cristiano, fue llevado ante Arriano, gobernador de Tebas, que sabiendo que guardaba las Sagradas Escrituras, le mandó que se las entregara para quemarlas. A esto respondió: *“Si tuviera hijos, antes te los daría para que fueran sacrificados, que separarme de la Palabra de Dios”*. El gobernador, airado en gran manera ante esta contestación, ordenó que le fueran sacados los ojos con hierros candentes, diciendo: *“Al menos los libros no te serán de utilidad, porque no verás para leerlos”*. Su paciencia ante esta acción fue tan grande que el gobernador se exasperó más y más; por ello, a fin de quebrantar su fortaleza, ordenó que lo colgaran de los pies, con un peso colgado del cuello, y una mordaza en la boca. En este estado, Maura le apremió tiernamente a que se retractara, por causa de ella; pero él, cuando le quitaron la mordaza de la boca, en lugar de acceder a los ruegos de su mujer, la censuró intensamente por su desviado amor, y declaró su resolución de morir por su fe. La consecuencia de esto fue que Maura decidió imitar su valor y fidelidad, y o bien acompañarle, o bien seguirle a la gloria. El gobernador, tras intentar en vano que cambiara de actitud, ordenó que fuera torturada, lo que tuvo lugar con gran severidad. Tras ello, Timoteo y Maura fueron crucificados cerca el uno del otro el 304 d.C. A **Sabino**, obispo de Assisi, le fue cortada la mano por orden del gobernador de Toscana, por rehusar sacrificar a Júpiter y por empujar el ídolo de delante de él. Estando en la cárcel, convirtió al gobernador y a su familia, los cuales sufrieron martirio por la fe. Poco después de la ejecución de ellos, el mismo Sabino fue flagelado hasta morir, en diciembre del 304 d.C.

Cansado de la farsa del estado y de los negocios públicos, el emperador Diocleciano abdicó la diadema imperial, y fue sucedido por Constancio y Galerio; el primero era un príncipe de una disposición sumamente gentil y humana, y el segundo igualmente destacable por su crueldad y tiranía. Estos se dividieron el imperio en dos gobiernos iguales, minando

Galerio en oriente y Constancio en occidente; y los pueblos bajo ambos gobiernos sintieron los efectos de las disposiciones de los dos emperadores, porque los de occidente eran gobernados de la manera más gentil, mientras que los que residían en oriente sentían todas las miserias de la opresión y de torturas dilatadas. Entre los muchos martirizados por orden de Galerio, enumeraremos los más eminentes. **Anfiano** era un caballero eminente en Lucía, y estudiante de Eusebio; **Julita**, una mujer licaonia de linaje regio, pero más célebre por sus virtudes que por su sangre noble. Mientras estaba en el potro, dieron muerte a su hijo delante de ella. Julita, de Capadocia, era una dama de distinguida capacidad, gran virtud e insólito valor. Para completar su ejecución, le derramaron brea hirviendo sobre los pies, desgarraron sus costados con garfios, y recibió la culminación de su martirio siendo decapitada el 16 de abril del 305 d.C. **Hermolaos**, un cristiano piadoso y venerable, muy anciano, y gran amigo de Pantaleón, sufrió el martirio por la fe en el mismo día y de la misma manera que Pantaleón. **Eustratio**, secretario del gobernador de Armina, fue echado en un horno de fuego por exhortar a algunos cristianos que habían sido apresados a que perseveraran en su fe. **Nicaner** y **Marciano**, dos destacados oficiales militares romanos, fueron encarcelados por su fe. Como eran ambos hombres de gran valía en su profesión, se emplearon todos los medios imaginables para persuadirles a renunciar al cristianismo; pero, al encontrarse estos medios ineficaces, fueron decapitados. En el reino de Nápoles tuvieron lugar varios martirios, en particular **Januaries**, obispo de Beneventum; **Sosio**, diácono de Misene; **Próculo**, que también era diácono; Eutico y Acutio, hombres del Pueblo; Festo, diácono, y Desiderio, lector, todos ellos fueron, por ser cristianos, condenados por el gobernador de Campania a ser devorados por las fieras. Pero las salvajes fieras no querían tocarlos, por lo que fueron decapitados. **Quirino**, obispo de Siscia, llevado ante el gobernador Matenio, recibió la orden de sacrificar a las deidades paganas, en conformidad a las órdenes de varios emperadores romanos. El gobernador, al ver su decisión contraria, lo envió a la cárcel, cargado de cadenas, diciéndose que las durezas de una mazmorra, algunos tormentos ocasionales y el peso de las cadenas podrían quebrantar su resolución. Pero decidido en sus principios, fue enviado a Amancio, el principal gobernador de Panonia, hoy día Hungría, que lo cargó de cadenas, y lo arrastró por las principales ciudades del Danubio, exponiéndolo a la mofa popular doquiera que iba. Llegando finalmente a Sabaria, y viendo que Quirino no iba a renunciar a su fe, ordenó arrojarlo al río, con una piedra atada al cuello. Al ejecutarse esta sentencia, Quirino flotó durante cierto tiempo, exhortando al pueblo en los términos más piadosos, y concluyendo sus amonestaciones con esta oración: *“No es nada nuevo para ti, oh todopoderoso Jesús, detener los cursos de los ríos, ni hacer que alguien camine sobre el agua, como hiciste con tu siervo Pedro; el pueblo ya ha visto la prueba de tu poder en mí, concédeme ahora que dé mi vida por tu causa, oh mi Dios”*. Al pronunciar estas últimas palabras se hundió de inmediato, y murió, el 4 de junio del 308 d.C. Su cuerpo fue después rescatado y sepultado por algunos piadosos cristianos. **Pánfilo**, natural de Fenicia, de una familia de alcurnia, fue un hombre de tan grande erudición que fue llamado un segundo Orígenes. Fue recibido en el cuerpo del clero en Cesarea, donde estableció una biblioteca pública y dedicó su tiempo a la práctica de toda virtud cristiana. Copió la mayor parte de las obras de Orígenes de su propio puño y letra, y, ayudado por Eusebio, dio una copia correcta del Antiguo Testamento, que había sufrido mucho por la ignorancia o negligencia de los anteriores transcritores. En el año 307 fue prendido y sufrió tortura y martirio. **Marcelo**, obispo de Roma, al ser desterrado por su fe, cayó mártir de las desgracias que sufrió en el exilio, el 16 de enero del 310 d.C. **Pedro**, el decimosexto obispo de Alejandría, fue martirizado el 25 de noviembre del 311 d.C. por orden de Máximo César, que minaba en el este. **Inés**, una doncella de sólo trece años, fue decapitada por ser cristiana; también lo fue **Serena**, la esposa emperatriz de Diocleciano. **Valentín**, su sacerdote, sufrió la misma suerte en Roma; y **Erasmus**, obispo, fue martirizado en Campania. Poco después de esto, la persecución aminoró en las zonas centrales del imperio, así como en occidente; y la providencia comenzó finalmente a manifestar la venganza contra los perseguidores.

Mientras el oriente era gobernado con gran crueldad, en occidente había otro emperador muy diferente llamado **Constantino**. Acerca de su primera educación religiosa no se poseen datos suficientes. Su padre demostró alguna inclinación al cristianismo. Su madre Elena, si no cristiana declarada, era también adicta al credo de los que tanto sufrían por su fe. Como los cristianos eran numerosos, no es extraño que Constantino haya tenido trato con algunos de ellos en su juventud, y que esto lo haya predisposto en su favor. Fue testigo de la persecución bajo Diocleciano. Se encontraba en Nicomedia cuando ésta principió, y las escenas de fanatismo y barbarie que presencié, formaban un notable contraste con las ideas de tolerancia que profesaba su padre. Pudo ver que en el cristianismo había algo que no podía ser destruido ni con fuego ni con la espada más aguda. Cuando fue proclamado Augusto por las legiones que su padre había conducido a Britania, es decir el año 306, se mostró aún ligado al paganismo y en el año 308 ofreció sacrificios en el templo de Apolo por la buena marcha de su reinado. Creía que era deudor a los dioses por la buena suerte de su carrera. Sólo después de sus victorias contra Magencia es que hace sus primeras declaraciones públicas en favor del cristianismo, esto es, en el año 312, cuando llegó a ser único emperador de Occidente.

Las circunstancias que produjeron este cambio en la conducta de Constantino tienen como única explicación lo que se llama **la historia de la visión de la cruz**. Daremos el relato como ha sido transmitido a la posteridad por Eusebio, quien dice que se lo relató al mismo Constantino, asegurándole con juramento que todo lo que le decía era la pura verdad. He aquí

el relato. Cuando Magencio estaba haciendo sus preparativos para entrar en campaña y se encomendaba a los dioses de su predilección, observando escrupulosamente las ceremonias paganas, Constantino se puso a pensar en la necesidad que tenía de no confiar únicamente en la fuerza de sus armas y valor de sus soldados, Los fracasos de los últimos emperadores disminuían su confianza en el poder protector de los dioses, y vacilaba acerca de la actitud que debía asumir. El ejemplo de su padre, quien creía en un solo Dios omnipotente, le recordó que no debía confiar en ningún otro. Se dirigió por lo tanto a este Dios, pidiéndole que se le revelase y que le diese la victoria en la próxima batalla que estaba por librar. Mientras estaba orando vio, suspendida en los cielos, una cruz refulgente y debajo de ella esta inscripción: **Tonto Nika**. Se dice que la visión fue vista por todo el ejército que se dirigía a Italia, y que todos se llenaron de asombro. Probablemente la inscripción fue vista en el idioma del emperador, el latín: **In Hoc Signo Vincens** lo que significa: **Con este signo vencerás**. Mientras Constantino estaba pensando en la visión, Cristo le apareció en sueños con el mismo símbolo que había visto en el cielo, y le dijo que formase una bandera según ese modelo para usarla como protección contra los enemigos. Esto dio origen al lábaro, estandarte que está suspendido en una cruz y que lleva la X como monograma de Cristo. Después de esta visión, Constantino hizo llamar a varios maestros cristianos, a quienes preguntó acerca de sus creencias y de la significación del símbolo que le había aparecido. Así Constantino usó el símbolo de la cruz y venció. Desde entonces decreto el cristianismo como la religión oficial del imperio y trajo un periodo de paz a toda la iglesia la cual dura hasta el tiempo de John Wycliff.



La Iglesia Imperial

“Desde la promulgación del Edicto de Constantino en 313 d.C., hasta que terminó el Imperio Romano, la espada de la persecución no solo se envainó, sino que se sepultó”.

Jesse Lyman Hurlbut

“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaitas, la que yo aborrezco”.

Apocalipsis 2:14-15

INTRODUCCIÓN

Se conoce como **La Iglesia Imperial** al **periodo de tiempo que comprende desde el 313 d.C. que inicio con el edicto de Milán, hasta el año 476 d.C.** Después de su victoria final, Constantino declaró como religión oficial del imperio el cristianismo lo cual trajo un periodo de paz a la iglesia y después de ser perseguidos llegaron a ocupar un lugar muy privilegiado en el imperio. Ente periodo marca un punto muy importante en la historia de la iglesia que determinara su futuro desarrollo, tanto para bien como para mal. Con el edicto de Milán en el 313 que favorecía al cristianismo vieron otras leyes que influyeron poderosamente en el futuro del imperio. Los templos de los cristianos que habían sido clausurados y destruidos en tiempos de la persecución fueron reabiertos y remodelados, pronto los ministros del evangelio que un día fueron despreciados y conducidos a la muerte eran estimados en gran manera y llegaron a ocupar puestos de gran prestigio como consejeros de gobernadores y del mismo emperador. También llegaron a estar exentos de algunos impuestos que todo el pueblo pagaba. El emperador declaró el día domingo como el día de descanso y para adorar libremente al Dios y pronto adoptó todos sus símbolos para identificarse con el cristianismo, especialmente la cruz a tal punto que llegó a prohibir la muerte en la cruz que el antiguo imperio romano decretaba sobre la pena máxima a criminales que no poseían la ciudadanía romana. Además, los principios del evangelio influyeron tanto que llegaron a establecer leyes más justas para los esclavos, los cuales no gozaban de ninguna, también se abolió la muerte de los niños que los padres

aborreciesen por cualquier razón, algo que era común antes de este edicto, y así la vida humana llegó a ser más apreciada. Los juegos de gladiadores se prohibieron. Es a ley se puso en vigor en la nueva capital de Constantino, donde el Hipódromo nunca se contaminó con hombres que se matasen entre sí para placer de los espectadores. No obstante, los combates siguieron en el anfiteatro romano hasta 404 d.C., cuando el monje Telémaco saltó a la arena y procuró apartar a los gladiadores. Al monje lo asesinaron, pero desde entonces cesó la matanza de los hombres para placer de los espectadores. Así el cristianismo influyó poderosamente en el imperio, pero lamentablemente también el imperio influyó de manera negativa en la iglesia. Jesse Lyman Hurlbut nos comenta al respecto: *“El cese de la persecución fue una bendición, pero el establecimiento del cristianismo como religión del estado llegó a ser una maldición. Todos procuraban ser miembros de la iglesia y a casi todos los recibían. Tanto los buenos como los malos, los que sinceramente buscaban a Dios y los hipócritas que procuraban ganancia personal, se apresuraban a ingresar en la comunión. Hombres mundanos, ambiciosos, sin escrúpulos, buscaban puestos en la iglesia para obtener influencia social y política. El tono moral del cristianismo en el poder era mucho más bajo que el que había distinguido a la misma gente bajo el tiempo de la persecución. Los servicios de adoración aumentaron en esplendor, pero eran menos espirituales y sinceros que los de tiempos anteriores. Las formas y ceremonias del paganismo gradualmente se fueron infiltrando en la adoración. Algunas de las antiguas fiestas paganas llegaron a ser fiestas de la iglesia con cambio de nombre y de adoración”*. Así este periodo trajo un gran mal a la iglesia del Señor a tal punto que evolucionaría hasta convertirse en una iglesia idolátrica, amante del poder del estado y supersticiosa, y en un futuro tomaría la forma de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. De alguna manera las palabras de reprensión de Jesús dirigidas a la iglesia de Pérgamo en Apocalipsis encajan perfectamente con lo que paso en este período: *“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco”*, (Apocalipsis 2:14-15). Recordamos que Balaam fue un profeta que se vendió por dinero y enseñó a Balac a arrastrar a los israelitas al pecado para alejarlos de Dios, además, se cree que la doctrina de los nicolaítas alentaba a los ministros a buscar el poder y la preeminencia en todo. Esto fue lo que con el tiempo llevo a contaminar a la iglesia del Señor. Muchos ven en estos acontecimientos un ataque diferente de Satanás a la iglesia. Después haber intentado por 300 años de exterminar a la iglesia del Señor por medio de las más crueles barbaridades, decidió introducirse silijosamente con la aparente bandera de la paz y ofreciendo poder y dinero a sus ministros para corromperlos y mundanalizar a la santa iglesia.

CONSTANTINO

“La bondad eterna, santa e incomprensible de Dios no nos permite vagar en las sombras, sino que nos muestra el camino de salvación... Esto lo he visto tanto en otros como en mí mismo”.

Constantino

Resulta muy difícil estudiar la historia de la iglesia sin considerar la vida de Constantino. Si bien es cierto no podemos colocarlo en las filas de los piadosos cristianos, tampoco podemos negar su incalculable simpatía hacia el cristianismo. Después de su visión de la cruz y su victoria final, llevo a abrazar tanto el cristianismo que permitió su libertad de religión en el imperio. En el año 313 se promulgó en Milán el edicto por medio del cual se concedía la libertad de profesar el cristianismo. Al mismo tiempo se concedía este derecho a todas las religiones. Desde este edicto data lo que se llama la paz de la iglesia. También se ordenaba que las propiedades de los cristianos que habían sido confiscadas durante la última persecución, fueran devueltas a sus primitivos dueños, indemnizando los perjuicios que sufriesen los que habían adquirido esas propiedades. Desde que Constantino tomó esta actitud con los cristianos, aumentó considerablemente el número de los que abandonaban el paganismo. Las iglesias se hicieron cada vez más numerosas. No se exigía para ingresar a ellas pruebas de una genuina conversión y todo se reducía a una mera profesión exterior. Las costumbres simples que habían caracterizado a los cristianos, empezaron a desaparecer. El lujo y la pompa entró en las iglesias, y el espíritu ceremonial se manifestó cada vez más profundo. Constantino se rodeó de consejeros que profesaban el cristianismo, pero que habían perdido, o nunca conocido, la piedad real. Otros que en días de pruebas se habían mantenido cerca del Señor, al verse favorecidos por el monarca, se hicieron mundanos, perdiendo toda influencia espiritual. Los altos cargos en el palacio imperial fueron confiados a cristianos nominales y estos favores contribuían a que las iglesias se llenasen de hipócritas que veían en la profesión del cristianismo un medio fácil de alcanzar distinciones oficiales. Los obispos y demás dirigentes del cristianismo, lejos de impedir estas manifestaciones de hipocresía, parece que se hallaban muy satisfechos del nuevo rumbo que tomaban las cosas.

No obstante, Constantino no había renunciado al paganismo, en cuyos actos participaba por varios años más, después del edicto de Milán. Nunca abandonó el título de *Pontifex Maximus* del paganismo y en muchos de sus actos demuestra inclinación a la superstición que por otra parte se esforzaba en destruir. En varios casos aparece como queriendo emplear la fuerza para hacer desaparecer las viejas y caducas formas del culto, pero sus ataques al paganismo siempre tuvieron algún justificativo delante de la opinión pública, porque iban dirigidos contra los actos en que se manifestaba el espíritu bajo e inmoral de aquel culto. Hizo demoler el templo y bosque sagrado de Venus en Apaca, de Fenicia, porque era notorio que aquel centro de pretendida devoción era un verdadero prostíbulo y foco de la más grosera inmoralidad. Por la misma razón hicieron suprimir los ritos abominables que tenían lugar en Heliópolis de Fenicia. También suprimió un célebre templo de Esculapio en Sicilia, frecuentado por muchos peregrinos que acudían llevados por la fama de los sacerdotes que pretendían tener poderes sobrenaturales para curar toda clase de enfermedades. El templo estaba lleno de ofrendas donadas por las personas que se creían deudoras al santuario. Para poner fin a tanto engaño Constantino ordenó que el templo fuese demolido. Muchos de los objetos de arte que habían adornado éste y otros templos fueron llevados para adornar el palacio imperial. La destrucción de templos paganos y los favores manifiestos acordados a los cristianos, en nada contribuían en favor del verdadero carácter religioso del pueblo. Los que eran paganos de convicción seguían siéndolo con más fervor, otros caían en un completo escepticismo y los que venían a aumentar las filas de los cristianos, no traían la base de la regeneración que sólo puede hacer eficaz la profesión de un credo que pide a sus adeptos una vida santa y ejemplar.

Una medida que tuvo grandes consecuencias en la futura historia del cristianismo fue la fundación de la ciudad de Constantinopla. El emperador parece no hallarse a gusto en una ciudad cuyo carácter pagano no era fácil hacer desaparecer. No hay dudas de que causas políticas también influyeron sobre el ánimo de Constantino cuando resolvió mudar la capital a la nueva ciudad que levantaba dándole su nombre. Roma era el centro del paganismo y al iniciar una nueva orientación en los destinos de la nación, también quería tener una nueva capital donde el arte cristiano substituyese el arte de la gentilidad y donde las nuevas instituciones pudiesen florecer sin obstáculo. Sobre la vieja ciudad de Bizancio, situada en uno de los puntos más estratégicos del universo, se levantaría la nueva capital, la nueva Roma, llamada a ser el centro de la mitad del Imperio durante largos siglos. Dentro de sus nuevos y fuertísimos muros no habría templos paganos que hiciesen recordar al pasado en decadencia. Por todas partes se levantarían iglesias cristianas decoradas con un arte nuevo y despojado de todo recuerdo del viejo sistema. Los mejores obreros de todo el Imperio fueron enviados a trabajar en los magníficos palacios que ostentaría ese nuevo centro de cultura. Todos contribuían entusiastas a la realización del sueño dorado de Constantino. Las ciudades de Grecia eran despojadas de sus mejores obras de arte, que eran llevadas para contribuir al embellecimiento de Constantinopla. En el año 321 Constantino publicó el siguiente edicto, relacionado con el descanso dominical, que los cristianos observaban ya desde los tiempos de los apóstoles: *“Que todos los jueces y todos los que habitan en las ciudades, y los que se ocupan en diferentes oficios, descansen en el venerable día del sol, pero que se deje a los que están en el campo, usar de su libertad para atender los trabajos de la agricultura, porque a menudo sucede que otro día no es apropiado para sembrar grano y plantar viñas, no suceda que se pierda la ocasión favorable que el cielo conceda”*. Este decreto fue dado con el objeto de favorecer a los cristianos, haciéndoles más fácil la observancia del día dominical. Es sabido que les era sumamente dificultoso, en las ciudades, consagrar este día a cosas puramente espirituales, viviendo en una sociedad que no tenía la misma costumbre. Constantino al implantar el reposo semanal, no lo hizo en el sentido rigurosamente religioso. Ordenaba el descanso, pero no como acto devocional, de modo que su observancia no implicaba una conformidad al cristianismo. Como estadista aventajado no dejaba de comprender que sería beneficiosa para los habitantes en general, una práctica que había sido de general aplicación entre los israelitas y que había dado siempre los mejores resultados. El domingo es llamado en el edicto de Constantino, día del sol, como se le llama aún en inglés Sunday y otros idiomas europeos. La designación de día dominical era peculiar a los cristianos tal nombre no hubiera sido entendido por los paganos a quienes se dirigía especialmente el edicto, porque los cristianos no necesitaban de esa orden de carácter oficial para observar el día que les traía el grato recuerdo de la resurrección del divino Maestro.

Constantino, sin llegar tan lejos como a hacer del cristianismo la religión oficial del Estado, dispuso de los fondos públicos para favorecer al clero, sentando así la base de lo que llegó a ser la unión de la iglesia con el estado. Error funesto, que causó grandes e incalculables perjuicios tanto, a la religión como al poder civil. Las iglesias dejan entonces de depender de la protección de su Señor celestial para depender de la protección de los gobiernos. Su fuerza, ya no está más en el testimonio de sus mártires muriendo heroicamente en la arena del anfiteatro. Su gloria ya no sería la cruz ignominiosa de la cual pendió el Salvador. El falso brillo del mundano exterior iba muy pronto a cegarla. Los cristianos creían que había llegado el día de su humillación y derrota, cubiertas de la apariencia engañosa de las cosas percederas de este siglo que se deshace. La correcta idea neo-testamentaria de la iglesia empieza a desaparecer. Ya no se habla, sino en muy raros casos, de las iglesias, refiriéndose a las congregaciones locales que mantenían el culto cristiano. El doctor W. J. Mc Glothlin, profesor de historia eclesiástica dice: *“La independencia y significación de la iglesia local sucumbe y se pierde en el predominio y poder de las iglesias de las grandes ciudades, y éstas a su vez se confunden en el concepto de una iglesia universal (católica)*

que contiene a todos los cristianos y a muchas personas indignas. Se la considera como a una entidad en sí misma, independiente de sus miembros, santa, indivisible e inviolable, no más como a una comunidad de salvados, sino como a una institución que salva, fuera de la cual no hay salvación". El espíritu clerical, que desde hacía tiempo había empezado a ganar terreno en las iglesias, matando la gran verdad bíblica del sacerdocio universal y espiritual de los creyentes, pudo sentarse en su poco envidiable trono cuando Constantino empezó a conceder privilegios a los obispos y demás personas que ocupaban puestos en relación con la obra cristiana. Al pasar de las catacumbas al trono, dejaron sepultados en el olvido, la fe, el amor y todas las virtudes que forman el carácter del cristiano. Con la protección del estado, como dijo Alejandro Vinet, la religión dejó de ser una cuestión del cielo y se hizo una cuestión del suelo. Parecerá extraño que el emperador, que participaba en todos los actos de la actividad eclesiástica, que trataba con los obispos, que convocaba concilios, y que prácticamente había tomado la dirección de la iglesia, aún no había sido bautizado, y no lo fue hasta los últimos días de su vida. Ya tenía sesenta y cuatro años de edad y hasta entonces había gozado de muy buena salud física. Ahora empieza a sentir que sus fuerzas flaquean. Dejó entonces a Constantinopla y se retiró a la ciudad de Helenopolis, recientemente fundada por su madre, para disfrutar allí de la suave temperatura de la primavera, tan deliciosa bajo ese hermoso cielo límpido. Cuando se sintió mal acudió a la iglesia del lugar e hizo la confesión de fe necesaria para entrar a ser considerado catecúmeno. De ahí pasó a residir a un castillo cerca de Nicomedia, a donde llamó a un grupo de obispos y rodeado de ellos, fue bautizado por Eusebio, obispo de Nicomedia. Esto tuvo lugar poco antes de su muerte, ocurrida en el año 337.

EL CONCILIO DE NICEA

"Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas visibles e invisibles; y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, unigénito del Padre, de la esencia del Padre, Dios de Dios y Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios; engendrado, no creado, de una misma sustancia que el Padre.."

Crede Niceno

La controversia de **Arrio** dio origen al famoso concilio de Nicea, convocado por Constantino. Vamos a ocuparnos de esta controversia para luego ocuparnos del concilio mismo. Desde mucho antes de esta época, se nota entre los doctores cristianos una fuerte tendencia a la discusión de temas profundos y de carácter especulativo más bien que práctico. La Trinidad y los infinitos puntos que se desprenden de esta doctrina, era el asunto predilecto de muchos de los escritores y pensadores cristianos. La religión empezaba a ser para ellos una cuestión filosófica, y dejaba de ser una cuestión de vida y poder. La energía que antes se había empleado en evangelizar al mundo y fortificar la fe de los creyentes, se empleaba ahora en largas e interminables discusiones sobre temas insondables. Arrio era un presbítero que estaba al frente de una de las iglesias de Alejandría. Ha sido descrito como un hombre alto, fogoso, imponente, docto, incansable y muy dado a discusiones. Ejercía mucha influencia sobre el pueblo que le rodeaba. Empezó a predicar que Cristo había sido creado por el Padre antes que toda otra criatura; que no era eterno; que había tenido principio, y que, por lo tanto, no podía ser mirado como igual a Dios. Su objeto no era en ningún modo aminorar la gloria de Cristo, sino dar énfasis al monoteísmo. *"Tenemos que suponer —decía Arrio— dos esencias divinas originales y sin principio, e independientes una de otra; tenemos que suponer la diarquía en lugar de la monarquía, o no tenemos que temer declarar que el Logos (el Verbo) tuvo un principio de existencia y que hubo un momento cuando no existió"*. La doctrina de Arrio estaba en contradicción con las enseñanzas del prólogo del Evangelio según San Juan donde se enseña la eternidad del Logos que *"en el principio era con Dios"*. Era la negación de todo lo que el Nuevo Testamento dice sobre la divinidad de Cristo.

La forma atrayente como Arrio presentaba sus ideas, y la incuestionable sinceridad que le animaba, contribuía no poco a que muchos mirasen con indiferencia su propaganda, no creyéndola en nada peligrosa a la sana doctrina. Alejandro, el obispo de Alejandría, permanecía silencioso, tal vez estudiando el asunto y pensando en qué actitud debía asumir. Por fin resolvió pronunciarse en contra de Arrio. Alejandro acostumbraba celebrar conferencias teológicas con las personas que componían el clero de su diócesis, y en una de éstas expuso sus ideas condenando abiertamente las de Arrio. Más tarde, en el año 321, cuando se celebraba un sínodo al que acudían todos los obispos de Egipto y de Libia, depuso a Arrio, y lo excluyó de la comunión de la iglesia. Pero Arrio no se dio por vencido. Su partido era ya numeroso, y la oposición oficial de Alejandro sólo lograría hacerlo más agresivo. No cesaba en la propaganda, que efectuaba por medio de cartas y trabajos personales. Consiguio interesar en su causa a muchos cristianos influyentes. En Nicomedia logró que el obispo Eusebio se pronunciase en su favor. La herejía naciente pronto se convirtió en un gigante. Parecía que todas las iglesias de Egipto y de Asia Menor se sentían inclinadas a ella. En todos los círculos se discutía sobre el intrincado tema que causaba la división. Alejandro escribía a todos los obispos cartas circulares en las que presentaba las doctrinas de Arrio como anticristianas y

heréticas. Muchos tomaban una posición mediana y querían conciliar a los dos partidos. Estos crearon lo que más tarde se llamó el semi-arrianismo. Constantino, acostumbrado, en el dominio político, a ver que el poder dependía de la completa unidad temía que esta división trajese grandes males a la causa cristiana y resolvió emplear su influencia para que la controversia cesara. No entendía, ni quería entender lo que para su mente era sólo una cuestión de palabras. Su primer paso para apaciguar la tormenta consistió en escribir una carta a Alejandro y otra a Arrio. *“Devolvedme —les dice— mis días quietos y mis noches tranquilas. Dadme gozo en lugar de lágrimas. ¿Cómo puedo yo estar en paz, mientras el pueblo de Dios de quien soy siervo, está dividido por un irrazonable y pernicioso espíritu de contienda?”*. A fin de que sus esfuerzos resultasen más eficaces, mandó la carta por medio de Osio, obispo de Córdoba, célebre ciudad española, quien personalmente debía expresarles los deseos del emperador, y procurar la reconciliación de los adalides de la contienda. Sus buenos deseos no dieron ningún resultado. La lucha continuaba cada día más agria. Los dos bandos se hacían toda la guerra posible. Constantino entonces pensó que la reunión de un concilio general podría poner fin a este mal. En junio del año 325 se reunió el Concilio bajo los auspicios del emperador, en la ciudad de Nicea, cerca de la capital. Todo había sido arreglado con gran pompa para que el acto fuese imponente. Los coches y caballos de la casa imperial fueron puestos a disposición de los obispos, que llegaban de todas partes y especialmente de Oriente. Del Occidente sólo llegaron en muy limitado número. En la asamblea tomaron asiento trescientos dieciocho obispos. Varios de ellos eran ancianos venerables que habían sufrido bajo la persecución de Diocleciano. Al entrar Constantino en la sala de sesiones, todos se pusieron en pie, pero él no tomó asiento hasta que los obispos le hicieron indicación en este sentido, para dar a entender que no pretendía ocupar oficialmente un lugar en la asamblea. Arrio estaba presente para defender sus ideas. Entre sus opositores se hallaba el más tarde célebre Atanasio, *“pequeño de estatura —dice Gregorio Nacianceno— pero su rostro radiante de inteligencia, como el rostro de un ángel”*. Ni Arrio, que era presbítero ni Atanasio que era diácono estaban allí como miembros del Concilio, pero a ambos se les concedió la palabra, sin voto. Los debates duraron dos meses perdiendo terreno cada día el arrianismo. Eusebio de Cesárea, *el padre de la Historia Eclesiástica*, con un grupo pequeño formaban el partido moderado, que junto con Constantino procuraba la reconciliación. El arrianismo fue finalmente condenado, y el siguiente credo suscripto por casi la totalidad: *“Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas visibles e invisibles; y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, unigénito del Padre, de la esencia del Padre, Dios de Dios y Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios; engendrado, no creado, de una misma sustancia que el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra; quien por nosotros los hombres, y para nuestra salvación descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre, sufrió, resucitó al tercer día, ascendió a los cielos, y vendrá otra vez a juzgar a los vivos y a los muertos. Y en el Espíritu Santo”*. Después de mucha discusión y con gran aclamación, se resolvió añadir al credo la siguiente cláusula disciplinaria, como más enérgica condenación del arrianismo: *“A los que dicen que hubo un tiempo cuando El no existió, y que no era antes de ser engendrado, y que fue hecho de la nada, o que el Hijo de Dios es creado, que es mutable o sujeto a cambio, la iglesia católica los anatematiza”*. Sólo cinco obispos se negaron a firmar este credo, pero después tres de ellos consintieron, quedando sólo dos bajo el anatema.

LA VIDA MONÁSTICA

“Los monjes que se apartan de sus celdas, o buscan la compañía de las gentes, pierden la paz, como el pez pierde la vida fuera del agua”.

Antonio el Ermitaño

La corrupción de las iglesias y decadencia espiritual que caracteriza a este período, alarmó a muchas almas sinceras, que buscaron en el retiro y soledad un asilo donde poder vivir en contacto íntimo con Dios y ocupados completamente en el desarrollo de la vida interior. La intención que animaba a los primeros ermitaños era buena, pero completamente extraviada. Olvidaban que los cristianos tienen que ser la luz del mundo y la sal de la tierra; que Cristo oró para que los suyos fuesen librados del mal pero no quitados del mundo; y que los cristianos del tiempo apostólico, nunca pensaron en el retiro y soledad, sino en lidiar como buenos soldados en el campo de batalla de este mundo corrompido. El origen del monaquismo lo hallamos en la persona y obra de Antonio, quien nació en el año 251, en la ciudad de Heptanome, en los confines de la Tebaida. Era hijo de una familia rica y respetable, en el seno de la cual recibió su primera educación religiosa. Sus estudios fueron rudimentarios, y nunca llegó a iniciarse en las lenguas griega y latina, que eran en aquel entonces la prueba de que uno había recibido alguna instrucción. Desde su juventud mostró una fuerte tendencia a la vida contemplativa, evitando siempre el trato con los muchachos turbulentos. Las cosas del mundo no le interesaban, pero un profundo espíritu religioso, y una gran ansiedad por las cosas divinas determinaban todos los actos de su vida. Era infaltable a las reuniones religiosas, y lo que él mismo leía en la Biblia y lo que oía leer en las reuniones, quedaba

impreso en su memoria y corazón. Hay autores que aseguran que sabía toda la Biblia de memoria. Cuando tenía unos veinte años quedó huérfano, quedando a su cargo una hermana mayor y los demás intereses de la casa. Un día, mientras se dirigía a la iglesia, su vivida imaginación le pintó el contraste que existía entre los verdaderos cristianos de las iglesias apostólicas, que vivían en amor y en comunidad, y los pretendidos cristianos de sus días, afanados puramente en cosas materiales. Preocupado con estos pensamientos entró en la iglesia donde oyó leer la siguiente porción del Evangelio: *“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; ven y sígueme”*. Antonio creyó oír en estas palabras un mandamiento de Dios, dirigido a él mismo, ordenándole vender todos sus bienes y repartirlos a los pobres. Empezó por repartir su dinero y muebles entre los más necesitados de la aldea, y sus tierras las distribuyó también, quedándose sólo con lo necesario para atender las necesidades de su hermana, pero más tarde repartió aun esta parte, al leer en el Evangelio que no hay que afanarse por las necesidades del mañana. Dejando a su hermana bajo el cuidado de unas mujeres piadosas, una especie de monjas que vivían asociadas, se retiró a la soledad y empezó a vivir bajo el más rígido ascetismo. Se sostenía a sí mismo trabajando con sus propias manos, y lo que le sobraba lo daba a los pobres.

En el género de vida que adoptó cayó en el error de creer una virtud el ahogar los sentimientos naturales que Dios ha puesto en el hombre. Cada vez que se acordaba de su hermana o de otros deberes domésticos creía que era el tentador que procuraba hacerlo caer; y los más puros y sanos impulsos del corazón los atribuía a malos espíritus con los cuales se creía constantemente en guerra. Cada día iba alejándose más y más de los centros de población, hasta que se retiró a una lejana región montañosa, donde habitó veinte años entre las ruinas de un viejo castillo. Su fama de gran asceta fue extendiéndose, y por todo el Egipto se contaban acerca de él las cosas más extrañas. Todos lo buscaban pidiendo sus consejos, y finalmente consintió en ser el director espiritual de muchos que querían imitarle en el género de vida que había adoptado. Entre éstos hubo no pocos que estaban cansados de un cristianismo que sólo servía para alimentar discusiones teológicas. El Egipto se llenó de estos ermitaños, quienes al asociarse constituyeron las primeras órdenes monásticas, que pronto fueron extendiéndose por todos los países del Oriente. Antonio era el héroe entre ellos. A él acudían de todas partes para someterle sus pleitos y dificultades. Creyó que esta fama lo conduciría al orgullo y se retiró a una región aún más apartada donde nadie le conocía. Se dedicaba a la agricultura y a la fabricación de canastas que cambiaba por alimentos. Cuando se descubrió su paradero volvió a verse rodeado de admiradores. En el año 311, bajo la persecución de Maximino, apareció en Alejandría, no buscando el martirio, sino para animar a los que tenían que sufrir. Cumplida su misión, sin ser molestado por los perseguidores, se retiró de nuevo a los desiertos. En el año 352, cuando tenía ya más de cien años de edad, volvió a Alejandría. Todos los habitantes, y aun los sacerdotes paganos, procuraban ver al hombre de Dios. Los enfermos buscaban tocar el borde de su vestido esperando ser curador milagrosamente. Regresó de nuevo entre los monjes donde pasó los últimos años, encargando que su cuerpo fuese escondido para que no llegase a ser objeto de superstición.

Los primeros monjes del desierto.

Influenciados por el ejemplo de ermitaños como Antonio, por las palabras del apóstol Pablo en 1 Corintios 7 donde dice que si alguien puede quedarse soltero que lo haga, ya que el soltero se dedica más a las cosas del Señor, y por algunas filosofías estoicas que sostenía que el cuerpo era la prisión o el sepulcro del alma, y que ésta no podía ser verdaderamente libre mientras el cuerpo no se sometiera a las más rigurosas limitaciones y disciplinas, el monaquismo comenzó a propagarse. Justo L. González en su obra *“Historia del Cristianismo”* nos relata los orígenes de las primeras personas que adoptaron este tipo de vida solitaria: *“Aunque los orígenes del monaquismo cristiano se encuentran en diversas partes del Imperio Romano, no cabe duda de que el desierto —y particularmente el desierto de Egipto— fue tierra fértil para este movimiento, hasta tal punto que durante todo el siglo IV el desierto parece ser el lugar monástico por excelencia. La palabra misma, “monje”, viene del término griego monakós, que quiere decir “solitario”. Uno de los principales móviles de los primeros monjes fue vivir solos, apartados de la sociedad, su bullicio y sus tentaciones. El término “anacoreta”, por el que pronto se les conoció, quiere decir “retirado” o “fugitivo”. Para tales personas, el desierto representaba un atractivo único. No se trataba naturalmente de vivir en las arenas del desierto, sino de encontrar un lugar solitario —quizá un oasis, un valle entre montañas poco habitadas, o un antiguo cementerio— donde vivir alejado del resto del mundo. No es posible decir a ciencia cierta quién fue el primer monje —o monja— del desierto. Los dos nombres que se disputan ese título, Pablo y Antonio, deben su fama sencillamente al hecho de que dos grandes autores cristianos — Jerónimo y Atanasio respectivamente— escribieron sus vidas, dando a entender cada uno que el protagonista de su obra era el fundador del monaquismo egipcio. Pero la verdad es que es imposible saber —y que nadie supo nunca— quién fue el primer monje del desierto. El monaquismo no fue invención de algún individuo, sino que fue más bien un éxodo en masa, un contagio inaudito, que parece haber afectado al mismo tiempo a millares de personas”*.

La vida monástica en comunidades.

Generalmente la vida monástica comenzó con personas que preferían estar solas, pero pronto comenzó una nueva variante de esta vida pero en comunidades. Justo L. González nos comenta al respecto: *“El número creciente de personas que se retiraban al desierto, y el deseo de casi todas ellas de allegarse a un maestro experimentado, darían origen a un nuevo tipo de vida monástica. Ya hemos visto cómo Antonio tenía que huir constantemente de quienes venían a pedirle su ayuda y dirección. Cada vez más, los monjes solitarios cedieron el lugar a los que de un modo u otro vivían en comunidad. Estos, aunque recibían el nombre de “monjes” —es decir, de solitarios— consideraban que esa soledad se refería a su retiro del resto del mundo, y no necesariamente a vivir apartados de otros monjes. Este monaquismo recibe el nombre de “cenobita” —palabra derivada de dos términos griegos que significan “vida común”. Al igual que en el caso del monaquismo anacoreta, tampoco en cuanto al cenobítico nos es posible decir a ciencia cierta quién fue su fundador. Lo más probable es que haya surgido casi simultáneamente en diversos lugares, nacido, no de la habilidad creadora de individuo alguno, sino sencillamente de la presión de las circunstancias. La vida absolutamente apartada del anacoreta no estaba al alcance de muchas personas que marchaban al desierto, y así nació el cenobitismo. Sin embargo, aunque no haya sido su fundador, no cabe duda de que Pacomio fue quien le dio forma al monaquismo cenobítico egipcio. Pacomio nació hacia el año 286, en una pequeña aldea del sur de Egipto. Sus padres eran paganos, y él parece haber conocido poco acerca de la fe cristiana antes de ser arrebatado de su hogar por el servicio militar obligatorio. Se encontraba entristecido por su suerte, cuando un grupo de cristianos vino a consolarles a él y a sus compañeros de infortunio. El joven soldado se sintió tan conmovido ante este acto de caridad que hizo votos en el sentido de que, si de algún modo lograba librarse del servicio militar, se dedicaría él también al servicio de los demás. Cuando de modo inesperado se le permitió dejar el ejército, buscó quien lo instruyera en la fe cristiana y lo bautizara, y pocos años después decidió retirarse al desierto, donde solicitó y obtuvo la dirección del viejo anacoreta Palemón. Siete años pasó Pacomio junto a Palemón, hasta que oyó una voz que le ordenaba establecer su residencia en otro lugar. Su anciano maestro le ayudó a edificar allí un sitio donde vivir, y luego lo dejó solo. Poco después Juan, el hermano mayor de Pacomio, se le unió, y juntos se dedicaron a la vida contemplativa. Pero Pacomio no estaba satisfecho, y en sus oraciones constantemente rogaba a Dios que le mostrara el camino para servirle mejor. Por fin en una visión un ángel le dijo que Dios quería que sirviera a la humanidad. Pacomio no quiso escucharlo, insistiendo en que lo que él buscaba era precisamente servir a Dios, y no a la humanidad. Pero el ángel repitió su mensaje y Pacomio, recordando quizá los votos que había hecho en sus días de servicio militar, comprendió y aceptó lo que el ángel le decía. Con la ayuda de Juan, Pacomio construyó un muro amplio, dejando lugar dentro para un buen número de personas, y después reunió a un grupo de hombres que querían participar de la vida monástica. De ellos Pacomio no pidió más que el deseo de ser monjes, y se dedicó a enseñarles mediante el ejemplo lo que esto significaba. Pero sus supuestos discípulos se burlaban de él y de su humildad, y a la postre Pacomio los echó a todos. Comenzó entonces un segundo intento de vida monástica en comunidad. Contrariamente a lo que podría esperarse, Pacomio, en lugar de ser menos exigente, lo fue más. Desde un principio, quien quisiera unirse a su comunidad debería renunciar a todos sus bienes, y prometer obediencia absoluta a sus superiores. Además, todos participarían del trabajo manual, y nadie se consideraría a sí mismo por encima de labor alguna. La norma fundamental fue entonces el servicio mutuo, de tal modo que aun los superiores, a pesar de la obediencia absoluta que debían recibir, estaban obligados a servir a los demás. El monasterio que fundó sobre estas bases creció rápidamente, y en vida de Pacomio llegó a haber nueve monasterios, cada uno con centenares de monjes. Además, la hermana de Pacomio, María, fundó varias comunidades de monjas. Cada uno de estos monasterios estaba rodeado por muros con una sola entrada. Dentro de este recinto había varios edificios. Algunos de ellos, tales como la iglesia, el almacén, el comedor y la sala de reuniones, eran de uso común para todo el monasterio. Los demás eran casas en las que los monjes vivían agrupados según sus responsabilidades. Así, por ejemplo, había una casa de los porteros, cuyas responsabilidades consistían en ocuparse del alojamiento de quienes pidieran hospitalidad, y en recibir a los nuevos candidatos que solicitaran ser admitidos a la comunidad. Otras casas alojaban a los tejedores, los panaderos, los costureros, los zapateros, etc. En cada una de ellas había una sala común y varias celdas, en las que vivían los monjes de dos en dos. La vida de cada monje pacomiano se dedicaba por igual al trabajo y la devoción, y hasta el propio Pacomio daba ejemplo ocupándose de las labores más humildes. En cuanto a la devoción, el ideal era que todos siguieran el consejo paulino: “Orad sin cesar”. Por esta razón, mientras los panaderos horneaban, o mientras los zapateros preparaban el calzado, todos se dedicaban a cantar salmos, a recitar de memoria las Escrituras, a orar en voz alta o en silencio, o a meditar sobre algún pasaje bíblico. Además, dos veces al día se celebraban oraciones en común. Por la mañana todos los monjes del monasterio se reunían para orar, cantar salmos y escuchar la lectura de las Escrituras. Y por la noche hacían lo mismo, aunque reunidos en grupos más pequeños, en las salas de las diversas casas”.*

JULIANO EL APÓSTATA

“Este muy humano príncipe (Constantio), aunque éramos parientes cercanos, nos trató del siguiente modo. Sin juicio alguno mató a seis primos comunes, a mi padre, que era su tío, a otro tío nuestro por parte de padre, y a mi hermano mayor”.

Juliano el Apóstata

Los hijos de Constantino, al sucederle en el trono, continuaron la obra de su padre. Sin dar pruebas de conversión, y ejerciendo el más bárbaro despotismo con sus rivales, pretendían, sin embargo, implantar el cristianismo y hacerle de aceptación general a todos los súbditos. Constantio, al quedar como único dueño del Imperio, se esforzó en suprimir por la fuerza el paganismo, mostrando el mismo espíritu de intolerancia que los paganos anteriormente habían mostrado para con los cristianos. Confiscó los templos del viejo culto y el botín fue dado a las iglesias. Bajo pena de muerte prohibió los sacrificios públicos o privados, los que continuaron celebrándose a pesar de todo, porque los paganos eran aún numerosos. La profesión de cristianismo se hizo una necesidad a todas las personas que deseaban adelantar en la vida pública. Como su padre, intervenía en todos los asuntos eclesiásticos y doctrinales, y de hecho era él el obispo de los obispos. **Juliano**, llamado *el Apóstata*, a causa de haber vuelto al paganismo, desechando la enseñanza cristiana que había recibido, subió al trono en el año 361, y su reinado fue corto, pues terminó el año 363. Desde su juventud había mostrado gran interés en la literatura y estudios filosóficos. Leyó con avidez los autores griegos, y su mente estuvo siempre llena de ideas mitológicas. También leyó con interés los anales del martirologio cristiano, y no sólo profesó el cristianismo, sino que llegó a desempeñar el cargo de lector en una iglesia, pero más tarde cayó bajo la influencia de varios maestros platónicos, y especialmente de un tal Máximo, que lo inició en todas las explicaciones místicas del panteísmo común en todas las escuelas de Asia. Desde este tiempo, Juliano se hizo un ardiente admirador de la vieja mitología, aunque por humana prudencia, continuaba profesando el cristianismo. Estando en Atenas completamente absorto en la literatura clásica de los antiguos autores griegos, y practicando los misterios de Eleusis, fue llamado para recibir el título de César. Desde entonces se sintió bastante fuerte, y resolvió arrojar la máscara, declarándose abiertamente partidario de la restauración del paganismo. Al pasar el emperador por Atenas, hizo abrir los templos de varias divinidades y restauró los ritos que habían sido suprimidos. Ocurrió entonces la muerte repentina del emperador, y Juliano quedó único señor del Imperio. Este alto favor lo atribuyó a los dioses, que admiraba y, en señal de gratitud, resolvió que sus primeros actos de gobierno tendrían por objeto la implantación del viejo culto de los dioses. Tomando el título de Pontifex, se proclamó guardián y protector del culto que habían tenido los antiguos romanos, al cual atribuía la grandeza del Imperio.

No era el intento de Juliano convertirse en un perseguidor. Sus primeras medidas consistieron en devolver a los paganos los templos que habían sido cedidos a las iglesias, y ordenar que en ellos se restableciesen los ritos que antes se habían practicado. Pero Juliano intentó elevar el paganismo, dándole un carácter más espiritual y práctico. Aspiraba a fundar iglesias paganas. El ritual fue purificado, estableciéndose oraciones y canto religioso, para que fuese parecido al culto cristiano. Fundó escuelas, hospitales, y colegios para sacerdotes. En los templos se ofrecían limosnas para el sostén de los pobres. Se estableció la costumbre de predicar sermones, cosa que los paganos nunca habían hecho. Se exigía a los sacerdotes una buena conducta con la esperanza que esto atraería las masas a los templos. Pero fueron vanos esfuerzos. El árbol malo no puede dar buenos frutos. El paganismo estaba carcomido hasta las raíces, y sus ritos carecían de la savia necesaria a todo árbol del cual se esperan resultados halagüeños. El fracaso de su obra irritó a Juliano, a tal punto que se puso a pensar en medidas más severas contra los cristianos. Prohibió la celebración de bautismos; la predicación y el proselitismo se declararon actos ilegales; no se permitiría a los cristianos establecer escuelas de literatura y retórica; los cristianos no podrían ejercer cargos públicos ni ser oficiales del ejército; muchas veces se confiscaron los bienes de las iglesias, para que pudiesen mejor, decía sarcásticamente el emperador, *"cumplir el precepto de su religión"*. El pueblo y los sacerdotes, contando con el beneplácito de las autoridades, muchas veces levantaron tumultos que concluían dando muerte a algún cristiano eminente. Juliano no ordenaba, pero toleraba estos actos.

Un día cuando Juliano dirigía sus tropas en una campaña contra los persas, fue alcanzado por una lanza enemiga, y murió. Las reformas religiosas del emperador apóstata nunca lograron arraigo entre el pueblo, que se burlaba de ellas, pues el paganismo había perdido su fuerza vital y no podía ser resucitado mediante decretos imperiales.

PRINCIPALES ESCRITORES Y ERUDITOS DE ESTE PERIODO

“No a todos, mis amigos, no a todos, les corresponde filosofar acerca de Dios, puesto que el tema no es tan sencillo y bajo. No a todos, ni ante todos, ni en todo momento, ni sobre todos los temas, sino ante ciertas personas, en ciertas ocasiones, y con ciertos límites”.

Gregorio de Nacianzo

Este periodo se caracterizó también por el surgimiento de una serie de maestros o doctores teológicos los cuales escribieron e influyeron poderosamente en su época. El evangelio no sólo se propagó por medio del testimonio personal, sino por medio de la literatura, facilitando así el intercambio de pensamientos, entre los que vivían en regiones separadas, y haciendo más fácil y duradera la enseñanza. Prácticamente podemos dividir estos escritores en dos grupos, los escritores de oriente, los cuales escribieron en lengua griega, y los de occidente, que lo hicieron en latín. Veamos los más prominentes.

Principales escritores cristianos de Oriente.

EUSEBIO. Nació en el año 260 y murió en el año 339. Es generalmente llamado *el padre de la Historia Eclesiástica*, por haber sido el primero que se ocupó en escribir detalladamente sobre los acontecimientos relacionados con el cristianismo, desde los días del Señor hasta la época en la cual vivió. Era oriundo de Palestina, probablemente de Cesárea, donde conoció a Panfilio, quien más tarde sufrió el martirio, y en memoria de quien añadió su nombre al suyo. En el año 315 fue elegido obispo de Cesárea; y cuando se reunió el Concilio de Nicea, tuvo a su cargo el discurso de bienvenida al emperador Constantino con quien desde entonces aparece siempre en muy íntima relación. Su *Historia Eclesiástica* es una obra de mucho mérito a causa de los valiosos documentos que ha conservado, los cuales son una guía segura al estudiante de la materia, y casi la única fuente de información a que se puede recurrir. Otra de sus obras populares es *la Vida de Constantino*, en la cual pinta a su héroe en forma de panegírico, exagerando muchas veces sus buenas obras y encubriendo sus notables defectos. Escribió también un libro titulado *Preparación para el Evangelio*, que consta de una colección de extractos de antiguos autores, destinados a preparar al lector para recibir inteligentemente el evangelio. La obra de Eusebio en el campo de la Historia fue continuada por Sócrates, un retórico de Constantinopla, que a principios del siglo quinto se consagró a continuar los trabajos tan felizmente iniciados por Eusebio. Su obra tiene el alto mérito de darnos a conocer las opiniones predominantes en aquel tiempo.

CIRILO DE ALEJANDRÍA. Después del de Atanasio es el de Cirilo el nombre de más figuración en la iglesia de Alejandría, ciudad donde ocupó el episcopado desde el año 413 al 444. se caracterizó por su fuerte ortodoxia lo cual lo llevo a oponerse fuertemente contra las doctrinas nestorianas que se hicieron fuertes en sus días y prácticamente negaban la unidad personal de Jesús y la maternidad divina de María. En su ortodoxia llevo a oponerse incluso a los judíos y fuentes filosofas a tal punto que algunos creen que su fuerte influencia provoco que una turba de cristianos mataran a la filósofa y matemática Hipatia. Sus principales obras comprenden homilias, diálogos y diferentes tratados sobre la Trinidad y la Encarnación. Sus escritos están llenos de alegorías e interpretaciones simbólicas, a veces de poco valor.

CIRILO DE JERUSALÉN. Nació en el año 315 y murió en el 356. Durante su obispado se opuso al Arrianismo y sus principales obras fueron de carácter catequístico, las cuales reunían una serie de temas escriturales sencillos, pero respaldadas por el texto sagrado las cuales hablaban acerca de amorosos temas pastorales y de la fe cristiana dando una buena idea del pensamiento cristiano de aquel entonces. Sus obras catequísticas reúnen los temas del bautismo, figura de la pasión de Cristo, la unción del Espíritu Santo, las dos venidas de Cristo, Preparad limpios los vasos para recibir al Espíritu Santo, Reconoce el mal que has hecho, ahora que es el tiempo propicio, El pan celestial y la bebida de salvación, y La Iglesia es la esposa de Cristo.

TEODORO DE MOPSUESTIA. La antigüedad no conoció teólogo tan aventajado como Teodoro de Mopsuestia, conocido en las iglesias de Siria bajo el nombre de "el intérprete" a causa de sus muchos trabajos exegéticos. Tuvo el mérito de pronunciarse en contra del sistema alegorista, tan en boga en sus días, y volver al método racional, interpretando las Escrituras históricas y gramaticalmente. Sus conocimientos críticos y filológicos eran vastos. Uno de sus adversarios dijo: *"Trata a las Escrituras como a los demás escritos humanos"*. No pudo haber sido hecho mayor elogio de sus escritos. Los

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

intérpretes de su tiempo habían dejado de interpretar para entretenerse en vanas y huecas especulaciones, haciendo de las Escrituras un libro de adivinanzas y no un libro en el cual Dios habla a los hombres por medio de hombres y en lenguaje de hombres. Sus exposiciones fueron condenadas por el Concilio de Constantinopla en el año 553, como cien años después de su muerte, pero su nombre figura hoy entre los de los buenos y juiciosos intérpretes de la Palabra de Dios. Durante su vida se dedicó a realizar varios comentarios bíblicos de los libros de la Biblia, tal y como Génesis, Salmos, Job, Eclesiastés, Mateo, Lucas, las cartas de Pablo, entre otros, a parte de sus obras de carácter teológico.

EL TRÍO DE CAPADOCIA. *Basilio el grande*, su hermano *Gregorio de Nisa* y *Gregorio el nacienceno*, compone el trío de Capadocia, nombre que recibieron de la provincia donde actuaron. Los dos primeros eran hijos de piadosos cristianos y tuvieron el privilegio de ser enseñados en las Escrituras desde la infancia. Al mismo tiempo recibieron una esmerada educación literaria, en su ciudad natal, y más tarde en Antioquia, Constantinopla y Atenas. En esta última ciudad entablaron relación con otro joven de nobles aspiraciones llamado Gregorio. Desde Atenas escribían a su padre: *“Conocemos sólo dos calles de la ciudad, la primera y mejor lleva a las iglesias y a los ministros del altar; la otra, que no apreciamos tanto, conduce a las escuelas y a los maestros de la ciencia. Las calles de los teatros, juegos y lugares de mundanos entretenimientos, las dejamos libres para otros”*. Vuelto a su ciudad natal Basilio empezó su carrera de abogado, la cual pronto dejó por sentirse llamado al ministerio cristiano. Desde entonces se ocupó en despertar espiritualmente a su hermano quien había caído en la indiferencia. Fue llamado a Cesárea para actuar como asistente del obispo de aquella ciudad y cuando éste falleció fue elegido para ocupar el lugar que dejaba vacante. Gregorio nacienceno también desempeñó el cargo de obispo en la ciudad de Sasima y alcanzó gran fama por su elocuencia que sólo ha sido sobrepasada por la de Crisóstomo.

CRISÓSTOMO. *“Crisóstomo —dice uno de sus biógrafos— pertenece a esta grande pléyade de hombres superiores, cuyos trabajos, virtudes y genios han ejercido tanta influencia en los destinos del cristianismo”*. Nació en Antioquia en el año 346, siendo su padre un rico militar de alta graduación. Muerto éste, cuando su hijo era aún niño de pocos años, su madre Antusa quedó encargada por completo de la educación y cuidado del que más tarde llenaría el mundo con la gloria de su elocuencia. Antusa era una cristiana altamente piadosa y fue ella la que arrancó a cierto pagano esta exclamación de admiración y sorpresa: *“¡Qué madres tienen estos cristianos!”* Destinado a la carrera de abogado, después de su primera educación fue puesto al cuidado de Libanio, el gran retórico y elocuente defensor del paganismo. Pronto el joven reveló sus singulares aptitudes de orador, y su célebre maestro se lisonjaba con la idea de que él sería un día su sucesor. Pero la mente del joven abogado no se avenía a la clase de vida a que estaban sujetos los que seguían su carrera, hallándola demasiado frívola y estéril para aquel que aspiraba a mejores cosas en la vida. De vuelta a su hogar, halló en la Biblia, que tanto había leído su cristiana madre, el agua de la vida que apagó la sed de su corazón. Un discípulo llamado Basilio (no el obispo de Capadocia) le ayudó mucho a entrar en el camino angosto que conduce a la vida. Fue admitido en la iglesia como catecúmeno, y después de tres años de preparación y prueba, fue bautizado por el obispo Melecio. Basilio quiso inducirle a abrazar la vida monástica, ya muy popular, pero intervino la sabia influencia de su madre y le disuadió de este propósito. *“Te ruego —le dijo llorando— que no me hagas enviudar por segunda vez”*. Crisóstomo entonces escogió la mejor misión de vivir una vida santa en su casa y entre los del mundo corrompido. Sin embargo, muerta su madre, Crisóstomo pasó seis años en un monasterio dedicándose a escribir varios de sus tratados, pero la vida monástica no le ofrecía el campo de actividad que sus talentos y dones requerían. En el año 381 fue ordenado diácono, oficio en que trabajó durante cinco años. En el 386 fue elevado a presbítero y como su elocuencia empezó a ser conocida se le confió el pulpito de la iglesia más grande de Antioquia, la cual siempre resultaba pequeña para contener las multitudes ávidas de escuchar su palabra candente y arrebatadora, que a pesar de la naturaleza del edificio e índole de la reunión, arrancaba aplausos y estruendosas manifestaciones de admiración. Sus sermones no tienen nada de aquello que halaga las pasiones de las multitudes. Son casi siempre homilías exponiendo capítulos enteros de la Biblia. Crisóstomo inmortalizó este excelente método de predicación que tiene la gran ventaja de familiarizar a los oyentes con el lenguaje y enseñanzas de la Biblia. Se llamaba Juan, y debido a su elocuencia le dieron *el apodo de Crisóstomo, lo que significaba, en griego, boca de oro*. Bossuet lo llama el Demóstenes cristiano y lo declara *“sin contradicción el más ilustre de los predicadores y el más elocuente de los que han enseñado en la iglesia”*. Siendo su predicación una constante explicación de la Biblia, queda dicho que era superior a la de la mayoría de los predicadores de sus días, no sólo por la palabra atrayente del que ocupaba el pulpito, sino porque daba verdadero alimento espiritual a los hambrientos. *“A las grandes cualidades de orador —dice un autor católico— Crisóstomo unía un conocimiento profundo de las Escrituras. Siendo joven la había estudiado bajo Melecio, después bajo Diodoro y Carterio. Más tarde cuando pasó seis años en el desierto, no tuvo en sus manos más libro que la Biblia; no se ocupó de otra cosa, sino del texto sagrado. Leyó y releyó, aprendió de memoria palabra por palabra, y hasta el fin de su vida la hizo el objeto constante de sus meditaciones. En una palabra, poseía un conocimiento profundo de los libros sagrados, y se los había apropiado y asimilado de tal manera, que habían venido a ser el fondo de su espíritu y su sustancia espiritual”*. Estas palabras pertenecen a Villemain, quien agrega: *“Ningún orador cristiano estuvo más compenetrado de las Escrituras Sagradas, ni más encendido de su fuego, ni más imbuido de su genio”*.

En el año 397 murió el patriarca de Constantinopla, y ninguno de los candidatos para ocupar la vacante contó con los sufragios necesarios, pero cuando sonó el nombre del famoso predicador de Antioquia, fue elegido por mayoría. Fue traído casi a la fuerza a ocupar el puesto en el que obtendría tantos triunfos y sufriría tantos desengaños. Empezó su obra en la capital introduciendo reformas en la vida y práctica de las iglesias, que tanto se habían apartado de la simplicidad primitiva del cristianismo, y denunciando valientemente todos los vicios de la aristocracia exteriormente religiosa. Pronto tuvo tantos enemigos como admiradores. Una predicación tan pura no podía sino ofender a la gente mundana que llenaba las iglesias. El clero nada espiritual, las damas de la corte, y particularmente la emperatriz Eudisia se pusieron en su contra. Los que habían aspirado al patriarcado y en la elección habían sido vencidos por los partidarios de Crisóstomo, se encargaron de encender el fuego, y acusándole de ser sostenedor de las doctrinas de Orígenes, consiguieron hacerlo desterrar; pero no tardó en ser llamado de nuevo por la misma Eudisia, quien se atemorizó creyendo que un terremoto que ocurrió poco tiempo después de su destierro era un castigo de Dios. Pero el valiente orador volvió a su campo de acción resuelto a seguir el mismo programa con que había empezado, lo que volvió a irritar a Eudisia. *“Herodías —dijo al subir al púlpito— está de nuevo enfurecida; de nuevo tiembla; de nuevo pide la cabeza de Juan el Bautista”*. Este lenguaje le atrajo otra vez la ira de la emperatriz, y fue desterrado por segunda vez a una aldea llamada Taurus, en los confines de Armenia, donde se hallaba constantemente expuesto al peligro de bandoleros. *“Su carácter quedó consagrado en su ausencia y persecución —dice Gibbons— las faltas de su administración no eran más recordadas; toda lengua repetía las alabanzas de su genio y virtud; y la respetuosa atención del mundo cristiano estaba fija en un lugar desierto de las montañas de Taurus”*. A pesar del destierro, Crisóstomo no vivía en la inacción. Personalmente y por correspondencia seguía la obra, interesándose en la evangelización de las tribus cercanas al lugar de su destierro, que aún no conocían el cristianismo, y escribiendo a las iglesias en las cuales tenía mucha influencia. Sus adversarios no cesaban de perseguirle cada vez más, y consiguieron que fuese confinado a una región aún más apartada, en los confines del Imperio, pero falleció en el penoso viaje, en septiembre del año 407. Treinta años más tarde sus restos fueron transportados a Constantinopla donde fueron recibidos con los más altos honores. El mismo emperador Teodosio el joven, imploró públicamente el perdón de Dios por la falta que habían cometido sus antepasados.

Las obras de Crisóstomo son numerosas, consistiendo generalmente en homilías explicando las Escrituras. Forman un verdadero tesoro, y del griego han sido traducidas a muchos idiomas modernos, y son siempre consultadas por los mejores comentadores de elocuencia. Abarcan casi todos los libros del Nuevo Testamento y muchos del Antiguo. Comprenden además un gran número de sermones sobre diferentes temas. El siguiente trozo, parte de un sermón sobre la lectura de la Biblia, puede dar una ligera idea de su predicación:

“El árbol plantado junto al arroyo de aguas, creciendo al borde mismo de la ribera, disfruta constantemente de su conveniente humedad, y desafía impunemente todas las intemperies de la atmósfera; no teme a los ardores disecantes que produce el sol, ni al aire inflamado; teniendo en sí una savia abundante, se defiende contra el calor exterior y lo hace retroceder; del mismo modo, un alma que permanece cerca de las aguas de las Santas Escrituras, que de ella bebe continuamente, que recibe de ella misma este riego refrigerante del Espíritu Santo, llega a hacerse superior a todos los ataques de las cosas humanas, sea la enfermedad, la maldición, la calumnia, el insulto, la burla o cualquier otro mal; sí, aunque todas las calamidades de la tierra atacaran a esa alma, se defiende fácilmente contra todos esos ataques, porque la lectura de las Santas Escrituras le proporciona consolación suficiente. Ni la gloria que se extiende a lo lejos, ni el poder mejor establecido, ni la ayuda de numerosos amigos, ni ninguna otra cosa, en fin, puede consolar al hombre afligido, como la lectura de las Santas Escrituras. ¿Por qué? Porque esas cosas son perecederas y corruptibles, y porque la consolación que dan perece también; la lectura de las Santas Escrituras es una conversación con Dios, y cuando es El quien consuela a un afligido, ¿quién podrá hacerlo caer de nuevo en la aflicción? Apliquémonos, pues, a esta lectura, no sólo dos horas sino siempre; que cada uno al ir a su casa tome en sus manos los libros divinos y reflexione sobre los pensamientos que encierran y busque en las Escrituras una ayuda continua y suficiente. El árbol plantado junto a arroyos de agua, no permanece allí sólo dos o tres horas, sino todo el día y toda la noche. Por eso sus hojas son abundantes y sus frutos numerosos, sin que ninguno lo riegue; porque plantado cerca de la ribera, sus raíces absorben la humedad y, como por canales, la lleva a todo el tronco para que disfrute; lo mismo es con aquel que lee continuamente las Santas Escrituras, y que permanece cerca de esas aguas, aunque no tuviese ningún comentador, la lectura sola, como una especie de raíz, hace que saque de ella mucha utilidad”.

Principales escritores cristianos de Occidente.

HILARIO. Nació en Poitiers en el año 295, y sus padres, que probablemente eran paganos, lo educaron en las letras y la filosofía. Siendo amante de la verdad, y diligente en los estudios e investigaciones, llegó a convencerse de la verdad del cristianismo, el cual aceptó de todo corazón, siendo bautizado juntamente con su esposa y una hija. Desde su conversión resolvió dedicar todas sus energías al servicio de la causa que había abrazado. En el año 350 fue elegido obispo de su ciudad

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

natal, y desde entonces milita entre los ardientes defensores de la ortodoxia, en contra del arrianismo, que amenazaba las iglesias de la Galia. Su principal obra fue publicada en doce libros, y trata de la fe, de la Trinidad, y de los errores de Arrio. Otra obra que le valió fama y renombre fue un comentario al Libro de los Salmos.

AMBROSIO. Más bien por sus trabajos que por sus escritos es conocido este célebre obispo de Milán. Nació en Treves en el año 340, siendo su padre prefecto de la ciudad. Perdió a su padre siendo niño, y su madre lo llevó a Roma donde fue educado con el fin de que pudiera ocupar algún puesto público. Siendo todavía muy joven, fue nombrado gobernador del distrito de Milán. Cuando hacía cinco años que desempeñaba este puesto, fue llamado para apaciguar un tumulto que se había formado en una iglesia, donde los partidos no llegaban a ponerse de acuerdo sobre la elección de un obispo. Se cuenta que un niño de corta edad, asumiendo la actitud de orador, exclamó: "*Ambrosio es obispo*". Los que estaban reunidos, impresionados por las palabras del niño, creyeron tener en ellas una indicación celestial acerca de la persona que debía ser elegida para el puesto vacante. "*Ambrosio es obispo*", fue el clamor general, y todas las protestas del gobernador no pudieron hacer desistir a la multitud. En vano les hizo notar que sólo era catecúmeno en la iglesia. La voluntad popular tuvo que cumplirse, y Ambrosio fue bautizado y ordenado obispo el mismo día. Desde entonces se puso a estudiar asiduamente las Escrituras; y si bien nunca llegó a ser teólogo distinguido, pudo predicar con mucha aceptación y despertar a la ciudad, que siempre le escuchaba de buena gana. A causa de su vehemencia, estuvo a menudo en conflicto con los gobernantes. Condenado al destierro, rehusó obedecer y se encerró en la iglesia, donde era protegido por las multitudes que le defendían y contra las cuales las autoridades no se animaron a proceder. Obligado así a permanecer con los suyos día y noche en la iglesia, se dedicó a componer himnos, que él mismo enseñaba a cantar. Ambrosio fue un gran autor de himnos, muchos de los cuales han llegado hasta nosotros a través de los siglos y son cantados en todos los países cristianos. Entre otros, está el "*Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos*" y la doxología titulada *Gloria Patri. El Te Deum* también ha sido atribuido a su pluma, pero los himnólogos lo dan como una composición posterior. La tradición decía que había sido compuesto en ocasión del bautismo de San Agustín. Lo que escribió sobre interpretación bíblica es de poco mérito; y por haber seguido, como muchos otros, el método alegórico, hizo oscuro mucho de lo que era claro. Falleció en el año 397, siendo llorado por muchos, pues había logrado gran popularidad y era amado por las multitudes que le escuchaban.

AGUSTÍN DE HIPONA. Es considerado como el padre de la teología latina. En el libro más popular de los muchos que escribió, *Las Confesiones*, Agustín nos ha dejado su autobiografía. Su madre, Mónica, era una cristiana altamente piadosa, casada con un pagano que fue ganado a la fe poco antes de su muerte. Residían en Cartago, donde el joven Agustín fue arrastrado por la corriente del vicio al desoír los saludables consejos de su buena madre. Al huir del hogar, lo hallamos en Italia; en Roma primeramente y después en Milán, siempre seguido por Mónica, quien no cesaba de hacerlo el objeto de sus fervidas oraciones. Su fe fue puesta a prueba, pues el joven Agustín se hallaba cada día más lejos del reino de Dios. "*Mi madre me lloraba —dice él— con un dolor más sensible que el de las madres que llevan a sus hijos a ser enterrados*". De su vida de libertinaje nació un hijo, al que llamó Adeodato, al cual amaba con locura. Cuando Agustín empezó a ocuparse de cosas religiosas, cayó en el error de los maniqueos y en el neoplatonismo. El maniqueísmo era la doctrina de cierto persa llamado Maní, educado entre los magos y astrólogos, entre quienes alcanzó mucha fama. Hombre de actividad y muy emprendedor, todos le consultaban como filósofo y médico. Tuvo la idea de hacer una combinación del cristianismo con las ideas que profesaba, para lo cual tomó el nombre de Paraclete y pretendía tener la misión de completar la doctrina de Cristo. Muchos fueron seducidos por su elocuencia, y sus adeptos formaron la nueva secta en la que cayó el más tarde famoso Agustín. Estando Mónica en Milán, pidió a Ambrosio que tratase de convencer a su hijo y sacarlo del error en que se encontraba, pero el prudente obispo le hizo notar que no lograría nada mientras le durase la novedad de la herejía que le llenaba de vanidad y presunción. "*Déjelo —le dijo—, contétese con orar a Dios por él, y verá cómo él mismo reconocerá el error y la impiedad de esos herejes, por la lectura de sus propios libros*". Pero Mónica lloraba afligida y continuaba implorando a Ambrosio que tuviese una entrevista, de la cual esperaba buenos resultados, pero él le contestó: "*Vaya en paz y continúe haciendo lo que ha hecho hasta ahora, porque es imposible que se pierda un hijo llorado de esta manera*". Las oraciones de Mónica empezaron a ser oídas. Agustín iba cansándose de la aridez de la humana filosofía, y suspiraba por algo que realmente le diese la vida que tanto necesitaba. La predicación de Ambrosio le impresionó, y llegó a comprender que sólo en Cristo debía buscar el camino de la vida. La crisis violenta por la que pasó su alma, la relata detalladamente en el libro octavo de sus Confesiones. Había perdido completamente la paz. "*Sentí levantarse en mi corazón —dice— una tempestad seguida de una lluvia de lágrimas; y a fin de poderla derramar completamente y lanzar los gemidos que la acompañaban, me levanté y me aparté de Alipio, juzgando que la soledad me sería más aparente para llorar sin molestias, y me retiré bastante lejos para no ser estorbado ni por la presencia de un amigo tan querido*". En esa soledad Agustín clamó a Dios pidiendo que se apiadase de él, perdonándole sus pecados pasados, diciendo: "*¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo estarás airado conmigo? Olvídate de mis pecados pasados. ¿Hasta cuándo dejaré esto para mañana? ¿Por qué no será en este mismo momento? ¿Por qué no terminarán en esta hora mis manchas y suciedades?*".

“Mientras hablaba de este modo —continúa diciendo— y lloraba amargamente, con mi corazón profundamente abatido, oí salir de la casa más próxima, una voz como de niño o niña, que decía y repetía cantando frecuentemente: “Toma y lee, toma y lee”. Contuve entonces el torrente de mis lágrimas, y me levanté sin poder pensar otra cosa sino que Dios me mandaba abrir el libro sagrado y leer el primer pasaje que encontrase”. Agustín corrió donde tenía las Escrituras y abriéndolas al azar, sus ojos dieron con este pasaje: “*Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia; sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne*”, (Romanos 13:13-14). Dice Godet, que el primero de estos versículos describe la vida de Agustín antes de su conversión, y el segundo la que llevó después. “*No quise leer más —dice Agustín— ni tampoco era necesario, porque con este pensamiento se derramó en mi corazón una luz tranquila que disipó todas las tinieblas de mis dudas*”. Agustín dio las nuevas a Alipio de lo que pasaba en él, y éste también en aquella hora tomó la resolución de entregarse al Señor. Ambos se apresuraron en dar las nuevas a Mónica, la cual fue transportada de alegría al saber que su hijo era cristiano y que sus oraciones habían sido oídas. Poco después fue bautizado por Ambrosio, al mismo tiempo que su amigo Alipio, y su hijo Adeodato. De regreso de África, buscó en la soledad y meditación, compenetrarse mejor de la mente de Cristo a quien había resuelto servir. En el año 391 fue ordenado presbítero y empezó a predicar con mucho éxito. Más tarde fue nombrado obispo de Hipona. Además de las Confesiones, entre sus muchas obras, merecen citarse *Contra los Maniqueos*, *Verdadera Religión*, *La Ciudad de Dios*, y la última de sus obras, *Retractaciones*, en la que repasa lo que había escrito durante toda su vida, y se retracta de aquellas enseñanzas que llegó a reputar erróneas después que hubieron madurado bien sus ideas. Murió en el año 430, a los setenta y seis años de edad, después de haber trabajado asiduamente a favor de la causa que abrazó con tanta sinceridad, y legando a la posteridad un nombre que no reconoce igual entre los escritores de Occidente.

Una tradición medieval, que recoge la leyenda, inicialmente narrada sobre un teólogo, que más tarde fue identificado como san Agustín, cuenta la siguiente anécdota: cierto día, san Agustín paseaba por la orilla del mar, junto a la playa, dando vueltas en su cabeza a muchas de las doctrinas sobre la realidad de Dios, una de ellas la doctrina de la Trinidad. De pronto, al alzar la vista ve a un hermoso niño, que está jugando en la arena. Le observa más de cerca y ve que el niño corre hacia el mar, llena el cubo de agua del mar, y vuelve donde estaba antes y vacía el agua en un hoyo. El niño hace esto una y otra vez, hasta que Agustín, sumido en una gran curiosidad, se acerca al niño y le pregunta: «¿Qué haces?» Y el niño le responde: «Estoy sacando toda el agua del mar y la voy a poner en este hoyo». Y San Agustín dice: «¡Pero, eso es imposible!». A lo que el niño le respondió: «Más difícil es que llegues a entender el misterio de la Santísima Trinidad».

JERÓNIMO. Como filólogo, Jerónimo ocupa el primer lugar entre los cristianos de sus días. Nació de padres cristianos, probablemente en el año 346, cerca de Aquilea, en los confines de Dalmacia y Pannonia. Recibió su educación en Roma bajo la dirección del retórico Aelio Donato, iniciándose en los estudios gramaticales y lingüísticos, que no abandonó hasta el fin de su carrera, perfeccionándose en el idioma latín. En esta ciudad profesó públicamente el cristianismo y después de efectuar algunos viajes resolvió radicarse Belén para estudiar el hebreo y los dialectos que de él se derivan, para lo cual entabló relaciones con un maestro judío, lo cual escandalizaba a muchos de sus correligionarios. En 379 aparece en Antioquia, donde fue nombrado presbítero. En Constantinopla encontró a Gregorio Nacianceno, con quien mantuvo íntimas relaciones. En Roma emprendió con ardor la ardua tarea *de revisar la traducción de la Biblia al latín, llamada Itálica*, la cual era muy defectuosa a causa de las muchas variantes que se hallaban en las diferentes ediciones. *De este trabajo resultó la Vulgata latina*, nombre que se le dio porque estaba destinada para ser leída por el pueblo, al cual aún no se había privado del derecho de leer e interpretar la Biblia. Entre otros trabajos literarios de Jerónimo, figuran sus Cartas y algunos Comentarios sobre las Escrituras que tienen más valor literario que exegetico. Los últimos años de su vida los pasó en Palestina, recluso en un convento donde continuó sus trabajos de escritor fecundo. Falleció a edad muy avanzada, en Belem, el año 420.

DESARROLLO DEL PODER EN LA IGLESIA ROMANA

“Así surgió que por todo el Occidente el obispo romano o papa, como cabeza de la iglesia en Roma, comenzara a considerarse como la autoridad principal en la iglesia en general... Se preparaba el camino para pretensiones aún mayores de Roma y el papa para los siglos venideros”.

Jesse Lyman Hurlbut

Hoy en día todos conocemos o hemos oído hablar de la Iglesia Católica Apostólica y Romana y los acontecimientos que tuvieron lugar en este periodo pusieron los primeros cimientos para lo que se convertiría en esta institución. Jesse Lyman Hurlbut nos da una buena descripción de como los eventos que

se desarrollaron aquí fueron un prelude para lo que vendría en el futuro: “Conforme paso el tiempo Constantinopla desplazó a la ciudad de Roma como la capital del mundo. Ahora veremos a Roma afirmando su derecho de ser la capital de la iglesia. A través de todo este período, la iglesia en Roma ganaba prestigio y poder. **El obispo de Roma, ahora llamado papa,** reclamaba el trono de autoridad sobre todo el mundo cristiano. Quería que se le reconociera como cabeza de la iglesia en toda Europa al oeste del mar Adriático. Este desarrollo aún no había alcanzado la presuntuosa demanda de poder, sobre el estado y la iglesia, que se manifestó en la Edad Media. Sin embargo, se inclinaba con fuerza hacia esa dirección. Veamos algunas de las causas que fomentaron este movimiento. La semejanza de la iglesia con el imperio como una organización fortalecía la tendencia hacia el nombramiento de un jefe. En un estado gobernado no por autoridades elegidas sino por una autocracia, donde un emperador gobernaba con poder absoluto, era natural que la iglesia se gobernara de la misma manera: por un jefe. En todas partes los obispos gobernaban las iglesias, pero la pregunta surgía constantemente: ¿Quién gobernaría a los obispos? ¿Qué obispo debía ejercer en la iglesia la autoridad que el emperador ejercía en el imperio? Los obispos que presidían en ciertas ciudades pronto llegaron a llamarlos "metropolitanos" y después "patriarcas". Había patriarcas en Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Roma. El obispo de Roma se adjudicó el título de "**papá, padre**", después se modificó a **papa**. Entre estos cinco patriarcas había frecuentes disputas por la prioridad y supremacía. Sin embargo, la cuestión al final se limitó a escoger entre el patriarca de Constantinopla y el papa de Roma como cabeza de la iglesia. Roma reclamaba para sí autoridad apostólica. Era la única iglesia que decía poder mencionar a dos apóstoles como sus fundadores y estos, los mayores de todos los apóstoles, San Pedro y San Pablo. Surgió la tradición de que Pedro fue el primer obispo de Roma. Como obispo, Pedro debería haber sido papa. Se suponía que en el primer siglo el título "obispo" significaba lo mismo que en el siglo cuarto, un gobernante sobre el clero y la iglesia. Por tanto, Pedro, como el principal de los apóstoles, debe haber poseído autoridad sobre toda la iglesia. Se citaban dos textos en los Evangelios como prueba de esta afirmación. Uno de estos puede verse ahora escrito en letras gigantescas en latín alrededor de la cúpula de la Iglesia de San Pedro en Roma: “Tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi iglesia”. El otro es: “Apacienta mis ovejas”. Se argüía que Pedro fue la primera cabeza de la iglesia, entonces sus sucesores, los papas de Roma, deberían continuar su autoridad. El carácter de la iglesia romana y sus primeros líderes sostenían fuertemente estas afirmaciones. Los obispos de Roma eran por lo general hombres más fuertes, sabios y que se hacían sentir por toda la iglesia. Mucha de la antigua calidad imperial que había hecho a Roma la señora del mundo moraba aun en la naturaleza romana. En esto había un notable contraste entre Roma y Constantinopla. Al principio, Roma hizo a los emperadores, pero los emperadores hicieron a Constantinopla y la poblaron de súbditos sumisos. La iglesia de Roma siempre fue conservadora en doctrina. Las sectas y herejías ejercieron poca influencia sobre ella y en aquel entonces permanecía como una columna de la enseñanza ortodoxa. Este rasgo incrementaba su influencia por toda la iglesia en general”.



La Iglesia de la Edad Media

“Las instrucciones que te di han de ser seguidas con diligencia. Cuida de que los obispos no se metan en asuntos seculares, excepto en cuanto sea necesario para defender a los pobres”.

Gregorio el Grande

“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”.

Apocalipsis 2:20

INTRODUCCIÓN

Si hay un versículo que describe este periodo, son las que el Señor le dirigió a la iglesia de Tiatira en el libro de apocalipsis: *Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.* Muchos lo ven como el tiempo del oscurantismo o la era de las tinieblas donde el mismo espíritu idolátrico de Jezabel que domino a Acab para adorar a Baal y Asera, dominaba a los ministros de este entonces arrastrándolos a toda clase de superstición e idolatría. Se conoce como **la Iglesia de la Edad Baja Media** a aquella de travesó el periodo que **va desde la deposición de Rómulo Augústulo en el 476 d.C. pasando por la cisma entre Oriente y Occidente en el año 1054 (ya que en este periodo el imperio romano quedo dividido en dos, donde en Occidente se hablaba en latín, y en Oriente en griego), hasta la caída de Constantinopla en el año 1453.** La decadencia del imperio romano se originó principalmente por las invasiones de los pueblos germanos. Justo L. González nos habla del origen de dicha decadencia: *“El viejo Imperio Romano estaba enfermo de muerte, y no lo sabía. Allí en sus fronteras del Rin y del Danubio bullía una multitud de pueblos prontos a irrumpir hacia los territorios romanizados. Estos pueblos, a quienes los romanos, siguiendo el ejemplo de los griegos, llamaban “bárbaros”, habían habitado los bosques y las estepas de la Europa oriental durante siglos. Desde sus mismos inicios el Imperio Romano se había visto en la necesidad constante de proteger sus fronteras contra las incursiones de los bárbaros. Para ello se construyeron fortificaciones a lo largo del Rin y del Danubio, y en la Gran Bretaña se construyó una muralla que separaba los territorios romanizados de los que aún quedaban en manos de los bárbaros. A fin de viabilizar la defensa, se hicieron repartos de tierras entre los soldados, que en calidad de colonos vivían en ellas, a condición de acudir al campo de batalla en caso necesario. De este modo el Imperio Romano pudo defender sus fronteras hasta mediados del siglo IV. Pero a partir de entonces su defensa se hizo cada vez más difícil, hasta que por fin toda la porción occidental del Imperio sucumbió ante el empuje de los invasores”.* Poco a poco grandes naciones del imperio romano fueron cayendo, España, África e Italia sucumbieron, y el poderío del gobierno entro en una gran crisis, la pobreza e ignorancia creció desmedidamente y la iglesia comenzó a aprovecharse de esta situación influyendo sobre todas las personas con sus tradiciones y supersticiones haciendo cada vez más fuerte su influencia sobre los gobiernos hasta ser la que verdaderamente gobernaba los destinos de los países. Aunque Oriente no cayó en esta crisis, Occidente marco el inicio de una serie de acontecimientos que quedarían immortalizados en la historia de la iglesia, así como la proliferación de nuevas herejías. El historiador católico Bernardino Llorca lo cita de la siguiente manera: *“Este periodo se caracteriza como triunfo y crecimiento rápido del cristianismo, así como también de unión con el Estado en su ulterior desarrollo. Mas no por eso se vio libre de grandes luchas y de crisis peligrosas. Dos fueron las fuentes principales de estas dificultades que la iglesia tuvo que superar. Por una parte, la intensificación de las herejías, y por otra, la invasión de los pueblos germanos”.*

EL PROCESO DEL PODER PAPAL

“El hecho más notable en los diez siglos de la Edad Media es el desarrollo del poder papal. Ya hemos visto cómo el papa de Roma afirmaba ser “obispo universal” y cabeza de la iglesia. Ahora afirma ser gobernador sobre las naciones, los reyes y emperadores”.

Jesse Lyman Hurlbut

Con su sede en Roma, la iglesia Occidental comenzó a ejercer su influencia sobre una nación debilitada políticamente que duro alrededor de 1,000 años. Ya vimos como el obispo de Roma llego a autoproclamarse el líder espiritual de toda la iglesia y cabeza de la misma, y con el tiempo se le conoció con el nombre de papa, que significa padre, afirmando que Pedro fue el primer papa; aunque no hay evidencia bíblica ni histórica que respalde tal cosa. Muchos consideran que **León I Magno** (440-461) fue el primer obispo al cual se le nombro papa, el cual influyo desde Roma en tiempos donde los barbaros invadían el imperio. Se cuenta que en cierta ocasión Atila quien comandaba a los hunos en el año 452, ataco y saqueo Aquilea una ciudad de Italia, y en su camino a Roma el papa León I lo interseco y negocio con él para que desistiera de su intención de atacar la capital. Justo L. Gonzales comenta respecto a este encuentro: *“En tales circunstancias, León partió de Roma y se dirigió al campamento de Atila, donde se entrevistó con el jefe bárbaro a quien todos tenían por “el azote de Dios”. No se sabe qué le dijo León a Atila. La leyenda cuenta que, al acercarse el Papa, aparecieron junto a él San Pedro y San Pablo, amenazando a Atila con una espada. En todo caso, el hecho es que, tras su entrevista con León, Atila abandonó su propósito de atacar a Roma, y marchó con sus ejércitos hacia el norte, donde murió poco después”.* La influencia de León I en una Roma políticamente débil y en caos logro que el papado se sobrepusiera en el

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

poder sobre reyes y gobernantes y a su muerte sus hijos lo sucedieron en el trono papal. Con el tiempo Italia entro en una terrible decadencia, destruida por las constantes guerras entre los godos y el imperio, y asolada por una terrible peste, en el año 590 fue ordenado como sumo pontífice **Gregorio I**, “el grande”, llevo a destacar entre los papas romanos. Una de sus primeras obras como papa fue ordenar una peregrinación pidiendo perdón por todos los pecados de la nación, con lo cual, después de la peregrinación la peste que asolaba al imperio ceso. Además de esto se conoció por su ayuda a los más necesitados utilizando las riquezas del papado y hasta el mismo imperio para tal fin. Este papa se caracterizaba por ser amante de las enseñanzas antiguas y se resistía a cualquier enseñanza nueva que pudiese surgir en sus tiempos, con todo, la influencia de Gregorio I ayudo a la iglesia a salir de este periodo de oscurantismos y permitió al papado continuar en el trono. Respecto a Gregorio I, Henry H. Halley comenta: *“es generalmente considerado como el primer Papa. Apareció en un tiempo de anarquía política y de grandes calamidades públicas en toda Europa. Italia, después de la caída de Roma en el 476 d.C., había llegado a ser un reino godo, y luego una provincia bizantina bajo control del emperador del Oriente. Ahora era saqueada por los lombardos. La influencia de Gregorio sobre los diferentes reyes tuvo un efecto estabilizador. Estableció un control completo sobre las iglesias (de Italia, España, Galia e Inglaterra (cuya conversión al cristianismo fue el gran evento de los días de Gregorio). Procuró incansablemente la purificación de la iglesia; depuso a obispos negligentes o indignos, y se opuso con gran celo a la práctica de la simonía (la venta de puestos). Ejerció gran influencia en Oriente, aun cuando no reclamaba jurisdicción sobre la Iglesia oriental. El entonces Patriarca de Constantinopla se hizo llamar "Obispo Universal." Esto irritó grandemente a Gregorio, quien rechazó el título como "palabra viciosa y orgullosa," y rehusó que se le aplicara a si mismo. Sin embargo, prácticamente ejercía toda la autoridad que aquel título representaba. En su vida personal era un buen hombre, uno de los más puros y mejores de los Papas; incansable en sus esfuerzos a favor de la justicia para los oprimidos, y sin límite en sus caridades para con los pobres. Si todos los Papas hubieran sido tales, cuán diferente concepto tendría el mundo del Papado”*. Sin embargo, con el tiempo los siguientes papas no siguieron el ejemplo de la nobleza de Gregorio I, ya que desde el año 870 al 1050 se presenta años oscuros para la iglesia católica, los historiadores han llamado los 200 años de Nicolás I, hasta Gregorio VII, la **media noche de las Edades Oscuras** ya que el soborno, la corrupción, la inmoralidad y el derramamiento de sangre lo hacen el capítulo más negro de toda la historia del papado, mismo tiempo en el cual la iglesia de Oriente se dividió dando origen a lo que hoy se conoce como la iglesia Ortodoxa. Fue en este periodo donde el error triunfa sobre la iglesia introduciéndola en un periodo de oscurantismo reinado por la ignorancia, idolatría y principios anticristianos, donde los estudios teológicos y bíblicos se hallan casi completamente abandonados. En el año 904 con **Sergio III** surge un periodo conocido como la **Pornocracia**, o **Reinado de las Rameras**, debido a que este tenía una concubina llamada Marozia, la cual manejaba todos los asuntos eclesiásticos. Otros papas como **Juan X** imitaron esta pecaminosa conducta, y así una ramera llamada Teodora figuro entre las amantes de los papas. Asi este periodo se caracterizó por una depravación terrible entre los papas que los sucedieron los cuales estuvieron involucrados en asesinatos y sobornos como nunca ha habido.

No fue hasta la llegada de **Gregorio VII, mejor conocido como Hildebrando** (1073-1085) que el papado comenzó a escalar a su máxima cúspide, el cual a su mismo tiempo es conocido entre los romanistas como una de las mayores glorias del pontificado. Respecto a este personaje y la culminación del poder papal Jesse Lyman Hurlbut nos comenta: *“El período de culminación fue entre 1073 y 1216 d.C., alrededor de ciento cincuenta años, en que el papado tuvo un poder casi absoluto, no solo sobre la iglesia, sino sobre las naciones de Europa. Esta elevada posición se alcanzó durante el gobierno de Hildebrando, el único papa más conocido por su nombre de familia que por el nombre asumido como papa, Gregorio VII. Durante veinte años, Hildebrando gobernó realmente a la iglesia como el poder tras el trono antes de emplear la triple corona. Asimismo, durante su papado y hasta su muerte acaecida en 1085 d.C. Hildebrando reformó el clero que se había corrompido y quebrantó, aunque solo por un tiempo, la simonía o la compra de puestos en la iglesia. Levantó las normas de moralidad en todo el clero e impuso el celibato del sacerdocio, que aunque se exigía no fue obligatorio hasta su día”*. Otro de los papas que ayudo a consolidar el poder del papado fue **Inocencio III** (1198-1216), el más poderoso de todos los Papas ya que llevo el papado a la cima del poderio. Reclamó ser "vicario de Cristo", "vicario de Dios", "Supremo Soberano de la Iglesia y del Mundo"; tener el derecho de deponer a reyes y príncipes; que "todas las cosas en la tierra, en el cielo y en el infierno están sujetas al Vicario de Cristo." Llevó a la Iglesia al dominio supremo del Estado. Los reyes de Alemania, Francia, Inglaterra y prácticamente todos los monarcas de Europa obedecían a su voluntad. Acerca de este papa Jesse Lyman Hurlbut nos comenta: *“Otro papa cuyo reino demostró su alto grado de poder fue Inocencio III (1198-1216). En su discurso de inauguración declaró: "El sucesor de San Pedro ocupa una posición intermedia entre Dios y el hombre. Es inferior a Dios más superior al hombre. Es el juez de todos, mas nadie lo juzga." En una de sus cartas oficiales escribió que al papa "no solo se le encomendó la iglesia, sino todo el mundo", con "el derecho de disponer finalmente de la corona imperial y de todas las demás coronas". Elegido para ocupar el cargo a los treinta y seis años, a través de su reinado sostuvo con éxito estas altas pretensiones”*. Fue en el papado de Inocencio III que se decretó la **Santa Inquisición**, llamada por la Iglesia Católica como el **Santo Oficio**, pero no fue hasta el papado de Gregorio IX que esta se perfecciono. Su objetivo era perseguir a todos aquellos que a sus ojos eran considerados herejes los cuales al ser llevados a

juicio y ser encontrados culpable, si no se retractaban de sus posturas eran condenados a la muerte y sus tierras eran confiscadas por el gobierno. Más tarde, la Inquisición fue el arma principal del intento papal de sofocar la Reforma. Se dice que en los 30 años, de 1540 a 1570, no menos de 900,000 protestantes fueron muertos en la guerra de exterminio del Papa contra los valdenses.

Con **Bonifacio VIII** (1294-1303), el papado inicia su extrema decadencia. En su célebre bula "Unam Sanctam", dijo, "Declaramos, afirmamos, definimos y pronunciamos que es de todo necesario para la salvación que toda criatura humana esté sujeta al Pontífice Romano". Sin embargo era tan corrompido que Dante quien visitó a Roma durante su pontificado, llamó al Vaticano una "sentina de corrupción." y le asignó, juntamente con Nicolás III y Clemente V, a las partes más bajas del infierno. Bonifacio recibió el Papado en su cima; pero halló la horma de su zapato en Felipe el Hermoso, rey de Francia, a cuyos pies el Papado fue humillado hasta el polvo y comenzó su época de decadencia. Por muchos años más el periodo papal fue decayendo hasta llegar a **Pío III** (1503), el último papa antes de los inicios de la reforma.

EL APOGEO DE LA VIDA MONÁSTICA EN COMUNIDADES BAJO LA INFLUENCIA DE BENITO

"Tú, quienquiera que seas, que corres hacia la patria celestial, practica con la ayuda de Cristo esta pequeña Regla, y entonces llegarás, Dios mediante, a las más elevadas cumbres de la doctrina y la virtud".

Benito de Nursia

No podemos dejar de estudiar este periodo de la iglesia cristiana sin dejar de mencionar el apogeo que la vida monástica tuvo debido a las reformas de un monje llamado **Benito de Nursia**, (480-547). Benito nació en la pequeña aldea italiana de Nursia, alrededor del año 480, en el seno de una familia aristócrata de Roma. Respecto a sus primeros años como monje Justo L. González dice: *"Cuando tenía unos veinte años de edad, Benito se retiró a vivir solo en una cueva, donde se dedicó a un régimen de vida en extremo ascético. Allí llevó una lucha continua contra las tentaciones. Durante esta época, nos cuenta su biógrafo Gregorio el Grande, el futuro creador del monaquismo benedictino se sintió sobrecogido por una gran tentación carnal. Una hermosa mujer a quien había visto anteriormente se le presentó ante la imaginación con tal claridad que Benito no podía contener su pasión, y llegó a pensar en abandonar la vida monástica. Entonces, nos dice Gregorio: "recibió una repentina iluminación de lo alto, y recobró el sentido, y al ver una maleza de zarzas y ortigas se desnudó y se lanzó desnudo entre las espinas de las zarzas y el fuego de las ortigas. Después de estar allí dando vueltas mucho tiempo, salió todo llagado... A partir de entonces... nunca volvió a ser tentado de igual modo". Pronto la fama de Benito fue tal que un grupo numeroso de monjes se reunió alrededor suyo. Benito los organizó en grupos de doce monjes cada uno. Este fue su primer intento de organizar la vida monástica, aunque tuvo que ser interrumpido cuando algunas mujeres disolutas invadieron la región. Benito se retiró entonces con sus monjes a Montecasino, un lugar tan apartado que todavía quedaba allí un bosque sagrado, y los habitantes del lugar seguían ofreciendo sacrificios en un antiguo templo pagano. Lo primero que Benito hizo fue poner fin a todo esto talando el bosque y derribando el altar y el ídolo del templo".* Fue así como Benito organizó un monasterio de hombres en ese lugar, y con la ayuda de su hermana gemela Escolástica, organizó otro para mujeres, dando así un mayor impulso a la vida monástica en grupos. Quizás una de las contribuciones de mayor peso que Benito hizo fue la de establecer la **Regla de San Benito** o **regla benedictina** la cual es una regla monástica que escribió a principios del siglo VI destinada a regular la vida de los monjes en el monasterio. Hasta ese momento la vida monástica era dura y hasta cierto punto inhumano enfocado prácticamente en la autoflagelación y tortura del cuerpo. Sin embargo, Benito estableció reglas más equilibradas que no abusaban de las limitaciones humanas donde por ejemplo aprobaba que a los monjes se les diera una almohada y cobertor para dormir, los horarios de trabajo y las debidas consideraciones de acuerdo a la edad o condición física de aquel a quien se le asignaba la tarea, las horas de estudio doctrinal, el recital de salmos y adoración, la dieta, y sobre todo la obediencia al abad (figura de autoridad entre los monjes). Justo L. González añade: *"El abad, empero, no ha de ser un tirano, pues el mismo título de "abad" quiere decir "padre". Como padre o pastor de las almas que se le han encomendado, el abad tendrá que rendir cuentas de ellas en el juicio final. Por ello su disciplina no ha de ser excesivamente severa, pues su propósito no es mostrar su poder, sino traer a los pecadores de nuevo al camino recto. Para gobernar el monasterio, el abad contará con "decanos", y éstos serán los primeros en amonestar secretamente a los monjes que de algún modo incurran en falta. Si tras dos*

amonestaciones no se enmiendan, se les reprenderá delante de todos. Los que aún después de tales amonestaciones perseveren en sus faltas, serán excomulgados”.

Debido a lo práctico de sus reglas y las consideraciones a las limitaciones humanas, estas tuvieron gran éxito a tal punto que se retomaron en la mayoría de los futuros monasterios iniciando así una orden conocida como la **orden benedictina**. Durante toda su vida como monje, Benito fue altamente apreciado hasta el día de su muerte. Cuenta la tradición que Benito fue anunciado de alguna manera de su pronta muerte y seis días antes del fin, les pidió a sus discípulos que cavaran su tumba. Tan pronto como estuvo hecha fue atacado por la fiebre. El 21 de marzo del año 543, durante las ceremonias del Jueves Santo, junto a sus monjes, murmuró unas pocas palabras de oración y murió de pie en la capilla, con las manos levantadas al cielo. Sus últimas palabras fueron: *“Hay que tener un deseo inmenso de ir al cielo”*. Fue enterrado junto a Escolástica, su hermana, en el sitio donde antes se levantaba el altar de Apolo, que él había destruido. Dos de sus monjes estaban lejos de allí orando, y de pronto vieron una luz esplendorosa que subía hacia los cielos y exclamaron: *“Seguramente es nuestro Padre Benito, que ha volado a la eternidad”*. Era el momento preciso en el que moría el monje. Quizás una de sus mayores contribuciones a la iglesia, lejos de la idea errónea de encerrarse en un monasterio, fue la disciplina que inculco en las oraciones y lectura de la Biblia en un tiempo de tinieblas donde su lectura se había abandonado completamente, era un requisito para todos los mojes benedictinos el recitarla y memorizar pasajes, especialmente los Salmos, algo que influyo en futuros monjes como Martin Lutero que traerían luego la reforma sobre la iglesia del Señor.

LA EXTREMA DECADENCIA ESPIRITUAL DE ESTE PERIODO

“Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos”.

Oseas 4:6

Definitivamente este periodo se caracterizó no solo por la decadencia espiritual que lo caracterizo sino por una serie de doctrinas heréticas que se introdujeron en medio de la iglesia. Aquella iglesia interesada en engrandecer el nombre de Cristo fue desapareciendo paulatinamente, hoy sus obispos amaban los títulos de poder y ya vimos como el papado llego a influir en esta manera de pesar. La falta de lectura de la palabra se fue creciendo cada día más, a tal punto que la superstición y herejías se introdujeron en el nombre de Dios engañando a miles de personas que creían fielmente a todas estas cosas. Aquí enmarca perfectamente aquel pasaje del profeta Oseas: *“Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos”*, (Oseas 4:6). Al cerrarle al pueblo la puerta del evangelio, la Iglesia Católica comenzó a introducir una serie de creencias que lejos de ser bíblicas los arrastraban a la condenación eterna. Veamos en detalle estas doctrinas y practicas heréticas.

La Mariolatría

El amor y recuerdo respetuoso que se tuvo desde el principio a la madre de Jesús, empezó a degenerar en una superstición y culto idolátrico. Fue en el Concilio de Éfeso donde se le comenzó a llamar a María **“Madre de Dios”**, título que los nestoriano negaban afirmando que ella solo podría ser madre de la parte humana de Jesús. Al final la doctrina de Nestorio fue condenada y se fomentó el camino a la mariolatría. Un libro gnóstico del siglo tercero o cuarto, refiere la leyenda de la asunción de María, la cual, aunque popular, era tenida sólo como leyenda, y a nadie se le ocurría hacer de ella un hecho histórico. Pero los partidarios del culto a María empezaron a enseña que hubo tal ascensión corporal, y Gregorio de Tours, a fines del siglo sexto, escribió como sigue: *“Cuando la bienaventurada María terminó su carrera en esta vida y fue llamada a salir de este mundo, todos los apóstoles, venidos de todas partes del mundo, estaban reunidos en su casa, y cuando oyeron que ella debía de partir, estaban velando con ella, y he aquí el Señor Jesús vino con sus ángeles, y tomando su alma, se la entregó a Miguel, el arcángel, y se fue. A la mañana los apóstoles tomaron el cuerpo con el lecho y lo colocaron en un sepulcro, y velaron, esperando que el Señor viniese. Y, he aquí, el Señor apareció por segunda vez y ordenó que fuese llevada en una nube al Paraíso, quien habiendo tomar de nuevo su alma, goza ahora de las bendiciones sin fin de la eternidad, regocijándose con su predilecto”*. La primera vez que se oró a María fue en el siglo cuarto, y durante el siglo quinto la mariolatría estaba ya en todo su apogeo. La iglesia de Roma observa catorce fiestas que están dedicadas a María en todo el mundo; se la recuerda todos los sábados y se le dedica todo el mes de Mayo. Además de todo esto hay otras muchas fiestas en su honor de carácter local.

En ninguna parte de la Escritura se dice que se tribute culto a María, o se ordena que esto se haga. Los Magos adoraron al niño, pero no a María (Mateo 2:11). Al referirse juntamente a Jesús y a María, la Biblia siempre pone primero a Jesús (Mateo 2:11, 13, 14, 20-21). María misma declaró que era pecadora y necesitaba un Salvador (Lucas 1:46- 47). La última referencia que se hace a María se halla en Hechos 1:14.

Invocación de los Santos

La costumbre de invocar a los santos tuvo origen en la exagerada veneración de que eran objeto los mártires y otros héroes de la fe. Las iglesias empezaron dedicando ciertos días del año para recordar los sufrimientos que los tales habían soportado, y se daba gracias a Dios porque tales hombres habían militado entre los cristianos, mostrando así que la fe que profesaban puede crear energía y valor. Se exhortaba al pueblo a imitar sus virtudes y seguir sus huellas. Los discursos que se hacían en las iglesias, ensalzando con demasía a estos mártires, bajo el influjo de la hipérbole oratoria, fue creando la idea de que eran seres casi divinos; y pronto se estableció la costumbre de invocarlos como intercesores y mediadores, olvidándose la enseñanza de que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, según lo establece Pablo en su epístola a Timoteo.

La Eucaristía (Doctrina de la transustanciación)

Hemos visto cómo la cena del Señor era el centro del culto cristiano, y así continúa siendo aún en este período de innovaciones y cambios, aunque ya pueden hallarse algunas ideas que cambian fundamentalmente el carácter de ésta ordenanza. Se empieza a creer en la presencia real, y los elementos no se miran como símbolos del cuerpo y sangre del Señor. En tiempos de Crisóstomo, vemos en sus obras, que aún no se conocía la costumbre de privar a los miembros de las iglesias de la participación del vino. La doctrina de la transustanciación apareció, de hecho, por primera vez en el año 830, y aun entonces las ideas que se tenían acerca de ella eran muy vagas y diferían unas de otras. La palabra transustanciación no se hizo de uso común sino hasta el año 830, y la doctrina siguió en disputa aun después de esa fecha. El Papa Inocencio III la promulgó en 1215, y fue declarada artículo de fe en 1551 por el Concilio de Trento, que anatematizó a cualquiera que la negara o pusiera en duda.

El Purgatorio

La idea de un fuego donde las almas tengan que purificarse después de la muerte, es ajena y contraria a las doctrinas del Nuevo Testamento, que enseñan que la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. El primer cristiano que menciona un fuego purificador es Orígenes, quien sostenía la doctrina de la salvación universal y restauración final de todas las cosas. Gregorio el Grande es el primero que habla del purgatorio como de doctrina cristiana. Pronto se añade a ella la idea de que las oraciones podían ayudar a los que estaban en este fuego. Esta innovación demuestra que había decaído la confianza en el valor infinito de los méritos de Cristo, que excluyen toda obra humana, y hacen inútil todo otro sacrificio.

Templos e Imágenes

La riqueza siempre creciente de las iglesias, y los continuos donativos de príncipes y ofrendas de ricos y pobres, facilitaban la construcción de edificios artísticos destinados al culto, y cada vez se daba más importancia al lugar donde éste se celebraba. Las primeras estatuas y pinturas introducidas en estos edificios dieron lugar a muchas y largas controversias, aun cuando se destinaban sólo al ornato y a la instrucción del pueblo, y en ningún caso a la adoración o veneración. Pero en las comunidades que acababan de salir de la idolatría, estas representaciones no podían sino ser un tropiezo a los indoctos. Un obispo de Marsella, viendo que las imágenes conducían a la idolatría, mandó destruirlas, y cuando el caso llegó a oídos del papa Gregorio, éste le escribió diciendo que lo alababa por su celo contra la adoración de cosas hechas con manos, aunque no aprueba su conducta y sostiene que las imágenes son los libros de los ignorantes. *“Si alguien quiere hacer imágenes — dice— no se lo impidas, pero por todos los medios impide el culto de las imágenes”*. Justo L. Gonzalez nos comenta respecto a esto: *“En el año 754, el hijo de León, Constantino V, convocó un concilio que prohibió el uso de imágenes en el culto, y condenó a los que habían salido en defensa de ellas, especialmente al patriarca Germán de Constantinopla y al famoso teólogo Juan de Damasco. Así surgieron dos partidos, que recibieron los nombres de “iconoclastas” (destruidores de imágenes) e “iconodulos” (adoradores de imágenes). Los argumentos de los iconoclastas se basaban en los pasajes bíblicos que prohíben la idolatría, particularmente Éxodo 20:4-5... La controversia continuó durante varios años. Aunque teóricamente los edictos imperiales eran válidos en todo el antiguo Imperio Romano, de hecho el Occidente nunca los aplicó, mientras que en el Oriente la iglesia se dividió. Por fin, cuando la regencia cayó sobre los hombros de la emperatriz Irene, ésta cambió la política imperial con respecto a las imágenes, y entre ella, el patriarca Tarasio de Constantinopla y el papa Adriano convocaron a un concilio. Esta asamblea tuvo lugar en Nicea en el año 787, y recibe el nombre de Séptimo Concilio*

Ecuménico. Este concilio restauró el uso de las imágenes en las iglesias, al mismo tiempo que estableció que no eran dignas de la adoración debida sólo a Dios (en griego, latría), sino de una adoración o veneración inferior (en griego, dulía)”. Estas pinturas fueron matando el verdadero carácter del culto cristiano, y llevando al pueblo a una nueva forma de paganismo. Las imágenes adquirieron gran valor ante los ojos de los adoradores, y pronto se llegó a confiar en ellas mismas y a crearlas milagrosas. La imaginación popular se encendía al oír los relatos de las maravillas que se les atribuían y la gente iba cada vez más depositando en ellas su confianza.

MAHOMA Y EL SURGIMIENTO DEL ISLAM

“Sera un hombre indómito como asno salvaje. Luchara contra todos, y todos lucharán contra él, y vivirá en conflicto con todos sus hermanos”.

Génesis 16:12 (NVI)

A principios del siglo VII parecía que Europa comenzaba a salir de la crisis que los barbaros habían provocado, todo apuntaba que el gobierno cristiano estaba estabilizándose ya que muchos se había cristianizado, pero de donde menos se esperaba, de tierras lejanas de palestina, comenzó a tomar fuerza una nueva amenaza que sacudiría a las naciones cristianas, las cuales amparándose en el Corán como su libro sagrado, decidieron emprender una serie de conquistas iniciando así la guerras santas. Bernardino Llorcanos dice en su Manual de Historia Eclesiástica: *“Al mismo tiempo que se efectuaba el cambio fundamental europeo y el cristianismo se afianzaba definitivamente en los nuevos pueblo germánicos, surgió en el Oriente un nuevo enemigo, que constituyo luego durante largos siglos el mayor peligro de la cristiandad. Este enemigo era el Islam, fundado en Arabia por Mahoma, que arrebató rápidamente al Asia, África y Europa naciones enteros donde el cristianismo se hallaba sólidamente establecido”.*

Mahoma.

Mahoma (569/570- 632) fue el profeta fundador de la religión islam. Su nombre completo en lengua árabe es **Abu l-Qāsim Muḥammad ibn ‘Abd Allāh al-Hāšimī al-Qurayšī**, el cual se translitera a nuestro idioma como Mahoma. Fue hijo de una familia prominente, su padre murió antes que él naciera y su madre murió cuando él tenía seis años, a partir de allí su crianza estuvo a cargo de tío. Lamentablemente una los negocio no fueron tan buenos y Mahoma termino como un humilde pastor. Con el tiempo se unió al comercio de las caravanas, y su éxito fue tal que la viuda rica Cadija lo puso al frente de sus negocios, y tiempo después, Cadija y Mahoma contrajeron matrimonio. Mientras vivió, Cadija fue el consejero y auxiliar más cercano con que contó Mahoma. En todo este tiempo Mahoma vivió como una personal común y corriente sin saber que su influencia cambiaría el mundo. Justo L. González nos dice cómo fue que la vida de Mahoma dio un giro inesperado: *“Alrededor del año 610, cuando contaba unos cuarenta años, comenzó la carrera religiosa del Profeta. Este había acostumbrado retirarse de vez en cuando a un lugar apartado, para orar y meditar. Por esa época, había tenido ya amplios contactos con el judaísmo y con el cristianismo, pues en Arabia había buen número de judíos, y había también cristianos de diversas sectas. Algunas de estas sectas habían perdido todo contacto con el resto de la iglesia siglos antes, y por tanto sus doctrinas habían evolucionado por caminos a veces extraños. En todo caso, según cuenta la leyenda musulmana, Mahoma se encontraba en una montaña cerca de Meca cuando se le apareció el ángel Gabriel y le ordenó que proclamara el mensaje del único Dios verdadero”.* Aunque con dificultades y duda, Mahoma pronto comenzó a proclamar el mensaje que había recibido del ángel al estilo de los profetas del Antiguo Testamento asegurando que su mensaje era una continuación de estos y de Jesús a quien no lo considero divino, pero si un profeta. Su mensaje de un único Dios choco con las religiones politeístas de Arabia, especialmente con los intereses de los líderes árabes de la Meca. Debido al conflicto que surgió, en el año 622, Mahoma se vio obligado a retirarse a un lugar aislado cercano a un oasis donde estaba una población que después recibió el nombre de Medina. Es a partir de esa fecha que los musulmanes cuentan los años. Fue allí donde por primera vez se estableció una comunidad mahometana, en la que el culto y la vida civil y política siguieron las normas trazadas por el Profeta. Con forme los años pasaba las luchas entre ambas facciones se dieron imponiéndose el Islam hasta controlar toda Arabia.

El Avance del Islam.

A la muerte de Mahoma el liderazgo de los musulmanes cayó en los califas (del árabe califat, que quiere decir “sucesor”). Fue a través de ellos que los árabes comenzaron a invadir nuevos territorios que en aquel entonces se encontraban bajo el dominio cristiano. Así las ciudades de Siria, Damasco, Cesarea, Gaza, todo el imperio Persa, Egipto, donde fundaron

el Cairo, la isla de Chipre, el norte de África, muchas partes de España y Francia, y hasta la misma Jerusalén llegaron a caer bajo su dominio. Justo L. González dice: *“Cien años mediaron entre la muerte de Mahoma y la batalla de Poitiers. Fueron cien años que cambiaron la faz del Mediterráneo, y tendrían profundas implicaciones para el futuro de la región y de la iglesia. Hasta entonces, a pesar de las invasiones de los bárbaros, el Mediterráneo había sido un lago romano. Es cierto que durante algún tiempo los vándalos dominaron la navegación en la región al oeste de Italia. Pero ese dominio fue breve, y en todo caso nunca llegó a interrumpir la navegación y el comercio entre Egipto y Siria, por una parte, y Constantinopla e Italia, por otra. Ahora los musulmanes se habían adueñado de toda la costa del Mediterráneo, desde Antioquía, junto al Asia Menor, hasta Narbona en el sur de Francia, y por tanto el comercio marítimo cristiano quedó limitado a la porción nordeste del Mediterráneo (los mares Egeo y Adriático), y el Mar Negro”*.

CARLOMAGNO

“Cuando Carlomagno fue coronado emperador por el Papa, casi toda la cristiandad occidental formaba parte de su imperio, fuera del cual quedaban sólo las Islas Británicas y los rincones de España hacia donde se habían replegado los cristianos tras las invasiones musulmanas”.

Justo L. González

Al morir Pepino, rey de Francia, en el año 768, sus dominios quedaron divididos entre sus dos hijos: Carlos y Carlomán. Dos años después falleció este último y Carlos fue proclamado único monarca del país. Hombre de grandes ideas, pensó en extender sus dominios y mejorar las tristes condiciones de sus súbditos. Sus guerras fueron contra los lombardos, los sajones y los árabes de España. Carlomagno se había casado con la hija del rey de los lombardos; pero como este matrimonio desagradó al papa, la repudió y se casó con otra y desde entonces sus relaciones con el ofendido suegro quedaron rotas. Animado por el papa, Carlomagno pasó los Alpes, y al frente de un poderoso ejército, penetró en Italia y llevó cautivo a Francia al rey de los lombardos, quedando así dueño de toda la Italia del Norte. Carlomagno aspiraba a restaurar el antiguo esplendor y grandeza del Imperio Romano, unificándolo sobre la base de la religión cristiana, a la manera que él y el papa la entendían. Para lograr este fin, uno de sus grandes afanes fue el de conquistar a los sajones de Alemania, haciéndolos entrar a formar parte de su reino, e imponiéndoles el bautismo como sello de la nueva religión. Tuvo que luchar con un pueblo guerrero y amante de la libertad, que constantemente se sublevaba no bien sus conquistadores estaban luchando en otra parte. Pero las armas de Carlomagno lograron por fin dominarlos y por la fuerza hacerles aceptar el cristianismo, obligándolos bajo pena de muerte a recibir el bautismo, a observar los ritos de la iglesia papal y a pagar a ésta los diezmos. Para conseguir esto tuvo que hacer derramar mucha sangre, y en una ocasión mandar asesinar a cuatro mil quinientos prisioneros sajones que no querían conformarse a sus designios, y expatriar a diez mil familias, quitándoles los bienes, parte de los cuales dio a la iglesia. Estos actos de imposición y crueldad demuestran cuan poco sabía de la esencia de la religión cristiana, este hombre a quien la iglesia de Roma ha canonizado, y cuan desastrosa es la cooperación del poder civil en la obra de propagar creencias religiosas. En las guerras que emprendió contra los árabes que dominaban en España, no tuvo éxito, viéndose obligado a retroceder ante la fuerza que oponían sus enemigos. Entró en Roma con el fin de liberar al Papa, que había sido hecho prisionero y que estaba encerrado en un convento, y el año 800, el día de Navidad, fue coronado en la basílica de San Pedro, y proclamado emperador de Occidente, estando comprendidos en sus dominios los territorios que actualmente forman Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, la mayor parte de Alemania, de Austria e Italia y porciones de Turquía y España.

Carlomagno no fue negligente en lo que se refiere al progreso y desarrollo de sus súbditos. Era gran admirador de las artes y de las letras, e hizo todo lo que estaba de su parte para lograr su desenvolvimiento. Fundó muchas escuelas, universidades y bibliotecas, se esforzó en dar al clero mayor grado de instrucción, se rodeó de los pocos sabios que había en sus días, y él mismo recibía lecciones. Su palacio era una verdadera academia. Su celo por el pontificado fue ciego y ninguno como él contribuyó a afianzarlo. Las donaciones de territorio hechas por Pepino a la sede de Roma, fueron aumentadas por él, con lo cual tomó incremento el poder temporal de los papas. Hizo obligatorio el pago de los diezmos a la Iglesia. Carlomagno murió en el año 814, en Aix-la-Chapelle, su habitual residencia, a la edad de setenta y dos años, después de haber reinado cuarenta y seis.

LAS CRUZADAS

“No a nosotros señor, no a nosotros, sino para la gloria de tu nombre (Non nobis Domine non nobis sed Nomini Tuo da gloriam)”.

Lema de la orden de los templarios

Otro de los movimientos históricos que resalta en la historia de la iglesia de la Edad Media fueron las cruzadas. Las Cruzadas fueron una serie de campañas militares impulsadas por el papa y llevadas a cabo por gran parte de la Europa latina cristiana, principalmente por la Francia de los Capetos y el Imperio Romano con el objetivo específico inicial de restablecer el control cristiano sobre Tierra Santa la cual se encontraba bajo el dominio del islam. Estas batallas se libraron durante un período de casi doscientos años, entre 1095 y 1291. El origen de la palabra cruzada se remonta a la cruz hecha de tela y usada como insignia en la ropa exterior de los que tomaron parte en esas iniciativas. Gregorio VII fue uno de los papas que más abiertamente apoyó la cruzada contra el islam en la península ibérica pero no fue hasta el papa Urbano II que esta práctica se impulsó hasta organizar la primera cruzada contra los musulmanes en 1095 d.C. Estas cruzadas de reconquista de Tierra Santa fueron bendecidas y, a menudo invocadas por el papado romano y motivado por una sensación de que era eminentemente religioso desalojar de la tierra donde nació, predicó y murió Jesucristo a la ocupación musulmana. Uno de los papas de este periodo llegó al colmo de afirmar que todos aquellos que participaran en las cruzadas serían perdonados sus pecados: *“Lo digo a los presentes. Ordeno que se les diga a los ausentes. Cristo lo manda. A todos los que allá vayan y pierdan la vida, ya sea en el camino o en el mar, ya en la lucha contra los paganos, se les concederá el perdón inmediato de sus pecados. Esto lo concedo a todos los que han de marchar, en virtud del gran don que Dios me ha dado”.* Sin embargo, en realidad las Cruzadas tenían motivos eminentemente políticos y económicos dentro de un mundo feudal de la Edad Media europea y bizantina, y como un fin práctico, la defensa de los cristianos en Tierra Santa contra los musulmanes. Sin embargo, no se puede decir que las primeras ocho cruzadas fueron un éxito. Jesse Lyman Hurlbut nos dice por qué: *“Las cruzadas fracasaron en libertar Tierra Santa del dominio de los musulmanes. Si miramos en retrospectiva ese período, pronto podremos ver las causas de su fracaso. Se notará un hecho en la historia de cada cruzada: los reyes y príncipes que conducían el movimiento estaban siempre en discordia. A cada jefe le preocupaba más sus propios intereses que la causa común. Todos se envidiaban entre sí y temían que el éxito pudiese promover la influencia o fama de su rival. En contra del esfuerzo dividido y a medias de las cruzadas estaba un pueblo unido, valiente. Una raza siempre intrépida en la guerra y bajo el dominio absoluto de un comandante, ya fuese califa o sultán. Una causa más grave del fracaso fue la falta de un estadista entre estos jefes. No poseían una visión amplia y trascendente. Todo lo que buscaban eran resultados inmediatos. No comprendían que para fundar y mantener un reino en Palestina, a mil millas de sus propios países, se requería una comunicación constante con la Europa Occidental, una fuerte base de provisión y refuerzo continuo”.*

Aunque los objetivos de las cruzadas de echar al Islam de toda Europa y recuperar Jerusalén habían fracasado, esta trajo grandes cambios al mundo de su tiempo. El comercio se fortaleció en gran manera ya que dio la apertura de nuevas rutas para el comercio mercantil entre Occidente y Oriente favoreciendo el surgimiento y auge de las ciudades mercantiles italianas del Mar Mediterráneo, como las ciudades de: Génova, Venecia, Florencia, Pisa, etc. Estas ciudades reemplazaron en el comercio mediterráneo al imperio Bizantino (imperio Romano de Oriente), que se encontraba envuelta en guerras con los musulmanes. Este auge comercial favoreció también el uso de dinero metálico, como el oro, entre pueblos del medio oriente y de occidente, como ejemplo de este auge comercial, las monedas de florencia *“el florin”* y de venecia *“el ducado”* fue de aceptación internacional. También el poder del papado fue decayendo en toda Europa fortaleciendo el poder del gobierno en Francia, Inglaterra, Portugal, Alemania, España, sin embargo esto no permitió que se crearan ordenes de caballeros destinados a defender a través de las armas los intereses de la Iglesia Católica como por ejemplo los templarios, los hospitalarios, Orden de los Caballeros Teutones, etc. Mientras que los reyes y príncipes que dirigían las cruzadas se dividían y peleaban entre ellos, los pueblos musulmanes que antes reñían entre si se unieron más bajo el mando de Saladino. En general, Europa se benefició de la cultura musulmana y bizantina, los cuales eran portadores de los conocimientos de la antigua Grecia, y el feudalismo se debilitó grandemente hasta ser desplazado por las comunidades burguesas que se dedicaron al comercio.

LA ANTORCHA DEL EVANGELIO EN MEDIO DE ESTAS TINIEBLAS

“Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron”.

1 Reyes 19:18

Aun en medio de todas estas tiniebla, donde la idolatría a los santos y supersticiones habían tomado el lugar de la Santa Escritura, donde el papado había contaminado todo con su terrible corrupción, donde el Islam y las cruzadas llenaban de sangre a toda Europa, la antorcha del verdadero evangelio no se apagó. Como se lo dijo Dios a Elías cuando pensaba que todo Israel había sucumbido a la idolatría de Baal y Asera, todavía en esta época el Señor reservó hombres que honraron su nombre: *Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron*. Veamos los más destacados de este periodo.

Claudio de Turín.

Nació en España y fue discípulo de Félix, el famoso obispo de Urgel, quien lo inició en el estudio del Nuevo Testamento y le enseñó a odiar la idolatría y superstición reinante, contra la cual luchaba Félix. De ambos lados de los Pirineos fue conocida la erudición de Claudio, lo mismo que su piedad ardiente, y algunos que deseaban ver cosas mejores en el cristianismo, influyeron para que se le nombrase obispo de Turín, sabiendo que era uno de los pocos hombres resueltos a poner un dique al horrible avance de la mentira que fomentaban las órdenes monásticas. Claudio rechazaba las tradiciones que no estaban de acuerdo con el evangelio, y entre otras cosas las oraciones por los muertos, el culto de la cruz y de las imágenes, y la invocación de los santos. *“Yo no establezco una nueva secta —escribía al abate Teodomiro— sino que predico la verdad pura, y tanto como me es posible, reprimo, combato y destruyo las sectas, los cismas, las supersticiones y las herejías; lo que nunca dejaré de hacer con la ayuda de Dios. Constreñido a aceptar el episcopado, he venido a Turín donde encontré las iglesias llenas de abominaciones e imágenes, y porque empecé a destruir lo que todo el mundo adoraba, todo el mundo se ha puesto a hablar en mi contra. Dicen: no creemos que haya algo de divino en la imagen que adoramos, no la reverenciamos sino en honor de aquella persona que representa, y contesto: si los que han abandonado el culto de los demonios honran las imágenes de los santos, no han dejado los ídolos, sólo han cambiado los nombres. Si hubiese que adorar a los hombres, sería mejor adorarlos vivos, mientras son la imagen de Dios, y no después de muertos cuando se parecen a piedras; y si no es lícito adorar las obras de Dios, menos se deben adorar las de los hombres”.*

Combatiendo la adoración de la cruz, dicen en otro lugar: *“Si tenemos que adorar la cruz porque Jesucristo estuvo clavado en ella, debemos adorar muchas otras cosas. Que adoren los pesebres, porque Jesucristo al nacer fue puesto en un pesebre; que adoren los pañales, porque Jesucristo fue envuelto en pañales; que adoren los barcos, porque Jesucristo enseñaba desde un barco”.* Las peregrinaciones a Roma y la confianza de la gente en la protección papal levantaban las vivas protestas de Claudio, como puede verse en este párrafo: *“Volved a la razón, miserables transgresores; ¿por qué os habéis dado vuelta de la verdad? ¿Por qué crucificáis de nuevo al hijo de Dios, exponiéndolo a la ignominia? ¿Por qué perdéis las almas haciéndolas compañeras de los demonios al alejarlas del Creador, por el horrible sacrilegio de vuestras imágenes y representaciones, precipitándolas en una eterna condenación? Sé bien que entienden mal este pasaje del Evangelio: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y yo te daré las llaves del reino de los cielos”. Es apoyándose locamente sobre esta palabra que una multitud ignorante, estúpida y destituida de toda inteligencia espiritual, acude a Roma con la esperanza de obtener la vida eterna. Ciegos, volved a la luz, volved a Aquel que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; vosotros aunque seáis numerosos, estáis caminando en las tinieblas, y no sabéis a donde vais, porque las tinieblas han segado vuestros ojos. Si tenemos que creer a Dios cuando promete, mucho más cuando jura y dice: Si Noé, Daniel y Job, estuviesen en este país, no salvarían ni hijo ni hija; pero ellos por su justicia salvarían sus almas, es decir, si los santos que invocáis, fuesen tan santos y justos como Noé, Daniel y Job, ni aun así salvarían hijo ni hija. Y Dios así lo declara, para que nadie ponga su confianza en los méritos o intercesiones de los santos. ¿Comprendéis esto, pueblo sin inteligencia? ¿Seréis sabios una vez, vosotros que corréis a Roma buscando la intercesión de un apóstol?”.*

La actividad literaria de Claudio fue grande. En el año 814 publicó tres libros comentando el Génesis; en 815, cuatro sobre el Éxodo; y en 828, sus explicaciones sobre el Levítico. Publicó también comentarios sobre las Epístolas de San Pablo. Estos escritos, junto con sus discursos y sus visitas pastorales, contribuyeron, sin duda, a mantener intacto el sistema de doctrina evangélica en los valles del Piamonte. Claudio murió en Turín en el año 839, sin ser excomulgado ni destituido de su

puesto, gracias a la protección del emperador. *“Las doctrinas evangélicas de Claudio —dice Moisés Droin— no desaparecieron con él; la herencia fue recogida por humildes discípulos de la Palabra de Dios, y particularmente por los valdenses, los cataros y los pobres de Lyon, que se esparcieron en las diferentes provincias de la península española”.*

Los paulicianos.

En medio de la corrupción que caracterizó a este período no faltaron testigos de la verdad, que mantuvieron con relativa pureza las doctrinas y costumbres del Nuevo Testamento. La antorcha del evangelio no fue nunca completamente extinguida y entre los que la hicieron brillar en estos días verdaderamente tenebrosos, merecen ser mencionados los paulicianos. Las iglesias sometidas a Roma, tuvieron que escuchar la viva protesta por ellos levantada y el testimonio fiel que supieron dar con su palabra y su vida, en medio de incesantes y crueles persecuciones, fue un sonido confortante que se dejó oír, durante dos siglos, en todos los países cristianizados del Oriente. El movimiento tuvo su origen en un pequeño pueblo cercano a Somosata, a mediados del siglo VII. Un hombre llamado Constantino, dio un día hospitalidad a cierto cristiano que había logrado escaparse de las manos de los musulmanes. Al partir, en señal de gratitud, regaló a su buen hospedador, un ejemplar del Nuevo Testamento, escrito en su lengua original. Constantino, aunque hombre muy instruido y estudioso, nunca había escudriñado debidamente este libro, cuya lectura, se decía, era sólo para los eclesiásticos. Se puso a leerlo con verdadero interés, y su lectura le era cada vez más atractiva. *“Investigaba el credo de la cristiandad primitiva —dice Gibbon— y cualquiera que haya sido el resultado, un lector protestante aplaudirá el espíritu de investigación”.* Tomó un interés especial en las Epístolas de San Pablo y el contraste que señala el apóstol entre la ley y la gracia y la carne y el espíritu, fueron la base de un sistema de Teología que empezó a formarse en su mente. Constantino no quiso poner la luz debajo del almud, sino que lo que él iba aprendiendo, lo comunicaba luego a otros. Se puso a viajar, enseñando por todos los lugares y pronto se vio rodeado de un crecido número de adherentes, que al convertirse y bautizarse, se constituían en iglesias.

El nombre de paulicianos les fue dado probablemente, a causa del alto aprecio que hacían de los escritos de Pablo y de su constante esfuerzo por imitar a las iglesias fundadas por este apóstol. Los pastores asumían el nombre de alguno de los colaboradores de Pablo, y así Constantino se llamó Silvano, otros tomaron el nombre de Timoteo, Tito, Epafrodito, etcétera. Es difícil decir cuáles eran las creencias de estas agrupaciones, debido a que casi todo lo que sus contemporáneos han dicho de ellos, fue escrito por sus peores enemigos, directamente interesados en desacreditarlos. Los que les atribuyen ideas maniqueas han caído en un error evidente. El descubrimiento reciente de un importante manuscrito titulado La Llave de la Verdad hallado y traducido por el sabio F. C. Conybeare (1898) ha venido a arrojar mucha luz sobre las doctrinas predicadas por Constantino y sus hermanos espirituales, de donde resulta que aceptaba el Nuevo Testamento como única regla de fe, aun cuando en materia de interpretación, sin duda, no podrían satisfacer las exigencias de los cristianos de nuestros días. Rechazaban el bautismo infantil, la perpetua virginidad de María, el culto de las imágenes, la invocación de los santos y muchas prácticas que habían triunfado en aquel entonces. En el gobierno de sus iglesias rechazaban todas las pretensiones clericales y sus pastores y evangelistas eran simples miembros del rebaño a quienes Dios había dado los dones necesarios para desempeñar la obra. El historiador Gibbon, dice acerca de ellos: *“Los maestros paulicianos se distinguían sólo por sus nombres bíblicos, por su título modesto de compañeros de peregrinación, por la austeridad de su vida, por el celo, saber y reconocimiento de algún don extraordinario del Espíritu Santo. Pero eran incapaces de desear, o por lo menos de obtener, las riquezas y honores del clero católico. Combatían fuertemente el espíritu anticristiano”.* El crecimiento de los paulicianos alarmó a los partidarios de la religión oficial y el emperador Constantino Pogonato mandó tomar enérgicas medidas contra ellos. Las escenas de crueldad que fueron vistas durante las persecuciones paganas, se repitieron bajo un gobierno que pretendía haber abrazado el cristianismo. El fanático Pedro Siculo aprueba estos actos y alababa a los perseguidores diciendo: *“A sus hechos excelentes, los emperadores divinos y ortodoxos añadieron la virtud de mandar que fuesen castigados con la muerte, y que donde quiera que se hallasen sus libros, fuesen arrojados a las llamas, y que si alguna persona los escondía, fuese muerta y sus bienes confiscados”.* Un oficial del estado llamado Simeón, fue encargado de suprimir la llamada herejía. Dirigió sus ataques contra el director prominente del movimiento que era Constantino. Lo colocó frente a una larga línea de sus hermanos en Cristo, y ordenó a éstos que como señal de arrepentimiento y sumisión a la ortodoxia arrojasen piedras sobre él. Todos rehusaron cometer semejante acción, menos uno llamado Justo, quien mató al fiel pastor cuya palabra había escuchado tantas veces y este mismo traidor contribuyó a que otros pastores cayesen en poder de los perseguidores y que sufriesen la tortura y la muerte. Pero el fervor demostrado por los paulicianos impresionó de tal modo al perseguidor Simeón, que renunciando a su sanguinaria misión y, como un nuevo Pablo, se convirtió a la causa que perseguía y se unió a ellos para continuar la obra que había hecho Constantino. No tardó en tener que morir él también por el nombre del Señor. Durante ciento cincuenta años, estas iglesias no cesaron de ser perseguidas y de sufrir toda clase de ultrajes y vejaciones. No existen

relatos fidedignos sobre la manera como morían estas nobles víctimas de la intolerancia. Su vida era tan ejemplar que sus mismos enemigos se ven forzados a reconocerlos como modelos de virtud cristiana.

Disfrutaron, de tiempo en tiempo, de algunos cortos períodos de relativa paz, que fueron bien aprovechados en edificar las iglesias desoladas y extender el conocimiento de la verdad entre los que vivían sumergidos en la superstición e idolatría. Pero bajo la emperatriz Teodora, a principios del siglo noveno, la persecución recrudesció. Esta mandó emisarios por todas las partes del Asia Menor, con órdenes terminantes de suprimir el movimiento y los mismos ortodoxos se jactan de haber hecho morir a cien mil paulicianos por medio de la espada y del fuego.

Los valdenses y albigenses.

Durante la Edad Media, y especialmente en los siglos XII y XIII, hallamos un importante movimiento evangélico que se extiende por Francia, Italia, España y otros países de Europa. Lo componían numerosas comunidades de cristianos que, separándose de la iglesia papal, se esforzaban por restaurar el cristianismo puramente evangélico, y luchaban heroicamente por la fe que fue dada una vez a los santos. Eran generalmente conocidos bajo la denominación de valdenses y albigenses, y a éstos hay que saber distinguir de las sectas que profesaban las doctrinas de los maniqueos, y que por lo tanto no pueden ser clasificadas entre los elementos que representaban el simple y primitivo cristianismo. Muchos historiadores, de quienes tendríamos motivos de esperar mayor exactitud, no han sabido hacer diferencia entre sectas y sectas, y hacen aparecer a los valdenses y albigenses profesando creencias que nunca profesaron. El origen de este movimiento está bastante envuelto en el misterio que rodea a todos los problemas históricos de aquella época. No ha faltado quien ha creído que los valdenses remontaban a los tiempos apostólicos, pero esta teoría es hoy desechada por falta de documentos en qué apoyarla. Se ha preguntado dónde nació el movimiento, y quién fue el originador del mismo. Los estudios serios que han ocupado la actividad indagadora de buenos escritores llevan a la conclusión de que el movimiento no tuvo origen en un solo país ni es fruto de los trabajos de un solo hombre. Así como la Reforma, en el siglo XVI, se levantó simultáneamente en Francia, Alemania, Suiza, etc.; y tuvo por instrumentos a Farel, Lutero, Zwinglio, etc., obrando independientemente unos de otros, bajo el impulso del mismo deseo de Reforma, así también el movimiento valdense nació simultáneamente en varios países, bajo la acción de diferentes hombres. Entre éstos figuran principalmente Pedro de Bruys, en Tolosa, en el año 1109; Enrique de Quny, en Mans, en el año 1116; Amoldo de Brescia, en Italia, en el año 1135; y Pedro Valdo, en Lyon, en el año 1173. En espíritu, el movimiento era el mismo en todas partes, y cuando sus adherentes, huyendo de la persecución, llegaban a otro país, encontraban hermanos que los recibían con los brazos abiertos.

El nombre de valdense aparece por primera vez —sostiene el historiador valdense Gay— en el año 1180, en el informe sobre una discusión que tuvo lugar en Narbona, escrito por Bernardo de Fontcaud, titulado *Contra Vallenses et Árlanos*. La forma primitiva de este nombre, "vallenses", excluye la idea de que pueda derivar de Pedro Valdo, y hace más bien suponer que su inventor lo haya hecho derivar de Vallis, nombre latino de Lavaur, fortaleza de los evangélicos en aquel tiempo, de donde habían venido a Narbona, los que tomaron parte en la discusión. Gay, sin embargo, se inclina a creer que si el nombre vällense, se convirtió en valúense, fue debido no sólo a la evolución fonética, sino como un homenaje a Pedro Valdo, el personaje más importante de la comunidad. Procuremos ahora bosquejar la vida y trabajos de los hombres más sobresalientes del inmenso movimiento.

PEDRO DE BRUYS. A fines del siglo XI y a principios del XII, aparece este intrépido y vehemente misionero, que dirigía a los que se unían bajo el estandarte del evangelio para protestar y luchar contra los errores del papismo. Era cura en una pequeña parroquia de los Alpes, en Francia, y de ahí se dirigió a otras parroquias, aldeas y ciudades predicando en forma tal, que llenaba de asombro a todos los que le oían. Rechazaba la autoridad de la iglesia y de los padres, no reconociendo como obligatorias más doctrinas y costumbres que las que podían demostrarse con la Biblia. Se oponía con energía al bautismo de los párvulos, sosteniendo que no era bautismo lo que se recibía antes de tener la fe personal que sólo puede darle significación, y por consiguiente aquellas personas que se unían al movimiento que representaba, eran bautizadas sin tener en cuenta si habían recibido el bautismo en la niñez. Dice Neander: *"Los seguidores de Pedro de Bruys, rehusaban ser llamados anabaptistas, un nombre que les era dado por la razón mencionada: porque el único bautismo, decían, que podían mirar como verdadero, era un bautismo unido al conocimiento y a la fe"*. Atacaba la misa y la transustanciación, sosteniendo que el sacrificio de Cristo no puede repetirse, y que esta doctrina tiene por objeto mantener el predominio sacerdotal sobre el pueblo. *"No creáis —decía— a esos falsos guías, obispos y sacerdotes; porque os engañan, como en otras cosas también, en el servicio del altar, cuando falsamente pretenden que hacen el cuerpo de Cristo y lo presentan a vosotros para la salvación de vuestras almas"*. Luchaba contra toda forma de idolatría, y mayormente contra la adoración de la cruz, a la que llamaba leño maldito instrumento del suplicio del Hijo de Dios, que se debe destruir en todas partes donde uno lo vea. En su oposición a esta forma exterior de manifestar los sentimientos religiosos, los petrobrusianos llegaban a extremos que en nada

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

favorecían la buena causa que defendían. Los que veían el desprecio que hacían de la cruz, no siempre tenían preparación suficiente para comprender que aquel acto no implicaba el rechazo de la obra redentora del Calvario. Un viernes santo juntaron todas las cruces que pudieron hallar, y las quemaron delante de una multitud. Con seguridad que esta protesta contra la superstición de que era objeto la cruz, no pudo ser entendida por los que presenciaron el acto, y sus autores habrán sido tenidos por sacrílegos detestables.

Pedía la demolición de todos los edificios dedicados al culto público. Conviene recordar que los templos levantados por el romanismo en esta época de grosera superstición, eran tenidos no como simples edificios construidos para la comodidad de congregarse, sino como santuarios, a los que se acudía en busca de gracias que se suponía no podían hallarse en otra parte. Pedro de Bruys enseñaba que las bendiciones divinas no están ligadas a un determinado lugar de cultos, que la oración sincera es tan eficaz en un taller o en un mercado como en un templo, y que es tan agradable a Dios si sube desde un altar como de un pesebre. Al atacar la magnificencia de los templos atacaba también la pompa de las ceremonias, el canto en lengua desconocida y la música teatral. Enseñaba que la Iglesia debe componerse de personas regeneradas que puedan vivir de acuerdo con la profesión de fe que hacen. No reconocía como iglesias a esas agrupaciones de personas que llevan el nombre de Cristo pero que no conocen la eficacia de una vida pura y santa. Nadie debe pretender ser miembro de una iglesia a menos de ser un verdadero creyente que vive piadosamente y testifica con su conducta en favor del poder regenerador del evangelio. Por no encontrarlo en el Nuevo Testamento, combatía el culto a los muertos, lo mismo que las oraciones, ayunos y ofrendas por los mismos, sosteniendo que todo depende de la conducta del hombre durante su vida; esto es lo que decide sobre su destino futuro. Nada que se haga por él después de su muerte puede serle de beneficio. Las doctrinas de Pedro de Bruys, a la base de las cuales estaba el evangelio y el rechazo de toda tradición humana, han sido resumidos en estos cinco puntos:

1. El bautismo administrado solamente a los adultos creyentes. Bautizaba a los católicos cuando se convertían.
2. Acerca de la eucaristía negaba absolutamente que el sacerdote o cualquier otra persona pudiese cambiar la hostia en cuerpo de Cristo.
3. Los sufragios, oraciones, limosnas, etc., por los muertos, los rechazaba como de ningún valor.
4. Era contrario a la erección de templos, diciendo que la Iglesia se componía de "piedras vivas", es decir de fieles que procuran hacer la voluntad de Dios.
5. La cruz, instrumento de tortura, en la que Cristo murió, no debe ser adorada, ni venerada, sino detestada, rota y quemada.

Durante veinte años, este infatigable soldado de la verdad, no cesó de predicar viajando por todas partes de la Francia Meridional. Un día llegó a San Giles, cerca de Nimes, asiento de un rico convento de frailes. Sin temor a las consecuencias se puso a reunir cruces y con ellas levantó una hoguera. La multitud enfurecida se apoderó de él y lo hizo morir, siendo quemado vivo, probablemente en el año 1124. Así terminó gloriosamente su carrera terrenal, este hombre que no supo lo que era temor, y quien en días de espantosas tinieblas y tempestades mantuvo encendido el faro del evangelio para conducir las almas al puerto de segura salvación.

ENRIQUE DE CLUNY O ENRIQUE DE LAUSANA. Se cree que este apóstol evangélico de la Edad Media era oriundo de Italia, probablemente de los valles del Piamonte. Se le conoce en la historia bajo el nombre de Enrique de Lausana, por haber principiado su obra en esta ciudad de la Suiza, en el año 1116, y también es llamado Enrique de Cluny, porque fue monje de esta ciudad. La vida monacal que abrazó en su juventud no tardó en llenarle de disgusto, al ver el enorme contraste que ofrecía con la actividad apostólica, y no pudiendo conformarse a la inactividad corruptora, arrojó de sí su manto de benedictino para consagrarse a la obra misionera, yendo de ciudad en ciudad para sembrar la palabra de la verdad evangélica. Los datos que poseemos acerca de su persona y obra, lo hallamos en los escritos de sus adversarios, de modo que es difícil formarse una idea correcta de su carácter; pero bastan para saber que era uno de aquellos hombres que guiados por la lectura del Nuevo Testamento, procuraban predicar las doctrinas del cristianismo primitivo, atacando con energía las creencias y ceremonias del papismo. Dice Neander: *“Derivó su conocimiento de las verdades de la fe, del Nuevo Testamento más que de los escritos de los padres y teólogos de su tiempo. El ideal de los trabajos apostólicos lo estimulaba, y se esforzaba por imitarlos. Su corazón estaba inflamado de un vivo celo de amor que lo interesaba en las necesidades religiosas del pueblo, que se encontraba completamente descuidado o extraviado por un clero nada digno”*. Era hombre modestísimo y piadoso, a tal punto que sus mismos enemigos se veían obligados a reconocerlo así, temían más a la influencia de su vida santa que a las doctrinas que predicaba. Durante unos diez años recorrió varias provincias predicando con éxito extraordinario. En todas partes acudían multitudes a escucharle, no sólo por oír su elocuencia ardiente, sino para recibir luz y consuelo espiritual. Predicaba abiertamente contra la depravación del clero y también contra las costumbres licenciosas del pueblo, sin tener en cuenta a ninguna clase de la sociedad. Sus auditorios estaban compuestos de hombres y mujeres de todas

las condiciones, y era tal el poder espiritual que acompañaba a sus sermones llamando a la gente al arrepentimiento que en todas partes muchos resolvían dar las espaldas al mundo corrompido para empezar una vida nueva de acuerdo con los sanos preceptos del evangelio. Acompañado de dos predicadores italianos, caminaba descalzo en todas las estaciones del año, llevando un bastón en forma de cruz. Llegó a Mans y consiguió que el obispo Hildetaert le permitiese predicar en los templos. Sus sermones produjeron una impresión profunda. Las multitudes acudían a escucharle. El clero se sintió ofendido ante los dardos que lanzaba Enrique, y el mismo obispo que lo había recibido afablemente se le puso en contra. Empezaron a desacreditarlo ante el pueblo, diciendo que era un lobo vestido de oveja, y que bajo el manto de santidad ocultaba una refinada hipocresía. Pero Enrique les respondía con argumentos más eficaces, apelando siempre a la Palabra de Dios para demostrar la necesidad de reformar las doctrinas y costumbres de los cristianos.

Cuando se le prohibió predicar, el pueblo mostró su profundo disgusto, diciendo que nunca habían oído a un predicador que como él pudiese mover los más duros corazones y despertar las conciencias adormecidas. Pero nada pudo hacer cambiar la resolución del obispo, y Enrique tuvo que salir de la ciudad. Aparece entonces en Poitiers, Perigueux, Burdeos y Tolosa. Su separación de Roma era cada vez más pronunciada, y la persecución que se levanta contra su obra y persona le convence de que toda comunión de la luz con las tinieblas es imposible. Expuso sus ideas en un escrito que tuvo una extensa circulación, pero que no ha llegado hasta nosotros. Los que se adherían a él ya no podían quedar confundidos con la multitud inconversa. El bautismo de los nuevos convertidos demuestra que no quedaba ningún vínculo que los uniese al romanismo. La gente los llamaba apostólicos. Sus misioneros salían a recorrer las provincias más lejanas, sin poseer nada, y viviendo de las ofrendas de las personas que simpatizaban con el movimiento. El éxito de Enrique en el sur de Francia, alarmó al alto clero, y lo hicieron encarcelar. Llevado por el arzobispo de Arles al Concilio de Pisa, en el año 1134, fue condenado como hereje, y encerrado en un convento. No se sabe cómo, pero consiguió escaparse. Reaparece en el sur de Francia y se pone de nuevo al frente de la obra, sin amedrentarse de los adversarios. Durante diez años predica y trabaja activamente en Tolosa, Albí y otros pueblos vecinos, donde el favor de algunos pudientes que simpatizaban con la causa le libra de caer en manos de sus enemigos. Alfonso, conde de Tolosa, le miraba como a un santo, y tenía en él mucha confianza, y la relativa libertad de que gozaban las iglesias fundadas por Enrique, hizo que aumentasen considerablemente en número, habiendo entre los convertidos muchos curas y personas de influencia social.

El papa mandó a Albí un legado para interesar a los príncipes en una campaña inquisitorial contra el movimiento evangélico. Se dice que el pueblo salió a recibirlo con una procesión de asnos. Cuando se supo en Roma la manera cómo el legado había sido recibido, y no pudiendo el papa contar con el apoyo del brazo secular, apeló al gran santo de la época, Bernardo de Claraval. Cuando éste llegó a Albí entró a conferenciar con los principales hombres del movimiento. No tenemos más datos sobre las discusiones que tuvieron lugar, sino los mismos que escribieron los romanistas, pero a pesar de todo, es fácil ver que los argumentos rebuscados de las doctrinas humanas, se despedazaban al chocar con la sólida roca de las doctrinas de la Palabra de Dios. Bernardo no hacía sino lamentar el fracaso de sus inútiles tentativas. *“¡Cuánto mal ha hecho —decía— y hace todos los días, a la Iglesia de Dios, como lo hemos sabido y visto nosotros mismos, el hereje Enrique! Los templos están vacíos, el pueblo sin sacerdotes, los sacerdotes sin honra y los cristianos sin Cristo. Las iglesias son reputadas sinagogas; se niega que el santuario de Dios sea santo; los sacramentos no son más tenidos como sagrados, los días de fiesta privados de toda solemnidad; los hombres mueren en sus pecados y las almas son llevadas, una tras otra, ante el tribunal sin estar reconciliadas por medio de la penitencia, ni munidas de la santa comunión. Se niega la vida a los niños al negárseles la gracia del bautismo”*. Bernardo se dirigió al conde de Tolosa anunciando que se dirigía a sus dominios para atacar a Enrique, a quien lo llenaba de nombres insultantes: *“Parto para el país donde este monstruo hace estragos y donde nadie le resiste. Porque aun cuando su impiedad es conocida en la mayor parte de las ciudades del reino, encuentra a vuestro lado un asilo, donde sin temor, y bajo vuestra protección, destruye el rebaño de Cristo”*.

Cuando Bernardo vio que sus argumentos y amenazas no lograban convertir a nadie, procuró ganar algo por medio de la fuerza. Enrique fue arrestado, y en el año 1148 condenado por el Concilio de Reinas a prisión perpetua, porque el arzobispo se negaba a dar su consentimiento para que fuese condenado a muerte. No se sabe cuánto tiempo permaneció encarcelado, pero como no se oye más acerca de él, se cree que terminó sus días, como prisionero de Cristo Jesús, en las tenebrosidades de alguna cárcel subterránea.

PEDRO VALDO. Un joven negociante llamado Pedro, nativo de una localidad llamada Valde, se estableció en Lyon, Francia, por el año 1152. Entregado por completo a las especulaciones comerciales, vio prosperar sus negocios, a tal punto que al cabo de los años era uno de los grandes ricachos de la comercial ciudad. Era casado, tenía dos hijas, y las atenciones domésticas y comerciales ocupaban todo su tiempo. En el año 1160, un amigo íntimo, con quien estaba conversando, cayó muerto repentinamente, y este incidente produjo en él una impresión tal, que desde aquel momento, dejando a un lado sus febriles ocupaciones comerciales, se puso a pensar seriamente en su salvación. El conocimiento

limitado que tenía de las cosas religiosas no lograba darle aquella paz y seguridad que satisfacen el alma ansiosa. Sus anhelos se hacían cada vez más intensos, y en busca de luz fue a uno de los sacerdotes de la ciudad, preguntándole cuál era el camino seguro para llegar al cielo. El sacerdote le respondió que había muchos caminos, pero que el más seguro era el de poner en práctica las palabras del Señor al joven rico cuando le dijo: *“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo”*. Se cree que el cura le contestó así con algo de ironía, sabiendo que Valdo era hombre de gran fortuna, pero seguramente no esperaba que esas palabras iban a encontrar tanto eco en el corazón del rico negociante. Valdo creyó oír un mandamiento de Dios dirigido a él personalmente, y resolvió deshacerse de sus bienes terrenales empleándolos para aliviar las necesidades de los pobres. Hizo esto no bajo el impulso de un falso entusiasmo, sino deliberadamente, con calma y con buen acierto, para que el sacrificio que se imponía fuese realmente útil a sus semejantes. Dio a su esposa e hijas lo que necesitaban, y el resto, parte fue distribuyendo entre los más necesitados de la ciudad, y parte destinaba a emplear personas que hiciesen traducciones y copias de las Sagradas Escrituras. Encargó a dos eclesiásticos que vertiesen el Nuevo Testamento del latín a la lengua vulgar. Uno de ellos fue Esteban de Ansa, hombre muy versado en las cuestiones filológicas, y otro Bernardo Ydros, hábil escribiente que trasladaba al pergamino lo que su compañero le dictaba. Valdo se puso a leer con gran interés estos maravillosos escritos que eran agua viva para su alma sedienta, y pan para su corazón hambriento. Esta lectura le confirmaba más y más en la noble resolución que había tomado. Quería imitar a los apóstoles, y vivir no más consagrado a los negocios de esta vida pasajera, sino para ser rico en aquellas riquezas que no se corrompen y que los ladrones no hurtan.

No quiso tampoco poner la luz debajo del almud, sino que mandó hacer muchas copias del evangelio para que su lectura fuese causa de bendiciones a otros. El número de personas que tomaban interés en esta lectura era cada vez mayor, y sin pensar en separarse de la Iglesia de Roma, se reunían para leer juntos y celebrar cultos espirituales. Se apoderó de ellos un fuerte espíritu de propaganda y toda la ciudad y sus alrededores se llenaron del conocimiento del evangelio. Sin buscarlo, vino inevitable el choque con la iglesia papal, dentro de cuyo seno aún permanecían Valdo y sus adeptos. El contraste entre el cristianismo del Nuevo Testamento y el de la iglesia papal, era demasiado pronunciado para que fuera posible un acuerdo. El clero empezó a mirar con recelo a estos hombres humildes que de dos en dos, descalzos y pobremente vestidos iban por todas partes predicando la palabra. El arzobispo Guichard concluyó por citarlos, y creyendo que de un solo golpe podía sofocar el movimiento, les prohibió predicar. Valdo entonces apeló al papa, esperando, como más tarde Lutero, que la justicia de su causa sería reconocida. En Roma compareció junto con uno de sus colaboradores ante el concilio de Letrán, en marzo de 1179. El papa Alejandro III los trató amablemente y se interesó en la obra que hacían, tal vez abrigando el pensamiento de que los pobres de Lyon, como los llamaban, podrían permanecer dentro del seno de la Iglesia y quedar convertidos en algo parecido a una orden monástica. Pero los padres que componían el concilio les fueron hostiles y rehusaron acordarles la autorización de predicar. Gualterio Mapes, un fraile franciscano inglés, que se hallaba presente, escribió un relato acerca de la petición de estos valdenses: *“No tienen —dice— residencia fija. Andan por todas partes descalzos, de dos en dos, vestidos con ropa de lana, no poseen bienes; pero como los apóstoles, tienen todas las cosas en común; siguiendo a aquel que no tuvo dónde reclinar la cabeza”*. El concilio nombró una comisión para que examinase el caso. El franciscano mencionado era miembro de esta comisión. Dice que procuró saber cuáles eran sus conocimientos y su ortodoxia, y los halló sumamente ignorantes, y halló extraño que el concilio les prestase atención. Pero el hecho es que en lugar de examinar a los valdenses sobre la Palabra de Dios y las doctrinas vitales del cristianismo, los examinadores les hicieron una serie de preguntas escolásticas sobre el uso de ciertos términos y frases del lenguaje eclesiástico, conduciéndolos por las sendas intrincadas de las especulaciones trinitarias. Los valdenses, felizmente, nunca habían aprendido estas cosas inútiles, y de ahí la comisión resolvió expedirse aconsejando que se les prohibiese predicar. Vueltos a Lyon, los hermanos tuvieron que resolver qué actitud asumirían, y hallando que es menester obedecer antes a Dios que a los hombres, resolvieron seguir predicando aún a despecho de las prohibiciones del arzobispo y del papa. Convencidos de que nada podían esperar de este mundo, resolvieron romper definitivamente los vínculos que aun los ligaban al romanismo, y empezaron aún bajo la persecución, a sentir los beneficios de la libertad cristiana. En el año 1181 fue lanzada contra ellos la definitiva excomunión papal, pero durante algunos años pudieron eludir sus consecuencias, gracias a las poderosas amistades que tenían en la ciudad, donde Valdo era generalmente estimado. Pero después de la promulgación del Canon del Concilio de Verona, en el año 1184, que condenaba a los pobres de Lyon, se vieron en la necesidad de salir de la ciudad y esparcirse por toda Europa, lo que hacían sembrando la simiente santa del evangelio por todas partes, como en siglos anteriores lo había hecho la Iglesia de Jerusalén al ser perseguida por Herodes. Pedro Valdo, huyendo de la intolerancia y del despotismo clerical llegó hasta Bohemia, donde terminó sus días en el año 1217, después de cincuenta y siete años de servicios al Señor.

EXTENSIÓN DEL MOVIMIENTO VALDENSE. *“Uno se formaría una idea muy errónea —dice Gay— de la importancia de la separación valdense del siglo XII, si se la redujese a las dimensiones de una secta oscura trabajando en una esfera limitada. ¡No! Fue más bien un poderoso movimiento que se extendió rápidamente y arrancó al papado centenares de miles de fieles en toda la Europa. Es así como se explican los temores del papado y las medidas extremas de*

represión que inventó para defenderse". Los valdenses, animados de un santo celo misionero llegaron a España y se establecieron especialmente en las provincias del Norte. El hecho de que dos concilios y tres reyes se hayan ocupado de expulsarlos, demuestra que su número tenía que ser considerable. El clero era impotente para detener el avance, y alarmado, pidió al papa Celestino III que tomase medidas en contra del movimiento. El papa entonces mandó un legado, en el año 1194, quien convocó una asamblea de prelados y nobles, la cual se reunió en Lérida, asistiendo personalmente el mismo rey Alfonso II. Allí se confirmaron los decretos papales contra los herejes, y se promulgó otro nuevo concebido en estos términos: *"Ordenamos a todo valdense que, en vista de que están excomulgados de la santa iglesia, enemigos declarados de este reino, tienen que abandonarlo, e igualmente a los demás estados de nuestros dominios. En virtud de esta orden, cualquiera que desde hoy se permita recibir en su casa a los susodichos valdenses, asistir a sus perniciosos discursos, proporcionarles alimentos, atraerá por esto la indignación de Dios todopoderoso y la nuestra; sus bienes serán confiscados sin apelación, y será castigado como culpable del delito de perjudicada majestad... Además cualquier noble o plebeyo que encuentre dentro de nuestros estados a uno de estos miserables, sepa que si los ultraja, los maltrata y los persigue, no hará con esto nada que no nos sea agradable*". Este terrible decreto fue renovado tres años después en el Concilio de Gerona, por Pedro II, quien lo hizo firmar por todos los gobernadores y jueces del reino. Desde entonces la persecución se hizo sentir con violencia, y en una sola ejecución, 114 valdenses fueron quemados vivos. Muchos, sin embargo, lograron esconderse y seguir secretamente la obra de Dios en el reino de León, en Vizcaya, y en Cataluña. Eran muy estimados por el pueblo a causa de la vida y costumbres austeras que llevaban, y hasta se menciona al obispo de Huesca, uno de los más notables prelados de Aragón, como protector decidido de los perseguidos valdenses. Pero Roma no descansaba en su funesta obra de hacer guerra a los santos, y la persecución se renovaba constantemente, llegando a su más alto desarrollo allá por el año 1237, en el vizcondado de Cerdeña y Castellón, y en el distrito de Urgel. Cuarenta y cinco de estos humildes siervos de la Palabra de Dios fueron arrestados, y quince de ellos quemados vivos en la hoguera. El odio llegó a tal punto, que hicieron quemar en la hoguera los cadáveres de muchos sospechosos de herejía, que habían fallecido en años anteriores, entre los que figuraban Amoldo, vizconde de Castellón y Ernestina, condesa de Foix.

En Francia el movimiento era extenso y fuerte. En Tolosa, Beziers, Castres, Lavaur, Narbona y otras ciudades del mediodía, tanto los nobles como los plebeyos, eran en su mayoría valdenses o albigenses. El papa Inocencio III alarmado, empleó toda clase de medidas para sofocarlos y detener su avance por Europa. Los emisarios papales nada podían conseguir ni con sus discusiones ni con sus amenazas. El mismo "santo" Domingo fue encargado por el papa de suprimir la herejía, y la falta de éxito les llevó a proclamar la cruzada de la que hablamos en esta sección. En el Delfinado se establecieron los valdenses al ser expulsados de Lyon, y en medio de constantes persecuciones supieron mantenerse unidos y proseguir vigorosamente la obra de amor por la que exponían sus vidas y sus bienes. En Alsacia y Lorena, hubo desde el año 1200, tres grandes centros de actividad misionera; en Toul, el obispo Eudes ordenaba a sus fieles a que prendiesen a todos los waldos y los trajesen encadenados ante el tribunal episcopal; en Metz, el barba (pastor) Crespín y sus numerosos hermanos confundían al obispo Bertrán, quien en vano se esforzaba por suprimirlos; en Estrasburgo, los inquisidores mantenían siempre encendido el fuego de la intolerancia contra la propaganda activa que hacía el barba Juan, el presbítero y más de 500 hermanos que componían la iglesia mártir de esa ciudad. En Alemania, los valdenses sembraban la Palabra de norte a sur y de este a oeste. Tres siglos después se hallaban los frutos de sus heroicos esfuerzos. En Bohemia, donde se supone que el mismo Pedro Valdo terminó su gloriosa carrera, los resultados de las misiones fueron fecundos. A mediados del siglo XIII, los cristianos que habían sacudido el yugo del papismo eran tan numerosos, que el inquisidor Passau nombraba cuarenta y dos localidades ocupadas por los valdenses. En Austria era también muy activa la obra de propaganda, y a principios del siglo XIV, el inquisidor Krens hacía quemar 130 valdenses. Se cree que el número de éstos en Austria no bajaba de 80, 000. En Italia los valdenses estaban diseminados y bien establecidos en todas partes de la península. Tenían propiedades en los grandes centros y un ministerio itinerante perfectamente organizado. En Lombardía los discípulos de Amoldo de Brescia se habían unido a los pobres de Lyon, y bajo la dirección espiritual de Hugo Speroni mantenían viva la protesta contra la corrupción del romanismo. En Milán poseían una escuela que era el centro de una gran actividad misionera. En Calabria se establecieron muchos valdenses del Piamonte desde el año 1300, en las vastas posesiones de Fuscaldo, en Montalto, para cultivar la tierra, y transformaron en un jardín esa región inculta, construyendo también algunas villas, como ser San Sixto y Guardia. Habían conseguido cierta tolerancia, y se les permitía celebrar secretamente sus cultos con tal de que pagaran los diezmos al clero. En tres de los valles del Piamonte —Lucerna, Perusa y San Martín— los valdenses se establecieron en las primeras décadas del siglo XIII. Los documentos históricos a que se puede recurrir actualmente no autorizan a sostener que los habitasen antes de esta época, aunque muchos lo suponen. Es la región que ocupa el principal lugar en la historia de este pueblo, porque mientras en otras partes fueron exterminados o perdieron su existencia como pueblo distinto, en los valles ya mencionados se han conservado hasta nuestros días. Se supone que se establecieron en los valles después de la expulsión de Lyon. Encontraron esa región muy poco habitada y al principio disfrutaron la relativa tranquilidad, pero en 1297 empezaron las persecuciones que a pesar de ser crueles y constantes no lograron abatir ni dominar al ejército heroico que fue llamado "el Israel de los Alpes" y que mantuvo el culto de Dios verdadero en aquellos días de densas tinieblas y groseras supersticiones.

OTRAS ÓRDENES CATÓLICAS DE IMPORTANCIA EN ESTA ÉPOCA

“He cumplido mi deber. Ahora, que Cristo os dé a conocer el vuestro. ¡Bienvenida, hermana muerte!”.

San Francisco de Asís

En esta época surgieron algunas ordenes de frailes que tuvieron un protagonismo muy importante en la historia de la iglesia de la edad media, particularmente la Orden de los Hermanos Menores fundada por San Francisco de Asís, y la Orden de los Predicadores fundada por Santo Domingo. Aunque no podemos considerar esta ordenes fuera de la influencia de la Iglesia Católica, tampoco podemos pasar por alto su protagonismo en este periodo histórico.

San Francisco y la orden de los Hermanos Menores.

En sus orígenes, el movimiento franciscano fue muy semejante al de los valdenses. El propio Francisco pertenecía, al igual que Valdo, a una familia de mercaderes. Su padre, Pietro Bernardone, pertenecía a la nueva clase que había surgido poco antes gracias al comercio. Al igual que Valdo, Francisco pasó los primeros años de su vida en los intereses y ocupación comunes a jóvenes de su clase social. Su verdadero nombre era Juan (Giovanni). Pero su madre era francesa, y los intereses comerciales de su padre lo llevaron establecer contacto estrecho con Francia. Giovanni tenía alma de trovador, y por ello aprendió la lengua del sur de Francia, cuyos trovadores eran famosos. A la postre se le conoció en Asís por el apodo de “Francisco”, es decir, el pequeño francés. Ese apodo es el nombre por el que lo conocieron sus seguidores, y que él hizo famoso. Francisco tenía más de veinte años cuando se produjo un cambio notable en su vida. Poco antes había regresado de una expedición militar al sur de Italia. Ahora, tras haber sufrido varias enfermedades que casi le costaron la vida, solía retirarse a una cueva, donde pasaba largas horas de meditación y de lucha consigo mismo. Un buen día, sus antiguos compañeros de juego lo vieron en extremo feliz, como hacía tiempo que no lo veían. — ¿Por qué te alegras?— le preguntaron. —Porque me he casado. — ¿Con quién? — ¡Con la señora Pobreza! Lo que había sucedido era que, tras larga lucha, el joven Francisco había decidido seguir el camino que antes habían tomado Pedro Valdo y los muchos ermitaños y ascetas que habían renunciado a las comodidades y honores del mundo. Cuando su padre le daba dinero, inmediatamente iba y buscaba algún pobre a quien regalárselo. Sus vestimentas no eran más que unos viejos harapos. Si su familia le daba nuevas ropas, éstas seguían el mismo camino que antes había tomado el dinero. En lugar de ocuparse de los negocios textiles de su padre, Francisco pasaba el tiempo alabando las virtudes de la pobreza ante cualquier persona que quisiera escucharlo, o reconstruyendo una capilla abandonada, o disfrutando de la belleza y armonía de naturaleza.

Su padre, exasperado, lo encerró en un sótano y apeló a las autoridades. Estas pusieron el caso a disposición del obispo, quien por fin falló que, si Francisco no estaba dispuesto a usar mejor de los bienes de su familia, debía renunciar a ellos. Esto era precisamente lo que nuestro joven quería. Renunciando a su herencia, dijo: *“Escuchadme bien todos. Desde ahora no quiero referirme más que a nuestro Padre que está en los cielos”*. Acto seguido, para mostrar lo absoluto de su decisión, se quitó las ropas que llevaba, se las devolvió a su padre, y partió desnudo. Tras dejar a su familia, Francisco marchó al bosque. Allí lo asaltó una banda de ladrones, quienes al verlo vestido tan sólo con la túnica que un ayudante del obispo le había echado encima, le preguntaron quién era. *“Soy el heraldo del Gran Rey”*, les contestó. Ellos, entre burlas y risas lo golpearon y lo dejaron tirado en la nieve. Por algún tiempo, Francisco se dedicó a llevar la vida típica de un ermitaño. Su única compañía eran los leprosos a quienes servía, y las criaturas del bosque, con quienes se dice que gustaba hablar. Además, se dedicó a reconstruir la vieja iglesia llamada de la “Porciúncula”. A fines de febrero del 1209, el Evangelio del día sacudió todo su ser: *“Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de calzado, ni de bordón; porque el obrero es digno de su alimento”*, (Mateo 10:7-10). Aquellas palabras le dieron un nuevo sentido de misión. Hasta entonces la preocupación principal del monaquismo había sido la propia salvación, y los monjes huían de todo contacto con gente que pudieran apartarlos de la contemplación religiosa. Pero el movimiento que Francisco fundó fue todo lo contrario. Él y sus seguidores irían precisamente en busca de las ovejas perdidas. Su lugar de acción no estaría en monasterios apartados del bullicio del mundo, sino en las ciudades cuya población aumentaba rápidamente, entre los enfermos, los pobres y despreciados. Para ello, era necesario ser pobre. Y serlo con todo el gozo que da la seguridad de que Dios cuida de nosotros.

Lo primero que Francisco hizo fue abandonar su retiro y regresar a Asís, donde se dedicó a predicar. Las burlas e insultos no faltaron. Pero poco a poco se fue reuniendo en derredor de él un pequeño núcleo de seguidores cautivados por su fe, su entusiasmo, su gozo y su sencillez. Por fin, acompañado de una docena de seguidores, decidió ir a Roma para solicitar que el papa, a la sazón Inocencio III, lo autorizara a fundar una nueva orden. El encuentro entre Francisco e Inocencio debe haber sido dramático. Inocencio era el papa más poderoso que la historia había conocido, a su disposición estaban las coronas de los reyes y los destinos de las naciones. Frente a él, el Pobrecillo de Asís, a quien poco importaban intrigas de la época, y cuya única razón para querer conocer al emperador era pedirle que promulgara una ley prohibiendo la caza de “mis hermanas las avecillas”. El uno altivo; harapiento el otro. El Papa confiado de su poder; el Santo, del poder de Señor. Se cuenta que el Pontífice recibió al Pobrecillo con impaciencia. —Vestido como estás, más pareces cerdo que ser humano— dijo, —Vete a vivir con tus hermanos. Francisco se inclinó y salió en busca de una pocilga. Allí pasó algún tiempo entre los puercos, revolcándose en el lodo. Después regresó adonde el Papa. Con toda humildad se inclinó de nuevo y le dijo: —Señor, he hecho lo que tú me mandaste. Ahora te ruego hagas lo que yo te pido. De haberse tratado de otro papa, la entrevista habría terminado allí mismo. Pero parte del genio de Inocencio estaba precisamente en saber medir el valor de las personas, y unir los elementos más dispares bajo su dirección. En aquel momento el franciscanismo naciente estuvo en la balanza, como una generación antes lo había estado el movimiento de los valdenses. Pero Inocencio fue más sabio que su predecesor, y a partir de entonces la iglesia contó con uno de sus más poderosos instrumentos. De regreso a Asís con la sanción del Papa, Francisco continuó su predicación. Pero el movimiento no se detendría allí. Pronto fueron muchos los que pidieron ingreso a la orden. Por todas partes de Italia y Francia, y después por toda Europa, los “hermanos menores” —que así se llamaban los frailes de Francisco— se dieron a conocer. A través de su hermana espiritual Santa Clara, Francisco fundó una orden de mujeres, generalmente conocida como las “clarisas”. Aquellos primeros franciscanos estaban imbuidos del espíritu de su fundador. Iban por todas partes cantando, recibiendo vituperios, gozosos, y predicando y mostrando una sencillez de vida admirable. Francisco temía que el éxito del movimiento se volviera su ruina. Los franciscanos eran respetados, y existía siempre la tendencia a colocarlos en posiciones tales que flaqueara la humildad. Por ello, el fundador hizo todo lo posible por inculcarles a sus seguidores el espíritu de pobreza y de santidad. Se cuenta que cuando un novicio le preguntó si no era lícito poseer un salterio, el santo le contestó: *“Cuando tengas un salterio, querrás tener también un breviario. Y cuando tengas un breviario te encaramarás al púlpito como un prelado”*. En otra ocasión, uno de los hermanos regresó gozoso, y le mostró a Francisco una moneda de oro que alguien le había dado. El santo lo obligó a tomar la moneda entre los dientes, y enterrarla en un montón de estiércol, diciéndole que ese era lugar que le correspondía al oro. Preocupado por las tentaciones que su éxito colocaba ante su orden, Francisco hizo un testamento en el que les prohibía a sus seguidores poseer cosa alguna, y les prohibía también buscar cualquier mitigación de la Regla, aunque fuese por parte del papa. En el capítulo general de la orden del 1220, dio una prueba final de humildad. Renunció a la dirección de la orden, y se arrodilló en obediencia ante su sucesor. Por fin, el 3 de octubre del 1226, murió en su amada iglesia de la Porciúncula. Se dice que sus últimas palabras fueron: *“He cumplido mi deber. Ahora, que Cristo os dé a conocer el vuestro. ¡Bienvenida, hermana muerte!”*.

Santo Domingo y la Orden de Predicadores.

Fue en la pequeña aldea de Caleruega, cerca de Burgos, en el centro de Castilla, donde Domingo nació. Era hijo de la ilustre familia de los Guzmán, cuya torre se alza aún hoy en el centro del poblado. Su madre, Juana, era mujer de gran fe, acerca de la cual se cuentan todavía en Caleruega varios milagros. En todo caso, desde muy joven Domingo y sus hermanos se formaron en un ambiente cristiano. Tras unos diez años de estudio en Palencia, se unió al capítulo de la catedral de Osma, como uno de sus canónigos. Cuatro años después, cuando Domingo tenía veintinueve, el capítulo adoptó la regla monástica de los canónigos de San Agustín. Según esta regla, los miembros del capítulo catedralicio vivían en comunidad monástica, pero sin retirarse del mundo ni abandonar su ministerio para con los fieles. En el 1203, Domingo y su obispo Diego de Osma pasaron por el sur de Francia, donde se conmovió al ver el auge que tenían los albigenses, y cómo se trataba de convertirlos a la fuerza. Además se percató de que el principal argumento que tenían los albigenses era el ascetismo de sus jefes, que contrastaba con la vida suave y desordenada de muchos de los prelados y sacerdotes ortodoxos. Convencido de que aquél no era el mejor medio de combatir la herejía, Domingo se dedicó a predicar la ortodoxia, unió su predicación a una vida de disciplina rigurosa, e hizo uso de los mejores recursos intelectuales que estaban a su alcance. En las laderas de los Pirineos fundó una escuela para las mujeres nobles que abandonaban el catarismo. Además, alrededor de sí reunió un número creciente de conversos y de otros predicadores dispuestos a seguir su ejemplo.

Su éxito fue tal que el arzobispo de Tolosa les dio una iglesia donde predicar, y una casa donde vivir en comunidad. Poco después, con el apoyo del arzobispo, Domingo fue a Roma, donde a la sazón se reunía el Cuarto Concilio Laterano, para solicitar de Inocencio III la aprobación de su regla. El Papa se negó, pues le preocupaba la confusión que surgiría de la existencia de demasiadas reglas monásticas. Pero sí les dio autorización para continuar la labor emprendida, siempre que se acogieran a una de las reglas anteriormente aprobadas. De regreso a Tolosa, Domingo y los suyos adoptaron la regla de los de

San Agustín, y después, mediante una serie de constituciones, adaptaron esa regla a sus propias necesidades. Quizá llevados por el impacto del franciscanismo naciente, los dominicos también adoptaron el principio de la pobreza total, para sostenerse sólo mediante limosnas. Por esa razón estas dos órdenes (y otras que después siguieron su ejemplo) se conocen como “órdenes mendicantes”. Desde sus inicios, la Orden de Predicadores (que así se llamó la fundada por Santo Domingo) tuvo el estudio en alta estima. En esto difería el español Francisco de Asís, quien, como hemos dicho, no quería que sus frailes tuvieran ni siquiera un salterio y quien en varias ocasiones se mostró suspicaz del estudio y las letras. Los dominicos, en su tarea de refutar la herejía, necesitaban armarse intelectualmente, y por ello sus reclutas recibían un adiestramiento intelectual esmerado. En consecuencia, la Orden de Predicadores le ha dado a la Iglesia Católica algunos de sus más distinguidos teólogos.

ACTIVIDAD TEOLÓGICA DE LA EDAD MEDIA

“No pretendo, Señor, penetrar tu profundidad, porque mi intelecto no se puede comparar con ella. Lo que deseo es entender, siquiera imperfectamente, tu verdad. Esa es la verdad que mi corazón cree y ama. No trato de comprender para creer, sino que creo y por ello puedo llegar a comprender”.

Anselmo de Canterbury

En medio del auge de la vida monástica, el ascenso del poder papal, la gran decadencia espiritual y poderosa influencia supersticiosa que la acompañaba, el surgimiento del movimiento valdense y las nuevas órdenes de frailes inspiradas en las de San Francisco y Santo Domingo, surge también una increíble actividad teológica en este periodo de la Iglesia en la Edad Media. Hombres como Anselmo, Pedro Abelardo, Los victorinos y Pedro Lombardo, San Buenaventura y santo Tomás de Aquino figuran en los personaje que protagonizaron este periodo. Algunos de ellos realizaron sus grandes obras teológicas desde los monasterios, otros llegaron a convertirse en grandes catedráticos de su tiempo y el auge de las universidades teológicas comenzó a florecer en este periodo. Pronto, la sed por el estudio de las matemáticas, la astronomía, la medicina, las leyes, la filosofía y las bellas artes penetra profundamente entre los anhelos de formación de la gente de la Edad Media. Las universidades más antiguas se remontan a fines del siglo XII, cuando las escuelas de ciudades tales como París, Oxford y Salerno lograron gran auge. Pero fue el siglo XIII el que vio el crecimiento pleno de las universidades. Aunque en todas ellas se estudiaban los conocimientos básicos de la época, pronto algunas se hicieron famosas en un campo particular de estudios. Quien quería estudiar medicina, hacía todo lo posible por ir a Montpellier o a Salerno, mientras que Ravena, Pavía y Bolonia eran famosas por sus facultades de derecho, y París y Oxford por sus estudios de teología. En España, la más famosa universidad fue la de Salamanca, fundada en el siglo XIII por Alfonso X el Sabio.

Anselmo de Canterbury.

El primero de los grandes pensadores que esta época produjo fue Anselmo de Canterbury. Natural del Piamonte, en Italia, Anselmo era hijo de una familia noble, y su padre se opuso a su carrera monástica. Pero el joven insistió en su vocación, y en el 1060 se unió al monasterio de Bec, en Normandía. Aunque ese monasterio se encontraba lejos de su patria, Anselmo se dirigió a él debido a la fama de su abad, Lanfranco. Allí se dedicó al estudio teológico, y produjo varias obras, de las cuales la más importante es el Proslogio. En el 1078 fue hecho abad de Bec, pues Lanfranco había dejado el monasterio para ser consagrado como arzobispo de Canterbury. Poco antes, Guillermo el Conquistador había partido de Normandía y conquistado a Inglaterra, donde derrotó a los sajones en el 1066 en la batalla de Hastings. Ahora Guillermo y sus sucesores se establecieron en Gran Bretaña, que poco a poco se fue volviendo el centro de sus territorios. Pero durante varias generaciones continuaron trayendo a personas de origen normando para ocupar posiciones de importancia en Inglaterra. Esto fue lo que sucedió con Lanfranco y, en el 1093, con Anselmo. En esa fecha, fue hecho arzobispo de Canterbury por el rey Guillermo II, quien había sucedido al Conquistador. Anselmo trató de evadir esa responsabilidad, en parte porque prefería la quietud del monasterio, y en parte porque desconfiaba de Guillermo, quien a la muerte de Lanfranco había dejado la sede vacante, a fin de posesionarse de sus ingresos y de buena parte de sus propiedades. Pero a la postre aceptó, y comenzó así una carrera accidentada buena parte de la cual transcurrió en el exilio debido a sus conflictos, primero con Guillermo y después con su sucesor Enrique I. Sin entrar en detalles, podemos decir que estos conflictos reflejaban, en menor escala, los que ya hemos visto al tratar de las pugnas entre el papado y el Imperio. Se trataba de un asunto de jurisdicción, cuyo punto crucial era la cuestión de las investiduras, pero que tenía varias otras dimensiones. Lo que estaba en juego en fin de cuentas era si la iglesia sería independiente o no del poder civil. Y la respuesta no era fácil, pues la iglesia en sí tenía gran poder político y económico. Siete décadas más tarde, uno de los sucesores de Anselmo, Tomás a Becket, moriría asesinado junto al altar de la

catedral, por razón del mismo conflicto. Durante sus repetidos exilios, Anselmo escribió mucho más que cuando estaba cargado con las responsabilidades de su arzobispado. La principal obra de este período es *Por qué Dios se hizo hombre*.

Murió en Canterbury en el 1109, tres años después de haber hecho las paces con el rey y haber regresado de su último exilio. La importancia teológica de Anselmo radica en que fue el primero, después de siglos de tinieblas, en volver a aplicar la razón a las cuestiones de la fe de modo sistemático. Cada una de sus obras trata acerca de un tema específico, como la existencia de Dios, la obra de Cristo, la relación entre la predestinación y el libre albedrío, etc. Y en la mayor parte de los casos Anselmo trata de probar la doctrina de la iglesia sin recurrir a las Escrituras o a cualquier otra autoridad. Esto no quiere decir, sin embargo, que Anselmo haya sido un racionalista, dispuesto a creer sólo lo que podía demostrarse mediante la razón. Al contrario, como puede verse en la cita que encabeza este capítulo, su punto de partida es la fe. Anselmo cree primero, y después le plantea sus preguntas a la razón. Su propósito no es probar algo para después creerlo, sino demostrar que lo que de antemano acepta por fe es eminentemente racional. Esto puede verse tanto en su *Proslogio* como en *Por qué Dios se hizo hombre*. El *Proslogio* trata acerca de la existencia de Dios. Anselmo no duda ni por un instante que Dios exista. De hecho, la obra está escrita a modo de una oración dirigida a Dios. Pero, aun sabiendo que Dios existe, nuestro teólogo quiere demostrarlo, para así comprender mejor la racionalidad de esa doctrina, y gozarse en ella. Como punto de partida, Anselmo toma la frase del Salmo 14:1: *“Dice el necio en su corazón: No hay Dios”* ¿Por qué es necedad negar la existencia de Dios? Evidentemente, porque esa existencia debe ser una verdad de razón, de tal modo que negarla sea una sin razón. ¿Es posible entonces demostrar que la existencia de Dios es tal? Indudablemente, hay muchos argumentos para probar esa existencia. Pero todos ellos se basan en la contemplación del mundo que nos rodea, arguyendo que tal mundo ha de tener un creador. Es decir, todos ellos parten de los datos de los sentidos. Y los filósofos siempre han sabido que los sentidos no bastan para darnos a conocer las realidades últimas. ¿Será posible entonces encontrar otro modo de demostrar la existencia de Dios, un modo que no dependa de los datos de los sentidos, sino únicamente de la razón? El razonamiento que Anselmo emplea es lo que después se ha llamado “el argumento ontológico para probar la existencia de Dios”. En pocas palabras, lo que Anselmo dice es que al preguntarnos si Dios existe la respuesta está implícita en la pregunta. Preguntarse si Dios existe equivale a preguntarse si el Ser Supremo existe. Pero la misma idea de “Ser Supremo”, que incluye todas las perfecciones, incluye también la existencia. De otro modo, tal “Ser Supremo” sería inferior a cualquier ser que exista. Un Ser Supremo inexistente sería una contradicción semejante a la de un triángulo de cuatro lados. Por definición, la idea de “triángulo” incluye tres lados. De igual modo, la idea de “Ser Supremo” incluye la existencia. Es por esto que quien niega la existencia de Dios es un necio, como bien dice el salmista.

Este “argumento ontológico” ha sido discutido, reinterpretado, refutado y defendido por los filósofos y teólogos a través de los siglos. Pero no es éste el lugar para seguir el curso de ese debate. Baste señalar que el argumento mismo es un ejemplo claro del método teológico de Anselmo, que no consiste en esperar a demostrar una doctrina para creerla, sino que parte de la doctrina misma, y de su fe en ella, para mostrar su racionalidad. En *Por qué Dios se hizo hombre*, Anselmo se plantea la cuestión del propósito de la encarnación. Su respuesta se ha generalizado de tal modo que, con ligeras variantes, ha llegado a ser la opinión de la mayoría de los cristianos occidentales, aun en el siglo XX. Su argumento se basa en el principio legal de la época, según el cual “la importancia de una ofensa depende del ofendido, y la de un honor depende de quien lo hace”. Si, por ejemplo, alguien ofende al rey, la importancia de esa acción se mide, no a base de quién la cometió, sino a base de la dignidad del ofendido. Pero si alguien desea honrar a otra persona, la importancia de esa acción se medirá, no a base del rango de quien recibe la honra, sino a base del rango de quien la ofrece. Si entonces aplicamos este principio a las relaciones entre Dios y los seres humanos, llegamos a la conclusión, primero, que el pecado humano es infinito, pues fue cometido contra Dios, y ha de medirse a base de la dignidad de Dios; segundo, que cualquier pago o satisfacción que el ser humano pueda ofrecerle a Dios ha de ser limitado, pues su importancia se medirá a base de nuestra dignidad, que es infinitamente inferior a la de Dios. Además, lo cierto es que no tenemos medio alguno para pagarle a Dios lo que le debemos, pues cualquier bien que podamos hacer no es más que nuestro deber, y por tanto la deuda pasada nunca será cancelada. En consecuencia, para remediar nuestra situación hace falta ofrecerle a Dios un pago infinito. Pero al mismo tiempo ese pago ha de ser hecho por un ser humano, puesto que fuimos nosotros los que pecamos. Luego, ha de haber un ser humano infinito, que equivale a decir divino. Y es por esto que Dios se hizo hombre en Jesucristo, quien ofreció en nombre de la humanidad una satisfacción infinita por nuestro pecado. Este modo de ver la obra de Cristo, aunque se ha generalizado en siglos posteriores, no era el único ni el más común en la iglesia antigua. En la antigüedad, se veía a Cristo ante todo como el vencedor del demonio y sus poderes. Su obra consistía ante todo en libertar a la humanidad del yugo de esclavitud a que estaba sometida. Y por ello el culto de la iglesia antigua se centraba en la Resurrección. Pero en la Edad Media, particularmente en la “era de las tinieblas”, el énfasis fue variando, y se llegó a pensar de Jesús ante todo como el pago por los pecados humanos. Su tarea consistía en aplacar la honra de un Dios ofendido. En el culto, el acento recayó sobre la Crucifixión más bien que sobre la Resurrección. Y Jesucristo, más bien que conquistador del demonio, se volvió víctima de

Dios. En Por qué Dios se hizo hombre, Anselmo formuló de modo claro y preciso lo que se había vuelto la fe común de su época.

En cierto sentido, Anselmo fue uno de los fundadores del “escolasticismo”. Este es el nombre que se le da a un período y un modo de hacer teología. Sus raíces se encuentran en Anselmo y en los teólogos del siglo XII que estudiaremos a continuación. Su punto culminante se produjo en el siglo XIII. Y continuó siendo el método característico de hacer teología a través de todo el resto de la Edad Media. Su nombre se debe a que se produjo principalmente en las escuelas. Anselmo fue monje, y casi toda su labor teológica tuvo lugar en el monasterio. En esto no difería de la teología de los siglos anteriores, que se había desarrollado, no en escuelas, sino en púlpitos y monasterios. Pero, a partir del siglo XII, los centros de labor teológica serían las escuelas catedralicias y las universidades. Por lo pronto, la gran contribución de Anselmo consistió en su uso de la razón, no como un modo de comprobar o negar la fe, sino como un modo de esclarecerla. En sus mejores momentos, ése fue el ideal del escolasticismo.

Pedro Abelardo.

Otro de los principales precursores del escolasticismo fue Pedro Abelardo, a quien sus amores con Eloísa, y lo que sobre ellos se ha dicho y escrito, han hecho famoso. Abelardo nació en Bretaña en el año 1079, y dedicó buena parte de su juventud a estudiar bajo los más ilustres maestros de su tiempo. Sus peripecias de aquellos tiempos nos las cuenta Abelardo en su Historia de las calamidades, que él mismo compuso hacia el fin de sus días. En ella, descubrimos a un joven indudablemente dotado de una inteligencia superior, pero que de tal modo se enorgullece de esa inteligencia que va creándose enemigos por doquier. Y lo más notable es que, aun años más tarde, Abelardo puede relatar su historia sin darse cuenta de hasta qué punto él mismo ha sido uno de los principales causantes de sus propias calamidades. De escuela en escuela fue Abelardo, haciéndoles ver a todos sus maestros que no eran sino unos ignorantes charlatanes, y en algunos casos robándoles sus discípulos. Por fin llegó a París, donde un canónigo de la catedral, Fulberto, le confió la instrucción de su sobrina Eloísa. Esta era una joven de extraordinarias dotes intelectuales, y pronto el maestro y su discípula se enamoraron. De aquellos amores nació un hijo a quien sus padres, en honor de uno de los más grandes adelantos de la ciencia de su tiempo, llamaron Astrolabio. Fulberto estaba enfurecido, y exigía que Abelardo y Eloísa se casaran. Abelardo estaba dispuesto a hacerlo, pero Eloísa se oponía por dos razones. En primer lugar, era la época en que el celibato eclesiástico se imponía por todas partes, y la enamorada joven temía que el matrimonio obstaculizase la carrera de su amante. En segundo lugar, temía que en el matrimonio su amor perdiese algo de su calidad. En ese tiempo comenzaba a popularizarse el concepto romántico del amor. Por toda Francia se paseaban los trovadores, y cantaban sus coplas de amores distantes e imposibles. Al reflejar aquel espíritu, Eloísa le decía a Abelardo: “Prefiero ser para ti, más bien que tuya”. A la postre decidieron casarse en secreto. Pero esto no satisfizo a Fulberto, que veía su honra manchada, y temía que Abelardo tratase de obtener una anulación del matrimonio. Una noche, mientras el infortunado amante dormía, unos hombres pagados por Fulberto penetraron en su cámara y le cortaron los órganos genitales. Tras tales acontecimientos, Eloísa se hizo monja, y su amante ingresó al monasterio de San Dionisio, en las afueras de París. Pero en San Dionisio no tuvo mejor fortuna. Pronto escandalizó a sus compañeros de hábito al decir, con toda razón, que se equivocaban al pretender que su monasterio había sido fundado por el mismo Dionisio que había sido discípulo de Pablo en Atenas. Poco después un concilio reunido en Soissons condenó sus doctrinas acerca de la Trinidad, y lo obligó a quemar su escrito sobre ese tema. Por fin, hastiado de la compañía de sus semejantes, se retiró a un lugar desierto. Pronto, sin embargo, se reunió alrededor de él un número de discípulos que habían oído acerca de su habilidad intelectual, y querían aprender de él. Entonces fundó una escuela a la que nombró El Paraclito. Pero Bernardo de Claraval, el monje cisterciense devoto de la humanidad de Cristo y predicador de la Segunda Cruzada, lo persiguió hasta su retiro. Bernardo no podía tolerar las libertades que Abelardo se tomaba al aplicar la razón a los más profundos misterios de la fe. Según el monje cisterciense, ese uso de la razón no mostraba sino una falta de fe. Gracias a los manejos de Bernardo, Abelardo fue condenado como hereje en el 1141. Cuando trató de apelar a Roma, descubrió que el papado estaba dispuesto a acatar la voluntad de su acérrimo enemigo. No le quedó entonces más remedio que desistir de la enseñanza y retirarse al monasterio de Cluny, cuyo abad, Pedro el Venerable, lo recibió con verdadera hospitalidad cristiana y le ayudó a reivindicar su buen nombre. Durante casi todo este tiempo, Abelardo sostuvo correspondencia con Eloísa, quien había fundado un convento cerca de El Paraclito. Cuando su antiguo amante y esposo murió en el 1142, a los sesenta y tres años de edad, Eloísa logró que sus restos fueran trasladados a El Paraclito.

La obra teológica de Abelardo fue extensa. Se le conoce sobre todo por su doctrina de la expiación, según la cual lo que Jesucristo hizo por nosotros no fue vencer al demonio, ni pagar por nuestros pecados, sino ofrecernos un ejemplo y un estímulo para que pudiéramos cumplir la voluntad de Dios. También fue importante su doctrina ética, que le prestaba especial importancia a la intención de una acción, más que a la acción misma. Pero en cierto sentido lo que hace de Abelardo uno de los principales precursores del escolasticismo es su obra sí y no. En ella planteaba 158 cuestiones teológicas, y luego

mostraba que ciertas autoridades, tanto bíblicas como patrísticas, respondían afirmativamente mientras otras respondían en sentido contrario. El propósito de Abelardo no era restarles autoridad a la Biblia o a los antiguos escritores cristianos. Su propósito era más bien mostrar que no bastaba con citar un texto antiguo para resolver un problema. Había que ver ambos lados de la cuestión, y entonces aplicar la razón para ver cómo era posible compaginar dichos al parecer contradictorios. El hecho de que Abelardo se limitó a la primera parte de esa tarea, y sencillamente citaba autoridades al parecer contradictorias, sin tratar de ofrecer soluciones, le ganó la mala voluntad de muchas personas. Pero el método que se proponía en esa obra fue el que, con ciertas variantes, siguieron todos los principales escolásticos a partir del siglo XIII. Por lo general ese método consiste en plantear una pregunta, citar después una lista de autoridades que parecen ofrecer una respuesta, y una lista de otras autoridades que parecen decir lo contrario, y entonces resolver la cuestión. En esa solución, el teólogo escolástico ofrece primero su respuesta, y luego explica por qué las diversas autoridades citadas en sentido contrario no se le oponen. A la postre, aun entre quienes lo consideraban hereje, Abelardo haría sentir el peso de su obra.

Los victorinos y Pedro Lombardo.

Uno de los maestros de Abelardo, Guillermo de Champeaux, había sido profesor de la escuela catedralicia de París cuando decidió retirarse a las afueras de la ciudad, a la abadía de San Víctor. Hay quien sugiere que esa decisión se debió en parte a que, en un debate público, Abelardo lo hizo aparecer ridículo. En todo caso, en San Víctor Guillermo fundó una gran escuela teológica que estuvo bajo su dirección hasta que partió para ser obispo de Chalons-sur-Marne. El sucesor de Guillermo, Hugo, fue el más célebre maestro de la escuela de San Víctor. El y su sucesor, Ricardo, combinaron una piedad profunda con la investigación teológica cuidadosa. De este modo, la escuela de San Víctor fue uno de los lugares donde se subsanó la vieja división entre los pensadores al estilo de Abelardo y los místicos como Bernardo. De haber continuado esa división, el escolasticismo nunca habría llegado a su cumbre, pues una de las características de los grandes maestros escolásticos fue precisamente su devoción sincera unida a la disciplina intelectual. Pedro Lombardo, el pensador del siglo XII que más influyó sobre el XIII, tuvo relaciones estrechas con la escuela de San Víctor, y buena parte de su teología se deriva de ella. Natural de Lombardía, en el norte de Italia, Pedro pasó la mayor parte de su vida adulta en París. Allí fue estudiante de teología, y después llegó a ser profesor de la escuela catedralicia. En el 1159 fue hecho obispo de París, y murió al año siguiente. La importancia de Pedro Lombardo se debe mayormente a su obra Cuatro libros de sentencias, comúnmente llamada Sentencias. Lo que hizo en ella fue sencillamente recopilar, como antes lo había hecho Pedro Abelardo, las sentencias de diversos autores acerca de toda una serie de cuestiones teológicas. Pero Pedro Lombardo no dejó las dudas para ser resueltas por sus lectores, sino que hizo un esfuerzo por responder a las dificultades planteadas por sentencias al parecer contradictorias. En todo esto, la obra de Lombardo no hacía más que seguir un modelo utilizado antes por otras personas. Pero el valor de las Sentencias de Pedro Lombardo pronto las hizo descollar por encima de cualquier obra semejante. Parte de ese valor estaba en que, al estilo de Hugo y Ricardo de San Víctor, Pedro Lombardo hacía uso de los mejores métodos lógicos sin por ello abandonar la devoción. Además, en muchos casos sus soluciones a las dificultades planteadas daban muestra de su genio. Pero en ningún caso se utilizaba ese genio para contradecir o poner en duda la doctrina de la iglesia. En algunos, nuestro autor sencillamente se confesaba incapaz de responder definitivamente a una cuestión acerca de la cual la iglesia no se había pronunciado. Por todas estas razones, las Sentencias, al mismo tiempo que estimulaban el pensamiento teológico, decían poca cosa capaz de despertar la suspicacia de los elementos más conservadores. Aunque hubo dudas acerca de algunos detalles de sus doctrinas, a la postre las Sentencias fueron aceptadas como un excelente resumen de la teología cristiana.

La otra característica que contribuyó al éxito de esta obra fue su orden sistemático. El primer libro trata acerca de Dios, tanto en su unidad como en su Trinidad. El segundo va desde la creación hasta el pecado. Esto quiere decir que en él se incluye la angelología, la antropología o doctrina del ser humano, la gracia y el pecado. El tercero se ocupa de la "reparación", es decir, del remedio que Dios ofrece para el pecado. Por tanto, comienza por estudiar la cristología y la redención, para después pasar a la doctrina del Espíritu Santo, sus dones y virtudes, y terminar discutiendo los mandamientos. Por último, el cuarto libro se dedica a los sacramentos y la escatología. En líneas generales, éste ha sido el orden que ha seguido la mayoría de los teólogos sistemáticos desde tiempos de Pedro Lombardo. Todo esto no quiere decir que las Sentencias fuesen generalmente aceptadas sin oposición alguna. Hubo muchos teólogos que las criticaron por diversas razones. Aún más, a principios del siglo XIII hubo un movimiento que trataba de lograr su condenación. Pero esa oposición se debía a la gran popularidad que iban alcanzando. En la universidad de París uno de los seguidores de Lombardo, Pedro de Poitiers, comenzó a dictar cursos en los que comentaba las Sentencias, y tales cursos se fueron extendiendo por toda Francia, y después por el resto de la Europa occidental. Pronto el comentar las Sentencias se convirtió en uno de los diversos ejercicios que todo joven profesor debía cumplir antes de recibir su doctorado. Por ello, todos los grandes escolásticos a partir del siglo XIII compusieron comentarios sobre las Sentencias, que continuaron siendo el principal texto para el estudio de la teología católica hasta fines del siglo XVI.

San Buenaventura.

Juan de Fidanza era su nombre, y nació en Bañorea, Italia, en el 1221. Se dice que cuando era niño enfermó gravemente, y su madre se lo prometió a San Francisco (quien había muerto poco antes), y le dijo que si salvaba a su hijo éste sería franciscano. Cuando el niño sano, la madre dijo: “¡Oh, buena ventura!” Y de ese incidente se deriva el nombre por el que la posteridad lo conoce. Buenaventura hizo sus estudios universitarios en París, y fue también allí donde tomó el hábito franciscano. En el 1253, después de pasar varios años dando conferencias y comentando sobre las Escrituras y las Sentencias, recibió el doctorado. Cuatro años después los franciscanos lo eligieron como ministro general, cargo que ocupó con gran distinción hasta el 1274. Era la época de la lucha con los franciscanos “espirituales”, y la firmeza y moderación de Buenaventura le han valido el título de “segundo fundador de la orden”. En el 1274 fue hecho cardenal, y por ello renunció a su posición como ministro general. Se cuenta que, cuando le dieron aviso del honor que acababa de recibir, estaba ocupado en la cocina del convento, y le dijo al mensajero: “Gracias, pero estoy ocupado. Por favor, cuelga el capelo en el arbusto que hay en el patio”. Por esa razón, uno de los símbolos de Buenaventura es un capelo cardenalicio colgado de un arbusto. A los pocos meses de recibir este honor, Buenaventura murió, mientras asistía al Concilio de Lion. Buenaventura, a quien se le ha dado también el nombre de “Doctor Seráfico”, era ante todo un hombre de profunda piedad. Quien lee sus obras de teología sistemática, sin leer las que tratan acerca de los sufrimientos de Cristo, pierde lo mejor de ellas. Y quien lee sus escritos sistemáticos y conoce la profundidad de su devoción ve en ellos dimensiones que de otro modo pasarían inadvertidas. Este es el sentido de una de las muchas leyendas acerca de él, según la cual cuando su amigo Santo Tomás de Aquino le pidió que lo llevase a la biblioteca de donde tomaba tanta sabiduría, Buenaventura le mostró un crucifijo y le dijo: “He ahí la suma de mi sabiduría”. La teología del Doctor Seráfico es típicamente franciscana, por cuanto es ante todo “teología práctica”. Esto no quiere decir que se trate de una teología utilitaria, que sólo se interesa en lo que tiene aplicación directa, sino que su propósito principal es llevar a la bienaventuranza, a la comunión con Dios. Los primeros maestros franciscanos, siguiendo en ello al fundador de su orden, no tenían mucha paciencia con la especulación ociosa. Para ellos el propósito de la vida humana era la comunión con Dios, y la teología no era sino un instrumento para llegar a ese fin. Además, siguiendo en ello la tradición establecida en su época, Buenaventura era agustiniano. El Santo de Hipona era su principal mentor teológico. Esto puede verse particularmente en el modo en que el Doctor Seráfico entiende el conocimiento humano. Este no se logra mediante los sentidos o la experiencia sino mediante la iluminación directa del Verbo divino, en que están las ideas ejemplares de todas las cosas. Por esas razones, Buenaventura no se mostró muy dispuesto recibir las nuevas ideas filosóficas, con su inspiración aristotélica y lo que le parecía ser su inclinación racionalista. Como Anselmo había dicho mucho antes, Buenaventura creía que para entender era necesario creer, y no viceversa. Así, por ejemplo, la doctrina de la creación nos dice cómo hemos de entender mundo, y guía nuestra razón en ese entendimiento. Precisamente por no conocer esa doctrina Aristóteles afirmó la eternidad del mundo. Dicho de otro modo, Cristo, el Verbo, es el único maestro, en quien se encuentra toda sabiduría, y por tanto todo intento de conocer cosa alguna aparte de Cristo equivale a negar el centro mismo del conocimiento que se pretende tener. En todo esto, Buenaventura no era sobremanera original. Ese no era su propósito. Lo que él pretendía hacer, e hizo con gran habilidad, era mostrar que la teología tradicional, y sus fundamentos agustinianos, eran todavía válidos, y que no era necesario capitular ante la nueva filosofía, como lo hacían los “arroístas latinos”.

Santo Tomás de Aquino.

Quedaba empero otra alternativa, que no era la de los “averroístas” ni la de los agustinianos tradicionales. Esa alternativa consistía en explorar las posibilidades que la nueva filosofía ofrecía de llegar a un mejor entendimiento de la fe cristiana. Este fue el camino que siguieron Alberto el Grande y su discípulo Tomás de Aquino. Alberto, a quien pronto se le dio el título de “el Grande”, pasó la mayor parte de su carrera académica en las universidades de París y Colonia, aunque esa carrera se vio interrumpida repetidamente por los muchos cargos que ocupó en la iglesia, y las diversas tareas que se le asignaron. En el campo de la teología, Alberto tuvo la osadía de dedicarse a estudiar un sistema filosófico que la mayoría de los teólogos de su tiempo consideraba incompatible con el cristianismo. Aunque su obra no llegó a cristalizar en una síntesis coherente, sí sirvió para abrirle el camino a Tomás, su discípulo. Como hemos dicho, una de las cuestiones que se debatían entre los filósofos de la Facultad de Artes de París era la de la relación entre la fe y la razón, o entre la teología y la filosofía. Mientras los “averroístas” decían que la razón era completamente independiente de la fe, los teólogos tradicionales decían que la razón no podía proceder a la investigación filosófica sin el auxilio de la fe. Frente a estas dos posiciones, Alberto estableció una clara distinción entre la filosofía y la teología. La filosofía parte de principios autónomos, que pueden ser conocidos aun aparte de la revelación, y sobre la base de esos principios, mediante un método estrictamente racional, trata de descubrir la verdad. El verdadero filósofo no pretende probar lo que su mente no alcanza a comprender, aun cuando se trate de una verdad de fe. El teólogo, por otra parte, sí parte de verdades que son reveladas, y que no pueden descubrirse mediante el solo uso de la razón. Esto no quiere decir que las doctrinas teológicas sean menos seguras que las filosóficas, sino todo lo contrario, porque los datos de la revelación son más seguros que los de la razón, que puede errar. Quiere decir, además, que el

filósofo, siempre y cuando permanezca en el ámbito de lo que la razón puede alcanzar, ha de tener libertad para proseguir su investigación, sin tener que acatar a cada paso las órdenes de la teología. Esto puede verse en el modo en que Alberto trata acerca de la cuestión de la eternidad del mundo. Como filósofo, confiesa que no puede demostrar que el mundo fue creado en el tiempo. Lo más que puede ofrecer son argumentos de probabilidad. Pero como teólogo sabe que el mundo fue hecho de la nada, y que no es eterno. Se trata entonces de un caso en el que la razón por sí sola no puede alcanzar la verdad. Y tanto el filósofo que trate de probar la eternidad del mundo, como el que trate de probar su creación de la nada, son malos filósofos, pues desconocen los límites de la razón. Antes de pasar a estudiar la vida y obra de Santo Tomás de Aquino, conviene señalar un dato interesante con respecto Alberto. Sus estudios de zoología, botánica y astronomía fueron extensísimos, y carecían de verdadero precedente en Edad Media. Esto no fue pura coincidencia, sino que se debía a la inspiración aristotélica de su filosofía. Si, como Aristóteles decía, todo conocimiento comienza en los sentidos, resulta importante estudiar el mundo que nos rodea, y aplicarle nuestras más agudas habilidades de percepción. Alberto el Grande era dominico, y también lo fue su discípulo más famoso, Santo Tomás de Aquino. Nacido alrededor del 1224 en las afueras de Nápoles, Tomás procedía de una familia noble. Todos sus hermanos y hermanas llegaron a ocupar altas posiciones en la sociedad italiana de su época. A Tomás, que era el más joven, sus padres le habían deparado la carrera eclesiástica, con la esperanza de que llegara a ocupar algún cargo de poder y prestigio, como el de abad de Montecasino. Tenía cinco años de edad cuando fue colocado en ese monasterio, aunque nunca tomó el hábito de los benedictinos. A los catorce, fue a estudiar a la universidad de Nápoles, donde por primera vez conoció la filosofía aristotélica. Todo esto era parte de la carrera que sus padres y familiares habían proyectado para él. Pero en el 1244 decidió hacerse dominico. Eran todavía los primeros años de la nueva orden, cuyos frailes mendicantes eran mal vistos por la gente adinerada. Por ello, su madre y sus hermanos (su padre había muerto poco antes) hicieron todo lo posible por obligarlo a abandonar su decisión. Cuando la persuasión no tuvo éxito, lo secuestraron y encarcelaron en el viejo castillo de la familia. Allí estuvo recluido por más de un año, mientras sus hermanos lo amenazaban y trataban de disuadirlo mediante toda clase de tentaciones. Por fin escapó, terminó su noviciado entre los dominicos, y fue a estudiar a Colonia, donde enseñaba Alberto el Grande. Quien lo conoció entonces, no pudo adivinar el genio que dormía en él. Era grande, grueso y tan taciturno que sus compañeros se burlaban de él llamándolo “el buey mudo”. Pero poco a poco a través de su silencio brilló su inteligencia, y la orden de los dominicos se dedicó a cultivarla. Con ese propósito pasó la mayor parte de su vida en círculos universitarios, particularmente en París, donde fue hecho maestro en el 1256. Su producción literaria fue extensísima. Sus dos obras más conocidas son la Suma contra gentiles y la Suma teológica. Pero además de ello produjo un comentario sobre las Sentencias, varios sobre las Escrituras y sobre diversas obras de Aristóteles, un buen número de tratados filosóficos, las consabidas “cuestiones disputadas”, y un sinnúmero de otros escritos. Murió en el 1274, cuando apenas contaba cincuenta años de edad, y su maestro Alberto vivía todavía. No podemos repasar aquí toda la filosofía y la teología “tomista” (se le da ese nombre a la escuela que él fundó). Baste tratar acerca de la relación entre la fe y la razón, de sus pruebas de la existencia de Dios, y de la importancia de su obra en siglos posteriores. En cuanto a la relación entre la fe y la razón, Tomás sigue la pauta trazada por Alberto, pero define su posición más claramente. Según él, hay verdades que están al alcance de la razón, y otras que la sobrepasan. La filosofía se ocupa sólo de las primeras. Pero la teología no se ocupa sólo de las últimas. Esto se debe a que hay verdades que la razón puede demostrar, pero que son necesarias para la salvación. Puesto que Dios no limita la salvación a las personas que tienen altas dotes intelectuales, tales verdades necesarias para la salvación, aun cuando la razón puede demostrarlas, han sido reveladas. Luego, tales verdades pueden ser estudiadas tanto por la filosofía como por la teología.

Tomemos por ejemplo la existencia de Dios. Sin creer que Dios existe no es posible salvarse. Por ello, Dios ha revelado su propia existencia. La autoridad de la iglesia basta para creer en la existencia de Dios. Nadie puede excusarse y decir que se trata de una verdad cuya demostración requiere gran capacidad intelectual. La existencia de Dios es un artículo de fe, y la persona más ignorante puede aceptarla sencillamente sobre esa base. Pero esto no quiere decir que esa existencia se halle por encima de la razón. Esta puede demostrar lo que la fe acepta. Luego, la existencia de Dios es tema tanto para la teología como para la filosofía, aunque cada una de ellas llega a ella por su propio camino. Y aun más, la investigación racional nos ayuda a comprender más cabalmente lo que por fe aceptamos. Esa es la función de las famosas cinco vías que Santo Tomás sigue para probar la existencia de Dios. Todas estas vías son paralelas, y no es necesario seguirlas todas. Baste decir que todas ellas comienzan con el mundo que conocemos mediante los sentidos, y a partir de él se remontan a la existencia de Dios. La primera vía, por ejemplo, es la del movimiento, y dice sencillamente que el movimiento del mundo ha de tener una causal inicial, y que esa causa es Dios. Lo que resulta interesante es comparar estas pruebas de la existencia de Dios con la de Anselmo que hemos expuesto más arriba en este capítulo. El argumento de Anselmo desconfiaba de los sentidos, y parte por tanto de la idea del Ser Supremo. Los de Tomás siguen una ruta completamente distinta, puesto que parten de los datos de los sentidos, y de ellos se remontan a la idea de Dios. Esto es consecuencia característica de la inspiración platónica de Anselmo frente a la aristotélica de Tomás. El primero cree que el verdadero conocimiento se encuentra exclusivamente en el campo de las ideas. El segundo cree que ese conocimiento parte de los sentidos.

La importancia de Santo Tomás para el curso posterior de la teología fue enorme, debido en parte a la estructura de su pensamiento, pero sobre todo al modo en que supo unir la doctrina tradicional de la iglesia con la nueva filosofía. En cuanto a lo primero, la Suma teológica se ha comparado a una vasta catedral gótica. Como veremos en el próximo capítulo, las catedrales góticas llegaron a ser imponentes edificios en los que cada elemento de la creación, desde el infierno hasta el cielo, tenía su lugar, y en que todos los elementos existían en perfecto equilibrio. De igual modo, la Suma teológica es una imponente construcción intelectual. Aun quien no concuerde con lo que Tomás dice en ella, no podrá negarle su belleza arquitectónica, su simetría en la que todo parece caer en su justo lugar. Empero la importancia de Tomás se debe sobre todo al modo en que supo hacer uso de una filosofía que otros veían como una seria amenaza a la fe, y que él convirtió en un instrumento en manos de esa misma fe. Durante siglos, la orientación platónica había dominado la teología de la iglesia occidental, a consecuencia de un largo proceso que hemos ido narrando en el curso de nuestra historia. Pero en todo caso, después que la teología de Agustín se impuso en el Occidente, junto a ella se impuso la filosofía platónica. Esa filosofía tenía grandes valores para el cristianismo, sobre todo en sus primeras luchas contra los paganos. En ella se hablaba de un Ser Supremo único e invisible. En ella se hablaba de otro mundo, superior a éste que perciben nuestros sentidos. En ella se hablaba, en fin, de un alma inmortal, que el fuego y las fieras no podían destruir. Pero el platonismo también encerraba graves peligros. El más serio de ellos era la posibilidad de que los cristianos se desentendieran cada vez más del mundo presente, que según el testimonio bíblico es creación de Dios. También existía el peligro de que la encarnación, la presencia de Dios en un ser humano de carne y hueso, quedara relegada a segundo plano, pues la perspectiva platónica llevaba a quienes la seguían a interesarse, no por realidades temporales, que pudieran colocarse en un momento particular de la historia humana, sino más bien en las verdades inmutables. Como personaje histórico, Jesucristo tendía entonces a desvanecerse, mientras la atención de los teólogos se centraba en el Verbo eterno de Dios. El advenimiento de la nueva filosofía amenazaba entonces buena parte del edificio que la teología tradicional había construido con la ayuda del platonismo. Por ello fueron muchos los que reaccionaron violentamente contra Aristóteles, y prohibieron que se leyeran sus libros o se enseñaran sus doctrinas. Esta era una reacción normal por parte de quienes veían peligrar su modo de entender la fe. Y sin embargo, la teología que Tomás propuso, aun en medio de la oposición de casi toda la iglesia de su tiempo, a la postre fue reconocida como mejor expresión de la doctrina cristiana.

LA SANTA INQUISICIÓN

“El peor inconveniente [de la instrucción inquisitorial], desde el punto de vista del preso, era la imposibilidad de una defensa adecuada. El papel de su abogado estaba limitado a presentar artículos de defensa a los jueces; aparte de esto no se permitían más argumentos ni preguntas. Esto significaba que, en realidad, los inquisidores eran a la vez juez y jurado, acusación y defensa, y la suerte del preso dependía enteramente del humor y el carácter de los inquisidores”.

Henry Kamen

Con el término Inquisición se hace referencia a diversas instituciones creadas con el fin de suprimir la herejía – doctrina mantenida en oposición al dogma de cualquier iglesia –, dentro del seno de la Iglesia Católica. La Inquisición medieval, de la que derivarían todas las demás, fue fundada en 1184 en el sur de Francia para combatir la herejía de los cátaros o albigenses, pero tuvo poco efecto al no proporcionarse apenas medios. La Inquisición en sí no se constituyó hasta 1231, con los estatutos Excommunicamus del papa Gregorio IX. Con ellos el papa redujo la responsabilidad de los obispos en materia de ortodoxia, sometió a los inquisidores bajo la jurisdicción del pontificado, y estableció severos castigos. El cargo de inquisidor fue confiado casi en exclusiva a los franciscanos y a los dominicos, a causa de su mejor preparación teológica y su supuesto rechazo de las ambiciones mundanas. En un principio, esta institución se implantó sólo en Alemania y Aragón, aunque poco después ya se extendió al resto de Europa, siendo su influencia diferente según el país. En España, los reyes católicos Isabel y Fernando fundaron el Tribunal de la Santa Inquisición en 1478, con la bendición del papa Sixto IV. El Tribunal estaba integrado por eclesiásticos, conocedores del dogma y moral católica. Ellos se encargaban de juzgar los delitos relacionados con la fe y las buenas costumbres. Este Tribunal también era el responsable de juzgar a aquellos que tenían otras religiones como los musulmanes y los judíos, además de vigilar la sinceridad de sus conversiones.

Métodos de tortura empleados.

La Inquisición fue un tribunal eclesiástico establecido en Europa durante la Edad Media para castigar los delitos contra la fe. Sus víctimas eran las brujas, los homosexuales, los blasfemos, los herejes (cristianos que niegan algunos de los

dogmas de su religión) y los acusados de judaizar en secreto. Los acusados eran brutalmente interrogados, mediante torturas, y ejecutados sin ninguna piedad, requisándose sus bienes. Veamos algunos ejemplos de tortura.

Torturas para el castigo ejemplarizante y la humillación pública: Se trataba de objetos que se le colocaban al reo para humillarle ante los ciudadanos; éste era insultado y maltratado por la muchedumbre mientras el verdugo multiplicaba su tormento, de distintas maneras, según cuál fuera el instrumento que se impusiera. Estos instrumentos de condena se imponían por las causas menos graves, como desobediencia, desorden público, a los vagos, borrachos y a quienes no cumplían con sus obligaciones religiosas. Un ejemplo de este tipo de tortura es la flauta del alborotador: en este instrumento, hecho de hierro, el collar se cerraba fuertemente al cuello de la víctima, sus dedos eran aprisionados con mayor o menor fuerza, a voluntad del verdugo, llegando a aplastar la carne, huesos y articulaciones de los dedos.

Objetos vinculados al castigo físico y tortura de los reos: La finalidad de estos objetos era causar un largo dolor, y en su mayoría provocaban una muerte agonizante. Hay dos instrumentos llamativos: La dama de hierro, que consistía en un gran sarcófago con forma de muñeca en cuyo interior, repleto de púas, se situaba a la víctima y se cerraba, quedando todas las púas clavadas en su cuerpo. El otro instrumento a destacar es la cuna de Judas, una pirámide de madera o hierro, sobre la cual se alzaba a la víctima, y una vez arriba, se la dejaba caer sobre ella, desgarrando el ano o la vagina.

Instrumentos que tenían como objetivo final la ejecución: Están diseñados para causar la muerte, pero dejar al reo sentir el tormento que se le aplicaba. Dos de los instrumentos de este grupo son: El aplastacabezas, un instrumento que primero rompía la mandíbula de la víctima, después se hacían brechas en el cráneo y, por último, el cerebro se “escurre” por la cavidad de los ojos y entre los fragmentos del cráneo. También está la sierra, más que un instrumento es una forma de tortura y ejecución. Es muy sencilla pero a la vez muy eficaz, consistía simplemente en colgar a la víctima “boca abajo” y cortarla por la mitad partiendo de la ingle, con una sierra muy afilada. El reo siente todo el proceso hasta que la sierra avanza un poco más del ombligo, en ese momento la víctima muere. A este proceso eran condenados los homosexuales, sobre todo los hombres.

Aparatos creados para torturar específicamente a las mujeres: No fueron escasos los objetos ideados para torturar y hacer sufrir a mujeres acusadas de brujería, prostitución o adulterio. Normalmente, pocas mujeres eran acusadas de herejía. El cinturón de castidad es el instrumento más destacado en este bloque, aunque no fuera exactamente un medio de tortura, sino que más bien se usaba para garantizar la fidelidad de las esposas durante los períodos de largas ausencias de los maridos, y sobre todo de las mujeres de los cruzados que partían para Tierra Santa. La fidelidad era de este modo asegurada durante períodos breves de un par de días o como máximo de pocas semanas, nunca por tiempo más dilatado. No podía ser así, porque una mujer trabada de esta manera perdería en breve la vida a causa de las infecciones ocasionadas por la acumulación tóxica no retirada, las abrasiones y las magulladuras provocadas por el mero contacto con el hierro. La pera oral, rectal o vaginal: era un instrumento con forma de “pera al revés”, hecho de hierro que terminaba con una llave de bronce y un gran tornillo. Fue creado para torturar a las mujeres, pero más adelante se descubrió que también era muy eficaz para los hombres. Se embutían en la boca, recto o vagina de la víctima, y allí se desplegaban por medio del tornillo hasta su máxima apertura. El interior de la cavidad quedaba dañado irremediablemente. Las puntas que sobresalen del extremo de cada segmento servían para desgarrar mejor el fondo de la garganta, del recto o de la cerviz del útero. La pera oral normalmente se aplicaba a los predicadores heréticos. La pera vaginal, en cambio, estaba destinada a las mujeres culpables de tener relaciones con Satanás o con uno de sus familiares, y la rectal a los homosexuales.

LOS MÁRTIRES DE LA SANTA INQUISICIÓN

“Mi Señor Jesús fue atado con una cadena más dura que ésta por mi causa; ¿por qué debería avergonzarme de ésta tan oxidada?”.

John Huss

Desde su aparición y dirigida especialmente por Domingo y su orden de los predicadores, la santa inquisición cobro miles de muertes alrededor de toda Europa, siendo la de España la más temible. En este periodo macabro de cruel y sangrienta persecución perdieron la vida incontables víctimas que no se sujetaron a los dogmas heréticos de la iglesia católica, hoy estudiaremos la vida de algunos de ellos y terminaremos en el umbral de un nuevo episodio de la historia de la iglesia: los primeros rayos de la reforma. John Fox en su libro los Mártires nos detalle el martirio de algunos de ellos.

Nicholas Burton.

El cinco de noviembre de alrededor del año 1560 de nuestro Señor, el señor Nicholas Burton, ciudadano de Londres y mercader, que vivía en la parroquia de San Bartolomé el menor de manera pacífica y apacible, llevando a cabo su actividad comercial, y hallándose en la ciudad de Cádiz, en Andalucía, España, acudió a su casa un Judas, o, como ellos los llaman, un familiar de los padres de la Inquisición; éste, pidiendo por el dicho Nicholas Burton, fingió tener una carta que darle a la mano, y por este medio pudo hablar con él personalmente. No teniendo carta alguna que darle, le dijo el dicho familiar, por el ingenio que le había dado su amo el diablo, que tomara carga para Londres en los barcos que el dicho Nicholas hubiera fletado para su carga, si quería dejarle alguno; esto era en parte para saber dónde cargaba sus mercancías, y principalmente para retrasarlo hasta que llegara el sargento de la Inquisición para prender a Nicholas Burton, lo que se hizo finalmente. El, sabiendo que no le podían acusar de haber escrito, hablado o hecho cosa alguna en aquel país contra las leyes eclesiásticas o temporales del reino, les preguntó abiertamente de qué le acusaban que lo arrestaran así, y les dijo que lo hicieran, que él respondería a tal acusación. Pero ellos nada le respondieron, sino que le ordenaron, con amenazas, que se callara y que no les dijera una sola palabra a ellos. Así lo llevaron a la inmunda cárcel común de Cádiz, donde quedó encadenado durante catorce días entre ladrones. Durante todo este tiempo instruyó de tal manera a los pobres presos en la Palabra de Dios, en conformidad al buen talento que Dios le había otorgado a este respecto, y también en el conocimiento de la lengua castellana, que en aquel breve tiempo consiguió que varios de aquellos supersticiosos e ignorantes españoles abrazaran la Palabra de Dios y rechazaran sus tradiciones papistas. Cuando los oficiales de la Inquisición supieron esto, lo llevaron cargado de cadenas desde allí a una ciudad llamada Sevilla, a una cárcel más cruel y apiñada llamada Triana, en la que los dichos padres de la Inquisición procedieron contra él en secreto en base de su usual cruel tiranía, de modo que nunca se le permitió ya ni escribir ni hablar a nadie de su nación; de modo que se desconoce hasta el día de hoy quién fue su acusador.

Después, el día veinte de diciembre, llevaron a Nicholas Burton, con un gran número de otros presos, por profesar la verdadera religión cristiana, a la ciudad de Sevilla, a un lugar donde los dichos inquisidores se sentaron en un tribunal que ellos llaman auto. Lo habían vestido con un sambenito, una especie de túnica en la que había en diversos lugares pintada la imagen de un gran demonio atormentando un alma en una llama de fuego, y en su cabeza le habían puesto una coraza con el mismo motivo. Le habían puesto un aparato en la boca que le forzaba la lengua fuera, aprisionándola, para que no pudiera dirigir la palabra a nadie para expresar ni su fe ni su conciencia, y fue puesto junto a otro inglés de Southampton, y a varios otros condenados por causas religiosas, tanto franceses como españoles, en un cadalso delante de la dicha Inquisición, donde se leyeron y pronunciaron contra ellos sus juicios y sentencias. Inmediatamente después de haber pronunciado estas sentencias, fueron llevados de allí al lugar de ejecución, fuera de la ciudad, donde los quemaron cruelmente. Dios sea alabado por la constante fe de ellos. Este Nicholas Burton mostró un rostro tan radiante en medio de las llamas, aceptando la muerte con tal paciencia y gozo, que sus atormentadores y enemigos que estaban junto a él, se dijeron que el diablo había tomado ya su alma antes de llegar al fuego; y por ello dijeron que había perdido la sensibilidad al sufrimiento. Lo que sucedió tras el arresto de Nicholas Burton fue que todos los bienes y mercancías que había traído consigo a España para el comercio le fueron confiscadas, según lo que ellos solían hacer; entre aquello que tomaron había muchas cosas que pertenecían a otro mercader inglés, que le había sido entregado como comisionado. Así, cuando el otro mercader supo que su comisionado estaba arrestado, y que sus bienes estaban confiscados, envió a su abogado a España, con poderes suyos para reclamar y demandar sus bienes. El nombre de este abogado era John Fronton, ciudadano de Bristol. Cuando el abogado hubo desembarcado en Sevilla y mostrado todas las cartas y documentos a la casa santa, pidiéndoles que aquellas mercancías le fueran entregadas, le respondieron que tenía que hacer una demanda por escrito, y pedir un abogado (todo ello, indudablemente, para retrasarlo), e inmediatamente le asignaron uno para que redactara su súplica, y otros documentos de petición que debía exhibir ante su santo tribunal, cobrando ocho reales por cada documento. Sin embargo, no le hicieron el menor caso a sus papeles, como si no hubiera entregado nada. Durante tres o cuatro meses, este hombre no se perdió acudir cada mañana y tarde al palacio del inquisidor, pidiéndoles de rodillas que le concedieran su solicitud, y de manera especial al obispo de Tarragona, que era en aquellos tiempos el jefe de la Inquisición en Sevilla, para que él, por medio de su autoridad absoluta, ordenara la plena restitución de los bienes. Pero el botín era tan suculento y enorme que era muy difícil desprenderse de él. Finalmente, tras haber pasado cuatro meses enteros en pleitos y ruegos, y también sin esperanza alguna, recibió de ellos la respuesta de que debía presentar mejores evidencias y traer certificados más completos desde Inglaterra como prueba de su demanda que la que había presentado hasta entonces ante el tribunal. Así, el demandante partió para Londres, y rápidamente volvió a Sevilla, con más amplias y completas cartas de testimonio, y certificados, según le había sido pedido, y presentó todos estos documentos ante el tribunal. Sin embargo, los inquisidores seguían sacándose de encima, excusándose por falta de tiempo, y por cuanto estaban ocupados en asuntos más graves, y con respuestas de esta especie lo fueron esquivando, hasta cuatro meses después. Al final, cuando el demandante ya casi había gastado casi todo su dinero, y por ello argüía más intensamente por ser atendido, le pasaron toda la cuestión al obispo, quien, cuando el demandante acudió a él, le respondió así: «Que por lo que a él respectaba, sabía lo que debía hacerse; pero él sólo era un

hombre, y la decisión pertenecía a los otros comisionados, y no sólo a él»; así, pasándose unos el asunto a los otros, el demandante no pudo obtener el fin de su demanda. Sin embargo, por causa de su importunidad, le dijeron que habían decidido atenderle. Y la cosa fue así: uno de los inquisidores, llamado Gasco, hombre muy bien experimentado en estas prácticas, pidió al demandante que se reuniera con él después de la comida. Aquel hombre se sintió feliz de oír las nuevas, suponiendo que le iban a entregar sus mercancías, y que le habían llamado con el propósito de hablar con el que estaba encarcelado para conferenciar acerca de sus cuentas, más bien por un cierto mal entendido, oyendo que los inquisidores decían que sería necesario que hablara con el preso, y con ello quedando más que medio convencido de que al final iban a actuar de buena fe. Así, acudió allí al caer la tarde. En el acto que llegó, lo entregaron al carcelero, para que lo encerrara en la mazmorra que le habían asignado. El demandante, pensando al principio que había sido llamado para alguna otra cosa, y al verse, en contra de lo que pensaba, encerrado en una oscura mazmorra, se dio cuenta finalmente de que no le darían las cosas como habla pensado. Pero al cabo de dos o tres días fue llevado al tribunal, donde comenzó a demandar sus bienes; y por cuanto se trataba de algo que les servía bien sin aparentar nada grave, le invitaron a que recitara la oración Ave María: Ave María gratia plena, Dominas tecum, benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui Jesús Amen. Esta oración fue escrita palabra por palabra conforme él la pronunciaba, y sin hablar nada más acerca de reclamar sus bienes, porque ya era cosa innecesaria, lo mandaron de nuevo a la cárcel, y entablaron proceso contra él como hereje, porque no había dicho su Ave María a la manera romanista, sino que había terminado de manera muy sospechosa, porque debía haber añadido al final: Sancta María mater Dei, ora pro nobis peccatoribus. Al omitir esto, había evidencia suficiente (dijeron ellos) de que no admitía la mediación de los santos. Así suscitaron un proceso para detenerlo en la cárcel por más tiempo, y luego llevaron su caso a su tribunal disfrazado de esta manera, y allí se pronunció sentencia de que debería perder todos los bienes que había demandado, aunque no fueran suyos, y además sufrir un año de cárcel. Mark Brughes, inglés y patrón de una nave inglesa llamada el Minion, fue quemado en una ciudad en Portugal.

El Dr. Egidio.

El doctor Egidio había sido educado en la universidad de Alcalá, donde recibió varios títulos, y se aplicó de manera particular al estudio de las Sagradas Escrituras y de la teología escolástica. Cuando murió el profesor de teología, él fue elegido para tomar su lugar, y actuó para tal satisfacción de todos que su reputación de erudición y piedad se extendió por toda Europa. Egidio, sin embargo, tenía sus enemigos, y estos se quejaron de él ante la Inquisición, que le enviaron una cita, y cuando compareció, le enviaron a un calabozo. Como la mayoría de los que pertenecían a la iglesia catedral de Sevilla, y muchas personas que pertenecían al obispado de Dordoi, aprobaban totalmente las doctrinas de Egidio, que consideraban perfectamente coherentes con la verdadera religión, hicieron una petición al emperador en su favor. Aunque el monarca había sido educado como católico romano, tenía demasiado sentido común para ser un fanático, y por ello envió de inmediato una orden para que fuera liberado. Poco después visitó la iglesia de Valladolid, e hizo todo en su mano por promover la causa de la religión. Volviendo a su casa, poco después enfermó, y murió en la más extrema vejez. Habiéndose visto frustrados los inquisidores de satisfacer su malicia contra él mientras vivía, decidió (mientras todos los pensamientos del emperador se dirigían a una campaña militar) a lanzar su venganza contra él ya muerto. Así, poco después que muriera ordenaron que sus restos fueran exhumados, y se emprendió un proceso legal, en el que fueron condenados a ser quemados, lo que se ejecutó.

El Dr. Constantino.

El doctor Constantino era un amigo íntimo del ya mencionado doctor Egidio, y era un hombre de unas capacidades naturales inusuales y de profunda erudición. Además de conocer varias lenguas modernas, estaba familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, y no sólo conocía bien las ciencias llamadas abstractas, sino también las artes que se denominan como literatura amena. Su elocuencia le hacía placentero, y la rectitud de su doctrina lo hacía un predicador provechoso; y era tan popular que nunca predicaba sin multitudes que le escucharan. Tuvo muchas oportunidades para ascender en la Iglesia, pero nunca quiso aprovecharlas. Si se le ofrecían unas rentas mayores que la suya, rehusaba, diciendo: «Estoy satisfecho con lo que tengo»; y con frecuencia predicaba tan duramente contra la simonía que muchos de sus superiores, que no eran tan estrictos acerca de esta cuestión, estaban en contra de sus doctrinas por esta cuestión. Habiendo quedado plenamente confirmado en el protestantismo por el doctor Egidio, predicaba abiertamente sólo aquellas doctrinas que se conformaban a la pureza del Evangelio, sin las contaminaciones de los errores que en varias eras se infiltraron en la Iglesia Romana. Por esta razón tenía muchos enemigos entre los católicos - romanos, y algunos de ellos estaban totalmente dedicados a destruirle. Un digno caballero llamado Scobaria, que había fundado una escuela para clases de teología, designó al doctor Constantino para que fuera profesor en ella. De inmediato emprendió él la tarea, y leyó conferencias, por secciones, acerca de Proverbios, Eclesiastés, y Cantares; comenzaba a exponer el Libro de Job cuando fue aprehendido por los inquisidores. El doctor Constantino había depositado varios libros con una mujer llamada Isabel Martín, que para él eran muy valiosos, pero que sabía que para la inquisición eran perniciosos. Esta mujer, denunciada como protestante, fue prendida, y,

después de un breve proceso, se ordenó la confiscación de sus bienes. Pero antes que los oficiales llegaran a su casa, el hijo de la mujer había hecho sacar varios baúles llenos de los artículos más valiosos, y entre ellos estaban los libros del doctor Constantino. Un criado traidor dio a conocer esto a los inquisidores, y despacharon un oficial para exigir los baúles. El hijo, suponiendo que el oficial sólo quería los libros de Constantino, le dijo: «Sé lo que busca, y se lo daré inmediatamente.» Entonces le dio los libros y papeles del doctor Constantino, quedando el oficial muy sorprendido al encontrar algo que no se esperaba. Sin embargo, le dijo al joven que estaba contento que le diera estos libros y papeles, pero que tenía sin embargo que cumplir la misión que le había sido encomendada, que era llevarlo a él y los bienes que había robado a los inquisidores, lo que hizo de inmediato; el joven bien sabía que sería en vano protestar o resistirse, y por ello se sometió a su suerte. Los inquisidores, en posesión ahora de los libros y escritos de Constantino, tenían ahora material suficiente para presentar cargos en su contra. Cuando fue llamado a un interrogatorio, le presentaron uno de sus papeles, preguntándole si conocía de quién era la escritura. Dándose cuenta que era todo suyo, supuso lo sucedido, confesó el escrito, y justificó la doctrina en él contenida, diciendo: en esto ni en ninguno de mis escritos me he apartado jamás de la verdad del Evangelio, sino que siempre he tenido a la vista los puros preceptos de Cristo, tal como Él los entregó a la humanidad. Después de una estancia de más de dos años en la cárcel, el doctor Constantino fue víctima de una enfermedad que le provocó una hemorragia, poniendo fin a sus miserias en este mundo. Pero el proceso fue concluido contra su cuerpo, que fue quemado públicamente.

William Gardiner.

William Gardiner nació en Bristol, recibió una educación tolerable, y fue, en una edad apropiada, puesto bajo los cuidados de un mercader llamado Paget. A la edad de veintiséis años fue enviado, por su amo, a Lisboa, para actuar como factor. Aquí se aplicó al estudio del portugués, llevó a cabo su actividad con eficacia y diligencia, y se comportó con la más atrayente afabilidad con todas las personas, por poco que las conociera. Mantenía mayor relación con unos pocos que conocía como celosos protestantes, evitando al mismo tiempo con gran cuidado dar la más mínima ofensa a los católico-romanos. Sin embargo, no había asistido nunca a ninguna de las iglesias papistas. Habiéndose concertado el matrimonio entre el hijo del rey de Portugal y la Infanta de España, en el día del casamiento el novio, la novia y toda la corte asistieron a la iglesia catedral, concurrida por multitudes de todo rango, y entre el resto William Gardiner, que estuvo presente durante toda la ceremonia, y que quedó profundamente afectado por las supersticiones que contempló. El erróneo culto que había contemplado se mantenía constante en su mente; se sentía desgraciado al ver todo un país hundido en tal idolatría, cuando se podría tener tan fácilmente la verdad del Evangelio. Por ello, tomó la decisión, loable pero inconsiderada, de llevar a cabo una reforma en Portugal, o de morir en el intento, y decidió sacrificar su prudencia a su celo, aunque llegara a ser mártir por ello. Para este fin concluyó todos sus asuntos mundanos, pagó todas sus deudas, cerró sus libros y consignó su mercancía. Al siguiente domingo se dirigió de nuevo a la iglesia catedral, con un Nuevo Testamento en su mano, y se dispuso cerca del altar. Pronto aparecieron el rey y la corte, y un cardenal comenzó a decir la Misa; en aquella parte de la ceremonia en la que el pueblo adora la hostia, Gardiner no pudo contenerse, sino que saltando hacia el cardenal, le cogió la hostia de las manos, y la pisoteó. Esta acción dejó atónita a toda la congregación, y una persona, empuñando una daga, hirió a Gardiner en el hombro, y lo habría matado, asestándole otra puñalada, si el rey no le hubiera hecho desistir. Llevado Gardiner ante el rey, éste le preguntó quién era, contestándole: «Soy inglés de nacimiento, protestante de religión, y mercader de profesión. Lo que he hecho no es por menosprecio a vuestra regia persona; Dios no quiera, sino por una honrada indignación al ver las ridículas supersticiones y las burdas idolatrías que aquí se practican.» El rey, pensando que habría sido inducido a este acto por alguna otra persona, le preguntó quién le había llevado a cometer aquello, a lo que él replicó: «Sólo mi conciencia. No habría arriesgado mi vida de este modo por ningún hombre vivo, sino que debo este y todos mis otros servicios a Dios.» Gardiner fue mandado a la cárcel, y se emitió una orden de apresar a todos los ingleses en Lisboa. Esta orden fue cumplida en gran medida (unos pocos escaparon) y muchas personas inocentes fueron torturadas para hacerles confesar si sabían algo acerca del asunto. De manera particular, un hombre que vivía en la misma casa que Gardiner fue tratado con una brutalidad sin paralelo para hacerle confesar algo que arrojara algo de luz sobre esta cuestión. El mismo Gardiner fue luego torturado de la forma más terrible, pero en medio de sus tormentos se gloriaba en su acción. Sentenciado a muerte, se encendió una gran hoguera cerca de un cadalso. Gardiner fue subido al cadalso mediante poleas, y luego bajado cerca del fuego, pero sin llegar a tocarlo; de esta manera lo quemaron, o mejor dicho, lo asaron a fuego lento. Pero soportó sus sufrimientos pacientemente, y entregó animosamente su alma al Señor. Es de observar que algunas de las chispas que fueron arrastradas del fuego que consumió a Gardiner por medio del viento quemaron uno de los barcos de guerra del rey, y causaron otros considerables daños. Los ingleses que fueron detenidos en esta ocasión fueron todos liberados poco después de la muerte de Gardiner, excepto el hombre que vivía en la misma casa que él, que estuvo detenido por dos años antes de lograr su libertad.

CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

“Los historiadores fijan la caída de Constantinopla, en 1453, como el punto de la división entre los tiempos medievales y modernos. El Imperio Griego nunca se recobró de la conquista de los cruzados en 1204”.

Jesse Lyman Hurlbut

La caída de Constantinopla da inicio al fin de la Edad Media. Al ser tomada Constantinopla el comercio y el enlace cultural entre Asia y Europa se ve cortada, dando inicio a escasez de muchos productos necesarios. Con esto da origen a la búsqueda de nuevas rutas comerciales, ocasionando así el descubrimiento de América y dando inicio a la Edad Moderna. Mientras el Imperio Bizantino entro en plena decadencia, comenzó a formarse en el Asia Menor un nuevo imperio conocido como el Imperio de los Turcos los cuales estaban emparentados con los mongoles del Turquestán y eran gobernados por sultanes. En el año 1296 surgieron los Otomanos los cuales eran turcos que se habían separado de otras tribus de Turkestán al mando de su caudillo Otmán u Osmán, estos avanzaron conquistando varias provincias y al final en el año 1453 Constantinopla cayó bajo el ataque del ejército turco comandado por Mohamed II. De esto Jesse Lyman Hurlbut nos comenta: *“En solo día el templo de Santa Sofía se transformó en una mezquita y Constantinopla fue hasta 1920 la ciudad de los sultanes y la capital Imperio Turco. En 1923, declararon Ankara capital de Turquía. La Iglesia Griega continúa con su patriarca, despojado de todo menos de su autoridad eclesiástica, con residencia en Constantinopla (Estambul). Con la caída de Constantinopla en 1453, termina el período de la iglesia medieval”.*



Camino hacia la Reforma

“Una iglesia que devasta, que ampara a prostitutas, mozalbetes licenciosos y ladrones, y en cambio persigue a los buenos y perturba la vida cristiana no está impulsada por la religión sino por el diablo, al que no solo se le puede, sino que se le debe hacer frente”.

Girolamo Savonarola

“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga”.

Apocalipsis 2:24-25

INTRODUCCIÓN

La Edad Media está por terminar y una densa capa de oscuridad se había extendido por todo el mundo, reinaba la anarquía religiosa, reyes y príncipes gobernaban bajo el dominio supersticioso de la Iglesia Católica y los pocos que se atrevían a desafiarla eran condenados a persecución y muerte en manos de los verdugos de la Santa Inquisición. Sin embargo, en este mundo de oscuridad la luz del evangelio no se apagó, sino aun en los últimos años de este periodo Dios levanto hombres que no toleraron estas doctrinas heréticas y retuvieron la verdad hasta el fin de sus días siendo así los albores de un movimiento que transformaría el mundo completamente. ***Denominamos con el nombre de Camino hacia la Reforma al periodo de tiempo de la historia eclesiástica que abarca los últimos 200 años de la Edad Media que pusieron los primeros cimientos para la Reforma protestante.*** Si bien este periodo aun pertenece a la Iglesia de la Edad Media, vale la pena hacer un paréntesis dentro de este periodo, espacialmente por aquellos hombres que pusieron los fundamentos y principios para iniciar el periodo de la gran Reforma protestante que cambio completamente la historia de la humanidad y dio un golpe fatal al reino de confusión que Satanás había establecido. Veremos en este periodo de no más de

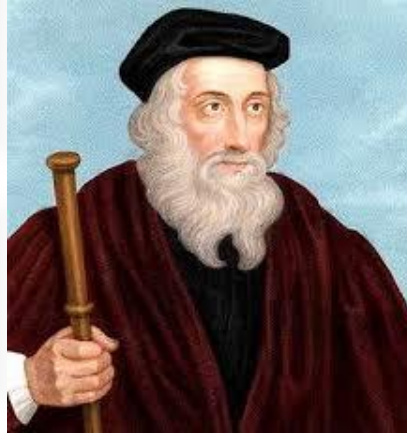
200 años las vidas destacadas de tres hombres que desafiaron la tiranía religiosa de su tiempo y se atrevieron a proclamar el verdadero mensaje del evangelio de Jesucristo.

JUAN WYCLIFF LA ESTRELLA MATUTINA DE LA REFORMA

“Se me ha acusado de esconder, bajo una máscara de santidad, la hipocresía, el odio y el rencor. Me temo, y con dolor confieso, que tal cosa me ha acaecido con harta frecuencia”.

Juan Wyclif

Este célebre reformador, llamado «La Estrella Matutina de la Reforma», nació alrededor del año 1324, durante el reinado de Eduardo II. De su familia no tenemos información cierta. Sus padres lo designaron para la Iglesia, y lo enviaron a Queen's College, en Oxford, que había sido fundado por entonces por Robert Eaglesfield, confesor de la Reina Felipa. Pero al no ver las ventajas para el estudio que esperaba en aquel establecimiento nuevo, pasó al Merton College, que era entonces considerado como una de las instituciones más eruditas de Europa. Lo primero que lo hizo destacar en público fue su defensa de la universidad contra los frailes mendicantes que, para este tiempo, desde su establecimiento en Oxford en 1230, habían sido unos vecinos enojosos para la universidad. Se fomentaban de continuo las pendencias; los frailes apelaban al Papa, y los académicos a la autoridad civil; a veces prevalecía un partido, a veces el otro. Los frailes llegaron a encariñarse mucho con el concepto de que Cristo era un mendigo común; que sus discípulos también lo fueron; y que la mendicidad era una institución evangélica. Esta doctrina la predicaban desde los púlpitos y en los lugares donde tuvieran acceso. Wycliff había menospreciado durante mucho tiempo a estos frailes por la pereza con que se desenvolvían, y ahora tenía una buena oportunidad para denunciarlos. Publicó un tratado en contra de la mendicidad de personas capaces, y demostró que no sólo eran un insulto a la religión, sino también a la sociedad humana. La universidad comenzó a considerarlo como uno de sus principales campeones, y pronto fue ascendido a maestro de Baliol College.



Juan Wycliff

Alrededor de este tiempo, el arzobispo Islip fundó Canterbury Hall, en Oxford, donde estableció a un rector y once académicos. Y fue Wycliff el escogido por el arzobispo para el rectorado, pero al morir éste, su sucesor Stephen Langham, obispo de Ely, lo depuso. Como en esto hubo una flagrante injusticia, Wycliff apeló al Papa, que posteriormente dio sentencia en su contra por la siguiente causa: Eduardo III, que era rey de Inglaterra, había retirado el tributo que desde el tiempo del Rey Juan se había pagado al Papa. El Papa amenazó; Eduardo entonces convocó un Parlamento. El Parlamento resolvió que el Rey Juan había cometido un acto ilegal, y entregado los derechos de la nación, y aconsejó al rey a que no se sometiera, fueran cuales fueran las consecuencias. El clero comenzó ahora a escribir en favor del Papa, y un erudito monje publicó un animoso y plausible tratado, que tenía muchos defensores. Wycliff, irritado al ver una causa tan mala tan bien defendida, se opuso al monje, y ello de forma tan magistral, que ya no se consideraron sus argumentos como irrefutables. De inmediato perdió su causa en Roma, y nadie abrigaba ninguna duda de que era su oposición al Papa en un momento tan crítico la causa verdadera de que no se le hiciera justicia en Roma. Wycliff fue después escogido a la cátedra de teología, y

ahora quedó plenamente convencido de los errores de la Iglesia de Roma y de la vileza de sus agentes monásticos, y decidió denunciarlos. En conferencias públicas fustigaba sus vicios y se oponía a sus insensateces. Expuso una variedad de abusos cubiertos por las tinieblas de la superstición. Al principio comenzó a deshacer los prejuicios del vulgo, y siguió con lentos avances; junto a las disquisiciones metafísicas de la época mezcló opiniones teológicas aparentemente novedosas. Las usurpaciones de la corte de Roma eran un tema favorito suyo. Acerca de éstas se extendía con toda la agudeza de su argumento, unidas con su razonamiento lógico. Esto pronto hizo clamar al clero, que, por medio del arzobispo de Canterbury, le privaron de su cargo. Para este tiempo, la administración de interior estaba a cargo del duque de Lancaster, bien conocido por el nombre de Juan de Gaunt. Este príncipe tenía unos conceptos religiosos muy libres, y estaba enemistado con el clero. Habiendo llegado a ser muy gravosas las exacciones de la corte de Roma, decidió enviar al obispo de Bangor y a Wycliff para que protestaran contra tales abusos, y se acordó que el Papa ya no podía disponer de ningunos beneficios pertenecientes a la Iglesia de Inglaterra. En esta embajada, la observadora mente de Wycliff penetró en los entresijos de la constitución y política de Roma, y volvió más decidido que nunca a denunciar su avaricia y ambición.

Habiendo recuperado su anterior situación, comenzó a denunciar al Papa en sus conferencias sus usurpaciones, su pretendida infalibilidad, su soberbia, su avaricia y su tiranía. Fue el primero en llamar Anticristo al Papa. Del Papa pasaba a la pompa, el lujo y las tramas de los obispos, y los contrastaba con la sencillez de los primeros obispos. Sus supersticiones y engaños eran temas que presentaba con energía de mente y con precisión lógica. Gracias al patronazgo del duque de Lancaster, Wycliff recibió un buen puesto, pero tan pronto estuvo instalado en su parroquia que sus enemigos y los obispos comenzaron a hostigarle con renovado vigor. El duque de Lancaster fue su amigo durante esta persecución, y por medio de su presencia y la de Lord Percy, conde mariscal de Inglaterra, predominó de tal manera en el juicio que todo acabó de manera desordenada. Después de la muerte de Eduardo III le sucedió su nieto Ricardo II, con sólo once años. Al no conseguir el duque de Lancaster ser el único regente, como esperaba, comenzó su poder a declinar, y los enemigos de Wycliff, aprovechándose de esta circunstancia, renovaron sus artículos de acusación en su contra. Consiguientemente, el Papa despachó cinco bulas al rey y a ciertos obispos, pero la regencia y el pueblo manifestaron un espíritu de menosprecio ante la altanera manera de proceder del pontífice, y necesitando este dinero para entonces oponerse a una inminente invasión de los franceses, propusieron aplicar una gran suma de dinero, recogida para el Papa, para este propósito. Sin embargo, esta cuestión fue sometida a la decisión de Wycliff. Sin embargo, los obispos, que apoyaban la autoridad del Papa, insistían en someter a Wycliff a juicio, y estaba ya sufriendo interrogatorios en Lambeth cuando, por causa de la conducta amotinada del pueblo fuera, y atemorizados por la orden de Sir Lewis Clifford, un caballero de la corte, en el sentido de que no debían decidirse por ninguna sentencia definitiva, terminaron todo el asunto con una prohibición a Wycliff de predicar aquellas doctrinas que fueran repugnantes para el Papa; pero el reformador la ignoró, pues yendo descalzo de lugar en lugar, y en una larga túnica de tejido basto, predicaba más vehemente que nunca. En el año 1378 surgió una contienda entre dos Papas, Urbano VI y Clemente VII, acerca de cuál era el Papa legítimo, el verdadero vicario de Cristo. Este fue un período favorable para el ejercicio de los talentos de Wycliff: pronto produjo un tratado contra el papado, que fue leído de buena gana por toda clase de gente. Para el final de aquel año, Wycliff cayó enfermo de una fuerte dolencia, que se temía pudiera resultar fatal. Los frailes mendicantes, acompañados por cuatro de los más eminentes ciudadanos de Oxford, consiguieron ser admitidos a su dormitorio, y le rogaron que se retractara, por amor de su alma, de las injusticias que había dicho acerca del orden de ellos. Wycliff, sorprendido ante éste solemne mensaje, se recostó en su cama, y con un rostro severo dijo: *“No moriré, sino que viviré para denunciar las maldades de los frailes”*. Cuando Wycliff se recuperó se dedicó a una tarea sumamente importante: la traducción de la Biblia al inglés. Antes de la aparición de esta obra, publicó un tratado, en el que exponía la necesidad de la misma. El celo de los obispos por suprimir las Escrituras impulsó enormemente su venta, y los que no podían procurarse una copia se hacían transcripciones de Evangelios o Epístolas determinadas. Posteriormente, cuando los loldos (se cree que fue un grupo de enseñaba las doctrinas de Wycliff, un término despectivo que sus enemigos les aplicaron, y que se deriva de una palabra holandesa que quiere decir “murmuradores”) fueron aumentando en número, y se encendieron las hogueras, se hizo costumbre atar al cuello del hereje condenado aquellos fragmentos de las Escrituras que se encontraran en su posesión, y que generalmente seguían su suerte. Inmediatamente después de esto, Wycliff se aventuró un paso más, y atacó la doctrina de la transubstanciación. Esta extraña opinión fue inventada por Paschade Radbert, y enunciada con un asombroso atrevimiento. Wycliff, en su lectura ante la Universidad de Oxford en 1381 atacó esta doctrina, y publicó un tratado acerca de ella. El doctor Barton, que era en aquel tiempo vicescanciller de Oxford, convocó a las cabezas de la universidad, condenó las doctrinas de Wycliff como heréticas, y amenazó a su autor con la excomunión. Wycliff al no conseguir ningún apoyo del duque de Lancaster, y llamado a comparecer ante su anterior adversario, William Courteney, ahora arzobispo de Canterbury se refugió bajo el alegato de que él, como miembro de la universidad, estaba fuera de la jurisdicción episcopal. Este alegato le fue admitido, por cuanto la universidad estaba decidida a defender a su miembro.

El tribunal se reunió en el día señalado, al menos para juzgar sus opiniones, y algunas fueron condenadas como erróneas, y otras como heréticas. La publicación acerca de esta cuestión fue inmediatamente contestada por Wycliff, que

había venido a ser el blanco de la decidida inquina del arzobispo. El rey, a petición del obispo, concedió una licencia para encarcelar al maestro de herejía, pero los comunes hicieron que el rey revocara esta acción como ilegal. Sin embargo, el primado obtuvo cartas del rey ordenando a la Universidad de Oxford que investigara todas las herejías y los libros que Wycliff había publicado; como consecuencia de esta orden hubo un tumulto en la universidad. Se supone que Wycliff se retiró de la tormenta a un lugar oscuro del reino. Pero las semillas habían sido sembradas, y las opiniones de Wycliff estaban tan difundidas que se dice que, si uno veía a dos personas en un camino, podía estar seguro de que una era un lolardo. Durante este período prosiguieron las disputas entre los dos papas. Urbano publicó una bula en la que llamaba a todos los que tuvieran consideración alguna por la religión a que se esforzaran en su causa, y a que tomaran armas contra Clemente y sus partidarios en defensa de la santa sede. Una guerra en la que se prostituía de manera tan vil el nombre de la religión despertó el interés de Wycliff, incluso en su ancianidad. Tomó otra vez la pluma, y escribió en contra de ella con la mayor acritud. Reprendió al Papa con la mayor libertad, y le preguntó: *"¿Cómo osáis hacer del emblema de Cristo en la cruz que es la prenda de la paz, de la misericordia y de la caridad una bandera que nos lleve a matar a hombres cristianos por amor a dos falsos sacerdotes, y a oprimir a la cristiandad de manera peor que Cristo y Sus apóstoles fueron oprimidos por los judíos? ¿Cuándo el soberbio sacerdote de Roma concederá indulgencias a la humanidad para vivir en paz y caridad, como lo hace ahora para que luchen y se maten entre sí?"*. Este severo escrito le atrajo el resentimiento de Urbano, y hubiera podido envolverlo en mayores inquietudes que las que había experimentado hasta entonces. Pero fue providencialmente librado de sus manos. Cayó víctima de una parálisis, y aunque vivió un cierto tiempo, estaba de tal manera que sus enemigos consideraron como resultado de su resentimiento. Wycliff volvió tras un breve espacio de tiempo, bien de su destierro, bien de algún lugar en el que hubiera estado guardado en secreto, y se reintegró a su parroquia de Lutterworth, donde era párroco; allí, abandonando apaciblemente esta vida mortal, durmió en paz en el Señor, al final del año 1384, en el día de Silvestre. Parece que estaba muy envejecido cuando murió, y que lo mismo le complacía de anciano que lo que le habla complacido de joven.

Wycliff tenía motivos por agradecerles que al menos le dieran reposo mientras vivió, y que le dieran tanto tiempo después de su muerte, cuarenta y un años de reposo en su sepulcro, antes que exhumaran su cuerpo y lo convirtieran de polvo a cenizas; cenizas que fueron luego echadas al río. Y así fue transformado en tres elementos: tierra, fuego y agua, pensando que así extinguían y abolían el nombre y la doctrina de Wycliff para siempre. No muy diferente del ejemplo de los antiguos fariseos y vigilantes del sepulcro que, tras haber llevado al Señor a la tumba, pensaron que lograrían asegurar que no resucitara. Pero estos y todos los demás han de saber que, así como no hay consejo contra el Señor, tampoco puede suprimirse la verdad, sino que rebrotará y renacerá del polvo y de las cenizas, tal como sucedió en verdad con este hombre; porque aunque exhumaron su cuerpo, quemaron sus huesos y ahogaron sus cenizas, no pudieron sin embargo quemar la palabra de Dios y la verdad de su doctrina, ni el fruto y triunfo de la misma.

JUAN HUSS EL GANSO DE DIOS

"Prefiero herirlos con la verdad que matarlos con la mentira".

Juan Huss

Los pontífices romanos, que habían usurpado el poder sobre varias iglesias, fueron particularmente severos con los bohemios, hasta el punto de que les enviaron dos ministros y cuatro laicos a Roma, en el año 997, para obtener peticiones del Papa. Después de algún retardo, les fue concedida su petición, y solucionada la situación. Se les permitieron dos cosas en particular: tener el servicio divino en su propia lengua, y que el pueblo pudiera participar de la copa en el Sacramento. Sin embargo, las disputas volvieron a renacer, intentando los siguientes Papas por todos sus medios imponerse sobre las mentes de los bohemios, y estos, animosamente, tratando de preservar sus libertades religiosas. En el año 1375, algunos celosos amigos del Evangelio apelaron a Carlos, rey de Bohemia, para que convocara un Concilio Ecuménico para hacer una indagación en los abusos que se habían introducido en la Iglesia, y para llevar a cabo una reforma plena y exhaustiva. El rey, que no sabía cómo proceder, envió al Papa una comunicación pidiéndole consejo acerca de cómo proceder; pero el pontífice se sintió tan indignado ante este asunto que su única contestación fue: "Castigad severamente a estos desconsiderados y profanos herejes". El monarca, por ello, desterró a todos los que estaban implicados en esta solicitud, y, para halagar al Papa, impuso un gran número de restricciones adicionales sobre las libertades religiosas del pueblo. Las víctimas de la persecución, sin embargo, no fueron tan numerosas en Bohemia sino hasta después de la quema de Juan Huss y de Jerónimo de Praga. Estos dos eminentes reformadores fueron condenados y ejecutados a instigación del Papa y de sus emisarios, como el lector verá por la lectura de los siguientes breves bosquejos de sus vidas.



Juan Hus

Juan Huss nació en Hussenitz, un pueblo de Bohemia, alrededor del año 1380. Sus padres le dieron la mejor educación que le permitían sus circunstancias; y habiendo adquirido un buen conocimiento de los clásicos en una escuela privada, pasó a la universidad de Praga, donde pronto dio pruebas de su capacidad intelectual, y donde se destacó por su diligencia y aplicación al estudio. En 1398, Huss alcanzó el grado de bachiller en divinidad, y después fue sucesivamente elegido pastor de la Iglesia de Belén, en Praga, y decano y rector de la universidad. En estas posiciones cumplió sus deberes con gran fidelidad, y al final se destacó de tal manera por su predicación, que se conformaba a las doctrinas de Wycliff, que no era probable que pudiera escapar a la atención del Papa y de sus partidarios, contra los que predicaba con no poca aspereza. El reformista inglés Wycliff había encendido de tal manera la luz de la reforma, que comenzó a iluminar los rincones más tenebrosos del papado y de la ignorancia. Sus doctrinas se esparcieron por Bohemia, y fueron bien recibidas por muchas personas, pero por nadie tan en particular como por Juan Huss y su celoso amigo y compañero de martirio, Jerónimo de Praga. El arzobispo de Praga, al ver que los reformistas aumentaban a diario, emitió un decreto para suprimir el esparcimiento continuo de los escritos de Wycliff; pero esto tuvo un efecto totalmente contrario al esperado, porque sirvió de estímulo para el celo de los amigos de estas doctrinas, y casi toda la universidad se unió para propagarlas. Estrecho adherente de las doctrinas de Wycliff, Huss se opuso al decreto del arzobispo, que sin embargo consiguió una bula del Papa, que le encargaba impedir la dispersión de las doctrinas de Wycliff en su provincia. En virtud de esta bula, el arzobispo condenó los escritos de Wycliff; también procedió contra cuatro doctores que no habían entregado las copias de aquel teólogo, y les prohibieron, a pesar de sus privilegios, predicar a congregación alguna. El doctor Huss, junto con algunos otros miembros de la universidad, protestó contra estos procedimientos, y apelaron contra la sentencia del arzobispo. Al saber el Papa la situación, concedió una comisión al Cardenal Colonna, para que citara a Juan Huss para que compareciera personalmente en la corte de Roma, para que respondiera de la acusación que había sido presentada en contra suya de predicar errores y herejías. El doctor Huss pidió que se le excusara de comparecer personalmente, y era tan favorecido en Bohemia que el Rey Wenceslao, la reina, la nobleza y la universidad le pidieron al Papa que dispensaran su comparecencia; también que no dejara que el reino de Bohemia estuviera bajo acusación de herejía, sino que se les permitiera predicar el Evangelio con libertad en sus lugares de culto.



Monumento de Juan Hus en Praga

Tres procuradores comparecieron ante el Cardenal Colonna en representación del doctor Huss. Trataron de excusar su ausencia, y dijeron que estaban dispuestos a responder en su lugar. Pero el cardenal declaró contumaz a Huss, y por ello lo excomulgó. Los procuradores apelaron al Papa, y designaron a cuatro cardenales para que examinaran el proceso. Estos comisionados confirmaron la sentencia, y extendieron la excomunión no sólo a Huss sino también a todos sus amigos y seguidores. Huss apeló contra esta sentencia a un futuro Concilio, pero sin éxito; y a pesar de la severidad del decreto y de la consiguiente expulsión de su iglesia en Praga, se retiró a Hussenitz, su pueblo natal, donde siguió propagando su nueva doctrina, tanto desde el púlpito como con su pluma. Las cartas que escribió en este tiempo fueron muy numerosas; y recopiló un tratado en el que mantenía que no se podía prohibir de manera absoluta la lectura de los libros de los reformistas. Escribió en defensa del libro de Wycliff acerca de la Trinidad, y se manifestó abiertamente en contra de los vicios del Papa, de los cardenales y del clero de aquellos tiempos corrompidos. Escribió asimismo muchos otros libros, todos los cuales redactó con una fuerza argumental que facilitaba enormemente la difusión de sus doctrinas. En el mes de noviembre de 1414 se convocó un Concilio general en Constanza, Alemania, con el único propósito, como se pretendía, de decidir entre una disputa que estaba entonces pendiente entre tres personas que contendían por el papado; pero su verdadero motivo era aplastar el avance de la Reforma. Juan Huss fue llamado a comparecer delante de este Concilio; para alentarle, el emperador le envió un salvoconducto. Las cortesías e incluso la reverencia con que Huss se encontró por el camino eran inimaginables. Por las calles que pasaba, e incluso por las carreteras, se apiñaba la gente a las que el respeto, más que la curiosidad, llevaba allí. Fue llevado a la ciudad en medio de grandes aclamaciones, y se puede decir que pasó por Alemania en triunfo. No podía dejar de expresar su sorpresa ante el trato que se le dispensaba. *“Pensaba yo (dijo) que era un proscrito. Ahora veo que mis peores enemigos están en Bohemia”*. Tan pronto como Huss llegó a Constanza, tomó un alojamiento en una parte alejada de la ciudad. Poco después de su llegada, vino un tal Stephen Paletz, que había sido contratado por el clero de Praga para presentar las acusaciones en su contra. A Paletz se unió posteriormente Miguel de Cassis, de parte de la corte de Roma. Estos dos se declararon sus acusadores, y redactaron un conjunto de artículos contra él, que presentaron al Papa y a los prelados del Concilio. Cuando se supo que estaba en la ciudad, fue arrestado inmediatamente, y constituido prisionero en una cámara en el palacio. Esta violación de la ley común y de la justicia fue observada en particular por uno de los amigos de Huss, que adujo el salvoconducto imperial; pero el Papa replicó que él nunca había concedido ningún salvoconducto, y que no estaba atado por el del emperador. Mientras Huss estuvo encerrado, el Concilio actuó como Inquisición. Condenaron las doctrinas de Wycliff, e incluso ordenaron que sus restos fueran exhumados y quemados, órdenes que fueron estrictamente cumplidas. Mientras tanto, la nobleza de Bohemia y Polonia intercedió intensamente por Huss, y prevalecieron hasta el punto de que se impidió que fuera condenado sin ser oído, cosa que había sido la intención de los comisionados designados para juzgarle.



Juan Hus ante el Concilio

Cuando le hicieron comparecer delante del Concilio, se le leyeron los artículos redactados contra él; eran alrededor de unos cuarenta, mayormente extraídos de sus escritos. La respuesta de Juan Huss fue: *“Apelé al Papa, y muerto él, y no habiendo quedado decidida mi causa, apelé asimismo a su sucesor Juan XXIII, y no pudiendo lograr mis abogados que me admitiera en su presencia para defender mi causa, apelé al sumo juez, Cristo”*. Habiendo dicho Huss estas cosas, se le preguntó si había recibido la absolución del Papa o no. El respondió: "No". Luego, cuando se le preguntó si era legítimo que apelara a Cristo, Juan Huss respondió: *“En verdad que afirmo aquí delante de todos vosotros que no hay apelación más justa ni más eficaz que la que se hace a Cristo, por cuanto la ley determina que apelar no es otra cosa que cuando ha habido la comisión de un mal por parte de un juez inferior, se implora y pide ayuda de manos de un Juez superior. ¿Y quién es mayor Juez que Cristo? ¿Quién, digo yo, puede conocer o juzgar la cuestión con mayor justicia o equidad? Pues en Él no hay engaño, ni Él puede ser engañado por nadie; ¿y acaso puede alguien dar mejor ayuda que Él a los pobres y a los oprimidos?”*. Mientras Juan Huss, con rostro devoto y sobrio, hablaba y pronunciaba estas palabras, estaba siendo ridiculizado y escarnecido por todo el Concilio. Estas excelentes expresiones fueron consideradas como manifestaciones de traición, y tendieron a inflamar a sus adversarios. Por ello, los obispos designados por el concilio le privaron de sus hábitos sacerdotales, lo degradaron, le pusieron una mitra de papel en la cabeza con demonios pintados en ella, con esta expresión: *“Cabecilla de herejes”*. Al ver esto, él dijo: *“Mi Señor Jesucristo, por mi causa, llevó una corona de espinas. ¿Por qué no debería yo, entonces, llevar esta ligera corona, por ignominiosa que sea? En verdad que la llevaré, y de buena gana”*. Cuando se la pusieron en su cabeza, el obispo le dijo: *“Ahora encomendamos tu alma al demonio”*. *“¡Pero yo, -dijo Juan Huss, levantando sus ojos al cielo-, la encomiendo en tus manos, oh Señor Jesucristo! Mi espíritu que Tú has redimido”*. Cuando lo ataron a la estaca con la cadena, dijo, con rostro sonriente: *“Mi Señor Jesús fue atado con una cadena más dura que ésta por mi causa; ¿por qué debería avergonzarme de ésta tan oxidada?”*. Cuando le apilaron la leña hasta el cuello, el duque de Baviera estuvo muy solícito con él deseándole que se retractara. *“No, - le dijo Huss- nunca he predicado ninguna doctrina con malas tendencias, y lo que he enseñado con mis labios lo sellaré ahora con mi sangre”*. Luego le dijo al verdugo: *“Vas a asar un ganso (siendo que Huss significa ganso en lengua bohemia), pero dentro de un siglo te encontrarás con un cisne que no podrás ni asar ni hervir”*. Si dijo una profecía, debía referirse a Martín Lutero, que apareció al cabo de unos cien años, y en cuyo escudo de armas figuraba un cisne. Finalmente aplicaron el fuego a la leña, y entonces nuestro mártir cantó un himno con voz tan fuerte y alegre que fue oído a través del crepitar de la leña y del fragor de la multitud. Finalmente, su voz fue acallada por la fuerza de las llamas, que pronto pusieron fin a su existencia. Entonces, con gran diligencia, reuniendo las cenizas las echaron al río Rhin, para que no quedara el más mínimo resto de aquel hombre sobre la tierra, cuya memoria, sin embargo, no podrá quedar abolida de las mentes de los piadosos, ni por fuego, ni por agua, ni por tormento alguno.

GIROLAMO SAVONAROLA

“Dejad que el abismo de mis pecados se disuelva ante el abismo del perdón”.

Girolamo Savonarola

G irolamo Savonarola, conocido también como Jerónimo Savonarola, nació en Ferrera, Italia el 21 de septiembre de 1452 y murió en Florencia, 23 de mayo de 1498. Ha llegado a ser considerado como uno de los grandes precursores de la Reforma protestante. De su vida Orlando Boyer nos comenta: *“Jerónimo era el tercero de la familia Savonarola. Sus padres eran personas cultas y mundanas, y gozaban de mucha influencia. Su abuelo paterno era un famoso médico de la corte del duque de Ferrara, y los padres de Jerónimo deseaban que su hijo llegase a ocupar el lugar del abuelo. En el colegio fue un alumno que se distinguió por su aplicación. Sin embargo, los estudios de la Filosofía de Platón, así como de Aristóteles, solo consiguieron envanecerlo. Sin duda alguna, fueron los escritos del célebre hombre de Dios, Tomás de Aquino, lo que más influencia ejerció en él, además de las propias escrituras, para que entregase enteramente su corazón y su vida a Dios. Cuando aún era niño, tenía la costumbre de orar, y a medida que fue creciendo, su fervor en la oración y el ayuno fue en aumento. Pasaba muchas horas seguidas orando. La decadencia de la Iglesia, llena de toda clase de vicios y pecados, el lujo y la ostentación de los ricos en contraste con la profunda pobreza de los pobres, le afligían el corazón. Pasaba mucho tiempo solo en los campos y a orillas del río Po, meditando y en contemplación en la presencia de Dios, ya cantando, ya llorando, conforme a los sentimientos que le ardían en el pecho. Siendo aún muy joven, Dios comenzó a hablarle en visiones. La oración era su mayor consuelo; las gradas del altar, donde permanecía postrado horas enteras, quedaban a menudo mojadas con sus lágrimas”.* Durante su juventud se llegó a enamorar de una joven de apellido Strozzi la cual provenía de una familia noble de Florencia, sin embargo, por algún motivo fue rechazados por los padres por razones que se ignoran y esto destrozó profundamente su corazón, por lo que decidió incrementar más su búsqueda de Dios y con el tiempo su pasión se encendió aún más al escuchar la predicación de un monje agustino lo cual lo impulsó a unirse a un convento, y así a sus 22 años de edad y sin el consentimiento de sus padres se une a la orden de los dominicos en Bolonia donde su vida de oración y ayuno se incrementan.



Girolamo Savonarola

Durante este tiempo la corrupción de las autoridades eclesiásticas creció, sus papas eran hombros ambiciosos de poder y riquezas, además de la idolatría que reinaba en aquel entonces. No obstante, Savonarola se apartó de esta corrupción

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

y se dedicó al estudio la lógica, la filosofía de Platón y Aristóteles, pero lo que realmente le apasiono fueron los escritos de Tomas de Aquino y en especial el estudio de las Sagradas Escrituras en las cuales profundizo con mucha diligencia logrando así ver la extrema decadencia y corrupción en la cual se encontraba inmersa la sociedad y autoridades eclesiásticas. Pronto Savonarola comenzó a conocerse en su convento por su gran entusiasmo y fuego al predicar, sintiendo que Dios lo había transformado no para vivir aislado en un convento, sino para predicarle a una sociedad necesita de una reforma religiosa. Después de haber pasado siete años en el monasterio de Boloña, Savonarola se movió al convento de San Marcos, en Florencia, donde vio la corrupción que se vivía en aquella ciudad, luego un año después fue nombrado instructor de los novicios los cuales quedaban sorprendidos de sus notables clases a tal punto que también atraía a todos los frailes y personas que se impactaban de su manera de enseñar. Pronto el aula donde impartía sus clases no fue capaz de albergar a tantas personas, por lo que paso al jardín, luego el jardín se abarató y decidió hacerlo en la iglesia de San Marcos, pero después esta no fue suficiente y decidieron darle la catedral de Florencia. A pesar de tener a su disposición una excelente biblioteca, Savonarola usaba cada vez más la Biblia como su libro de instrucción. Durante este periodo su alma se inquietaba cada vez más por las advertencias de Dios del día del juicio anunciado en apocalipsis, sus predicaciones denunciaban el pecado de la sociedad y rápidamente fue conocido por su fuego y celo al predicar. Se cuenta que con el tiempo recibió una visión donde los cielos se abrieron, y delante de sus ojos pasaron todas las calamidades que sobrevendrán a la Iglesia. Entonces le pareció oír una voz que desde el cielo le ordenaba que anunciara todas esas cosas a la gente. Al respecto de esto Orlando Boyer nos dice *“Convencido de que la visión era del Señor, comenzó nuevamente a predicar con voz de trueno. Bajo una nueva unción del Espíritu Santo, sus sermones condenando el pecado eran tan impetuosos, que muchos de los oyentes se quedaban aturdidos por algún tiempo y sin deseos de hablar en las calles. Era común durante sus sermones, oír resonar los sollozos y el llanto de la gente en la iglesia. En otras ocasiones, tanto hombres como mujeres, de todas las edades y de todas las clases sociales, rompían en vehemente llanto. El fervor de Savonarola en la oración aumentaba día por día y su fe crecía en la misma proporción. Frecuentemente, mientras oraba, caía en éxtasis. Cierta vez, estando sentado en el púlpito, le sobrevino una visión que lo dejó inmóvil durante cinco horas; mientras tanto su rostro brillaba, y los oyentes que estaban en la iglesia lo contemplaban. En todas partes donde Savonarola predicaba, sus sermones contra el pecado producían profundo terror. Los hombres más cultos comenzaron entonces a asistir a sus predicaciones en Florencia; fue necesario realizarlas reuniones en el Duomo, famosa catedral, donde continuó predicando durante ocho años. La gente se levantaba a medianoche y esperaba en la calle hasta la hora en que abrían la catedral”*.



Savonarola predicando en Florencia

En 1494 es nombrado prior de San Marcos a sus 40 años y decide intensificar sus esfuerzos por influir a través del mensaje del evangelio en la sociedad para contrarrestar la decadencia moral que reinaba en los conventos, sin embargo, no logro el apoyo de las autoridades eclesiásticas de su tiempo, pero eso no lo desanimó ya que soñaba con impulsar un movimiento reformador de carácter espiritual que comenzara en Italia y se regara por todo el mundo. Durante este tiempo no dejó de predicar en contra de la injusticia y corrupción papal y de los magistrados y gobernadores que no tomaban en cuenta

la situación de los pobres sino se beneficiaban a sí mismos, amonestaba a los orgullosos y viciosos que no se sometían a Dios, aparte que jamás rindió pleitesía a los gobernadores como lo hacían otros líderes religiosos que vendían su voluntad por prestigio y dinero. El regente de Florencia, Lorenzo de Médicis, quien realizaba generosas ofrendas al convento de San Marcos se vio en muchas ocasiones amonestado por los sermones de Savonarola, sin embargo, nunca cambio su predicación, ni con soborno ni con amenazas. En cierta ocasión contrató al famoso predicador Fray Mariano para que predicase contra Savonarola. Fray Mariano predicó un sermón, pero el pueblo no le prestó atención a su elocuencia y astucia, por lo que no se atrevió a predicar más. Durante este tiempo Savonarola profetizó que Lorenzo, el papa y el rey de Nápoles iban a morir dentro de un año, lo que efectivamente sucedió. Se cuenta que en su lecho de muerte Lorenzo manda a llamar a Savonarola para que le ayudara a ganar la vida eterna, y este accedió después que fue suplicado a tener misericordia del moribundo déspota. Cuando llegó a la lujosa mansión rodeada de ostento y artes que en nada consolaban el alma vacía de Lorenzo, Savonarola le pidió que tuviese fe en la misericordia de Dios que podía salvarlo y que debía restituir todo el daño que había hecho, a lo cual el moribundo aceptó, pero cuando Savonarola le agregó que tenía que dejar libre a Florencia de su tirano legado este no aceptó y dándole la espalda no contesto palabra alguna, y así murió en plena condenación aquel tirano. A su muerte su hijo Pedro gobernó en Florencia en su lugar el cual resulto ser peor que su padre. Con el tiempo llegaron a acusar a Savonarola de un extremista fanático por condenar desde el pulpito la corrupción política y religiosa, por predicar en contra de la vida inmoral y libertina, no obstante, eso no lo detuvo, sino que focalizo su vida en la oración, el ayuno y estudio de la palabra, algunos lo acusaron de querer establecer una teocracia, pero lo único que promovía era la igualdad y justicia en el gobierno. Poco a poco sus predicaciones impactaban en la sociedad, muchos después de oír sus sermones se apartaban a ciertos lugares de la ciudad o campo a cantar himnos o meditar en pasajes bíblicos, muchos abandonaron sus pecados, la usura también se vio reducida y en cierta ocasión la gente en completo arrepentimiento llevo sus cosas de vanidad a la plaza para ser quemados. Así quemaron pelucas, cuadros artísticos indecentes, libros anticristianos, cosméticos, máscaras de carnaval y todo objeto considerado como vanidad. Debido a esta acción Savonarola fue duramente criticado por las autoridades de promover la quema de libros y artes del renacimiento que cuyo precio era incalculable, ignorando al mismo tiempo que algunos autores como Miguel Ángel, Rafael, Paolino del Signoraccio y Bartolomeo della Porta le admiraban y algunos eran sus discípulos. El ver representaciones artísticas que el mismo papa promovía en sus catedrales, ya sea en esculturas o pinturas, de ángeles, apóstoles, cupidos, dioses olímpicos, magia, astrología, y aun el mismo Cristo, todos mezclados en una misma escena le parecía una abominación.

El ministerio de Savonarola ha sido comparado por muchos con el de los profetas del Antiguo Testamento, no solo por las ocasiones que profetizo ciertas situaciones que se cumplieron, sino por su estilo de predicación que era un verdadero azote contra los líderes religiosos y políticos corruptos, exhortaba a los tibios a acercarse más a Dios y anunciaba el arrepentimiento de pecado. A la muerte del papa Inocencio VIII, Alejandro VI lo sucede en el papado. Al principio intento sobornar a Savonarola ofreciéndole el obispado de Florencia y otros méritos, pero lo rechazo, también le ofreció el capelo cardenal, (un sombrero rojo), pero también lo rechazo diciendo: *“Yo no quiero otro capelo que el del martirio, enrojado con mi propia sangre”*. No quedaba duda que este fraile no tenía puesta la mirada en las riquezas y vanidades de este mundo. Finalmente, al ver que Savonarola era insobornable y que no se sujetaría a su papado decide excomulgarlo, y el 8 de abril de 1498 una turba se dirige al convento de San Marcos para sacarlo a la fuerza matando a todos aquellos que trataron a ayudar a Savonarola, pero él les pide que no intervenga y dejen sus armas porque su hora había llegado. Estando en esta situación el fraile dirige estas palabras: *“Hijos míos; en presencia de Dios, hallándome delante de la sagrada hostia, y ya con mis enemigos en el convento, confirmo ahora mi doctrina. Lo que he dicho me ha venido de Dios, y Él me es testigo en el cielo de que es verdad lo que digo. No me podía imaginar que toda la ciudad pudiera haberse vuelto contra mi tan pronto; pero cúmplase la voluntad de Dios. Mi último consejo para vosotros es este: Que vuestras armas sean la fe, la paciencia y la oración. Os dejo angustiado y con dolor, para pasar a manos de mis enemigos. No sé si me quitaran la vida; pero de esto estoy cierto, y es que muerto, podre hacer por vosotros mucho más en el cielo de lo que jamás haya podido hacer vivo en la tierra”*. Así cae Savonarola preso de sus enemigos y es llevado por la plaza con las manos atadas por la espalda bajo la acusación de herejía, es abofeteado, escupido e insultado por todos sus enemigos, y por orden papal es torturado durante 42 días de una forma muy cruel y diabólica. Finalmente, el 22 de mayo es condenado a muerte, tanto el cómo dos de sus amigos, y el 23 de mayo es conducido a su ejecución pronunciando las siguientes palabras: *“Dejad que el abismo de mis pecados se disuelva ante el abismo del perdón”*. Antes de su ejecución fueron despojados de sus hábitos y los dejaron con una camisa de lana y el obispo de Vaison tomo la mano de Savonarola y le dijo: *“Yo te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante”*, a lo que le respondió: *“Solo de la militante, el otro está por encima de tus posibilidades”*. Primero sus dos amigos frailes son ahorcados en su presencia con el fin de agravar su dolor, pero Savonarola sabía que su alma había pasado a mejor vida, después el verdugo se acerca a él y así es ahorcado en presencia de toda la gente. Luego de estrangulados, sus cuerpos son quemados y reducidos a cenizas las cuales son arrojadas al rio Arno para impedir que sus seguidores las venerasen. Así partió de este mundo Girolamo Savonarola, el 23 de mayo 1494, a sus 45 años de edad, pero la hoguera de los

corruptos no pudo acallar el mensaje de arrepentimiento y fe en Jesucristo que predicaba, la llama de la reforma estaba encendida y pronto estallaría la Reforma protestante.



Martirio de Savonarola



“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto”.

La Iglesia Reformada

“No debes llamarte luterano: ¿qué es Lutero?, ni es la doctrina mía; ruego que se calle mi nombre, y no se llamen luteranos, sino cristianos. Extirpemos los apelativos de partido; llamémonos cristianos, pues que profesamos la doctrina de Cristo. Ni soy ni quiero ser maestro de nadie”.

Martin Lutero

Apocalipsis 3:1

INTRODUCCIÓN

Para la época que corresponde a este periodo de la historia, el mundo se encontraba hundido en una serie de supersticiones y a merced de las ambiciones materiales de los sacerdotes y líderes de la Iglesia Católica quien prácticamente reinaba detrás de los reyes afirmando tener la verdad de Dios en la voz de su papa y tradiciones religiosas que contradecían la Biblia. Como Dios se lo dijo a la iglesia de Sardis en Apocalipsis: *Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*, la iglesia que afirmaba tener la vida eterna y el favor divino, espiritualmente estaba muerta y en lugar de conducir a los hombres a la vida eterna los envolvía en una densa tiniebla de herejías e idolatrías que los arrojaba directamente al infierno. Pero es aquí donde uno de los mayores acontecimientos históricos de la iglesia ocurrió: La Reforma. Se conoce como la *Iglesia Reformada* al *periodo de la historia eclesiástica que va desde la caída de Constantinopla hasta la guerra de los treinta años, y que trajo un cisma que provocó la separación de varios grupos de la Iglesia Católica, conociéndose estos grupos como iglesias protestantes. (1453 – 1648)*. Uno de los factores que contribuyó enormemente a la reforma fue el Renacimiento, el cual fue un despertar literario que trajo una enorme sed y pasión por profundizar en las artes, ciencia y literatura, y esto los llevó al estudio de la palabra de Dios en sus idiomas originales, hebreo y griego, que desató una constante contradicción con las tradiciones y dogmas de fe de la Iglesia Católica, especialmente en Alemania donde todo surgió y se propagó en toda Europa. Respecto a este periodo Jesse Lyman Hurlbut nos comenta: *“En este período de doscientos años, el gran acontecimiento que despertó la atención fue la Reforma. Empezó en Alemania y se esparció por todo el norte de Europa y trajo como resultado el establecimiento de iglesias nacionales que no debían fidelidad a Roma”*. Otro acontecimiento importante que promovió la reforma fue la invención de la imprenta por Gutenberg la cual permitió imprimir cientos de copias de la Biblia en los idiomas locales, y respecto a su impacto Jesse Lyman Hurlbut nos vuelve a comentar: *“Es significativo que el primer libro que Gutenberg imprimió fue la Biblia, demostrando así el deseo de esa época. La imprenta puso a las Escrituras en uso común y condujo a su traducción y circulación en todos los idiomas europeos. La gente que leía el Nuevo Testamento pronto comprendía que la iglesia papal estaba muy lejos del ideal del Nuevo Testamento. Y en cuanto se escribían las nuevas enseñanzas de los reformadores, se publicaban en libros y folletos que circulaban por millones por toda Europa”*. Gracias a este movimiento reformador la sociedad pudo finalmente separarse de manera pública de la Iglesia Católica y así comenzaron a surgir varios movimientos o iglesias independientes donde el principal protagonista y precursor es Martín Lutero, un monje alemán cuya vida vamos a estudiar detenidamente.

MARTIN LUTERO

“Más el justo por la fe vivirá”.

Romanos 1:17

El día 10 de Noviembre de 1483 a las 11 P.M. en Eisleben, Alemania, nació un niño, hijo de Hans y Margarete Luder a quien bautizaron como Martín Luder, quien en la universidad se cambió el nombre a Martín Luther, y por nosotros como Martín Lutero, el cual estaba predestinado por Dios a cambiar el rumbo de la historia de la iglesia cristiana. La humilde casa en que nació, se ve aún hoy en Eisleben. Sobre la puerta hay un busto del Reformador, alrededor del cual se lee la inscripción siguiente: *“La palabra de Dios es la enseñanza de Lutero: por eso no perecerá jamás”*. Hoy se emplea dicha casa como escuela para los niños pobres de Eisleben; en ninguna parte mejor podía y debía establecerse un centro de enseñanza que allí donde nació el que más tarde, con su reforma, había de dar tanto impulso a la ciencia, y especialmente a la pedagogía. ¿Quién pensaría que el niño que había nacido en esta humilde residencia llegaría a impactar en toda Alemania y casi la mitad de Europa, que llegaría a desafiar al monstruo de la Iglesia Católica y a su papa, y lograría finalmente el rompimiento de muchos con el ombligo de Roma? Definitivamente muchos de los grandes hombres de Dios tuvieron orígenes humildes y quien pensaría que llegarían a ser instrumentos de Dios, es más nuestro Señor Jesucristo siendo Dios y destinado a la obra de salvación más grande nació en un sencillo pesebre. Abraham era un viejo de 75 años casado con una mujer estéril a quien nadie le interesaba cuando Dios lo llamó a convertirse en el padre de multitudes, el rey David era el menor y más despreciable de todos sus hermanos antes de convertirse en el gran rey que consolidó el reino de Israel, el hombre conforme al corazón de Dios, William Carey nació en un hogar humilde y fue un zapatero antes de su conversión e iniciar su viaje misionero a la India y convertirse así en el padre de las misiones modernas, y así sucesivamente, cuántos hombres y mujeres han tenido un comienzo humilde y para muchos su nacimiento ha sido sin importancia, pero para el Señor era el comienzo de algo grande.



La habitación de la antigua casa donde vivió Martín Lutero

Es increíble ver como el nacimiento de este niño era el cumplimiento profetizo de John Hus, quien al ser quemado en la hoguera por el clero católico dijo: *“Vas a asar un ganso (siendo que Huss significa ganso en lengua bohemia), pero dentro de un siglo te encontrarás con un cisne que no podrás ni asar ni hervir”*, y así, 102 años más tarde, Lutero publicaba sus 95 tesis en Alemania desafiando la papa y su sistema herético. Su nacimiento tuvo lugar en un mundo de gran caos donde las tinieblas trataban de imponerse y de esto Orlando Boyer nos dice: *“se calcula que por lo menos un millón de albigenses habían sido muertos en Francia en cumplimiento de una orden del papa, de esos “herejes” (que sustentaban la palabra de Dios) que fueron cruelmente exterminados, Wycliff, la estrella del alba de la Reforma había traducido la Biblia a la lengua Inglesa. Juan Hus, discípulo de Wycliff, había muerto en la hoguera en Bohemia suplicando al Señor que perdonase a sus seguidores. Jerónimo de Praga, compañero de Hus y también erudito, había sufrido el mismo suplicio cantando himnos en las llamas hasta que exhalo su último suspiro. Juan Wessel, un notable predicador de Erfurt, había sido encarcelado por enseñar que la salvación se obtiene por gracias. Aprisionaron su frágil cuerpo donde murió cuatro años antes del nacimiento de Lutero. En Italia, quince años después del nacimiento de Lutero, Savonarola, un hombre dedicado a Dios y fiel predicador de la palabra, fue ahorcado y su cuerpo reducido a cenizas, por orden de la iglesia. Fue en tal época que nació Martín Lutero”*. Durante la infancia de Lutero sus padres se enfrentaron a una cruel pobreza, su madre recogía leña y la llevaba a las espaldas para venderla y poder ayudar al sostén de sus hijos, mientras que su padre era un humilde trabajador en las minas de cobre. El pequeño Martín acompañaba a su madre muchas veces, y ayudaba en sus humildes faenas. Con el tiempo llegaron a mejorar las circunstancias cuando el padre llevo a convertirse en concejal del pueblo donde vivían y así todo fue diferente. Debido a la mejora económica en la vida de los padres de Lutero este pudo seguir con sus estudios donde el joven mostro bastantes dotes intelectuales aparte de que estuvo sometido a una rígida disciplina religiosa donde en ocasiones era castigado de las manera más duras que nos pudiéramos imaginar. Respecto a esto Lutero dijo: *“Mi padre me castigó un día de un modo tan violento, que hui de él, y no quise volver hasta que me trató con más benignidad. Y mi madre me pegó una vez por causa tan leve como una nuez, hasta hacer correr la sangre”*. Esta dura disciplina era acompañada por un temor a Dios que sus padres le inculcaban a su hijo, así como el buen habito de la oración de lo cual Roberts Liardon nos comenta: *“Aunque los Lutero habían logrado salir de la clase obrera, hubo una característica de esa clase que no dejaron atrás. La mayoría de los trabajadores temían sinceramente a Dios. No solo la madre del joven Lutero era una mujer de oración, sino que Martín recordaba cuando su padre lo llevaba a la cama y lo arropaba, y luego se arrodillaba para orar con él al costado de su lecho”*. Cuando Martín cumplió once años su padre decidió enviarlo a Magdeburgo, donde existía un famoso colegio con el fin de convertirlo en un hombre docto y fue allí donde escuchaba los ferviente sermones del agustino Andrés Proles el cual hablaba de la necesidad de hacer una fuerte reforma en la religión actual, esto sin duda preparaba el corazón del futuro reformador. Posteriormente se mudó a Eisenach donde continuó sus estudios mientras trabajaba al mismo tiempo, pero llevo a ganar la simpatía de una mujer piadosa y rica llamada doña Úrsula Cota la cual le auspicio sus gastos y así el joven Martín pudo seguir con sus estudios en un ambiente muy agradable, su maestro Juan Tribunius era un hombre muy docto y respetuoso que no maltrataba a sus estudiantes al contrario de los otros maestros de su tiempo. En el año 1501, los padres de Martín le enviaron a la Universidad de Erfurt, considerado en aquel tiempo el centro intelectual del país, donde continuó sus estudios con resultados sobresalientes. Durante esta época el joven comenzaba sus mañanas con oraciones y visitando la iglesia antes de iniciar sus estudios, y decía: *“Haber orado bien, adelanta en más de la mitad el trabajo de estudiar”*. Poco después contrajo una enfermedad grave y peligrosa, consecuencia de su asiduo trabajo. Ya había hecho testamento y encomendado su alma al Señor, cuando le visitó un viejo sacerdote, que le consoló con las siguientes palabras: *“Mi querido bachiller, cobra ánimo, porque no morirás de esta enfermedad. Nuestro Dios hará de ti todavía un hombre*

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

grande, que dará consuelo a muchísimas almas. Porque Dios pone de vez en cuando su santa cruz sobre los hombros de los que él ama y quiere preparar para su salvación; y si la llevan con paciencia, aprenderán mucho en esta escuela de la cruz”. En efecto, Lutero recobró la salud; siguió sus estudios y se graduó en 1505, a sus 21 años de edad de doctor en filosofía. Según la voluntad de su padre, debía estudiar también la jurisprudencia. Pero Dios lo había dispuesto de otro modo. La Biblia, el peligro en que la enfermedad le había puesto, y las palabras del viejo sacerdote habían hecho profunda mella en su corazón, y siempre tenía en la mente aquella antigua pregunta: *“¿Qué es lo que debo hacer para ser salvo?”.* Un día, volviendo de la casa paterna en Mansfeld y en el camino, cerca del pueblo de Stotternheim, le sorprendió una tempestad en un bosque, y un rayo cayó cerca de él, causándole tal impresión que fue aquel uno de los momentos más críticos y decisivos de su vida. En su ignorancia clamó a Santa Ana, la patrona de los mineros la cual según su padre le había hecho varios favores en el pasado, prometiéndole que se haría monje si lo salvaba de aquel terrible momento de lo cual Robert Liardon nos comenta: *“Podemos imaginar que atravesar el bosque esa noche fue la experiencia más espantosa de su vida. Estaba aterrado, con el corazón que se le salía del pecho. Al acercarse al claro recordó la muerte de un amigo que había caído bajo un juicio similar cuando un rayo lo mató. La escena era bien conocida para él. No tuvo dudas de que su hora había llegado. Apenas comenzaba a atravesar el claro, cuando un rayo cayó tan cerca de donde él andaba, que Martín cayó al suelo. En una súplica desesperada por su vida, clamó a la única ayuda que conocía: ¡Santa Ana, si me ayudas, me haré monje!”.* Aquel día se volvió a Erfurt, agitada su imaginación con pensamientos y dudas acerca de la salvación de su alma. Sólo un convento podía proporcionarle, según creía, la paz que anhelaba tanto. Por lo tanto, un día pensó en entregarse completamente a un convento de monjes, abandonar la vida secular y sin el consentimiento de su padre lo hizo, en la noche del 17 de Julio de 1505, llama a la puerta del convento de los agustinos en Erfurt y se unió a ellos. Una noche del 17 de Julio de 1505, a sus 21 años de edad. Respecto a su decisión, Rubianus uno de sus amigos de la Universidad de Erfurt dijo: *“La Providencia divina pensaba en lo que debías ser algún día, cuando a tu regreso de la casa paterna, el fuego del cielo te derribó, como a otro Pablo cerca de la ciudad de Erfurt, te separó de nuestra sociedad y te condujo a la secta de Agustín”.*

Martin Lutero el Fraile y Catedrático.

Fue en Erfurt, en un convento de los agustinos donde Martin corrió buscando la providencia divina y donde gran parte del carácter del mismo se moldearía para la obra que Dios le tenía preparado. Pronto Lutero experimento la rudeza y disciplina de aquel monasterio ya que los monjes de allí lo humillaban haciéndole ver que su doctorado en filosofía no servía de nada y lo sometieron a muchos trabajos, como por ejemplo ser portero, arreglar el reloj, limpiar la iglesia, barrer las celdas y mendigar las casas de Erfurt pidiendo pan. Sin embargo, su duro trabajo de servidumbre no perduro mucho ya que por ser un miembro de la Universidad de Erfurt se le concedió volver a sus libros, y fue así que se consagro a estudiar las obras de los padres de la iglesia, pero sobre todo la Biblia, y ésta en sus idiomas originales, el hebreo y griego. Tanto empeño le puso Lutero al estudio de la Biblia que olvidaba sus horas de oración las cuales después las pagaba encerrándose en su habitación y orando preocupado de que hubiese incumplido alguna ley de su convento, y muchas veces su devoción era tal que ni siquiera comía ni bebía. En el año 1507 fue ordenado sacerdote, y el 2 de Mayo celebró su primera misa a la cual asistieron sus padres, algunos familiares y amigos, sin embargo, esta experiencia lejos de ser de gran satisfacción para Lutero fue una verdadera tortura tal y como Roberts Liardon nos dice: *“Martín estaba muy feliz de ver a su padre y de que este lo viera en esta nueva vida. Pero, aunque debía ser un día maravilloso para él, terminó en tormento. Estaba tan aterrado durante la ceremonia de la transustanciación -la parte de la misa católica en al que se cree que el pan y el vino se convierten verdaderamente en el cuerpo y la sangre de Jesús- que se puso a temblar y estuvo a punto de huir del altar. Pero el mismo terror del todopoderoso Dios y la idea de que la presencia tangible de Dios estaban delante de él en la copa, lo mantuvieron atado al altar”.* A pesar de su estadía en el monasterio el nuevo sacerdote Lutero no se sentía bien del todo ya que su alma deseaba con gran fuego en su corazón santificarse y ganar la vida eterna y para eso se sometió como ningún otro monje de su monasterio a ayunos, vigiliias, largas oraciones, penitencias donde castigaba duramente su cuerpo y un sinnfin de obras. Pero todo esto no lograba hacerle sentir satisfecho, sabía que algo no estaba bien y temía cada día al castigo divino. Luego su estudio en las Sagradas Escrituras comenzó a dar frutos, llevo a entender lo que significaba la verdadera santificación y que la reglas y costumbre de Roma no lograrían a nadie entrar al reino de los cielos, estas nuevas ideas chocaron en su mente contradiciendo lo que Roma había afirmado por siglos, a veces creía que era diabólico lo que pensaba ya que prácticamente estaba negando a la Iglesia Católica, esto lo llevo a debilitar, casi no comía, su alma se veía agobiada por los descubrimientos que hacia cada día de la Biblia hasta que comenzó a sufrir de desmayos inesperados. En esta cruel y desesperada incertidumbre se franqueó, por fin, con un viejo fraile del mismo convento, el maestro de novicios; éste oyó tranquilamente sus pesares, y le dio después un consuelo maravilloso; con sencillez, pero con la convicción de la propia experiencia, le repitió las palabras del credo apostólico *“Creo en la remisión de los pecados”*, y le probó que esta remisión de los pecados era artículo de nuestra fe, que debía ser creído. Estas palabras, que Lutero recordó toda su vida con gratitud, alumbraron su alma con una luz benéfica y salvadora; fueron como el germen fructífero de toda su convicción cristiana y el fundamento de su obra posterior. Posteriormente conoció al representante de los agustinos en Alemania, al Dr. Staupitz quien animo al

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

desanimado fraile a no desmayar y que buscara en la Biblia el remedio para su angustia, y en Cristo la salvación de su alma ya que eso lo había salvado, y agregó: *“Todavía no sabes, querido Martín, cuán útil y necesaria es para ti esta tribulación, porque Dios nunca la envía en vano. Ya verás cómo Él te ha menester para cosas grandes”*. Es amistad lo guio a entender que la verdadera salvación y perdón de pecados no prevenía de ninguna buena obra, sino de un arrepentimiento sincero y reconocer la gracia de Cristo, así Lutero se volvió al estudio de la Biblia no con temor, sino con gozo, aquellos pasajes que lo atormentaban y lo acusaban de pecador, ahora le sonreían, poco a poco estudio los evangelios y las cartas paulinas, llegó a entender entonces por la carta a los Romanos que la salvación era por fe, y por Gálatas entendía que era sin obras.

Con el tiempo Lutero se aferró mucho al Dr. Staupitz y lo vio cómo su consejero espiritual que lo llevaba a conocer al verdadero Dios, siempre que su alma se turbaba por algo corría a él. En cierta ocasión al búscalo se unió a una procesión la cual era muy concurrida y el mismo Staupitz llevaba el santo sacramento, y Lutero seguía revestido de capa. La idea de que era el mismo Jesucristo el que llevaba en sus manos, y que el Señor estaba allí en persona delante de él hirió de repente la imaginación de Lutero y le llenó de tal asombro, que apenas podía andar; le corría el sudor gota a gota, y creyó que iba a morir de angustia y espanto. Al terminar la procesión Lutero busco a Staupitz y hallándose solo con él se echó en sus brazos y le manifestó el espanto que se había apoderado de su alma. Entonces le dijo con dulzura: *– No era Jesucristo, hermano mío; Jesús no espanta, sino que consuela –*. El año de 1502, el príncipe elector de Sajonia, Federico III, llamado con razón el Sabio, fundó la Universidad de Wittemberg, siguiendo los consejos del doctor Staupitz y de Martín Mellerstadt, y más tarde por influencia de Staupitz, Lutero fue aceptado en esta universidad como uno de sus catedráticos en teología. Así todo estaba preparándose para la gran reforma y esta universidad estaba destinada a ser el centro de operaciones de Martín Lutero. Al principio Lutero inicio como maestro de filosofía pero después de sacar un bachiller en teología comenzó a enseñar su verdadera vocación, la enseñanza de la teología respaldada en las sagradas Escrituras y no en las tradiciones y dogmas de la Iglesia Católica. Pronto sus clases de teología llamaron la atención de todos al ver con el dominio y gracia con la cual lo explicaba y basando sus argumentos en los libros proféticos y lo que los apóstoles habían dicho, esto por supuesto alarmo a otros que veían como los argumentos bíblicos de Lutero desaprobaba completamente las prácticas religiosas de la Iglesia Católica. Con el tiempo Lutero comenzó también a predicar en monasterios agustinos y rápidamente gano buena fama convirtiéndose en el predicador de la iglesia principal de Wittemberg.



Martin Lutero el maestro de Wittemberg

En el año 1511 Lutero emprendió un viaje a Roma pensando que allí encontraría consuelo en los brazos del papa, pero todo lo contrario, lo que vio lo desilusiono completamente. El Papa de aquella época, Julio II, era un hombre de mundo, y un gran soldado, que tenía mucho más placer en derramar sangre y conquistar tierras, que en las tareas propias de su ministerio espiritual, Entre los cardenales, obispos y sacerdotes, no solamente reinaba la más crasa ignorancia, sino que se burlaban de la manera más cínica de las cosas más sagradas, y estaban encenagados en la más degradante disolución. En su viaje a Roma Lutero subió de rodillas los peldaños de la escalera de Pilato, que decían fue llevada de Jerusalén a Roma, esperando recibir una absolución por sus pecados como el papa le había recomendado, pero cada vez que subía un peldaño y

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

tenía que rezar un Padre Nuestro, en sus oídos retumbaba el texto de Romanos *“más el justo por la fe vivirá”*. Al regresar a Alemania estaba bastante deprimido y enfermo por todo lo que había visto y decidió confiar plenamente en las Escrituras por lo que al estudiarlas con gran empeño buscaba un alivio para su alma ya que al escuchar la palabra justicia su espíritu desfallecía al sentirse como un pecador sin esperanza. Se dice que el primer libro que estudio Lutero fue el de los Salmos y allí encontró unos versículos que le trajeron un poco de paz tal y como lo relata Robert Liardon: *“El Salmo 22 rompió el cerrojo de la puerta que lo encerraba, y comenzó a entrar un rayo de luz. Este Salmo dice: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo (vv. 1-2). Lutero quedó pasmado ante lo que había leído”*. Después de leer este Salmo el alma de Lutero sintió un leve descanso y con gran empeño estudio asiduamente la Biblia en busca de respuestas de tal forma que aun estudio la carta de los Romanos y a los Gálatas en sus idiomas originales, este estudio lo realizó entre 1515 y 1517, y después de 3 años comprendió que la salvación se lograba a través de la fe y de esto Orlando Boyer nos dice lo que Martin Lutero confeso más tarde: *“Deseando ardientemente comprender las palabras de Pablo, comencé a estudiar su epístola a los Romanos. Sin embargo, note que en el primer capítulo consta que la justicia de Dios se revela en el evangelio (versículos 16 y 17). Yo detestaba las palabras: la justicia de Dios, porque conforme me enseñaron, yo la consideraba como un atributo del Dios Santo que lo lleva a castigar a los pecadores. A pesar de vivir irreprochablemente como monje, mi conciencia perturbada me mostraba que era pecador ante Dios. Así, yo detestaba a un Dios justo, que castigaba a los pecadores... Tenía conciencia intranquila, en lo íntimo mi alma se sublevaba. Sin embargo, volvía siempre al mismo versículo, porque quería saber lo que Pablo enseñaba. Al fin, después de meditar sobre ese punto durante muchos días y noches, Dios en su gracia infinita le mostro la palabra: El justo vivirá por la fe. Vi entonces que la justicia de Dios, en este versículo, es la justicia que el hombre piadoso recibe de Dios mediante la fe, como una dádiva”*. Fue en este punto que Lutero estaba listo para iniciar el movimiento reformador que cambiaría para siempre la historia de la iglesia.

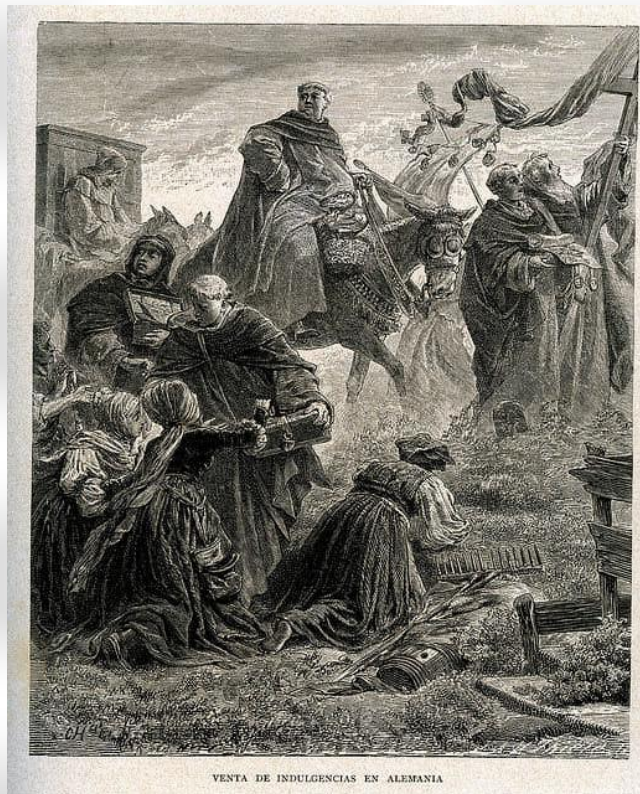
Las 95 Tesis de Martín Lutero.

El detonante para que Martin Lutero iniciara con la Reforma fue la venta de indulgencias del papa León X entre los años 1514 y 1516. Para esta época la Basílica de San Pedro no estaba terminada y con la venta de las indulgencias se encontró una buena fuente de ingreso para el Vaticano. La indulgencia no era más que un indulto que el papa otorgaba absolviendo a su portador por todos sus pecados, esto por su puesto a un determinado precio y tomando ventaja de la ignorancia de la gente. Uno de sus principales promotores fue Juan Tetzel, nacido en Leipzig, y fraile de la Orden de los Dominicos, de no buena reputación por haber sido descubierto en adulterio y vida lujuriosa. Este, haciendo uso de sus grandes habilidades en la ponencia convencía a las masas acerca de comprar las indulgencias las cuales podían comprar su salvación y perdonar cualquier pecado presente, pasado o futuro sin necesidad de arrepentimiento, y aun podían comprar una indulgencia para sacar las almas de sus parientes muertos del infierno. Aquí uno de sus desvergonzados discursos: *“Las indulgencias son la dádiva más preciosa y más sublime de Dios. Esta cruz (mostrando la cruz roja) tiene tanta eficacia como la misma cruz de Jesucristo. Venid, oyentes, y yo os daré bulas, por las cuales se os perdonarán hasta los mismos pecados que tuviereis intención de cometer en lo futuro. Yo no cambiaría, por cierto, mis privilegios por los que tiene San Pedro en el cielo; porque yo he salvado más almas con mis indulgencias que el apóstol con sus discursos. No hay pecado, por grande que sea, que la indulgencia no pueda perdonar; y aun si alguno (lo que es imposible, sin duda) hubiese violado a la Santísima Virgen María, madre de Dios, que pague, que pague bien nada más, y se le perdonará la violación. Ni aún el arrepentimiento es necesario. Pero hay más; las indulgencias no solo salvan a los vivos, sino también a los muertos. Sacerdote, noble, mercader, mujer, muchacha, mozo, escuchad a vuestros parientes y amigos difuntos, que os gritan del fondo del abismo: ¡Estamos sufriendo un horrible martirio! Una limosnita nos libraría de él; vosotros podéis y no queréis darla”*. No cabe duda que este cinismo con el cual comercializaba los dones de Dios era digno de condenar, pero la gente ignorante de lo que las Escrituras testificaban corría para adquirir tales indulgencias. Tetzel decía que en el mismo instante en que la pieza de moneda resonaba en el fondo de la caja, el alma del pariente salía del purgatorio. Tetzel también añadía a su infernal discurso: *“¿Sabéis por qué nuestro señor, el Papa, distribuye una gracia tan preciosa? Es porque se trata de reedificar la iglesia destruida de San Pedro y San Pablo, de tal modo que no tenga igual en el mundo. Esta iglesia encierra los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo y los de una multitud de mártires. Estos santos cuerpos, en el estado actual del edificio, son, ¡ay!, Continuamente mojados, ensuciados, profanados y corrompidos por la lluvia, por el granizo. ¡Ah!, estos restos sagrados, ¿quedarán por más tiempo en el lodo y en el oprobio?”*.

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

Juan Tetzel, Monje Dominicó y principal vendedor de indulgencias

De esta forma Tetzel habiendo clavado una cruz en tierra con todos los escudos papales terminaba su discurso diciendo: *“Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os aseguro que muchos profetas y reyes han deseado ver las cosas que veis y no las han visto, y también oír las cosas que vosotros oís y no las han oído”* Y, por último, mostrando la caja en que recibía el dinero, concluía regularmente su patético discurso, dirigiendo tres veces al pueblo estas palabras: *“¡Traed, traed, traed!”*, y bajando de su estrado corría a la caja de dinero y dejaba caer un chelín el cual resonaba en toda la multitud e inmediatamente las personas ignorante se apresuraban y hacían grandes colas para comprar dichas indulgencias.



Juan Tetzel, Monje Dominicó y principal vendedor de indulgencias

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

Muchas cosas más se hablan respecto a este mercader del evangelio ignorando la terrible condena que añadía a su pobre alma. Se cuenta el ridículo incidente que sus mentiras provocaron cuando un hombre se le acercó diciéndole que si esas indulgencias eran capaces de perdonarle un pecado que estaba planeando cometer en el futuro, incluyendo el hacerle daño a su enemigo. Al final de la discusión Tetzel puso algunas dificultades a esta extraña petición; sin embargo, terminó vendiendo la indulgencia en treinta escudos. Poco después salió el fraile de Leipzig; y aquel mismo hombre acompañado de sus criados, le esperó en un bosque donde lo asaltó y le proporcionó una paliza arrancándole la rica caja de las indulgencias que el estafador llevaba consigo; éste se quejó ante los tribunales, pero aquel hombre presentó la bula firmada por el mismo Tetzel, la que le eximía con anticipación de toda pena. El duque Jorge, a quien esta acción irritó mucho al principio, mandó a la vista de la bula, que fuese absuelto el acusado.

La controversia se dio finalmente entre este vendedor de indulgencia, Juan Tetzel y Martín Lutero, cuando al observar la poca afluencia de personas en la iglesia se enteró que la gente se aferraba completamente a los derechos que la indulgencia le otorgaba que a acudir a sus tradicionales creencias, esto provocó que Lutero se promulgara en contra predicando al mismo pueblo para desviarlos de esta terrible mentira lo cual obviamente provocó la oposición de Tetzel quien amenazaba con quemar en la hoguera a aquellos que se atrevieran a oponerse y negar la voluntad del papa. No obstante, la disputa teológica llegó a su apogeo la tarde del **31 de Octubre de 1517**; cuando Lutero, decidido ya, se encaminó valerosamente hacia la iglesia de Wittemberg, a la que se dirigía la multitud supersticiosa de los peregrinos, y en la puerta de aquel templo fijó noventa y cinco tesis que refutaban a la luz de la palabra de Dios la enseñanza de las indulgencias. Era tradición de aquella época clavar sus tesis en la puerta del templo esperando el debate de los eruditos, nunca imaginó el impacto que aquella acción traería para la historia de la iglesia, ya que la fama de estas noventa y cinco tesis fue tan grande no sólo en Alemania, sino en el mundo entero reproduciéndose cientos de copias las cuales declaraban que solamente un verdadero arrepentimiento y la fe en Jesús podía salvar al pecador y que ninguna indulgencia podía hacer ese trabajo. Al respecto de esto Robert Liardon dice: *“Mientras esperaba una respuesta Lutero continuó con sus tareas, sin saber que lo que había clavado sin mayores pretensiones en la puerta de la iglesia pasaría a la historia como el asunto más importante y la mayor confrontación que el mundo cristiano había conocido desde el tiempo de Jesús y sus apóstoles”*. Robert Liardon nos continúa diciendo: *“Lutero estaba en su estudio, sin saber que, más allá de su puerta, se preparaba una tormenta. En realidad, se preparaba desde hacía cientos de años. Había comenzado con John Wycliffe y sus traducciones de la Biblia para el hombre común. Continuó con John Hus, que comenzó a abrir la puerta para que entrara la luz en las tinieblas de la Edad Media con algunas de las mismas revelaciones que produciría Lutero. Ambos murieron sin ver el fruto de su labor, pero Lutero sí llegaría a verlo. Más que eso: haría entrar al mundo entero en ella. La leyenda dice que Hus, mientras ardía en la hoguera por lo que la Iglesia llamaba herejía, profetizó la llegada de Lutero. Se dice que convocó a los líderes de la iglesia, desde las llamas, y les dijo que dentro de cien años llegaría un hombre a quien ellos no podrían matar”*. Por tanto, aquel día había iniciado un movimiento importantísimo en la historia de la iglesia cristiana que se llegaría a conocer como la Reforma Protestante. Con el paso de los días la confrontación comenzó por parte de los líderes católicos hacia la persona de Lutero, aunque para este tiempo no había sido declarado hereje. En el mes de Agosto de 1518, Lutero fue llamado a Roma para responder por sus tesis y bajo la acusación de herejía, no obstante, sus amigos le rogaron que no fuera ya que el mismo papa había declarado que si no se retractaba no saldría de allí. Finalmente, terminó presentándose en Augsburgo, una ciudad alemana donde presentó su defensa delante del cardenal Cayetano. Robert Liardon nos narra bien el hecho: *“Este foro de discusión era lo que Lutero siempre había querido, así que fue. Pensó que este debate sería el primer paso hacia la meta de librar a la Iglesia del error. Pero lo que vivió allí fue su primer choque con los líderes religiosos de su época. El primer ataque del enemigo le llegó a Lutero a través del cardenal Cayetano. Lutero se inclinó ante el cardenal y luego se postró ante él. El cardenal le ordenó que se pusiera de pie. Lutero se puso de rodillas, y el cardenal, nuevamente, le ordenó que se levantara. Con una sola palabra de boca del cardenal, Lutero supo cuál era el plan. “Retractaos”, ordenó Cayetano. Era obvio que no habría discusión... El cardenal lo explicó. Lutero debía arrepentirse, retractarse, prometer no enseñar sus noventa y cinco tesis y abstenerse de toda actividad que turbara la paz de la Iglesia. Los planes de la Iglesia para esta reunión eran que Lutero se retractara o fuera llevado a Roma prisionero. Lutero no pudo iniciar la discusión. Pero logró decir lo impensable: es la fe la que justifica, no el sacramento. Cayetano no estaba a la altura de Lutero, y lo sabía. Sin base bíblica sobre la cual trabajar, Cayetano expuso su inseguridad exclamando: “De esto debéis retractaros hoy, lo deseáis o no. ¡De lo contrario, y por este solo pasaje, condenaré toda otra palabra que digáis!” Lutero declaró osadamente que no lo haría, señaló que un hombre común armado con las Escrituras tenía más autoridad que el Papa y todos sus concilios. Cayetano respondió que el Papa tenía más autoridad que las mismísimas Escrituras. Luego Lutero fue acusado de presunción, ya que pensaba que podía interpretar la Biblia, algo que solo el Papa podía hacer. En este punto Lutero cuestionaba el fundamento mismo de la autoridad del Papa. Lutero les preguntó por qué la iglesia creía que el Papa era el sucesor de Pedro y, además, por qué la iglesia pensaba que el fundamento del catolicismo era Pedro, dado que Pablo había dicho: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11). La discusión terminó con Cayetano ordenando a Lutero que abandonara el edificio”*.

La controversia de Leipzig.

Tan pronto como sus 95 tesis comenzaron a reproducirse en la imprenta de Alemania y comenzaron a traducirse del latín al alemán, Martin Lutero comenzó a ganar popularidad entre el pueblo, pero al mismo tiempo surgieron sus enemigos. Uno de sus mayores contendientes fue el **Dr. Johann Eck** de la Universidad de Ingolstadt, un fuerte teólogo y defensor de la Iglesia Católica. Fue Eck quien desafió a Lutero a una controversia pública, en la cual daba por segura la victoria, confiando en su probada destreza para esta clase de debates. Además de eso, antes de la polémica y a principio del año 1519, el Dr. Eck escribió un folleto muy violento, en el cual atacaba a Lutero y en este escrito, lleno de improperios y calumnias le daba ya a Lutero el derecho de entrar otra vez en la lucha. El Dr. Eck hizo imprimir al mismo tiempo trece tesis o proposiciones, sobre las cuales quería disputar con el mismo Lutero las cuales se referían principalmente a las indulgencias y al poder papal. Lutero estaba ya en el deber de contestar, e hizo imprimir igual número de tesis, en las cuales, con más energía y firmeza que en sus primeras, rechazaban las indulgencias como innovación, y también la autoridad incondicional del Papa. El Dr. Eck invitó también a Lutero a tomar parte en la controversia pública; y logró al efecto, el permiso del duque Jorge de Sajonia, porque a este ducado pertenecía Leipzig, ciudad designada para el debate. En el mes de Junio de 1519, los adversarios se encontraron en ella: Lutero y Carlostadio, acompañados por algunos estudiantes y profesores de la Universidad de Wittemberg; el Dr. Eck auxiliado con el favor del duque Jorge y por casi toda la Universidad de Leipzig, que tenía celos de la de Wittemberg. El duque Jorge vino con su corte y otras personas notables, y asistió durante trece días a las discusiones prestando la más viva atención. Los primeros ocho días disputaron Eck y Carlostadio, sobre el libre albedrío. Eck tenía la ventaja de su palabra agresiva; daba grandes gritos, vociferaba y gesticulaba como un actor, con mucho descaro y altisonantes palabras mientras el doctor Carlostadio, ateniéndose únicamente al fondo y a sus libros, aparecía más tímido y lento en sus argumentaciones. Así que el público se inclinaba en favor del Dr. Eck. Pero el debate entre éste y Lutero fue mucho más provechoso al partido de la Universidad de Wittemberg. En Lutero tenía el Dr. Eck un adversario tan bien preparado en todo y por todo, que sus astucias, sofismas y vociferaciones fracasaron. En uno de los puntos principales, el primado del Papa, Lutero defendía su afirmación de que no el obispo de Roma sino Cristo, era la cabeza y jefe de la iglesia; y que el Papa poseía el primado, no por derecho divino, sino por tradición humana; fue el poder que el Papa había asumido era usurpado y contrario, tanto a las Sagradas Escrituras, como a la historia eclesiástica de los primeros siglos. Esto lo afirmaba con todo el peso y fuerza de la lógica, y salió victorioso con la admiración de todo el público allí presente. Entre las palabras de Lutero en esta contienda tenemos fragmento que nos reflejan su gran preparación: *“Lo que yo expongo es lo mismo que expone San Jerónimo, y voy a probarlo por su misma epístola a Evagrius: Todo obispo -dice él-, sea de Roma, sea de Eugubium, bien de Alejandría bien de Túnez, tiene el mismo mérito y el mismo sacerdocio. El poder de las riquezas y la humillación de la pobreza es lo que coloca a los obispos en una esfera más alta o más baja”*. El Dr. Eck respondió: *“El venerable doctor me pide le pruebe que la primacía de la iglesia de Roma es de derecho divino; lo que pruebo con estas palabras de Cristo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. San Agustín, en una de sus epístolas ha expuesto así el sentido de este texto: Eres Pedro y sobre esta piedra es decir, sobre Pedro, edificaré mi iglesia. Es verdad que este mismo San Agustín ha manifestado en otra parte que por esta piedra debía entenderse Cristo mismo; pero él no ha retractado su primera exposición”*. A esto Lutero contestó: *“Si el reverendo doctor quiere atacarme, que concilie antes estas palabras contradictorias de San Agustín. Porque es cierto que San Agustín ha dicho muchas veces que la piedra era Cristo, y apenas una sola vez que era el mismo Pedro. Más aun cuando San Agustín y todos los padres dijeran que el apóstol es la piedra de que habla Cristo yo me opondría a todos ellos, apoyado en la autoridad de la Escritura Santa, pues está escrito: Nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto que es Jesucristo. (1 Corintios 3:11.) El mismo Pedro llama a Cristo la piedra angular y viva sobre la cual estamos edificados para ser una casa espiritual. (1 Pedro 2:4-5)”*. El Dr. Eck no tuvo otra contestación sino decir que Lutero era otro hereje más que seguía las huellas de Juan Huss. Y cuando Lutero le contestó: *“Querido doctor, no todas las doctrinas de Juan Huss eran herejías”*, el doctor Eck se asustó de tal afirmación y quedó como fuera de sí. Y hasta el duque Jorge exclamó con voz tan alta que se pudo oír en toda la sala: *“¡Válgame la pestilencia!”*. Disputaron después acerca del purgatorio, sobre las indulgencias, el arrepentimiento y las doctrinas que con éstas tenían relación. Los debates terminaron el 15 de Julio. El Dr. Eck, siguiendo su costumbre, se atribuyó la victoria con grandes alardes de triunfo; mas todos vieron que en los puntos principales había tenido que ceder a la ciencia y a los argumentos de Lutero.



La controversia de Leipzig

Pero esta controversia dio un gran impulso a la causa de la Reforma. Se había hablado sobre el papado, sus errores y abusos, con una claridad y franqueza inusitadas, y dichos errores se habían hecho más patentes que nunca. Y, por otro lado, las verdades allí proclamadas habían impresionado a muchos de los oyentes. Uno de los resultados más importantes fue que un joven colega de Lutero en la Universidad de Wittemberg, Felipe Melancton, en el curso de estos debates se decidiera completamente en favor de la doctrina de Lutero. Este catedrático, joven de veintidós años, contribuyó desde entonces a la Reforma con la riqueza de sus conocimientos, y pronto llegó a ser, después de Lutero, el instrumento más importante de ella. Ahora bien, como los debates de Leipzig no habían tenido un fin decisivo, continuó la lucha por medio de la pluma levantándose contra Lutero un verdadero torbellino de escritos. Pero tampoco faltaron amigos que le ayudasen, publicando multitud de artículos o folletos en que atacaban severamente la ignorancia y los vicios del clero. Hasta los nobles de Alemania le ofrecieron el apoyo de su espada; Silvestre de Schaumburgo, caballero piadoso y Francisco de Sickingen, la flor y nata de la nobleza Alemana, le ofrecieron sus castillos como lugares de refugio, y pusieron a su disposición sus servicios, sus bienes, sus personas, y todo cuanto poseían. Ulrico de Hutten escribió: *“¡Despierta, noble libertad! Y si acaso surgiese un impedimento cualquiera en estas cosas que ahora tratáis con tanta seriedad y ánimo tan piadoso, por lo que veo y oigo, por cierto que lo sentiría. En todas ellas os prestaré gustoso mi concurso, cualquiera que sea el éxito os ayudaré fielmente y con todo mi poder; ya podéis revelarme sin miedo alguno todos vuestros propósitos y confiarme toda vuestra alma. Con la ayuda de Dios queremos proteger y conservar nuestra libertad, y salvar con fiadamente nuestra patria de todas las vejaciones que hasta ahora la han oprimido y molestado. Ya veréis cómo Dios nos ayuda”*. En sus escritos Lutero no solo luchó contra los abusos del poder papal, sino contra el mismo papado. Exhorta a la nación a librarse de las cadenas de Roma, a quitar al Papa la influencia que hasta entonces ejerciera sobre la iglesia alemana, privarle de las enormes sumas que sacaba de este país, conceder otra vez a los sacerdotes la libertad de casarse, reformar los conventos y suprimir los de las órdenes mendicantes. Con el dolor de un corazón cristiano, y con el justo enojo de un corazón alemán, emplaza al Papa y le acusa de que con sus indulgencias había enseñado a ser perjura e infiel a una nación fiel y noble.

La Bula Papal.

Después de la controversia el Dr. Eck marchó con mucho enojo a Roma para acusar a Lutero de herejía y tuvo éxito ya que el 15 de Junio de 1520 logró que le fuese dada una bula papal de excomunión de la iglesia romana a la cual Lutero llamó *“la execrable bula del anticristo”*. Esta bula condenaba 41 sentencias o conclusiones de Lutero, así como sus libros, y le lanzaba de la comunión de la Iglesia, si no se retractaba en el término de sesenta días. De igual forma todo el que aceptase la doctrina de Lutero, quedaba expuesto a ser excomulgado y a sufrir la pérdida de toda su dignidad y oficios. Cuando Eck recibió la bula papal se sintió tan alegre que él mismo se dirigió a Alemania para dar la noticia a Lutero, no obstante, la bula no tuvo el efecto deseado, ya que el pueblo alemán solo lo vio como un acto de venganza del Dr. Eck y hasta en Leipzig, le enviaron cartas llenas de amenazas, y se burlaron de él de todas maneras. En Erfurt la bula fue hecha pedazos por multitud de estudiantes y echada después al agua; y en otras muchas partes ni siquiera fue publicada. Muchos de los amigos de Lutero le advirtieron en el peligro que estaba su vida, sin embargo, el monje agustino solo se aferró a Dios y desafió al mismo papa a un concilio cristiano universal: *“En atención a que el poder general de la iglesia cristiana es superior al del Papa, sobre todo en lo concerniente a la fe; En atención a que el poder del Papa no es superior, sino inferior a la Escritura, y que él no*

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

tiene derecho para degollar los corderos de Cristo y abandonarlos al lobo; Yo, Martín Lutero, agustino, doctor en Sagrada Escritura en Wittemberg, apelo por este escrito por mí y por los que están o estarán conmigo, del santísimo Papa León, a un concilio universal y cristiano. Y apelo del dicho Papa León, primeramente, como de un juez inicuo, temerario, tirano, que me condena sin oírme y sin exhibir los motivos. Segundo, como de un hereje, condenado por la Sagrada Escritura, que me ordena negar que la fe cristiana sea necesaria para la recepción de los sacramentos. Tercero, como de un adversario y un tirano de la Sagrada Escritura, que osa oponer sus propias palabras a las palabras de Dios. Cuarto, como de un menospreciador de la santa Iglesia cristiana y de un concilio libre, y que pretende que un concilio no es nada en sí mismo".

Estas palabras fueron escritas y enviadas no solo a Roma sino a muchas cortes cristianas. Los sesenta días pasaron y Lutero no se retractó. Por el contrario, quemó la bula, junto con todo el derecho canónico, que era la ley que gobernaba a toda la Iglesia desde el principio de la historia de la Iglesia Católica Romana. Algunos historiadores dicen que esta fogata, más que cualquiera de las 95 Tesis, fue la que inició la Reforma. Robert Liardon nos comenta respecto a este evento: *"La quema estaba programada para la mañana del 10 de diciembre. Lutero hasta publicó una invitación que decía: "Todos los adherentes a la verdad del Evangelio, haceos presentes a las nueve en punto en la Capilla de la Santa Cruz, fuera de los muros, donde los impiadosos libros de la ley papal y teología escolástica serán quemados a la antigua usanza apostólica". Llegó gente de toda la universidad, profesores y estudiantes. Primero, fueron arrojados a las llamas los volúmenes del derecho canónico. No era un asunto de menor importancia, ya que el derecho canónico era para el mundo occidental lo que el Talmud es para el judaísmo o el Corán para el Islam. Era el libro de la ley del cristianismo latino, investido de autoridad religiosa. Según la creencia de la época, el derecho canónico era lo mismo 37 que los mandamientos de Dios. Después que se consumió el derecho canónico, Lutero se acercó a las llamas y arrojó la bula con estas palabras: "¡Por haber hecho caer la verdad de 38 Dios, quiera hoy el Señor hacerte caer en este fuego!" y comentó luego: "Ya que ellos han quemado mis libros, yo quemo los suyos". Con esto, regresó a la ciudad con los demás profesores".* Al siguiente día Lutero reunió a su clase con aproximadamente 400 estudiantes los cuales escucharon el discurso solemne que dio donde les hacía ver la necesidad que existía de contener ardientemente por la verdadera fe y tomar la decisión de pagar el precio del martirio por la causa de la verdad o ir al infierno por toda una eternidad. En esta ocasión Lutero dirigió las siguientes palabras: *"La Iglesia necesita una reforma. Sin embargo, esta reforma no es asunto del Papa solamente, o de los cardenales.... Es, en cambio, asunto de todo el mundo cristiano o, mejor dicho, de Dios. Cuándo llegará, solo Él lo sabe. Mientras tanto, nuestra tarea es exponer las condiciones notablemente malignas... No deseo combatir por el Evangelio con fuerza y matanza. El mundo es vencido por la Palabra; la iglesia ha sido preservada hasta ahora, y será reformada también, por la Palabra... No es nuestra obra la que se desarrolla ahora en el mundo, porque el hombre por sí solo no podría siquiera comenzar a hacerlo. Es otro quien hace girar la rueda, uno a quien los papistas no ven; por lo tanto, nos culpan a nosotros".*



Lutero quema la bula papal

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

Después de todo esto la vida de Lutero cambio extraordinariamente a tal punto que gozo de una libertad y comunión con Dios como nunca pensó hacerlo. Se dedicó a la predicación, enseñanza y escribió mucha literatura. Escribió toda una serie de pequeños libritos devocionales, otra sobre las siete peticiones del Padre nuestro y varios sermones sobre la preparación para la muerte, el arrepentimiento, el bautismo y la Cena del Señor. También produjo estudios sobre el Libro de los Salmos y un comentario sobre Gálatas. Entre las obras de Lutero que más destacaron tenemos la obra titulada **“A la nobleza alemana acerca del mejoramiento del estado cristiano”**, la cual hacía referencia a que todo hombre bautizado es sacerdote delante de Dios, que no hay delante de Dios preferencias alguna de un hombre respecto a otro, que no son los santos los mediadores entre Dios u el hombre y que todo cristiano puede proclamar la palabra de Dios. Otra de las obras destacadas de Lutero fue la titulada: **“La cautividad babilónica de la Iglesia”** donde ataca directamente la idolatría de Roma hacia sus sacramentos diciendo que no son estos los que salvan al hombre sino solo la fe. También publico la obra titulada: **“La libertad cristiana”** donde hacía ver que cualquier obra que se realizaba si no manaba de un corazón con fe era completamente vana. Así a través de sus escritos, la predicación y enseñanza Lutero influyo en Alemania y otras naciones cercanas.

La Dieta de Worms.

Después de cierto tiempo Lutero influyo en el pensamiento no solo de Alemania sino de toda Europa, las multitudes estaban divididas, mientras que unos apoyaban a Lutero, otros continuaban fieles a la Iglesia Católica, y otros estaban confundidos, y esto a su vez genero muchos enemigos de Lutero entre los cuales estaba el rey Enrique VIII de Inglaterra. Debido a esto se hizo un segundo intento de silenciar a Lutero y para ello se realizó un segundo debate en la reunión anual de una corte secular de jueces, llamada **“dieta”**, en la ciudad de Worms de Alemania. Era el año **1521**, y Lutero fue convocado para responder por sus escritos. El emperador presidía la reunión. Federico esperaba que este tribunal le otorgara su favor a Lutero, ya que era este emperador el que consideraba ilegal acusar a un hombre de hereje sin escucharlo primero. Lutero estaba feliz por la oportunidad de explicar su posición, pero pronto descubrió que sucedía lo mismo que con Cayetano.



La dieta de Worms

Confianza en Dios y en contra de los consejos de sus amigos que le decían que no fuera por miedo a su vida, Lutero inicia su camino hacia Worms el 2 de Abril de 1521 en compañía de sus amigos, y fue durante este viaje que entono su cantico Castillo Fuerte el cual se ha convertido en un himno tradicional de la iglesia cristiana y que dice así: *“Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo. Con su poder nos librárá en este trance agudo. Con furia y con afán, acósanos Satán: por armas deja ver astucia y gran poder, cual él no hay en la tierra. Nuestro valor es nada aquí con él todo es perdido; mas por nosotros pugnará de Dios el Escogido. ¿Sabéis quién es? Jesús, el que venció en la cruz, Señor de Sabaoth; y pues El solo es Dios, El triunfa en la batalla. Aun si están demonios mil prontos a devorarnos, no temeremos, porque Dios sabrá aún prosperarnos; que muestre su vigor Satán, y su furor dañarnos no podrá, pues condenado es ya por la Palabra Santa. Sin destruirla dejarán, aun mal de su grado, esta Palabra del Señor; El lucha a nuestro lado. Que lleven con furor los bienes, vida, honor, los hijos, la mujer; todo ha de perecer; de Dios el reino queda”*. Durante su camino muchas personas se acercaban gozosas de conocer al fraile que desafiaba a Roma y cuando finalmente llego se preparó para

el día de la audiencia y entrando a aquel lugar se vio rodeado de una impresionante cantidad de personas, entre ellas estaba el emperador Carlos V y su hermano Fernando; ante seis electores, veintiocho duques, once marqueses, treinta obispos, otros doscientos príncipes y señores y más de cinco mil concurrentes, sin contar los que estaban en la antesala y los que miraban por las ventanas. Nunca se había encontrado en presencia de tanta magnificencia y poder, pero no temblaba. Robert Liardon nos narra lo que paso allí: *"El emperador, Carlos V de España, no estaba, realmente, interesado en gastar energía en Lutero, así que la reunión fue breve y precisa. Señalando una pila de libros que había sobre una mesa, le preguntaron a Lutero si era autor de esos libros y si deseaba retractarse de algo de lo contenido en ellos. El tribunal esperó la respuesta de Lutero como si este debiera responder rápidamente para poder pasar a otro tema. Lutero, intentando que no terminara todo allí, rogó más tiempo: "Esto se trata de Dios y su Palabra. Esto afecta la salvación de las almas... Os ruego, dadme más tiempo". Se le dio un día más. Pasó toda la noche meditando sobre la pregunta, pero en realidad se decidió mucho tiempo antes. Al día siguiente compareció ante el tribunal. Un miembro de este le preguntó: "Debéis dar una respuesta simple, clara y apropiada... ¿Os retractáis, o no?" A esto, Lutero respondió: Si no se me convence mediante el testimonio de la Sagrada Escritura o de la razón evidente... No puedo ni quiero retractarme de nada, pues obrar contra mi conciencia no es justo ni seguro. Dios me ampare. Amén"*. Ante tales palabras la asamblea permanecía atónita; era extraordinaria la impresión que Lutero produjo en este día por su santo valor para confesar su fe ante toda la Dieta del imperio. Muchos príncipes no podían ocultar su admiración; volviendo el emperador de su primera impresión, exclamó en alta voz: El fraile habla con un corazón intrépido, y con indomable valor. Se había ganado muchas voluntades hasta entre los príncipes, aunque no se atrevían a confesarlo públicamente. El elector Federico estaba lleno de gozo con la conducta de su fraile Martín, que había hecho una confesión tan valiente y noble ante el emperador y los príncipes: y por la noche dijo a Spalatin: ¡Oh, qué bien y valientemente ha hablado hoy el padre Martín ante el emperador y los Estados del imperio! ¡Sólo que es demasiado atrevido! El duque Eric de Brunswick, aunque entonces partidario de Roma, le envió un jarro de plata lleno de cerveza de Eimbeck, para que se refrigerase; y Lutero le mandó a decir, dándole las gracias: Así como el duque Eric se ha acordado hoy de mí, nuestro Señor Jesucristo se acuerde de él en su última hora. Estas palabras consolaron al piadoso duque en su lecho de muerte, recordando las de Cristo: Cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su galardón. (Marcos 9, 41). Finalmente, partió de Worms el 26 de Abril habiendo ganado una batalla más.

Lutero en el Castillo de Wartburg.

Como consecuencia de la dieta de Worms, los ánimos de Roma se encendieron contra Lutero de tal forma que el 26 de Mayo de 1521 se emitió un edicto llamado el Edicto de Worms donde condenaban de hereje a Martin Lutero y avalaban que cualquier podía matarlo impunemente y todo aquel que lo protegiera sería condenado. El edicto llevaba la fecha de 8 de Mayo, fecha retrasada y puesta con toda malicia para que apareciese obligatoria en todos los Estados del imperio, mientras que la mayor parte de los príncipes, que ya habían salido antes del 26, ignoraban todo esto. Por lo tanto, era un edicto ilegal. Y cuando fue conocido, no obtuvo mucha aceptación en Alemania por estar redactado enteramente en el espíritu romano, tan en contradicción con el espíritu de la nación alemana. Sin embargo, Lutero hubiese sido tal vez víctima de esta tormenta, si el Señor no le hubiese guardado velando sobre él. El elector Federico el Sabio le quería proteger de la persecución de sus enemigos, y eligió el medio que creyó más a propósito, mandando que algunos caballeros enmascarados sorprendiesen a Lutero y le hicieran prisionero en las cercanías de Eisenach, cuando volvía de Worms, de regreso a Wittemberg. Así se hizo, y el elector lo hizo guardar en la inmediata fortaleza de Wartburg. En este castillo que Lutero llevo a llama su Patmos residió de manera muy tranquila y anónima durante un año dejándose crecer la barba y su cabello. Practicaba la caza de animales, recorría los bosques en busca de fresas y disfrutaba de grandes banquetes, sin embargo todas estas distracciones no le hicieron olvidar sus intereses teológicos. Por algún tiempo nadie supo qué había sido de Lutero, de manera que sus amigos llegaron a quejarse de su ausencia, y sus enemigos clamaban llenos de júbilo. Pero no tardó en desaparecer la tristeza de los suyos, y nuevo terror cayó sobre sus enemigos, porque pronto dio señales de vida. En el castillo de Wartburg no se dio un momento de reposo; lleno de entusiasmo, como siempre, esparció nuevos escritos por el mundo. Estando en este castillo sacó a luz un librito de la "confesión", un tratado de los votos espirituales y de los votos monásticos, una explicación de algunos salmos, y el principio de un libro de sermones para todo el año. Pero el trabajo más importante, la obra inmortal, que Lutero concluyó en el castillo de Wartburg, fue la traducción del Nuevo Testamento en lengua alemana. No hay necesidad de encarecer el beneficio que Lutero dispensó a toda una nación, haciendo que todos, viejos o jóvenes, pobres o ricos, pudiesen escuchar la santa Palabra de Dios en la iglesia y en las escuelas, y leerla en casa. Mas no es una sola nación la que debe a Lutero la Palabra de Dios; sino que con este hecho quebrantó para siempre las cadenas y barreras en que Roma había aprisionado y encerrado la Palabra divina, devolviendo a todo el mundo el tesoro más precioso: el pan de vida eterna. En todos los países y lenguas brotaron las ediciones de la Biblia como las hierbas y flores al principiar la primavera. Desde entonces ha sido imposible, y lo será para siempre, el robar a la humanidad esta palabra eterna: el Evangelio de salvación. ¡Debemos dar las gracias al Señor por estos beneficios todos los que tenemos y conocemos su Palabra! En el castillo de Wartburg Lutero tradujo solamente el Nuevo Testamento, que después de su vuelta a Wittemberg corrigió con ayuda de

Melanchton, e hizo imprimir en el año 1522. En 21 de Septiembre apareció la primera edición completa, tres mil ejemplares, con el sencillo título de El Nuevo Testamento en alemán. Ningún nombre de hombre se añadió. Desde aquel momento cualquier alemán podía comprar la Palabra de Dios por tres pesetas. El éxito de este trabajo sobrepujo todas las esperanzas. En poco tiempo se agotó completamente la primera edición, y fue preciso que la segunda apareciera ya en Diciembre. En el año 1533 existían ya cincuenta y ocho diferentes ediciones del Nuevo Testamento traducido por Lutero. Todos los que conocían el alemán, nobles y plebeyos, los artesanos, las mujeres, todos leían el Nuevo Testamento con el más ferviente deseo -dice un católico contemporáneo de la Reforma, Cochleus. Lo llevaban consigo a todas partes; lo aprendían de memoria; y hasta gente sin gran instrucción se atrevía, fundando en las Sagradas Escrituras su conocimiento, a disputar acerca de la fe y del Evangelio con sacerdotes y frailes, y hasta con profesores públicos y doctores en teología.

La Salida de Lutero del Castillo de Wartburg.

Durante el tiempo que Lutero paso en el Castillo se dio varios eventos que alteraron el rumbo de la iglesia cristiana. A parte de sus escritos y su obra de traducción del Nuevo Testamento al alemán, también opino acerca de otras costumbres católicas como la misa, las imágenes y el celibato. En cuanto a las misas e imágenes no dio su repudio, sino dijo que antes de querer cambiar las cosas externas debería cambiarse las internas, el corazón, y tener una fe sincera delante de Dios. Con el tiempo estuvo de acuerdo que los sacerdotes podían tener la oportunidad de casarse y ejercer cargos de pastorear una grey. Además de esto también se dieron problemas en Alemania ya que en ausencia de Lutero algunos fanáticos comenzaron a causar disturbios en nombre de la Reforma, profanando iglesias católicas y destruyendo imágenes lo cual puso en peligro que la Reforma se convirtiera en una protesta violenta en lugar de espiritual y doctrinal. Por tal motivo Lutero decidió abandonar el castillo el 8 de Marzo de 1522 y dirigiéndose a Wittemberg comenzó a predicar por espacio de 8 días bajando así los ánimos de aquellos fanáticos y mostrando el verdadero espíritu de la Reforma. Los sermones de Lutero son modelos de elocuencia religiosa y popular. En sus sermones no pronunció palabra injuriosa contra los autores de los tumultos; cuanto más se atemperó a este modo de proceder, tanta más eficacia tenía la verdad. Ni aún en Worms se había mostrado más grande. Los ánimos se calmaron, las ideas confusas se aclararon, y pronto echó fuera de las puertas de Wittemberg a todos aquellos fanáticos con la influencia de su predicación. Terminada esta crisis, la Reforma pudo desenvolverse con más tranquilidad exterior de lo que pudo esperarse en un principio. Los edictos de Worms llegaron a ser ejecutados sólo en una pequeña parte de Alemania. El Papa León X, que había excomulgado a Lutero, murió. El emperador Carlos V tuvo que volver a España por rebeliones que en ésta habían estallado. Además, penetraron los turcos en Hungría y el representante de Carlos, su hermano Fernando, trató de ganarse la buena voluntad de los estados alemanes para que le ayudasen contra ellos, dejándoles más libertad en la cuestión religiosa, y muchísimos aprovecharon esta ocasión para introducir la Reforma en sus dominios. De este modo, la Reforma, que hasta la Dieta de Worms fue obra personal, por decirlo así, de Lutero, tomó desde entonces carácter público y fue representada por los estados mismos. Esto era lo que Lutero deseaba, aunque no pareciese favorable para su propia autoridad y gloria, porque tenía por lema aquella palabra célebre de Juan Bautista: Él debe crecer y yo menguar.



Castillo de Wartburg

Actividad y trabajos de Lutero en los años siguientes hasta la dieta de Augsburgo.

Un episodio muy triste fue la llamada guerra de los campesinos, de la cual se ha querido culpar a la Reforma, aunque sin razón, pues ya en el año 1491 los campesinos se habían revelado en los Países Bajos; en 1503, en las cercanías de Suiza; en 1513 y 1514, en el Sur de Alemania, y en 1515, en Carintia y Hungría. Estas rebeliones fueron originadas en su mayor parte por las inauditas opresiones que sufrían los pobres labradores de parte de los príncipes, nobles y clérigos, a lo cual se unía la agitación que la Reforma había llevado a todas las clases de la sociedad. Las nuevas doctrinas de libertad que Lutero y sus amigos entendían espiritualmente, los campesinos las tomaron en sentido político o carnal según la expresión de Lutero y los esfuerzos por reformar y renovar las condiciones actuales, en vez de ser dirigidos por hombres prudentes y sabios hacia el bien, fueron dirigidos por gente apasionada y malvada de una manera violenta y perversa. Ante esta situación Lutero se pronunció en contra no solo de los opresores, sino también de los campesinos asesinos que provocaban la revuelta, dejando muy en claro que su persona no tomaba parte de ningún partido. Mientras Lutero luchaba así en la política, también el ataque se levantó de sus enemigos religiosos. El ataque del Papa y sus secuaces no le extrañó; pero no había esperado nunca tener que habérselas con un rey. Enrique VIII de Inglaterra, habiendo compilado de libros viejos uno nuevo, ofreció al mundo la Defensa de los siete sacramentos contra Martín Lutero. El escrito de Enrique VIII estaba lleno de insultos y acusaciones en contra de Lutero y buscaba ganar el favor papal, sin embargo, Lutero refuto cada uno de sus argumentos con un espíritu vehemente que el rey no pudo refutarle nada en el futuro. Pocos años después Lutero se enteró que el rey Enrique se había convertido por lo que le escribió una carta, declarando que, a la verdad, no podía ni quería conceder nada en cuanto a la doctrina, pero le pedía perdón con noble humildad y respeto por algunas expresiones demasiado fuertes y ofensivas que había usado. Mas sólo obtuvo de Enrique por contestación otro libelo más infamatorio y denigrante. Lo notable es, que aquel defensor de la fe católica romana rompió más tarde enteramente con el Papa y le atacó como lo había hecho antes con Lutero. Él fue el que libero, aunque no por motivos nobles y puros, a Inglaterra del dominio del Papa.

También en este periodo Lutero conoció al célebre Erasmo (nacido en Rotterdam en 1463 y fallecido en Basilea en 1536), el más famoso literato de aquellos tiempos. Hasta entonces no se había decidido ni en pro ni en contra de la Reforma. Estimaba mucho a Lutero por sus conocimientos y franqueza; se alegraba del progreso que hacían las letras como consecuencia de la Reforma. Tampoco quería defender al papismo con sus abusos, vicios y supersticiones. Mas siendo racionalista en el fondo, no comprendió la fuerza, decisión e intransigencia con que Lutero y sus amigos combatían todo el sistema romano; pues varias doctrinas, por ejemplo, la de las buenas obras y del mérito del hombre, le parecían muy convenientes y más razonable que la de la justificación por gracia. Lo que él prefería era el término medio, ignorando que no lo hay entre la verdad y el error: anhelaba una reforma, sí, mas sólo de los abusos y doctrinas supersticiosas, dejando el fondo íntegro e intacto; olvidando aquella máxima: el árbol malo no puede llevar frutos buenos. Sin embargo, Lutero llegó a tener diferencias doctrinales con Erasmo, especialmente con la doctrina del libre albedrío donde Erasmo afirmaba que todo hombre posee la capacidad de escoger entre el bien y el mal, pero Lutero lo contradijo afirmando que en su estado natural el hombre es malo e incapaz de escoger el bien y que solo la conversión a Cristo podía ayudarle a esto. También sostuvo fuertes debates con el teólogo Ulrico Zwinglio, de Zurich, que había comenzado la Reforma en la Suiza al mismo tiempo que Lutero en Alemania. La controversia se dio especialmente con la doctrina de la santa cena, donde afirmaba que el pan y el vino no se convertían literalmente en la carne y sangre de Jesús, sino solo eran un símbolo de ello, sin embargo, Lutero se pronunció en contra afirmando que la misma presencia de Cristo esta en los elementos del pan y el vino, aunque negaba que estos se convertían en carne y sangre literalmente como la doctrina católica afirma donde el cuerpo de Cristo es sacrificado en cada misa. También hubo disputas entre ambos reformadores en cuanto al bautismo. Para Lutero era necesario continuar bautizando infantes, Ulrico lo rechazo. Así este tiempo se caracterizó en fuertes luchas de carácter doctrinal, incluso entre los mismos reformadores.



Debate doctrinal entre Lutero y Zwinglio

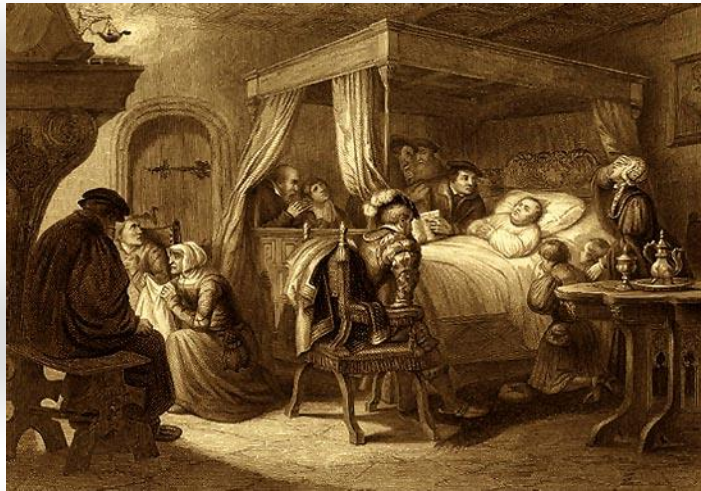
Además de todo esto Lutero se conoció por su desagrado a los judíos, esto por supuesto no es algo que hable muy bien de su persona. Aunque Lutero decía que su visión de los judíos era puramente teológica, trascendió como racista y padre de la iglesia antisemita. Aun Adolfo Hitler citaba a Lutero, y los socialistas de su país lo llamaron "un genuino alemán que odiaba a las razas no nórdicas. Por lo demás, Lutero mismo, a pesar de insistir sin vacilar en sus opiniones, siempre permaneció muy modesto en cuanto a sí mismo; lejos de querer establecer él una nueva Iglesia y darle su nombre, escribió un día: *"No debes llamarte luterano: ¿qué es Lutero?, ni es la doctrina mía; ruego que se calle mi nombre, y no se llamen luteranos, sino cristianos. Extirpemos los apelativos de partido; llamémonos cristianos, pues que profesamos la doctrina de Cristo. Ni soy ni quiero ser maestro de nadie"*. Sin desfallecer se ocupó en este tiempo, como ya hemos dicho, en la traducción de la Biblia. Escribió además varios tratados, a fin de instruir al pueblo sobre los errores del papado y sobre la pura doctrina evangélica. En el 1527 dio al pueblo alemán el primer himnario, titulándolo Primera Colección de Canciones Espirituales y Salmos. La mayor parte de estos himnos son aún hoy día muy conocidos y amados en Alemania; muchos de ellos han sido traducidos a otras lenguas. Conforme paso el tiempo Lutero también luchó porque se estableciesen escuelas en toda Alemania con el fin de educar a los jóvenes lo cual según él los volvería personas más sencilla y capaces de ayudar a la nación, aunque realmente tuvo bastantes dificultades para hacer realidad esta iniciativa ya que el gobierno alemán invertía en otras infraestructuras, pero menos en la educación de la gente. No obstante, todo cambió radicalmente para la Reforma ya que El 5 de mayo de 1525 el príncipe elector Federico el Sabio falleció, sucediéndole su hermano Juan, llamado el Constante, el cual tomó parte activa en la Reforma. Ya en ese mismo año de 1525 mandó este príncipe que todos los predicadores introdujesen en el culto la llamada misa alemana, redactado por Lutero en la cual se conservaba mucho de la misa anterior; pero abrogaba enteramente el sacrificio de la misma, y el uso de la lengua latina; y acentuaba como lo más importante la predicación del Evangelio. Además, ordenó que se predicase exclusivamente la pura Palabra de Dios, para lo cual se dio a luz un sermonario redactado por Lutero, que sirviese de guía a los menos instruidos. Con el tiempo la iglesia alemana fue convirtiéndose en una institución que ya no estaba regida por las tradiciones de Roma y por el papa, y a pesar de ser un grupo de iglesias independientes, todas estaba ligada a la misma confesión de fe, y sus predicadores poco a poco llegaron a ser personas respetables y diligentes en esta noble tarea. Con estas nuevas instituciones se llevó a cabo el establecimiento de la Reforma en la Sajonia, Hesse, Anhalt, Luneburgo y muchas ciudades libres; Prusia, Dinamarca, Suecia, Noruega, casi todo el norte de Alemania y de Europa luego abrazar la fe en Jesús desligándose completamente de la Iglesia Católica. Así la Reforma protestante llegó a su clímax.

El matrimonio, la vida privada de Lutero y su muerte.

El año 1524 Lutero se despojó de su vestido de fraile y empezó a usar la toga negra de catedrático y vivió solo en el convento ya que los otros frailes lo habían abandonado y fue allí cuando muchos comenzaron a insistirle que se casara, tal y como él les había recomendado a otros, pero no había aceptado. Muchas veces pasaba solo en el convento, se iba cansado a la cama después de un duro día de trabajo sin nadie que lo esperase y en ocasiones se reunía con sus amigos a beber cerveza y tocar el laúd por lo cual era criticado, pero finalmente conoció a la persona adecuada y fue así cuando el 13 de Junio de 1525 casó con Catalina de Bora. No era él el primero de los hombres más importantes de la Reforma que a la predicación de la palabra añadían el propio ejemplo, para confirmar la verdad de que el matrimonio es una santa institución divina, y que la doctrina del celibato de los sacerdotes es un engaño del diablo (1^a. Timoteo, 4, 1-3). En Suiza, Ulrico Zwinglio y León Iudae vivían ya en matrimonio santo y bendito. En Strasburgo, Capitón había seguido el ejemplo de Butzer, y Matías Zelí se había

Historia Eclesiástica: Un Vistazo a Nuestros Orígenes

casado con Catalina Schulz, la cual, bajo el nombre de Catalina Zelí, se ha hecho muy conocida como una de las mejores esposas de pastor. Y en Wittenberg mismo, los dos pastores Justo Jonas y Juan Bugenhagen, que Lutero convidó como testigos a su casamiento, estaban casados ya hacía años. Pero que ahora, en medio de un tiempo tan excitado por la guerra de los campesinos, el hombre más importante de la Reforma entrase en el matrimonio, significaba un cambio completo en la vida de los ministros de la palabra y una influencia profunda en la vida del pueblo entero; porque el matrimonio de Lutero no procedió, como calumniosamente y sin ninguna prueba dicen sus enemigos, del deseo de hacer más grata su vida privada. El matrimonio de Lutero fue un hecho con el cual quería él defender la Palabra y orden de Dios en contra de la ordenanza y desorden del Papa. Dice que el celibato clerical no es un estado sagrado, porque le falta la consagración de la conformidad con la Palabra de Dios, mientras el matrimonio que tiene esta conformidad es por lo mismo en verdad un estado sagrado; y da precisamente en el blanco, cuando pone en contraposición, por una parte, los pecados abominables con los cuales puede un sacerdote quedar en su estado sacerdotal, y por otra la santa y divina institución del matrimonio que, según la doctrina romana, destruye el sacerdocio: Ningún pecado y vergüenza, por grande que sea ni por muchas veces que sea practicado en todo el mundo, les impide ser y hacerse sacerdotes con la sola excepción del santo matrimonio, al cual ellos mismos llaman y confiesan ser un sacramento e institución divina. Lutero tuvo de Catalina seis hijos, de los cuales dos murieron muy niños. Así fue la vida de Martin Lutero, vivió felizmente casado, tuvo hijos, continuo enseñando la palabra de Dios, muchas veces tenía el temor que el papa lo capturara y lo quemara vivo, pero eso nunca paso ya que Dios lo protegió hasta que finalmente murió. Se cuenta que a sus 76 años de edad predico su ultimo sermón que título: *“Escondiste estas cosas de los sabios y se las revelasteis a los niños”*.



Muerte de Martin Lutero

El 17 de febrero de 1546 su salud llego a empeorar tanto que quedó confinado a la cama donde oró continuamente y habló de la eternidad a quienes lo rodeaban. Por la noche, muy tarde, sintiendo una gran opresión en el pecho, oró con estas palabras: *“Te ruego, mi Señor Jesucristo, recibe mi alma. Oh, Padre celestial, aunque sea arrancado de esta vida, sé de seguro que habitaré contigo para siempre”*. Entre las dos y las tres de la madrugada del 18 de febrero de 1546, Lutero cerró los ojos y abandonó esta Tierra para ir con el Señor. Su cuerpo fue colocado en un ataúd de plomo, y fue sepultado en Wittenberg con los mayores honores. Aún descansa al pie del púlpito de la iglesia en cuya puerta clavó las Noventa y Cinco Tesis. Esta iglesia se convirtió en la Abadía de Westminster de la Iglesia Luterana. En 1760 las puertas de madera originales se quemaron en la Guerra de los Siete Años. En 1812 se colocaron en su lugar puertas de bronce, 103 y las Noventa y Cinco Tesis de Lutero fueron grabadas en ellas. Así murió uno de los principales percursores de la reforma, su obra permanecerá mientras dure el mundo, porque La Palabra de Dios es la doctrina de Lutero y por eso no perecerá jamás.